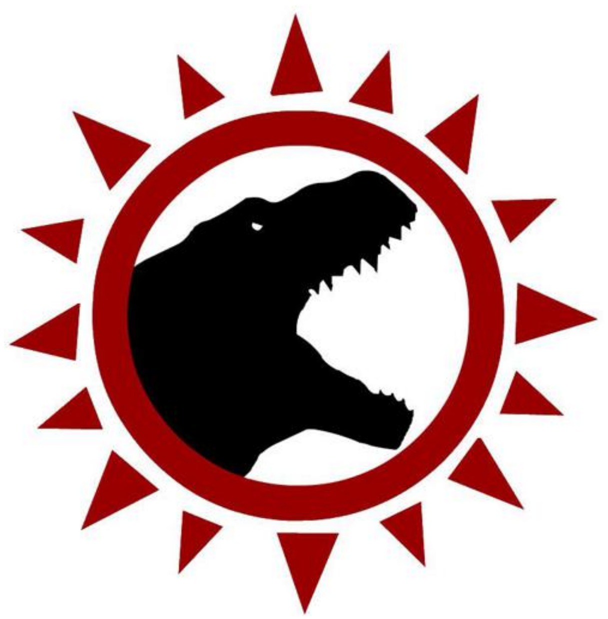
TONY JIMÉNEZ

CINCO TUMBAS SIN LÁPIDA



SOBRE EL AUTOR

Tony Jiménez (Málaga, 1984). Comenzó a sentir la fiebre de la escritura muy joven, y desde entonces no ha parado de crear historias. Ganador y finalista de varios certámenes, seleccionador de antologías y jurado, miembro de ESMATER (Escritores Madrileños de Terror), ha participado en numerosas antologías, como Antología Z: Volumen 4: Zombimaquia, Legendarium Volumen I, Las mejores historias de zombies de Tyrannosaurus Books, Pasos en la oscuridad y Epic. Antología de fantasía épica, entre otras. Es autor de la antología Actos de Venganza. Actualmente espera la publicación de algunos relatos en varias antologías más en las que ha colaborado, adaptaciones de sus relatos en Sonolibro y prepara su próxima novela de terror para Tyrannosaurus Books.



Tony Jiménez

Cinco tumbas sin lápida

ePUB v1.0
02.05.14

Más libros en www.tyrannosaurus.es

Cinco tumbas sin lápida
es una publicación original de Tyrannosaurus Books
www.tyrannosaurus.es
email: hola@tyrannosaurus.es

Diseño y maquetación ebook: José Miguel Rodríguez
Ilustración portada: Daniel Expósito
Diseño portada: Marc Gras Cots
Corrector: Gerardo Medina Vidal
Primera edición: Abril, 2013

ISBN:
Depósito legal:

Para mi bicho, por ser mi hogar.

PRIMERA PARTE

LO QUE ESTÁ MUERTO NO PUEDE VIVIR

Tú eras mi gran milagro. No sólo ese día, sino siempre.
Tú eras quien mantenía alejadas las tinieblas, Lisey. Tú brillabas
"La historia de Lisey". Stephen King

REGRESO

1

La sangre manchó los escalones de metal en cuanto su dueño puso el primer pie sobre ellos. El segundo pie no tardó en acompañar al primero, nervioso, con dudas y un miedo que recorría cada una de sus terminaciones nerviosas, golpeadas también por la ausencia de la mano perdida, la causa del desastre que nadie limpiaría.

El hombre tropezó. La dureza del suelo cruzó su mente; se imaginó rompiéndose el cráneo en cientos de pedazos, como si fuese tan frágil como un huevo. Notaba la fiebre acariciándole la nuca mientras intentaba, con todas sus fuerzas, no entrar en shock por la sangre derramada.

—Vamos, hermano. Aguanta un poco —le animó Travis en voz baja. Le agarró con fuerza, evitando que se cayese; si ocurría, estarían perdidos los tres—. ¿Ves algo, Jack?

Travis Clemens siguió pisando los escalones como si alguno le fuese a morder. Un paso en falso, más deprisa de la necesario, y su hermano se precipitaría al vacío, él tendría que usar las pocas energías que le quedaban para levantarlo y en esos breves instantes probablemente tendrían encima el problema que les perseguía.

—¡Jack! —gritó al no recibir contestación.

Oyó varios rápidos pasos dirigiéndose hacia ellos. Giró la cabeza y allí estaba su compañero, con la cara rodeada por un sudor que apestaba a miedo. En una de sus manos tenía una pistola, pero sin un objetivo claro servía tanto para matar a alguien como un bocadillo.

Y el que le había cortado la mano a su hermano podía estar en cualquier parte.

—No chilles, joder —replicó Jack. Se pasó una de sus temblorosas manos por el escaso pelo castaño que llevaba siempre de punta—. ¿Habéis visto? Ha tirado a Fred por la ventana. ¡Lo ha matado! ¿De dónde ha salido? ¿Cómo sabía que estábamos aquí?

—A mí sólo me importa salir de aquí y averiguar dónde está Charlie. Se supone que él se encargaba de vigilar este sitio —Travis sacudió levemente a su hermano, que estaba en la fina línea entre la consciencia y el colapso—. Ni se te ocurra desmayarte, Henry.

El menor de los Clemens abrió los ojos. Las finas venas que los cruzaban le daban un aspecto terrorífico. Su piel, antaño rosada, se había convertido en una pared blanca que acabaría cayendo si no conseguían parar la hemorragia del muñón en el que se había convertido su mano derecha.

—¿Ves algo, Jack? —preguntó Travis.

—No veo nada, pero está todo demasiado oscuro —Jack Hollister se aproximó a los peldaños sin dejar de observar el camino por el que había llegado, lleno de sombras y

tinieblas quietas como estatuas.

Una sonrisa se formó en el congestionado rostro de Travis al tocar el suelo. Estiró la espalda para que su hermano pudiera apoyarse sin caerse. De nuevo lo movió en cuanto notó que la inconsciencia tiraba de él. Sólo podía pensar que pronto estarían en el coche, donde tenían algunas drogas con las que Henry podría aguantar hasta llegar al hospital. Luego, allí, ya vería cómo se las apañaría para que curasen a su hermano y salir del lugar sin ser detenidos.

Si hacía falta, encañonaría cada asqueroso enfermo que se encontrase, a cada niña rubia con coletas y un cáncer en el estómago, a cada embarazada que intentase dar a luz un nuevo bastardo en el mundo de mierda en el que vivían. Si se veía obligado para salvar a su hermano, sería capaz de comerse a todos los bebés de la zona de lactancia.

—¡Vamos, Jack! —gritó.

—Joder…

Al escuchar aquella respuesta, Travis se volvió. Jack se encontraba dándole la espalda, con los pies ya en los peldaños, dispuesto a bajarlos, pero paralizado por la presencia que había surgido de la oscuridad, y que sujetaba una escopeta entre sus manos.

Para alegría del mayor de los Clemens, Hollister alzó primero su arma, apuntando al agresor, al culpable de que su hermano estuviera cercano a la muerte. El pobre Henry Lee, al que su madre, después de morir golpeada por su padre, le obligó a proteger durante el resto de su vida.

Jack apuntó, apretó el gatillo y no ocurrió nada. Tanto su rostro como el de Travis se congelaron en el tiempo. Ambos tuvieron un pensamiento conjunto: se quedarían así para siempre.

Desgraciadamente, no iba a ser así.

La figura entre las sombras levantó la escopeta. Al apretar el gatillo, un ensordecedor estruendo castigó los oídos de los hermanos Clemens. Los proyectiles dieron por completo en el blanco, que era nada más y nada menos que el pecho de Jack Hollister.

Cayó de rodillas observando, con una mezcla de confusión y horror, el enorme agujero que tenía en el cuerpo y por el que podría pasar fácilmente un balón de fútbol. El terror hizo mella en él cuando pudo divisar trozos de sus órganos internos y las costillas rotas. Al gritar, un torrente de sangre se escapó de su boca, acallándole.

Se precipitó hacia delante. La cabeza golpeó con fuerza uno de los escalones, pero al cadáver en el que se había convertido Jack no le importó lo más mínimo. El asesino se acercó a él, le dio un puntapié y, al comprobar que realmente estaba muerto, centró su atención en los Clemens.

Travis se puso de nuevo en movimiento, mientras su boca despedía en un murmullo inconexo todos los insultos que conocía para maldecir a su perseguidor. Primero Fred, después Jack… si no se daban prisa, acabaría el trabajo con Henry y luego le tocaría a él.

¿Y el capullo de Charlie? ¿Dónde cojones estaba?

—Hermano… —masculló Henry.

—Ahorra fuerzas, Henry —aconsejó Travis, acelerando el paso; con su hermano era lo único que podía permitirse. Nada de correr, nada de esconderse; sólo podía huir.

—Hermano… —repitió.

No le hizo caso. Siguió caminando, parándose un breve segundo para mirar hacia atrás. Vio al hombre que había terminado con las vidas de dos de sus compañeros bajando lentamente los peldaños de metal. No tenía ninguna prisa, como si lo que fuese a pasar estuviera preparado de antemano, como si no tuviesen salida.

A Travis le recordó la vez en que, siendo pequeño, su padre le llevó a cazar liebres. Se tomaba su tiempo incluso cuando las tenía en la mirilla, esperando a ser voladas en pedazos por su rifle. En esos segundos, Travis percibía en su progenitor algo que no sabía bien describir, pero que comprendía perfectamente; algo que tenía que ver con el placer de tener a la presa sin escapatoria posible, el triunfo del cazador, la degustación de la victoria.

Giraron hacia la izquierda internándose por un pasillo vacío, lleno de suciedad y algunas ratas que corrieron ante su presencia. Luego, torcieron hacia la derecha, mientras eran iluminados por la luna, que los observaba con atención a través de las claraboyas rotas del almacén abandonado en el que se encontraban.

Justo cuando iba a entrar en un largo pasillo que Travis reconoció como el que les llevaría a la zona por la que se encontraba la salida, Henry se tambaleó con más fuerza. Pese a que su hermano intentó agarrarlo de nuevo, fue empujado a un lado.

—Vete… —gimoteó Henry apoyándose en una pared, que no tardó en mancharse de sangre.

—No te puedo dejar aquí. No digas gilipolleces.

—Nos va a atrapar —replicó—. Se me va la cabeza, y tú no puedes correr lo suficientemente rápido conmigo encima. Tienes que dejarme. Yo le distraeré.

—¿Te has vuelto idiota? La salida está muy cerca. Puede que tengamos suerte y encontremos a Charlie…

—Tú eres el idiota, Travis. Sabes que lo que digo es cierto. Nos hemos dejado las armas arriba, no hay noticias de Charlie y… —tuvo que sujetarse a la pared para no caerse. Abrió la boca y vomitó lo poco que le quedaba en el estómago; su rostro estaba pintado por la muerte —. Tienes que irte.

Travis quiso replicarle, pero tenía razón. Oyó un par de leves pasos dirigiéndose hacia donde estaban. Tenía que decidirse o, si no, morirían los dos. ¿Quedarse con su hermano e intentar sobrevivir, o irse y poder revolverse más tarde contra quien les estaba cazando?

—Lo siento —murmuró.

Corrió hacia las tinieblas, moviendo sus piernas con más energía de la que había usado nunca. No deseaba escuchar las últimas palabras de Henry, ni siquiera quería mirarle por segunda vez; si lo hacía, probablemente se quedaría con él, esperando el funesto destino que le aguardaba.

Cuando llevaba varios metros recorridos, los suficientes como para no divisar la figura de su hermano, empezó a escuchar los gritos. Y antes de cada aullido, un fuerte golpe, como si alguien estuviera aporreando un trozo de hierro contra un pedazo de carne, en este caso, un pedazo de carne aún con vida.

No supo cómo pudo aguantar sin volverse y ayudar a Henry. Lo que más trabajo le costó fue no regresar cuando los gritos acabaron. Todas y cada una de las fibras de su ser chillaron al unísono; rugieron con rabia, con ira y con una ilimitada sed de venganza que, probablemente, no se vería saciada en breve.

Travis detuvo su carrera en un interminable pasillo que apestaba a moho y excrementos. A los lados, tenebrosas cavidades, que en otro momento habían sido salas donde depositar cajas y embalajes, le observaron con interés de arriba abajo.

Prestó atención a su alrededor. Creía haber oído algo, pero no supo si se trataba de un sonido imaginado, o real; con el miedo fustigando su mente no era fácil de reconocer. A pesar de ello, lo intentó, y allí estaba, el mismo ruido.

Voces, de un par de hombres charlando entre sí.

Ninguna de las dos le pareció la de Charles. Entonces, algo se encendió en su aterrorizada mente: un televisor. El que usaba su compañero durante sus turnos de vigilancia; estaba encendido, lo cual quería decir que se hallaba cerca de obtener algo de ayuda.

—No te habrás quedado dormido, ¿verdad, Charlie? —se preguntó en voz alta mientras volvía a poner las piernas en funcionamiento—. Si descubro que mi hermano ha muerto porque no has sabido hacer tu trabajo, te voy a…

La amenaza permaneció en el aire como un mal olor que no se iría hasta que comprobase qué había ocurrido con su socio. El murmullo del televisor fue aumentando de nivel conforme se iba acercando, sirviéndole de guía por los incontables pasillos y corredores del almacén.

Reconoció la zona a la que llegó. Estaba cerca de la entrada del edificio, por lo que la garita que solía usar el vigilante de seguridad debía hallarse a la vuelta de la esquina. Encontró unas escaleras por las que bajar, desde donde pudo atisbar cierta brillantez que rompía con la monótona negrura del lugar.

—¡Charlie! ¡Charlie! —gritó a la vez que bajaba los escalones tan rápido como podía. Sus zapatos levantaban ingentes cantidades de polvo acumulado durante años, suciedad que ni sus compañeros ni él se habían molestado en repeler.

Nadie le respondió. Supuso que era por el volumen del televisor. Sabía que era arriesgado gritar y que, probablemente, el sonido del aparato también atraería tarde o temprano a su perseguidor. Pero si Charlie no se había movido de su sitio, serían dos, y armados. En definitiva, habrían ganado.

En cuanto sus ojos localizaron el lugar del que salía la luz, se movió tan rápido como pudo. Desde la puerta abierta sólo podía ver la tele encendida, en el que un grupo de personas discutía sobre temas políticos que le importaban bastante poco.

—¿Charlie?

Un segundo vistazo al interior de la garita le mostró algo que no había captado en una

primera pasada. Una figura sentada en un sillón, frente al televisor, pero oculta por unas sombras que sobrevivían como podían al fulgor del aparato.

—¡Charlie! ¡Estoy aquí!

Parecía tener la cabeza inclinada hacia delante. Travis se acercó a él, gruñendo entre dientes por encontrarlo durmiendo. En realidad, se equivocaba.

Cuando alcanzó a su compañero, comprobó que no es que tuviera la cabeza inclinada hacia delante, caída por el sueño que había logrado vencerle. Para su horror, la cabeza ya no estaba. En su lugar, sólo halló trozos de carne destrozada, sangrante y de aspecto abominable.

Sus ojos alcanzaron a ver parte de la columna. Unas incontrolables náuseas se hicieron con su cuerpo, doblándolo, haciendo que sus rodillas tocasen el suelo. A su lado, los contertulios reían tras haber abroncado sonoramente, como si él fuese el objetivo de las carcajadas.

Y entonces descubrió la cabeza de Charles Ray bajo una mesa. Tenía los ojos abiertos, sin vida ya en ellos, y le miraba directamente a él. Una ridícula expresión se había quedado en su rostro para toda la eternidad. Es como si estuviera culpándole a él de su muerte con toda la estupidez que tuvo nunca.

Se levantó sin perder más tiempo. Buscó el arma de Charlie por todo el sitio, sin encontrarla. La salida del almacén se encontraba cerca, así que no tenía nada más que hacer allí. Huiría, obligado a ello, se armaría y localizaría a quien los había matado a todos. Él los vengaría.

Salió de la garita. Un nuevo pasillo le recibió con el mismo silencio que los anteriores. Tras cruzarlo, una zona clareada apareció ante él.

La salida.

Cualquier otra persona habría sonreído al atisbar su salvación. Travis, por el contrario, sólo se sentiría feliz cuando tuviera al asesino suplicando piedad ante sus pies, bien arrodillado y humillado. No se iba a librar tan fácilmente, no después de haber matado a sus compañeros, a sus amigos, a sus socios.

A su hermano.

Llegó al exterior. El aire puro le sacudió en la cara como una agradable bofetada. La naturaleza que le rodeaba le supo a gloria. Los vehículos diseminados frente a él le esperaban como salvavidas a los supervivientes de un naufragio.

Lo había logrado. O eso creía.

Su rostro se contrajo cuando el hombre salió de entre los coches, apuntándole con una pistola. Su cerebro procesó demasiado tarde que podía huir internándose de nuevo en el almacén; ya tenía al asesino a sólo un metro. Cualquier escapatoria acababa de morir en ese mismo instante.

Un atronador silencio se hizo entre los dos hombres. Travis decidió que era él quien debía romperlo, a su particular modo.

—¿Qué? ¿Quieres una disculpa? ¿Quieres que lo sienta? ¿Quieres que tenga miedo? ¿Que te suplique? ¿Que me ponga de rodillas y ruegue por mi vida? —preguntó, sabiendo que su final era cuestión de segundos. Lanzó una carcajada que no engañó a nadie—. ¡Pues no lo vas a tener! ¡No me arrepiento de nada! No sé si los demás suplicaron, pero yo no te voy a dar el gusto. ¡Te puedes meter tus deseos por el culo! ¡Una mierda te voy a suplicar a ti!

El hombre acarició el gatillo. Algo saltó en su organismo; una oleada de placer que pensaba disfrutar.

—Acaba ya, cabrón. ¿No es lo que quieres? ¡Termínalo ya! —una descarga de adrenalina y miedo cruzó el cuerpo de Travis; se transformó en una pizca de esperanza al llegar a su cerebro—. ¡Vete a la mierda! ¡No eres capaz!

El asesino disfrutó de sus gritos. En el fondo le divirtió que creyera, después de haber masacrado a los demás, que no se atrevería a acabar la carnicería.

—Puto degenerado… —gruñó Travis, al percibir un brillo siniestro en los ojos de su verdugo—. No te voy a dar nada, pero sí te voy a advertir. Vaya a donde vaya después, volveré a por ti. Aunque tenga que arrastrarme por la misma garganta del Infierno, regresaré, y te mataré. ¡¿Me has oído?! Te voy a provocar tal dolor que…

El primer estallido desgarró la noche. Los dos que le siguieron la dejaron hecha pedazos que costaría pegar. Un cuarto se aseguró de ello.

Travis cayó de rodillas, mirándose las manos llenas de su propia sangre. Notó un intenso frío surgido de las heridas que tenía en el estómago. Un extraño ardor le sobrevino directamente de las balas incrustadas en su hombro izquierdo y en su pecho. Al final, todo se

fusionó en una desagradable sensación que lo tiró hacia atrás, haciendo chocar su espalda contra el suelo de tierra.

Cerró los ojos. Lo último que vio fue al hombre que le acababa de matar, que se quedó erguido ante él hasta que tomó su último aliento.

Tras comprobar que Travis Clemens estaba verdaderamente muerto, guardó la pistola y se internó en el almacén. Tenía mucho trabajo que hacer.

2

George abrió los ojos. Giró la cabeza hacia su izquierda buscando el despertador cuyo hogar era la mesita de noche. No había sonado; quedaba casi una hora para que su estridente canción destrozara el agradable silencio de la mañana.

Se incorporó, se sentó en uno de los bordes de la cama y esperó a que su cerebro se situase. Conforme fue terminando de espabilarse tomó el despertador y desconectó el dispositivo que la noche anterior había programado para que le desvelase a la hora indicada; no quería tener aquel chisme resonando por su vacío dormitorio al cabo de una hora.

En cuanto notó que sus músculos empezaban a dar la bienvenida al nuevo día, se puso en pie, en dirección al cuarto de baño. Se cepilló los dientes de manera calmada, dando las gracias a la propia idea que tuvo de no empaquetar hasta el final los productos de aseo. Notar la pasta dentífrica en su lengua le activó de golpe; el sabor a menta siempre le hacía sentir así.

No tardó en meterse en la ducha, encenderla y sentir todos los poros de su piel gritando de placer bajo el agua caliente. Recordó que debía apagar el gas antes de dejar el apartamento; lo último que quería era tener que volver porque una explosión hubiera mandado la mitad del edificio al Infierno.

Una de las dos toallas limpias que quedaban en la casa le sirvió para secarse. Se vistió con ropa cómoda, lo que aprovechó para revisar una vez más los armarios y asegurarse de que no se dejaba nada. El espacio vacío, ocupado hasta entonces por un pequeño televisor de última generación que le ayudaba a conciliar el sueño, le advirtió de que debía buscar los cables oportunos para su funcionamiento en su nuevo hogar.

No, aquel apartamento nunca había sido su hogar. Volvía a casa, eso hacía, regresar al lugar donde de verdad se sentiría cómodo.

Encontrar los cables de la tele no le llevó más de cinco minutos. Los guardó en la maleta en la que llevaba todos los chismes que tenían que ver con aparatos eléctricos. El despertador acabó sobre los dichosos cables; al observarlo se dio cuenta de que le iba a sobrar más tiempo del que pensó en un primer momento.

Mientras recogía los artículos de aseo del cuarto de baño, las razones de su súbito despertar retornaron a su mente. Algo le había despertado, probablemente una pesadilla, pero, ¿de qué tipo? Quizás era a causa del nerviosismo por la empresa que estaba a punto de llevar a cabo, tras un mes entero de deliberaciones consigo mismo.

No le frustró recordar el mal sueño. Hacía ocho largos meses que ningún delirio nocturno le acosaba. Por entonces, eran algo común, normal, tan habitual como el respirar; si se veía obligado a decir la verdad, debía admitir que llegó a conseguir pegar ojo entre pesadilla y pesadilla.

Pero todo había acabado. O eso creyó.

—No tendrías que haber cenado tanto anoche —se dijo a sí mismo mirándose en el espejo del cuarto de baño.

Sus despiertos ojos marrones, a juego con el pelo castaño que se veía acosado por unas incipientes entradas, lo saludaron. Se tocó la barba de un par de días. Las ganas de afeitarse aparecieron de repente, pero la imagen de las cuchillas de afeitar encerradas en su estuche,

guardado en la maleta, le desanimó.

Ya se convertiría en un hombre más presentable cuando llegase a casa.

Antes de desayunar, inspeccionó metódicamente el resto de la vivienda. Una leve sonrisa cruzó su rostro al comprobar que ya lo tenía prácticamente todo empaquetado en el coche o guardado en las maletas que esperaban cerca de la puerta. Lo único que le quedaba era la cocina, donde tenía previsto tomar un desayuno rápido antes de salir.

Abrió la nevera. Los últimos alimentos supervivientes de toda la semana le dieron los buenos días: un par de latas de cerveza, un cartón de leche, tres pizzas precocinadas, una botella de refresco de naranja de nombre estrambótico, otra de agua, algunas lonchas de queso y un pequeño ejército de zanahorias.

Mientras buscaba un bol en uno de los armarios, sintió pena por no poder llevarse el frigorífico. En su verdadera casa había uno, pero no estaba seguro de que funcionase después de tanto tiempo en soledad. Aun así, prefería transportarlo todo él mismo, en su coche, antes de llamar a una empresa de mudanzas; tampoco es que el piso estuviera repleto de electrodomésticos o aparatos que no tuviera ya en su destino.

En su interior, siempre había considerado el apartamento como un lugar donde estar un tiempo. Al final, sabía que tarde o temprano volvería a su casa.

Abrió otro armario de la cocina. Descubrió una bolsa de pan de molde, una caja de cereales y una botella de whisky a medio acabar. En otro tiempo, habría tomado el alcohol sin dudarlo un instante; tiempos en los que las pesadillas le acompañaban incluso estando despierto.

Cogió el recipiente de vidrio y lo vació, sin contemplaciones, en el fregadero. Fue como decirle adiós a un viejo amigo que siempre le metía en líos. No le costó guardar el desierto envase en una de las maletas, y dirigirse a por los cereales, que salpicó en el bol; después, añadió leche fría.

Acabó con su improvisado desayuno en silencio y en apenas unos minutos. Lavó velozmente el bol, la cuchara y luego repasó la cocina por completo. Lo metió todo en su pertinente maleta, revisó dos veces más toda la vivienda, cerró las ventanas, comprobó que el gas seguía cerrado, y que el frigorífico y la lavadora seguían su misma suerte. Cuando supo con total certeza que el apartamento estaba prácticamente como el día en que llegó, se detuvo frente a la puerta.

Miró hacia atrás. Definitivamente aquel sitio no había sido su hogar. No, de un auténtico hogar habría cogido fotos, y allí durante todo el tiempo ni un solo retrato convivió con él.

Ni siquiera uno de Christine.

Pensar en ella le puso en movimiento. Abrió la puerta, agarró las maletas, las dejó en el rellano y cerró el apartamento. Sacó la copia que había hecho un par de días antes y se dirigió al apartamento vecino, donde llamó al timbre.

Alicia Sheridan abrió la puerta. Una agradable sonrisa se pintó en su rostro al ver a George.

—¡George! ¡Qué temprano!

—Espero no molestarte, Alicia —señaló las maletas—. Me iba a ir ya.

—¡Tranquilo! Ya sabes que procuro estar pronto en pie.

Le caía bien la mujer. De poco más de sesenta años, y un físico envidiable para su edad, se había descubierto como una de sus lectoras más fieles desde el mismo momento en el que le reconoció, a los pocos días de llegar a la vivienda vecina.

—¡Me alegra tanto que vuelvas a escribir, George! —exclamó la mujer. A él siempre le daba la sensación de que no tenía otro tono para hablar—. ¡Tengo muchas ganas de leer tu nueva novela!

—Creí que ya iba siendo hora de retomarla —mintió. En realidad, su editor fue el que le convenció, tras meses insistiendo, de que regresase al procesador de textos.

—¡No me tienes que dar explicaciones! Se lo conté a mi hijo y está loco de contento. ¡Diría que tiene más ganas que yo de leer otra de esas terroríficas historias que escribes!

—Espero que el aire puro y la soledad me ayuden a ello —le pasó la copia de las llaves del piso.

—Lo que yo espero es que no te vayas para siempre, George.

En otro tiempo, el escritor se lo habría tomado como una clara insinuación, pero tras meses compartiendo edificio con Alicia, la relación estaba ya bastante clara: vecinos y amigos. Nada más.

—Volveré algunos fines de semana, pero no creo que lo haga en un par de meses. Tengo que escribir bastante, y dispongo de muy poco tiempo.

—¡A todos nos viene bien de vez en cuando algo de tranquilidad!
—Lo he apagado todo. No tengo plantas —se hizo gracia a sí mismo al recordar al lugar al que iba—. Creo que con vigilar de cuando en cuando…
—¡No te preocupes, George! ¡Trataré tu casa como si fuese la mía!
—No querría resultar una molestia.
—¡Tonterías, ya te lo dije! ¡Es todo un placer para mí que un escritor de fama y éxito tenga la confianza de dejarme las llaves de su apartamento!
George no quiso discutir la cantidad de fama y éxito que tenía en realidad. Otras veces lo había intentado, pero con Alicia era como debatir con un muro de cemento forrado de acero.
—Creo que eso es todo. Muchas gracias, Alicia.
—¡No hay que darlas!
La mujer le abrazó con fuerza. El rostro de George se congestionó, mostrando su incomodidad.
—¡Y a ver si me invitas un fin de semana a esa casita en el bosque! —exclamó al separarse del hombre—. ¡Cuídate, George! ¡Y conduce con cuidado!
El escritor asintió, tomó las maletas y se alejó escaleras abajo. Alicia Sheridan no dejó de despedirse con la mano derecha hasta que lo perdió de vista.
En pocos minutos, George se encontraba metiendo el equipaje en el maletero de su coche. No tardó en salir del garaje, saludar al vigilante de manera educada y entrar en la carretera. Se alejó del edificio en cuestión de segundos.
En ningún momento echó la vista atrás.

3

Tardó más de lo que esperaba en abandonar la ciudad. Cuando la paz de las afueras le recibió, lo agradeció silenciosamente, como se merecía; las luces, los ruidos, la gente, la civilización… Todo se quedaba en el retrovisor del coche, en el pasado. Delante, la carretera le presentaba un futuro más prometedor, un mañana repleto de paz, sosiego y horas delante de su ordenador, con el que volvería a gestar las novelas encerradas en su cabeza desde hacía demasiado tiempo.
A las dos horas de dejar el bullicio en el que había vivido inmerso, detuvo el vehículo en una gasolinera, a medio camino entre esas grandes y preparadas pertenecientes a enormes franquicias, y las pequeñas y acogedoras de los pueblos como al que se dirigía. Dentro del establecimiento compró un par de chocolatinas, un paquete de patatas fritas y un refresco bien frío.
Pese a que una parte de él deseaba llegar cuanto antes, decidió apoyarse sobre su automóvil y tomar todo lo que acababa de adquirir. El discurrir de los demás coches por la carretera que tenía justo frente a sus ojos fue un relajante entretenimiento que le proporcionó un nuevo empujón para llegar a su destino. Mientras tiraba los desperdicios a una papelera cercana no pudo evitar pensar en Robert y su acogedora y modesta gasolinera que servía a los habitantes del lugar al que regresaba.
Se puso de nuevo en movimiento, encendió la radio del coche y apretó el acelerador, disfrutando de un poco de música country de mejor gusto del que esperaba. Recordar a su mejor amigo le había llenado de ánimo, dejando a un lado el nerviosismo y el miedo que le acompañaban desde que arregló con su editor que volvería a escribir, y que para ello retornaría a su hogar.
Al hogar de Christine.
Echó un veloz vistazo al teléfono móvil que descansaba en el asiento del copiloto. Conocía lo bastante bien a Ralph, su editor, como para saber que si terminaba guardando el móvil

entre las cajas, acabaría por llamar en el momento más inoportuno; probablemente, mientras conducía, a ser posible cuando estuviese a punto de tomar una peligrosa curva, o entrar en una zona con demasiado tráfico.

Por eso mismo le sorprendía que ni siquiera le hubiese telefoneado para asegurarse de que volvía de verdad al sitio que le vio nacer cuarenta y dos años atrás. ¿Tanto se fiaba de él como para creer que no se lo pensaría mejor y lo dejaría en la estacada? ¿O es que quizás al final le daba exactamente igual? Lo segundo lo veía bastante improbable; al fin y al cabo, era Ralph quien le había estado insistiendo sin parar durante bastante tiempo que terminase de una vez su última novela.

«Tus lectores quieren más».

«Te debes a ellos».

«No puedes bajar tu ritmo».

«Te sentará bien volver a escribir».

«¡Te adoran! No les defraudes».

A George le cansaban sus coletillas, a menudo con cierto tono de chantaje emocional que no le gustaba nada. Dejaban a la vista cierta parte de Ralph que no le agradaba mucho; esa parte de editor de corazón negro que muchos de sus compañeros escritores sufrían por parte de unos pocos profesionales, más preocupados por engordar sus carteras, que por cuidar a sus artistas.

A pesar de ello siempre se había llevado bien con Ralph, hasta el punto de considerarlo parte de su familia. Pero cuando surgían aquellas protestas, no lograba soportarle más de cinco minutos seguidos. Sin embargo, había que reconocérselo; supo qué botón pulsar, y durante el tiempo suficiente como para que la melodía de las teclas al tocarse volviera a llamarle.

Aunque extrañado, agradeció la falta de interrupciones del móvil en su viaje. Si debía ser sincero, sólo tenía ese chisme por petición de Ralph y cuestiones de trabajo; de ser por él, el maldito teléfono habría acabado en mitad de una carretera, para ser atropellado por el mismo coche en el que lo transportaba. Repetidas veces a ser posible.

Una hora después, y varios cambios de carretera que le orientaban hacia su destino, avistó el letrero que hacía ocho meses que no veía.

«Shelter Mountain» era lo único escrito en el cartel.

George giró a la derecha, internándose en un camino menos arreglado que en el que estaba transitando. La carretera llena de baches parecía estar dándole la bienvenida a su particular manera. El escritor pensó que podría haber vivido toda la eternidad sin tener que aguantar los destrozos de las vías que conducían al pueblo.

Cuando pasó de largo el letrero, detuvo el coche. Notaba el sudor de sus manos acumulándose en el espacio entre éstas y el volante. Sintió que le faltaba el aire. El corazón comenzó a irle a tal velocidad que podría haberlo usado de motor para el vehículo. Un ligero mareo acarició sus sienes.

Aquello era algo más que nerviosismo: tenía miedo. Un terror ineludible, frustrante y profundo que solamente había sufrido un par de veces en su vida, y ambas tenían que ver con Christine.

Clavó sus ojos en el retrovisor. La parte trasera del cartel, sujeto por barras oxidadas de hierro, le saludó. Unas ganas irrefrenables de volver a su apartamento, donde la seguridad y la protección eran sus compañeros de convivencia, le desbordaron.

Apretó el acelerador y emprendió el camino. Había llegado demasiado lejos para detenerse y nada le pararía. Ya estaba en Shelter Mountain; lo más difícil acababa de pasar.

O eso creía.

A los pocos minutos, dejó la estropeada carretera y se internó en otra mucho mejor cuidada. La reconoció al instante como la que llevaba a las diferentes casas situadas en el extrarradio del pueblo; sólo tendría que seguir hacia delante un poco más, tomar un desvío y estaría en su confortable casa. Si continuaba el camino sin apartarse un centímetro de él, acabaría en pleno pueblo, el corazón de Shelter Mountain. Algo para lo que aún no estaba preparado, al menos, sin dormir una sola noche allí.

No tardó en bordear la entrada de las diferentes vías que se internaban en la espesura situada a ambos lados de la carretera. La mayoría de caminos llevaban a casas preparadas para el verano. Eran propiedades de familias que sólo las usaban para las vacaciones, muy al contrario que él con la suya.

Sonrió al dejar atrás la gasolinera de Robert Raimi. Deseó que estuviera fuera en ese

momento para poder observar su cara de sorpresa ante su regreso, pero no tuvo esa suerte; un par de hombres llenando los depósitos de sus vehículos fue todo lo que atisbó.

Justo cuando faltaba poco para alcanzar el camino que le conduciría hasta su casa, vio el cartel que mostraba la vía que daba al lago de Shelter Mountain. Un lugar tan perfecto en verano que muchos vecinos no dudaban en propagar a los cuatro vientos que era un pedacito de cielo en la Tierra. En invierno no era tan maravilloso pero seguía siendo un sitio agradable, por el que poder pasear y disfrutar de lo que ofrecía la naturaleza cuando el hombre no se interponía.

A George nunca le extrañó que a Christine le gustase tanto el lago. Ella siempre afirmaba que su lugar favorito en el mundo era a su lado, pero él sabía que si estaban en la orilla del lago, su esposa se encontraba más allá de la felicidad. En un estado de tanta paz que incluso llegaba a envidiarla algunas veces.

El escritor aminoró la velocidad para observar con repugnancia el cartel que invitaba a todo el mundo a visitar el lago con palabras propias de un libro infantil. Por supuesto que iría al lago; era una visita obligada en su regreso a Shelter Mountain.

Él también tenía su sitio especial desde hacía un año. Justo cerca del de su mujer, en honor a ella.

Una cita que ni quería ni podía rehuir.

4

La última casa a la izquierda era la suya. Sin ningún titubeo, obligó al vehículo a tomar el camino de tierra que le adentró en el bosque. Conforme se iba acercando a su hogar, el fantasma de los recuerdos comenzó a acosarle sin intención de darle una pequeña tregua.

Los árboles pasaban a su alrededor como silenciosos vigilantes que le daban una fría bienvenida. George les devolvió el saludo con el mismo alto grado de mudez. Sus ojos se clavaron al frente, en cuyo horizonte no tardó en dibujarse la casa.

Aminoró la velocidad del automóvil cuando estaba a diez metros de la cabaña de dos plantas. Rememoró los instantes en los que, junto a Christine, decidió transformar el pequeño refugio de verano en algo mayor. Añadieron la segunda planta, donde colocaron su dormitorio, un par de habitaciones, un cuarto de baño y la zona donde él escribía; en realidad, no era un cuarto propiamente dicho, sino más bien un desván abierto a cualquiera que levantase un poco la vista desde el enorme salón de la vivienda.

El primer piso fue ampliado, tanto para lograr una gran zona donde cupiese una buena chimenea, como para conseguir una cocina lo suficientemente espaciosa como para no echar de menos los golpes que se daban con los muebles que contenía la de antaño. No era comparable a uno de los suntuosos chalets que tenían sus alejados vecinos, pero estaba lejos de la humilde cabaña que había sido en un principio.

Detuvo el coche a unos metros de la entrada. Al abrir la puerta y bajarse, el aire puro de la naturaleza le entró en las fosas nasales como una bala en la carne, haciendo que se tambalease levemente, como si necesitase unos segundos para acostumbrarse. Una vez sus pulmones abrazaron con satisfacción el frescor del mundo ajeno a la selva de cemento y cristal que había dejado atrás, observó con agrado los alrededores de la casa.

Varios árboles gigantescos rodeaban la vivienda. Volver a verlos le hizo sonreír con disimulo. Cuando empezaron a arreglar la cabaña, tanto Christine como él temieron estropear el bello paisaje creado mucho antes de que ellos siquiera fuesen un pensamiento en la mente de sus respectivos padres. Poco a poco descubrieron que la ampliación de su hogar contrastaba de manera perfecta con los pinos y los cedros, vigilantes naturales, colosos que existirían más allá de sus muertes.

Cerró la puerta del vehículo. Subió los escalones que conducían al porche; el segundo

gruñó. Recordó que siempre le prometía a su esposa que lo arreglaría. Una punzada de dolor en el corazón le echó en cara haber roto aquel pacto.

Abrió la puerta de la cabaña con una llave que parecía alegrarse de verle. Más recuerdos le saludaron cuando entró; muebles cubiertos con sábanas ocuparon su primera inspección. Era como una reunión de inofensivos fantasmas que, en cuanto perdieran sus hábitos, volverían a la vida.

—Ya hemos llegado, cariño —murmuró George.

Pese a que las ventanas de la vivienda poseían persianas y cortinas, que se hallaban bajadas en ese mismo momento, la luz del exterior sólo necesitó la puerta abierta para colarse y conquistar el último bastión del bosque. El escritor no era muy amante de que el brillo del sol inundase su hogar, pero sintió una profunda necesidad de verlo todo con claridad, como si así el escenario en el que se movía fuera a hacerse más real.

No tardó demasiado en apartar las cortinas y levantar las persianas de las ventanas de la primera planta. Para su sorpresa, el olor que percibía no tenía nada que ver con suciedad, o polvo, sino con… la nada. Era como husmear un vaso repleto de agua; nada, por ninguna parte. Aquello le consternó; había esperado una oleada de peste a lugar cerrado, e incluso a cagadas de ratas, o de algún otro animal salvaje. Cualquier hedor, salvo el que le envolvía.

La más absoluta nada. ¿Qué significaba? ¿En eso se había convertido su hogar? ¿En un santuario edificado en recuerdos, dolor y sufrimiento? Todos los momentos con Christine no podían haber acabado en nada. Nada. Nada. Sólo pensar en la palabra amenazaba con doblarle las piernas y arrojarlo en el sofá, recién desprendido de su sábana.

En cuanto el salón y la cocina estuvieron repletos de sol, subió las escaleras hacia la segunda planta. Su primer destino fue su zona de trabajo, tan ordenada, limpia y silenciosa que sintió un escalofrío recorriendo su espina dorsal. No tardó en abrir el ventanuco al otro lado de la Zona G, como la bautizó su mujer.

«La Zona G. Zona George, porque cada centímetro de este espacio habla tu idioma, respira con tus pulmones y grita lo que escribes», había afirmado Christine, como si fuese lo más normal del mundo.

La luz entró con gusto en la Zona G. El escritor apartó las cajas repletas de nostalgia y pasado; no pensaba abrirlas, no al menos hasta que estuviera preparado. No, no hasta que sus dedos no hubiesen probado el néctar de las teclas del ordenador portátil; el dulzón influjo de la imaginación hecha historia en un procesador de textos.

Descubrió los dos únicos muebles que se hallaban en aquella parte de la casa: el escritorio donde trabajaba, y un viejo sofá que Christine usaba para sentarse y observarle escribir; un roído viejo amigo que él mismo sacó de la casa de sus padres.

Agradeció el polvo acumulado que se levantó al quitar las sábanas. Aquello era real, ya no era la nada. Era algo, por sucio e insignificante que fuese.

Se dirigió hacia el otro extremo de la segunda planta. Un pasillo le condujo al dormitorio principal, que antiguamente estaba abajo, pero que reconvirtieron en parte del salón. No se detuvo demasiado en el cuarto; abrió la única ventana que poseía y continuó su inspección.

Comprobar el estado del cuarto de baño le llevó aún menos tiempo. Sólo le quedaban dos habitaciones; una donde Christine y él podían leer con tranquilidad, y otra que ya no servía de nada. Una inutilidad que le paró durante largos minutos en la puerta, hasta que reaccionó y abrió la ventana. Luego, descubrió un par de sillas, una estantería y se largó a toda prisa.

Dejó en paz la habitación del hijo que debería haber tenido con Christine.

Salió de la casa. Descubrió que respiraba agitadamente. Una espesa capa de sudor le cubría las manos. Esperó a recuperar el aliento para hallar en su interior una inquietud que clamaba por ser cubierta con distracciones, las suficientes como para acabar rendido en la cama, sin poder mover un solo músculo.

Encaminó sus pasos hacia el generador que se hallaba en la parte posterior de la casa, justo donde la puerta trasera de la cocina se mostraba al mundo. Quitó los diversos plásticos que cubrían el chisme, revelando que parecía estar en perfectas condiciones. Demasiado bien se encontraba, como si alguien hubiera estado cuidándolo.

Verificó que no tenía gasolina. Por suerte, había comprado un bidón hacía dos días. No tardó en sacarlo del maletero del coche, y usarlo para rellenar el generador, que poco después estaba en marcha, rugiendo con su característico gruñido.

George entró en la casa. Revisó los diferentes electrodomésticos; para su alegría, todos funcionaban, así que podría cocinar, guardar alimentos en el frigorífico, encender las luces y lavar la ropa sucia, entre tantas otras tareas que tenían que ver con la preciada electricidad.

Pese a que el calentador funcionaba, no poseía bombona. Apuntó mentalmente que tendría que ir a comprar una al pueblo. Después, bajó al sótano, la única parte de la casa que le quedaba por visitar.

Abrió la puerta, situada bajo las escaleras que conducían a la segunda planta. La oscuridad en el fondo del abismo siseó, viendo perturbado su descanso. George apretó el interruptor y la luz se hizo, logrando que el escritor que se sintiese como Dios durante unos instantes.

Bajó los escalones de madera que se resintieron bajo su peso. En la libreta de su metódico cerebro anotó que tendría que revisarlos, por si acaso. La quietud del sótano al llegar a él le hizo echar de menos el chasquido de los peldaños.

Recordó cuánto le había costado acondicionar el lugar para que no pareciera el escenario de una película de terror. Aunque le quedó bastante bien, hubiera deseado crear un ambiente más acogedor. Pero su mundo se había roto en mil pedazos antes siquiera de que hubiese podido comprar una moqueta para el suelo.

Varias cajas cerradas y un congelador eran los únicos ocupantes del lugar. El escritor movió algunas de las primeras, para poder abrir el segundo, verificando que funcionaba perfectamente. Tendría que comprar algunas bolsas de hielo, pero parecía que iba bien por el momento.

Sus ojos buscaron la pared del fondo del sótano, justo a la que menos llegaba la pobre luz de la única bombilla. Caminó hasta situarse a un par de centímetros del muro. Lo acarició con los dedos hasta alcanzar una zona endeble, un ladrillo suelto que, aunque pintado, permanecía allí.

Nadie lo había tocado antes. Seguía estando a salvo.

El sonido de sus tripas le descubrió que tenía hambre. Salió del sótano, se dirigió al coche y sacó la comida que había traído del apartamento. Calentó una de las pizzas en el horno mientras arreglaba el salón. Cuando el almuerzo estuvo listo lo devoró todo en absoluto silencio y en apenas unos minutos; con el estómago satisfecho, se dispuso a devolver a la casa su estatus de hogar.

Le llevó el resto del día sacar todas las maletas y cajas del automóvil y ordenar su contenido. El televisor de buen tamaño en el salón, frente a los tres sofás; el ordenador de mesa en la habitación de lectura de la segunda planta; los libros en las diferentes estanterías de la casa; la radio en el dormitorio principal; los productos de aseo en el cuarto de baño; el microondas en la cocina… Lo último fue el ordenador portátil que usaba para escribir, justo encima del escritorio de la Zona G.

La noche se había adueñado del bosque cuando acabó.

Cansado, agotado y sin poder pensar en nada más que en dejarse caer sobre la cama de matrimonio, se detuvo en la puerta de entrada a la casa. Observó el tenebroso bosque, mucho más amenazador cuando las tinieblas se movían en su interior.

Se imaginó a Christine frente a los escalones del porche, sonriéndole, con aquella hilera de dientes perfectos que parecían no poder envejecer nunca.

«Te dije que volverías, Cachorro», pensó que le diría. Cachorro era el apelativo que le puso poco después de comenzar a salir, cuando eran adolescentes. ¿El motivo? Su pelo castaño y desordenado, como el de un perro pequeño y travieso, afirmaba ella.

—Te has salido con la tuya —respondió George a la oscuridad, no con reproche, sino con satisfacción.

Había regresado a su hogar.

LOS VECINOS DE GEORGE CAMPBELL

1

El escritor se despertó sin mediación de ninguna pesadilla. El despertador sonó a la hora ajustada la noche anterior y, aunque le costó trabajo reconocer dónde se hallaba, su cerebro no tardó en ordenar la información de manera adecuada. Tuvo que ir con cuidado al levantarse de la cama, pues no estaba acostumbrado a la disposición de los muebles y aún tenía los parpados pegados.

Dedujo que los malos sueños de la mañana anterior se debían al nerviosismo por volver. Nada de recuerdos reprimidos. Nada de intrincados tejemanejes mentales. Nada de una copiosa cena antes de dormir. La tensión de regresar a la cabaña fue la única culpable; de otro modo, se habría desvelado en mitad de la noche sufriendo las consecuencias de los delirios de su cerebro.

Se sorprendió al descubrir que estaba de buen humor. Decidió tomar una ducha, vestirse y bajar a desayunar. No sabía si tenía o no ganas de volver a escribir de una vez por todas, pero había mucho que hacer antes.

Investigó el teléfono móvil que antes de dormir soltó en un mueble cercano, dispuesto para guardar camisetas y la ropa interior. Comprobar que seguía sin tener ni una sola llamada por parte de Ralph empezó a preocuparse. ¿Y si le había pasado algo?

No solía llamar él casi nunca. En sus comienzos como escritor no se despegaba del teléfono, ni del correo electrónico. La vergüenza inicial cedió el paso a las ganas de ir detrás de todos aquellos que pudieran ayudarle a escalar en la pirámide del éxito literario. Una vez llegó a algo parecido a un punto cercano a la cima, con editor propio, así que decidió que fuese éste quien se molestase en saber de él.

Pero que su editor ya no le llamara era lo bastante extraño como para saltarse por una vez su estúpida norma no escrita. Si estaba allí, en la cabaña, era precisamente por Ralph, por su insistencia y, por qué no admitirlo, porque creía en él. Ralph era un salvavidas en un océano infestado de tiburones con el nombre de todos los problemas por los que había pasado.

Los mismos que le habían alejado de uno de los grandes amores de su vida: la escritura.

Llamaría él, pero no hasta después del desayuno.

Encaminó sus pasos hacia el cuarto de baño. Observar, aunque fuese por el rabillo del ojo, la puerta de la habitación del hijo que nunca tendría, le hizo tener nauseas. Se le quitaron en cuanto el agua fría de la ducha le dio de lleno en la frente.

—Joder, el puto calentador —recordó.

No tardó en secarse. Disipado el buen humor, salió del cuarto de baño. De nuevo, la puerta que conducía al cuarto maldito le llamó la atención, aunque con efectos menos devastadores que antes. Supuso que ya se acostumbraría, como el médico forense que pasaba de vomitar el

desayuno ante la visión de los cadáveres, a almorzar encima de ellos con el transcurrir del tiempo.

Una vez vestido con ropa cómoda para trabajar y andar por casa, bajó a la cocina, donde se sirvió un cuenco de leche fría y cereales. No le importaba tomar lo mismo que la mañana anterior, pero el deplorable estado del interior del frigorífico le subrayó que, le gustase o no, debía pasarse por el pueblo ese mismo día.

Comida, la bombona para el calentador, agua mineral… Probablemente, acabaría comprando también carbón, papel suficiente para imprimir lo que hiciera de la novela y algún que otro capricho más. Quizás necesitaría también algo para cortar madera para la chimenea, pero tenía el convencimiento de que en las cajas del sótano se escondían un hacha y una sierra mecánica.

O eso esperaba.

Terminó el bol de cereales antes de darse cuenta. Lo lavó todo en el fregadero; la inusitada lentitud con la que lo hizo le dejó claro algo que ya sabía desde mucho antes de volver a la cabaña: no quería pasar por el pueblo. Pero era necesario, no tanto por los avituallamientos, sino porque debía visitar a un par de personas. Puede que unas cuantas más de lo que le gustaría.

Sonrió con amargura. Enfrentarse a los demonios, así habría presentado la situación que vivía en una de sus novelas. Al final, la realidad superaba a la ficción, porque, efectivamente, sus demonios lo esperaban. Y, aunque algunos prometían ser amigables, otros no iban a darle ninguna tregua.

De eso estaba totalmente seguro.

Salió al porche, cerró la puerta tras de sí y respiró profundamente. Le agradó constatar que a sus pulmones le habían hecho falta muy poco tiempo para acostumbrarse a la limpieza natural del aire de la zona. Ya podía escuchar lo que hubiera dicho Ralph Locke de aquello:

«El aire libre te sentará bien. La gente de los pueblos vive más y mejor».

En realidad, eso era justo lo que había declarado. Una de las muchas artimañas que usó para convencerle de regresar.

Hastiado, se llevó las manos a la cabeza. ¡El móvil! Tenía que llamar a Ralph; decirle que ya estaba en la cabaña y que, en cuanto se terminase de asentar, escribiría como un loco. O que, al menos, confiaba en hacerlo.

¿Y si lo dejaba para el próximo día?

Creyó ver a Christine al lado del coche. Estaba apoyada en el capó, moviendo una de sus piernas de manera juguetona. Inocente y sensual al mismo tiempo; Christine en estado puro. Christine en vena. Christine en cada poro de su piel.

—No dejes para mañana lo que debas hacer hoy —le dijo—. Cachorro, no seas el horno de tu madre.

George cerró los ojos. Cuando los volvió a abrir, su esposa no estaba allí, por supuesto, pero sí que estaba. En la cabaña, en el hogar de ambos, siempre estaría; para sacudir su existencia con una de sus sonrisas, o para recordarle que hiciera lo correcto.

«No seas el horno de tu madre».

Era otra de sus famosas citas. Siempre se la soltaba cuando quería que se pusiera en movimiento de inmediato, sin esperar un solo momento más; como todas las veces que tenía que ir a recoger un paquete importante al Departamento de Correos, o cuando debía visitar a un vecino, por algún asunto urgente.

«No seas el horno de tu madre».

El escritor sentía mucho cariño por sus padres. Un cariño que fue creciendo conforme lo hacía él. Eran buenas personas, con sus aristas, claro, como todas, pero siempre actuaban bien. Los dos nacieron en Shelter Mountain, eran queridos por sus vecinos, tenían muchos amigos y aún más personas fueron a sus funerales.

Reginald Campbell, su padre, murió de viejo, como decían los ancianos del lugar, mientras dormía. Meses más tarde, Sarah Campbell corrió su misma suerte. George sintió ambas muertes como puñaladas en su corazón, pero su dolor no fue tan duro al saber que habían fallecido en paz, tras llevar una vida feliz y repleta de alegrías.

Dos buenas muertes para dos buenas personas. Aunque él no creía que la muerte pudiera ser buena. Para él la muerte era una mala puta que se llevaba a sus seres queridos antes de tiempo; incluso aunque hubieran vivido existencias joviales y llenas de logros humildes, pero grandiosos al mismo tiempo.

Cuando les presentó a Christine, no pudo hacer más que quererles con más ahínco. Les

cayó bien enseguida, al instante, y ella no tardó mucho en convertirse en la hija que no habían tenido.

Un domingo en el que llevó a su esposa a almorzar a casa de sus padres, una costumbre que se perpetuó con el tiempo sin que nadie dijese o firmase nada al respecto, su madre se dispuso a preparar un asado. El horno tardó tanto que lo comieron cuatro horas después, cuando ya se habían decidido a salir a comer una hamburguesa en la cafetería de Rob, la segunda del pueblo.

El horno nunca se arregló. George creía recordar que incluso todavía permanecía en la casa en la que se crió, que ocupaba otra persona tan importante para él como sus propios progenitores. No es que ninguno tuviese dinero para repararlo, e incluso cambiarlo, era simplemente que a su madre no le hacía ninguna gracia abandonarlo.

Como si fuese parte de la familia. Ese tipo de detalles hacían que hubiese tenido una infancia feliz, una adolescencia envidiable y una juventud aún mejor.

Traumas familiares era de lo último de lo que podía quejarse.

Christine no tardó en bromear sobre el tiempo de calentamiento del horno. Hasta que, un buen día, tras un par de rachas en las que George se demoró más de la cuenta en tirar la basura, se lo soltó:

«No seas el horno de tu madre».

A él le hizo bastante gracia, pero le quedó claro el mensaje.

Entró de nuevo en la cabaña. Salió con el móvil en una de las manos. Antes de buscar en la agenda el nombre de su editor cerró la puerta de la casa; en cuanto acabase con Ralph pensaba ponerse en movimiento de una vez por todas.

¿Ir al pueblo? Lo decidiría sobre la marcha, pero, tarde o temprano, tendría que ir.

Un tono. Dos tonos. Tres tonos.

—¿George?

—¡Buenos días, Ralph! ¿Te he despertado?

—¿Despertarme? —el editor soltó una carcajada—. Ya sabes que me levanto cuando aún es de noche. ¡Qué sorpresa que me llames!

George admitió que era sorprendente incluso para él mismo.

—Creía que me ibas a llamar tú. Bueno, la idea de que estuviera aquí fue…

—¿Que estés dónde?

—En la cabaña. He vuelto a Shelter Mountain.

—Sabía que lo harías —George notó en el tono de voz que no decía la verdad; tampoco podía echarle en cara sus dudas sobre el tema de su regreso—. ¡Me alegra que al fin hayas decidido volver a tus raíces! Tanto porque significará que te tendremos de nuevo delante del teclado y porque, bueno, para que superes lo que ocurrió.

El escritor asintió. Sabía que no le gustaba tocar el tema, pero por la única razón de que a él tampoco le satisfacía hablar de ello. Aunque ya, al menos, podía hacerlo sin necesidad de dejar la conversación a medias.

—No te he llamado antes para no molestarte —confesó Ralph—. Ya sabes, quería que llegaras, te aclimatases y pudieras relajarte.

El Ralph Locke que amaba. Editor de día, editor de noche y gran persona durante toda la jornada.

—Estoy bien —George se sentó en los escalones del porche—. En realidad, antes de venir tuve una pesadilla.

—¿Una pesadilla? Creía que hacía tiempo que no las tenías.

—Eso es lo raro. Creo que fueron los nervios, pero ya estoy mejor. Llegar aquí de una vez me ha tranquilizado.

—Me alegra escucharlo —carraspeó. George supo que iba a ponerse aún más serio—. ¿Has bebido?

La imagen de la botella vacía hallada en el apartamento apareció en la mente del escritor. Vacía en cuanto él desparramó su contenido en el fregadero, sin piedad, como quien se deshace de una enfermedad a base de antibióticos, de manera directa y sin ambages.

—No. Eso se acabó.

—Me alegro. Ese George era un coñazo.

Ambos rieron al mismo tiempo. Los pájaros les acompañaron con sus trinos.

—Entonces, ¿ya estás mejor? —prosiguió Locke.

—Tengo que habituarme a estar en casa.

—Es lógico. Sabes que estoy aquí para cualquier cosa, ¿verdad? Llámame siempre que

quieras, aunque pretendo hacerte una visita en cuanto tengas bien aposentado ese culo de escritor.

—Sí, mamá —George sonrió. Le gustaba ese tono paternal que usaba Ralph de cuando en cuando. Si se paraba a pensar que tenía cuatro años más que él no acabaría de reír en todo el día; una estúpida broma que su editor jamás había entendido.

—¿Has empezado ya a escribir?

El Ralph Locke editor. Azote de los escritores que eran como el horno de su madre. Temido por aquellos que se bloqueaban en sus apartamentos temporales, y que se aterraban ante la idea de escribir un solo párrafo.

—Llegué ayer por la mañana. Estuve todo el día limpiando esto, arreglándolo todo, y aún me quedan tareas por hacer. Hoy sólo me ha dado tiempo de ponerme presentable, desayunar y llamarte.

—Bueno, no quiero agobiarte —se disculpó velozmente—, solamente preguntaba. Ya sabes cuánto deseo que termines la novela que dejaste empezada. Pero tus seguidores todavía más.

—Creo que voy a tardar un par de días en ponerme.

—¿No tienes ganas de escribir?

George se detuvo a pensar la respuesta. En un año, no es que no hubiese podido escribir, a pesar de haberlo intentado, es que ni siquiera le apetecía hacerlo. El monitor del ordenador, frente a sus ojos, con el folio en blanco del procesador de textos, le resultaba tan repulsivo como el cadáver descompuesto de un ciervo que había encontrado siendo niño, dentro del bosque que rodeaba la cabaña.

Era más que una sensación desagradable. Era puro terror. Pánico. Pavor. Un estado incontrolable de miedo que había acabado provocándole un atroz temor a la idea de escribir. Todo se acabó fusionando en su organismo hasta provocar una masa que respondía a un solo nombre: desinterés.

Una absoluta desgana por crear historias.

Pero todo había cambiado. Poco a poco, apenas sin darse cuenta, fue recibiendo los continuos empujones de Ralph con más agrado, hasta convertirse en verdadero interés por saber qué tenía que decir sobre su inapetencia creativa. Su editor logró que volviera a ponerse delante de una hoja en blanco; consiguió que pensase en regresar a su hogar, donde la idea de escribir le llenaba de un agradable ánimo cuyo aspecto había olvidado hacía mucho.

—En realidad, tengo muchas ganas de escribir —admitió.

—¡Genial! —exclamó Ralph—. ¿Empezarás otro libro, o acabarás el que tienes comenzado?

—Lo acabaré. Te debo eso. Me lo debo a mí —tragó saliva—. Se lo debo a Christine.

—¿Y por qué dices que vas a tardar en ponerte?

—Tengo mucho que hacer por aquí. El calentador necesita una bombona, tengo poca comida… Ya sabes el trabajo que requiere la cabaña para estar en óptimas condiciones —explicó—. Además, hay gente esperando a verme.

—Para ir de compras vas a tener que pasar por el pueblo.

George sabía que no era así del todo. A cincuenta kilómetros existía un pequeño supermercado donde podría hallar gran parte de todo lo que necesitaba. No todo, pero sí lo suficiente como para librarse del corazón de Shelter Mountain.

Sin embargo, era su hogar; si había vuelto, que fuese al completo.

—Lo sé. Será una buena terapia —dijo finalmente.

—¿Has visto ya a Robert?

—No. En realidad, no he visto a nadie. De ahí lo de que tarde en empezar a aporrear las teclas —miró su reloj de pulsera; se le estaba haciendo tarde—. Ya te llamaré para contarte más; si sigo hablando contigo, no me vas a echar de menos.

Ralph rió con ganas por el otro lado. George notó que le gustaba escucharle de buen humor, haciendo bromas y contándoselo todo.

—De acuerdo. La próxima llamo yo, pero si tienes algún problema…

—Te llamo. Espero que por entonces ya haya empezado con la novela.

Se despidieron. El rostro de Robert Raimi se instaló en la mente de George mientras se levantaba y guardaba el móvil.

El pueblo aún podía aguantar un poco más sin su presencia. Su mejor amigo era una prioridad que no deseaba seguir postergando.

2

Pese a que tras unos largos minutos andando las piernas y los pulmones se quejaron del paseo al unísono, no dudó de que, más tarde, se lo agradecerían. Le venía bien el ejercicio, y aún mejor el aire con sabor a naturaleza. En la ciudad no tenía muchas oportunidades de estar en forma; dejó el gimnasio en el que estaba a los pocos meses de apuntarse, tras comprobar que era incapaz de aguantar el ruido que le rodeaba cada vez que iba. Poco a poco se fue acostumbrando a realizar algunas flexiones y abdominales en casa, pero no era lo mismo que llevar a cabo esa gimnasia al aire libre.

En cuanto a poder disfrutar de un ambiente donde su organismo no se viese contagiado por la contaminación, no era algo de lo que pudiera disfrutar en la ciudad. Si iba a pasar meses por allí, su cuerpo debía acostumbrarse a su nueva manera de vivir.

La misma que ya había disfrutado en el pasado y durante muchos años.

Al llegar a una parte más frondosa, tuvo que elegir entre internarse en el bosque, o caminar cerca de la carretera. Sabía que a esas horas no pasarían muchos vehículos; Shelter Mountain no era un pueblo demasiado visitado, y mucho menos tan temprano. Solía animarse más cuando llegaba la hora del almuerzo, e incluso los fines de semana por las noches, pero tampoco lo suficiente como para correr el peligro de ser atropellado por una auténtica marabunta de automóviles si uno paseaba por las carreteras.

Aun así, tampoco quería dejarse ver desde el arcén. Sólo hacía falta que algún vecino montado en su furgoneta le avistase para que la noticia de su regreso cruzase el pueblo de punta a punta en cuestión de segundos. Y tendría suerte si el posible testigo de su vuelta no paraba el vehículo para saludarle, cortar su caminata e incluso para ofrecerse llevarle al pueblo para que todos pudieran disfrutar de su presencia.

Entonces, recordó el camino de tierra que Robert y él usaban cuando eran niños. Solían jugar a los cazadores, fingir, con improvisadas armas mal talladas en madera, que salían a atrapar animales salvajes que sólo existían en su imaginación. El escondido sendero era un lugar perfecto para sus juegos privados, en tiempos mejores, en los que sus máximas preocupaciones consistían en ser capaces de acabarse todas las verduras del almuerzo o terminar los deberes de la clase de la señora Graham, profesora de matemáticas.

A George no le costó demasiado hallar la ruta oculta. Mientras la cruzaba ni jugó ni disparó con una escopeta invisible a leones o tigres que existían sólo en la mente de su antiguo yo, del George infantil, que empezó a una edad temprana el mundo que luego, su forma adulta, expandiría hasta niveles terroríficos.

No jugó, pero disfrutó del paseo. Por primera vez en mucho tiempo se sentía bien, solo, perdido entre la maleza, en un lugar apartado del mundo. Una sensación que, probablemente, se repetiría mucho en cuanto volviese a abrazar los mejores recuerdos que tenía de Shelter Mountain.

Pero eso no significaba dejar de lado la otra cara del pasado. El rostro oscuro, abominable, blasfemo y tenebroso de su ayer. Días lejanos que se le acercarían a la cara a escupirle su odio por intentar olvidarlos. ¿Merecía la pena aguantarlos? ¿Revivirlos? ¿La novela merecía la pena? ¿Estar de nuevo cerca de Christine? ¿Recuperar su infancia? ¿Su amistad con Robert?

¿Volver a ser el que era lo merecía?

Como recordaba, cuando salió del bosque gracias al camino de tierra, encontró una vía rodeada de pinos que conducía a la gasolinera de Robert. Reconoció el establecimiento a lo lejos; había un par de coches repostando. Un chico extremadamente delgado llenaba los depósitos, muy atento a lo que hacía, mientras los dueños de los vehículos charlaban entre ellos.

Observó el cartel que coronaba la gasolinera. «La Caja de Raimi», rezaba. Así la había llamado el padre de Robert, su amigo, y de Carl, el hermano de éste.

Siempre le pareció un nombre extraño para un lugar como aquél. Cuando Robert y él eran adolescentes le preguntó por qué llevaba ese nombre. Era la época en la que su mejor amigo soñaba con salir del pueblo para vivir en la ciudad, estudiar para ser abogado y convertirse en un pez gordo que defendiese a gente culpable que le pagase bien. Un deseo que jamás se vio materializado, aunque la última vez que habló con él, no es que le importase demasiado, todo lo contrario.

Robert dudó antes de responderle. Esa noche no lo hizo.

Años después volvió a preguntárselo. Fue justo el día antes de casarse con Christine, mientras celebraban una despedida de soltero que incluía unas cuantas cervezas y una agradable charla entre amigos. Tampoco le contestó.

Al final se lo dijo, ocho meses atrás. Fue justo antes de irse del pueblo y dejar vacía la cabaña que había convertido en su hogar junto a Christine. Se lo contó como si fuese el último intento de retenerle en Shelter Mountain. La última balsa del Titanic. La última bala en la recámara mientras era rodeado por la policía durante el atraco a un banco. El último escudo intacto en su pelea contra el dragón.

El señor Raimi le había puesto ese nombre a la gasolinera en honor al propio Robert. Cuando éste apenas contaba con tres años, estaba obsesionado con una caja de herramientas de plástico, un juguete no demasiado caro que su progenitor le había comprado de oferta en una tienda en uno de sus pocos viajes a la ciudad. Vivía tan apegado a aquella divertida caja de herramientas que su padre siempre reía a carcajadas cada vez que le veía con ella.

Cuando le compró la gasolinera a la familia del viejo Tim, que murió en un accidente de coche provocado por él mismo, el nombre le llegó tan directo al cerebro como una bala. Lo tuvo claro desde el principio, pues siendo un hombre humilde como era, sabía que lo único que podría legar a sus retoños sería la gasolinera. ¿Y qué mejor que llevase el apellido de la familia?

«La Caja de Raimi». Era perfecto.

George rememoró la historia y cómo Robert se la había narrado con lágrimas en los ojos. El tanteo definitivo para lograr que su amigo se quedase en el pueblo, con él, a pesar de todo lo que había sufrido. Juntos lo superarían; conseguirían alzarse sobre la frustración, el odio, la rabia y la impotencia que les inundaba por la tragedia ocurrida.

Robert falló. Igual que el día en el que su hermano Carl se convirtió en el cura de Shelter Mountain, dejando la gasolinera sólo para él. En parte porque quería más a Dios que a su propia familia; en parte porque «La Caja de Raimi» no era para él; no era su caja de herramientas, sino la de su hermano.

—¿Puedo ayudarle?

El escritor se giró hacia el chico raquítico y alto como una espiga. Ya no había coches que atender, sólo estaba él, hipnotizado por el letrero del establecimiento.

—Estoy buscando a Robert —respondió George. El silencio que había adquirido la zona le sentó como una patada en el estómago. Seguía sin acostumbrarse a la sobrenatural quietud que podía adquirir la zona en cuestión de segundos.

—Está en la…

—¿George?

Al escuchar su nombre con un tono de voz que conocía muy bien, se volvió hacia la entrada de la gasolinera. Allí estaba Robert, con su expresión amigable en el rostro, sus expresivos ojos y su pelo desordenado, sin peinar, como siempre se enorgullecía de llevarlo.

—¿Georgie?

—La frente cada vez se te nota más —bromeó el escritor.

—Mira quién fue a hablar.

Ambos amigos se abrazaron con fuerza. Al retirarse se miraron como si para ellos nunca hubiera pasado el tiempo, como si jamás se hubiesen separado.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Robert sin dar crédito aún a quien tenía delante.

—Yo también me alegro de verte.

—Ya sabes a qué me refiero —Robert alzó una de las manos para callar a su amigo. Luego, se dirigió al chaval de extrema delgadez—. ¡John! Estamos en la parte de atrás, ¿te podrás ocupar de la tienda y los surtidores?

—No hay problema. ¿Hoy podré salir antes?

—Trato hecho, chico.

El joven sonrió como si le hubiese tocado la lotería. Robert invitó a su amigo a entrar en la tienda, luminosa, limpia y con un olor mucho mejor del que recordaba el escritor. Los cambios eran evidentes, y todos para mejor.

—¿Desde cuándo está este sitio así?

—Desde que te fuiste —explicó el mayor de los Raimi, atravesando la tienda seguido de su amigo. No tardaron en llegar al mostrador—. Conseguí algo de dinero extra trabajando duramente en el bar de Micah. Fueron días difíciles, pero pude adecentar esto, e incluso contratar a John.

—¿Le conozco de algo?

—Su madre es Jessica Quaid.

—¿Con la que intentaste salir un par de veces en el instituto? —George soltó una carcajada al recordar los infructuosos intentos de su amigo—. ¿Ahora cuidas a su crío? ¿O es que…?

—No es lo que estás pensado.

Robert se agachó tras el mostrador, sacó un par de pequeñas cajas de cartón con chicles en su interior y las abrió. Las situó estratégicamente justo al lado de la máquina registradora, no sin quitar antes las que ya estaban vacías.

—Tenemos que ponernos al día —afirmó el dueño de la Caja de Raimi.

Desanduvo el camino recorrido, seguido por George. Ambos salieron de nuevo al exterior, donde el joven John, apoyado en uno de los surtidores, tarareaba una pegadiza canción que el escritor recordó haber oído alguna vez en la radio, mientras recorría la ciudad con su coche.

—Vamos a la parte de atrás —Robert se pasó las manos por su mono de trabajo, dejándolo repleto de manchas de aceite. George, instintivamente, observó si le había manchado al abrazarle, pero no encontró nada de grasa; inmediatamente se insultó mentalmente al descubrirse todavía pensando como alguien que vivía en la ciudad, lejos de la suciedad, las camisetas salpicadas y los pantalones gastados.

Se dirigieron hacia el lateral izquierdo de la Caja de Raimi. No tardaron en alcanzar la parte trasera, donde un par de camionetas permanecían expectantes a que alguien acabase de arreglarlas.

—¿Es un taller? —preguntó George al divisar varias cajas de herramientas.

—Sí. Monté uno en cuanto el negocio fue mejor y —Robert sacudió la parte trasera de uno de los vehículos— deberías ver la cantidad de trabajo que tengo desde entonces.

—Parece que todo te ha ido muy bien.

—Fueron unos comienzos duros, ya lo sabes.

George lo sabía. Lo sabía muy bien; había estado en primera fila cuando la Caja de Raimi se convirtió en propiedad de su amigo. En su cruz, como él decía.

—Todo cambió cuando me puse las pilas —Robert pasó entre los dos coches en dirección a un enorme congelador que tenía pegado a la pared trasera del establecimiento—. ¿Quieres algo de beber?

—Ya no bebo.

Robert mostró un par de refrescos muy apetecibles.

—No pensaba darte cerveza —contestó con una sonrisa.

El escritor se sintió tan ridículo que no supo qué responder. Su amigo rompió el incómodo silencio, señalándole un par de sillas de plástico.

—Agárralas y sígueme.

Obedeció a su amigo instantáneamente. Se alejaron de las furgonetas a medio reparar hasta llegar a una apacible zona donde una hamaca, entre dos árboles, les esperaba. Justo al lado, los restos de una barbacoa les dieron la bienvenida.

—Repito, te ha ido muy bien —insistió George.

—Este es mi rincón de descanso —Robert mostró dónde podía dejar las sillas para que pudieran sentarse—. De vez en cuando hago alguna que otra barbacoa, para John y para mí, o para algunos de los del pueblo. Pete, Trevor, Sam… Los de siempre.

George esperó a que su amigo ocupase su sitio para imitarle. Agarró el refresco una vez fue abierto con un abrebotellas que llevaba Robert en uno de los bolsillos, y tomó un buen trago. El líquido helado le reconfortó; tanto el sol que se colaba entre las copas de los árboles como el suave piar de los pájaros acabaron el trabajo.

Durante un breve instante creyó estar en otro mundo. Uno lejos de la ciudad, de los habitantes de Shelter Mountain, de su editor, de la cabaña, de la novela a medio escribir, de su pasado, de la terrible pérdida que había sufrido. A mil kilómetros de su vida, de cualquier cosa que se pareciera a su existencia.

—Se está bien aquí, ¿eh? —Robert le trajo de vuelta.

El escritor asintió, pero no emitió ningún sonido. Cerró los ojos, se llevó nuevamente la bebida a los labios y se dejó llevar por ese otro mundo tan seductor.

—Nunca me he llegado a dormir aquí —prosiguió Robert—. Antes llegaba a caer rendido incluso en la iglesia. ¡Y creo que puedo volver a hacerlo! Pero aquí, detrás de la gasolinera, lo único que puedo hacer es relajarme. Nada más.

—Creo que sé de lo que hablas —respondió George. Si por él hubiera sido, se habría pasado el día allí, bebiendo, disfrutando del calor del sol y de la compañía de su añorado amigo, pero tenía asuntos que resolver, y una novela que acabar—. Tenemos que ponernos al

día. Así que… ¿Jessica Quaid?

Ambos rieron a carcajada limpia.

—Se divorció del gilipollas de Matt —explicó Robert—. Volvió de la ciudad ya separada de ese imbécil con ínfulas de conquistador del mundo. Vino con John, un buen chico que sólo necesita alguien que le dirija en la vida.

A George no le extrañó el tono con el que hablaba de Matt, capitán del equipo de fútbol del instituto cuando compartían clase, hacía siglos. Con él apenas se metía, pero a Robert, por alguna extraña razón, se la tenía jurada. Siempre pensó que era por el modo de mirar, o no, a Jessica. Por suerte, Robert no se solía dejar avasallar, a pesar de las protestas de su hermano Carl.

—¿Y lo contrataste?

—Está viviendo conmigo —Robert sonrió ante la expresión de sorpresa de su amigo—. ¿Qué? Ella volvió, salimos un par de noches y confió en mí cuando se fue a conseguir dinero.

—¿A conseguir dinero?

—Trabaja en un hotel. Sólo será durante unos pocos meses y, aunque tiene casa aquí en el pueblo, no se fiaba de dejar solo a John. Quiere conseguir algo de dinero para no tener que depender de nadie, y aquí no había trabajo en aquel momento.

—¿Qué hotel? ¿Alguno que conozca?

—El Overlook. Dicen que es estupendo en invierno.

Aunque asintió, a George no le sonaba de nada. Sonrió nuevamente al pensar en cómo su amigo había conseguido finalmente a la mujer por la que suspiraba en el instituto y a la que siempre creyó inalcanzable. Sabía que no lo admitiría abiertamente, pero era evidente que estaban juntos.

Se sintió feliz. Sí, ver a su mejor amigo con un trabajo que le iba bien, con una mujer estupenda, con un joven con el que poder ejercer de padre y, en definitiva, con sus sueños cumplidos, le provocó una agradable sensación de bienestar.

Aún quedaba pendiente un asunto que quizás no resultase tan satisfactorio, pero no pensaba sacarlo él. No, ya habría tiempo de encontrarse con el mismo cara a cara. Probablemente, y con su suerte, en el momento más inoportuno.

—¿Qué te ha hecho volver? —soltó de repente Robert.

—Un poco de todo. Mi editor insistió mucho cuando lo consideró adecuado, tengo una novela empezada y… —tomó otro trago de la refrescante bebida; las burbujas juguetearon con su lengua—. Supongo que hay demonios que exorcizar. Hay que seguir hacia delante, y la ciudad no era mi hogar. Me guste o no, Shelter Mountain es mi hogar; así lo consideraba Christine. ¿Dónde mejor para volver a escribir?

—Amén a todo eso —ambos chocaron sus botellas.

—También te echaba de menos, claro —aclaró el escritor.

—Nunca he tenido dudas de eso. ¿Cuándo volviste?

—Ayer, bastante temprano. Pasé el día arreglando la cabaña… —recordó que el generador de la vivienda estaba en perfectas condiciones—. Gracias por pasarte para echarle un vistazo.

—¿Cómo lo sabes?

—No creo que el sheriff Tolliver se pase demasiado a cuidar la cabaña, y menos por cómo acabamos la última vez que nos vimos.

—Pues sigue estando a cargo del pueblo —un pensamiento cruzó la mente de Robert—. Aún no has ido, ¿verdad?

George negó con la cabeza.

—Estoy tratando de retrasarlo, pero me hace falta comprar un par de cosas.

—Te puedo dar lo que necesites. Ni siquiera tendrás que pagar, mientras me pases la primera versión de esa novela y me invites a pasar por la cabaña.

Volvieron a entrechocar los botellines.

—Prometido —afirmó George.

—Supongo que ni siquiera has ido a visitar Mary.

—Tengo muchas cosas que hacer, sí —replicó el escritor con algo de cansancio en la voz. No le gustó que su amigo le recordarse todo lo que tendría que hacer, le gustase o no—. No creo que lo retrase más. No quiero ser como el horno de mi madre.

Robert no cogió la referencia. No tenía por qué hacerlo.

—¿Has ido al cementerio? —logró decir el dueño de la gasolinera.

No recibió ninguna respuesta, sólo un movimiento negativo de la cabeza de su acompañante. Un nuevo silencio se cernió sobre ellos, aunque más terrible, siniestro e

inquietante que el anterior. Un silencio que iba más allá de ser incómodo y que Robert deseó, instantáneamente, no haber creado.

Tenía muchas ganas de indagar en lo que pensaba su amigo, en lo que había hecho durante todos aquellos meses, alejado de Shelter Mountain, de su auténtica casa, pero sentía que sería faltarle al respeto si preguntaba demasiado durante la primera toma de contacto. Aunque tenía unas ansias irrefrenables de declararle que lo sentía, que aún después de tanto tiempo no dejaba de sentirlo.

Y que él también echaba de menos a Christine.

—¿Qué se cuece por el pueblo? Además de tu romance con Jessica Quaid —dijo George. Robert agradeció silenciosamente que él fuese quien diera el primer paso para hacer añicos aquella malsana falta de conversación.

—No quiero estropearte ninguna sorpresa, aunque ándate con ojo con una fan que se va a alegrar bastante de verte. ¿Recuerdas a Glory Fonter?

—¿La cría de Abe Fonter? Creía que se habían ido del pueblo.

—Pues volvió al poco de largarte tú y ya tiene poco de cría. No dejaba de preguntar por ti, de acosarme con preguntas e incluso de pasarse por la cabaña. Un buen día tuve que ponerme serio y dejarle claro que se alejase. Quiere ser escritora, y se va a volver loca cuando compruebe que has vuelto.

—Puede que tú y ella seáis mis únicos fans por aquí.

—Siempre podemos hacer una barbacoa con el sheriff Tolliver —Robert se tapó la boca al repasar lo que acababa de decir—. Quiero decir, no con él, sino para invitarle.

Resultó agradable para ambos poder reír sin rubor alguno y dejar atrás temas más desagradables y perturbadores.

Las siguientes dos horas pasaron volando entre sinceras carcajadas, cotilleos, conversaciones frívolas y recuerdos de tiempos en los que los dos eran más jóvenes y aún no habían comprobado la crueldad del mundo.

George fue quien se decidió a despedirse. Rechazó la oferta para almorzar, prometió a su amigo que le invitaría a la cabaña en cuanto lo hubiese arreglado todo y encaminó sus pasos de regreso a casa.

3

Su idea inicial era llegar a la vivienda e intentar escribir un poco antes de almorzar. Ya tendría toda la tarde para acercarse al pueblo a saludar a Mary y comprar lo que necesitaba para vivir cómodamente: la comida, la bombona para calentar el agua de la ducha, las bolsas de hielo para el congelador del sótano y productos de limpieza.

El primer error que cometió fue pasearse por el lado contrario del bosque por el que había llegado a la gasolinera de Robert Raimi. Ni siquiera lo pensó, simplemente, cruzó la carretera, encantado con la idea de sortear troncos, apartar helechos y escuchar más de cerca el trinar de los pájaros.

Al darse cuenta de que tendría que pasar de nuevo a la otra parte de la carretera si no quería llegar directamente al corazón de Shelter Mountain, se dio prisa. Justo cuando llegó a la vía, se dio de bruces con el cartel que guardaba el camino que iba directo al lago.

El lugar favorito de su mujer estaba allí. Se encontraba tan cerca que ya creía poder oler la tierra mojada por las frías olas de la inmensidad transparente que a Christine le encantaba contemplar. Se detuvo un instante a pensar qué haría y decidió, finalmente, dirigirse al lago; no iba a tener una oportunidad mejor. Seguramente, si tuviese que ir expresamente, acabaría por olvidarlo.

Demasiados recuerdos buenos podrían abrir heridas casi cicatrizadas.

Sin embargo, estaba allí, justo al lado y, ¿no era esa una de las razones para regresar? ¿No quería recuperar su vida, dejar atrás el dolor y abrazar lo que le esperaba en el futuro? Un futuro donde volvía a escribir, a vivir en su cabaña y a compartir agradables conversaciones con su mejor amigo.

Antes de que su mente le diera más vueltas al tema, tomó las riendas de su cuerpo, y lo llevó de camino al lago. La senda seguía tal y como la recordaba, no demasiado cuidada pero bien visible para cualquiera que quisiera llegar. Los árboles de su alrededor le reconocieron en silencio; George se sintió observado, no de manera furtiva y amenazante, sino con interés y discreto júbilo. El escritor empujó hacia dentro la oleada de recuerdos que intentaba derramarse en su mente; quería reservar aquel torrente para cuando llegase.

No tardó demasiado. Tras dejar atrás un par de enormes pinos, que actuaban a modo de centinelas permitiendo el paso, pudo contemplar la masa de agua que se extendía ante sus ojos y ocupaba hasta donde alcanzaba su vista.

Dio un par de pasos más hasta que sus pies se encontraron a dos metros del agua. A lo lejos, en la parte izquierda del lago, pudo contemplar algunas edificaciones que ya pertenecían al pueblo. A la derecha, los restos de un antiguo campamento de verano, cerrado hacía ya mucho, se recortaban sobre el horizonte, dándole una estampa bucólica que a cualquier pintor le habría resultado inspiradora.

George buscó un buen lugar para sentarse. Las piedras solían abundar donde se encontraba, pero tuvo suerte y encontró una pequeña parcela de hierba sobre la que su trasero se acomodó. Recogió un poco las piernas, situó sus brazos sobre las rodillas e inspiró con fuerza, sintiendo que sus pulmones se estaban acostumbrando con bastante velocidad al paraje natural en el que viviría durante una larga temporada, quizás por el resto de su vida.

No escuchaba nada salvo el rumor de las insignificantes olas. Ni coches, ni gente, ni animales… Nada, absolutamente nada.

Rememoró los momentos en la parte trasera de la Caja de Raimi, con su actual propietario. Incluso allí, durante ese breve y maravilloso instante en el que cerró los ojos, escuchaba a su amigo y bebía un refresco, los sonidos estaban presentes; pero allí no. En ese momento, estaba solo en el mundo.

Solo de verdad.

Sintió una punzada de nostalgia al mirar hacia su derecha y no hallar a nadie. Allí tendría que haber estado Christine. Allí era donde se sentaba junto a él, a mirar el lago, ya fuese al amanecer, por la tarde o por la noche. Era su lugar favorito, su puerta abierta hacia la paz, un concepto que muy poca gente entendía.

—¿Te vienes, Cachorro?

George vio al recuerdo de su esposa quitándose la ropa lenta y sensualmente, iluminada tan solo por la luna. Luego, se dejó caer en los brazos del lago, que la recibió con su habitual quietud. Sonrió al ver a su mujer provocándolo para que la siguiese, algo que hizo minutos después, sin poder aguantar la excitación.

—¡Está perfecta! —exclamó el George de sus recuerdos, claramente sorprendido. No tardó en alcanzar a Christine y abrazar su cuerpo desnudo—. ¿No tienes miedo?

—¿De qué?

—Estamos en un profundo lago, de noche y todo está oscuro.

—Contigo nunca tengo miedo.

—¿Por lo que escribo?

—En parte —Christine soltó una risita que dejaba entrever la verdad en sus palabras—. En parte, porque eres tú.

Ambos se besaron. Hicieron el amor en el agua, después sobre las piedras de la orilla y más tarde en casa.

George dejó que sus recuerdos descansasen. La luz del día regresó. La terrible realidad de su vida volvió.

Christine ya no estaba.

Sus ojos volvieron a fijarse en el campamento abandonado. Su memoria le contó que iba a ir a él a los nueve años, justo cuando tuvo lugar el accidente: un niño se ahogó debido a unos monitores negligentes.

El campamento cerró antes de que tuviera ocasión de poner un solo pie en él. Aunque se disgustó bastante, su madre le asustó lo suficiente con leyendas que corrían sobre el lugar como para que se le quitasen las ganas de ir. Leyendas que, años más tarde, le inspiraron para escribir un par de libros.

Su madre. Le enseñó a pescar allí mismo, en el lago. A usar el cebo adecuado, a lanzar la caña, a colocar el hilo para pescar y a tener paciencia. Una palabra que le había ayudado tanto en su vida que a veces pensaba en usarla como título de alguna de sus obras.

Paciencia. Paciencia. Paciencia.

Si reflexionaba sobre lo que había conseguido gracias a ella, debía admitir que poseía cierta gracia. Un macabro chiste que sólo él entendía; como un payaso muerto o un funeral con un ataúd de vivos colores.

Su padre ayudó a reafirmar aquella paciencia que le mostró su madre. Su padre, quien se lo llevó de caza, aunque antes le instruyó en el uso de armas. Nunca podría olvidar los primeros días en los que disparó con un rifle a troncos muertos, estratégicamente situados por su progenitor en la parte trasera de la cabaña de Mike Clemens, tan amigo de la familia que para él era prácticamente un tío.

Sacó mejor puntuación que los dos adultos, pero no le gustaban las armas. El estruendo, el olor a pólvora, el temblor del rifle en sus manos al disparar su mortal carga… Había probado y decidido que las aborrecía, como el brócoli cuando era pequeño. Tenía cierta gracia, porque el brócoli le acabó encantando.

La vida estaba llena de ironías.

Reginald Campbell tuvo claro que no iba a dejar que su retoño se quedase sin cazar. Mike no dijo nada, aunque George siempre tuvo la sensación de que, si no hubiese sido por su magnífica puntería, habría terminado riéndose de él.

¿Un chico de pueblo con esa destreza y no la aprovechaba para asesinar ciervos?

Al día siguiente, su padre le llevó a la parte más profunda de los bosques de Shelter Mountain. Iban sin armas, pero con todo el equipamiento para cazar. George no hizo preguntas hasta que, después de un par de horas internándose en la espesura, su padre se volvió hacia él con un dedo sobre sus labios, pidiendo silencio.

El joven vio al cervatillo a unos metros de donde estaban, confundido con la maleza. Su padre, ante su sorpresa, se fue acercando al animal, poco a poco, tan sigiloso como una serpiente. Cuando estaba a punto de dar un par de pasos y poder tocarlo, cervatillo se escabulló al escuchar una rama rompiéndose a lo lejos.

George creyó que su padre se enfadaría. Tendría que explicarle que él no había tenido la culpa. Sin embargo, Reginald Campbell se giró hacia él con una amplia sonrisa.

—¿Ves? No hace falta matar a la presa.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó George, emocionado al ver que no iba a recibir ningún castigo, sino todo lo contrario.

—Con paciencia, George. Hay que saber esperar. No sólo con los cervatillos, sino con la vida —Reginald acarició la cabeza de su hijo—. ¿Te ha gustado? ¿O dejamos lo de cazar por imposible?

El chico negó con la cabeza, aliviado. Estaba encantado con no tener que matar a ningún animal y poder observarlos, disfrutar de ellos. Era gratificante sentir que podía verlos sin que ellos reparasen en él.

Mucho más agradable que los disparos, las balas impactando y la sangre volando.

—Pues mañana, si quieres, podemos volver —declaró Reginald Campbell.

Y volvieron. Y repitieron.

Y él tuvo paciencia. También con Christine, a la que conocía desde que era una niña. Crecieron juntos, y tuvo paciencia. Supo esperar el momento adecuado.

Pero Christine ya no estaba.

El escritor se volvió hacia la espesura. El bosque conocía las razones por las que Christine ya no estaba.

Y, en lo más profundo, George tenía su lugar especial.

4

Una vez se hubo hartado de sufrir por su buena memoria, se internó en la maleza. Su destino no era la carretera, ni la vuelta a su hogar, sino un sitio que debía visitar. Tras recordar a Christine en su lugar especial, cada una de las células de su cuerpo chillaba para que fuese a esa parte del bosque, un pedacito de secreto que escondía para su disfrute personal.

No tuvo que andar mucho, pero sí moverse con cuidado entre los árboles, pues su lugar especial estaba escondido. Sonrió amargamente al captar lo gracioso que era que para su mujer, luminosa, cálida y alegre, el lago fuese tan importante y, en cambio, para él resultase serlo aquel trozo de Shelter Mountain; retirado, oculto, oscuro y desconocido por todos.

El día de las ironías.

Agradeció silenciosamente que las marcas que dejó en el pasado en algunos troncos no se hubiesen borrado. Las siguió sin prisas, pero sin desviarse un solo milímetro. Si no lograba encontrar su lugar especial mediante las señales, lo seguiría buscando aunque le llevase todo el día, toda la semana, e incluso todo el mes.

Lo requería en ese momento más que intentar escribir de nuevo.

Sólo había una cosa que necesitase más, pero no iba a volver con él.

La última marca le condujo hasta una zona repleta de helechos, malas hierbas y arbustos que impedían el paso. Echó en falta unos guantes de trabajo cuando comenzó a retirar obstáculos de su camino; lo hizo con cuidado, para que, cuando se fuese, estuviese todo lo suficientemente camuflado como para que continuase siendo su espacio privado, su secreto más personal.

Una vez se abrió camino, los vio.

Cinco montículos de tierra.

Cualquier persona los hubiera tomado por cinco agrupaciones de tierra sin ton ni son. Cualquier persona que los encontrase, por supuesto. Quizás un cazador, o un turista investigando el bosque, o uno de los vecinos del pueblo dando un paseo demasiado largo; cualquiera habría pensado que era tierra removida por las lluvias, o por animales.

Él sabía la verdad.

Para cerciorarse, investigó un árbol cercano; aunque el tiempo y las inclemencias la habían borrado parcialmente, supo reconocer la mancha de sangre. A veces pensaba que era lo único que le quedaba.

Se alzó ante los cinco montones de tierra. Una sensación amarga golpeó su estómago. No tardó en sustituirla un torrente de furia, adrenalina que desapareció cuando una emoción, parecida a la alegría y la satisfacción, se hizo hueco. Eran tantas las razones que la provocaban que creyó volverse loco durante un instante.

Podría haber aguantado las ganas de vaciar la vejiga hasta llegar a casa, pero prefería mandar un último mensaje.

Bajó la cremallera. No dudó en esparcir, de manera desordenada, el fluido amarillento sobre los cinco montículos. Cuando se quedó totalmente vacío subió la cremallera del pantalón y se fue.

En ese momento, todas sus emociones volaron.

No sentía nada.

5

No tardó en salir del bosque. Una vez volvió a tener el sol sobre su cabeza y sus rayos en su rostro, se encontró mejor, mucho mejor. Caminar hasta dejar atrás su oscuro secreto, los

esqueletos que escondía en su particular armario de tierra, le sirvió para olvidar y centrarse en el hambre que, de repente, comenzó a atosigarle.

A pesar de los ruidos de su estómago, sus pasos eran lentos, tranquilos, como si necesitase disfrutar del espacio que separaba su casa del lago. La calmada caminata le sirvió para apartar por completo de su mente todos los recuerdos, tanto los buenos como los malos, aunque sabía que se dirigía a un lugar donde abundaban ambos. Pero, al menos, era su hogar, algo que no eran ni el bosque ni el lago.

En cuanto llegó a la cabaña, sintió la imperiosa necesidad de ducharse. El calor y el esfuerzo físico de andar durante tanto rato le habían hecho sudar. Notaba que la piel le quemaba; cuán diferentes eran allí las cosas con respecto a la ciudad, donde los vehículos evitaban el uso de las piernas y el sol no pegaba con tanta fuerza. Y, si lo hacía, siempre se podía encontrar un lugar donde guarecerse.

Lo que no quería decir que no estuviera a gusto. Todo lo contrario.

Mientras se quitaba la ropa, recordó que seguía sin agua caliente. No le importó; le sentaría bien una ducha fría que le calmase la piel.

Tal y como pensaba, pasar un rato bajo un grifo que escupía agua helada le supo tan bien que, al salir, se sintió tentado de acostarse un rato. Nuevos gruñidos emitidos por su barriga le dejaron claro que antes debía almorzar.

La falta de una bombona para el calentador no le molestó, pero comprobar que seguía teniendo el frigorífico prácticamente vacío, sí. Le enfadó tanto que golpeó la puerta del electrodoméstico varias veces, como si eso fuese a activar un mecanismo oculto que lo llenase de comida al instante; no ocurrió nada, por supuesto.

Se sintió estúpido al reflexionar sobre la carencia de alimentos. No había más culpable que él, que llevaba día y medio en Shelter Mountain y se negaba a pasar por el corazón del pueblo, donde sus vecinos le esperaban, aunque sin saberlo. Deseaba evitar sus miradas acusadoras, los murmullos que le sentenciarían y los comentarios más propios de un juez que de personas que le habían visto crecer junto a sus propios hijos.

Comió lo poco que encontró, sabiendo que o bien se enfrentaba a los habitantes del pueblo, o se desplazaba mucho más de lo que quería para aprovisionarse bien. No es que no pudiera hacerlo pero, ¿y cuando las lluvias hicieran imposible que su coche lograse cruzar por los caminos de tierra? Siempre cabía la posibilidad de llenar el vehículo hasta los topes, pero tampoco era muy grande; necesitaba un lugar al que poder ir en cortos períodos de tiempo.

Almorzó de mal humor. No lavó los platos, sino que los dejó en la pila, para cuando tuviese más ganas. Sólo le apetecía tumbarse en el sofá del salón y echarse una buena siesta; con suerte, quizás se levantaría demasiado tarde como para ir al pueblo, y tendría que esperar al día siguiente.

Aunque al principio su cuerpo recibió con ganas la calidez del descanso, no logró cerrar los ojos y caer rendido. Sentía que su organismo lo necesitaba, pero no lo conseguía, como si hubiese algo en la casa que le pusiera nervioso. No era el sofá, que había usado tanto que era como un viejo amigo.

Encendió el televisor, pero ni con el programa más aburrido alcanzó el sueño. Apagó el aparato, a la vez que se sentaba en el borde del sofá. Se pasó las manos por el cuello, por la cara y por la frente. Percibió su propio agobio en el ambiente. Observó la parte de la casa en la que se encontraba; era normal que se sintiera nervioso, intranquilo e incluso incómodo. Sólo llevaba día y medio allí, tras ocho meses sin ni siquiera acercarse, después de lo ocurrido.

No sólo era normal que la cabaña le produjese sentimientos contradictorios. Pero, al fin y al cabo, era su hogar, y estaba más que dispuesto a recuperarlo. Y si debía enfrentarse a sus demonios de lenguas viperinas y ojos airados, lo haría. No encantado, pero lo haría; después de todo, no podía pasarse la vida allí encerrado y, si había vuelto para quedarse de forma definitiva, o al menos durante mucho tiempo, tendría que pasarse por el pueblo a saludar a Mary.

—No hay escapatoria —dijo en voz alta. Escucharse le resultó irreal, extraño, como si no esperase oír absolutamente ninguna conversación en la cabaña por nunca jamás.

Se intentó decir nuevamente que eran los nervios. Los malos recuerdos por lo que había sucedido. La angustia por saber que estaba en el lugar en el que todo comenzó, en el que su vida perdió el significado.

No quiso darle más vueltas. Se acostumbraría. Lograría hacerse de nuevo con su casa. Recuperaría el hogar de Christine, tal y como ella habría querido.

Para eso tendría que regresar al corazón de Shelter Mountain.

Y no iba a ser agradable.

6

George comenzó a arrepentirse en cuanto se encontró con las manos encima del volante del coche. Ni siquiera había metido la llave para arrancar el vehículo y le temblaba todo el cuerpo. Antes de poder pensárselo mejor, puso en funcionamiento el automóvil y se alejó de la cabaña.

Mientras recorría la carretera en dirección al pueblo, deseó que la mayoría de los vecinos estuviese en sus casas. La hora no era la más propicia para que se encontrasen por las calles, especialmente después de comer, cuando muchos de ellos permanecían en sus hogares tomando café alrededor del televisor.

O así lo recordaba.

En cuanto enfiló la calle principal, el vehículo llamó la atención de una mujer y un hombre de mediana edad que paseaban con tranquilidad.

—No os giréis, no os giréis —masculló George.

Como si le hubiesen oído, la pareja se volvió. Sus miradas curiosas se tornaron sorprendidas al reconocer al escritor.

—Genial. Y acabo de llegar —rezongó.

La mujer le sonaba de algo. No recordó que era la señora Winters hasta que tomó la calle de la derecha, en dirección al supermercado. La chismosa de Marla Winters, capaz de enterarse de que sus vecinos acababan de limpiar debajo de la cama antes de que ellos mismos lo supieran.

El pueblo se iba a enterar de su presencia en cuestión de segundos.

Disminuyó la velocidad. Sonrió al observar la carpintería del señor Jones, quien seguía llevándola, según pudo comprobar por la robusta y familiar figura que distinguió dentro del establecimiento. Recordó los tacos de madera que solía comprar con Christine, y que luego tallaban juntos, dándoles formas de animales para el hijo que pensaban tener.

A George le pareció que había pasado un siglo desde todo aquello. Si se paraba a meditar, en realidad, sentía que llevaba años fuera de Shelter Mountain, aunque sólo se había mantenido alejado ocho meses. Ocho largos meses, sin contar los cuatro meses previos que permaneció encerrado en la cabaña.

Tenía un trabajo que hacer por entonces, era para lo único que merecía la pena abandonar la casa.

Dejó atrás la cafetería de Grace, donde había pasado innumerables tardes tonteando con Christine antes de tener el valor de pedirle que saliera con él. Los batidos de chocolate de Grace estaban tan buenos que, una vez probados, todos los demás eran una basura; daba igual donde los hicieran, si no era Grace la encargada de ello.

Le sorprendió ver tras el mostrador a Billy, el hijo de Grace. La mujer jamás dejó una sola vez el mostrador en manos de otra persona, aunque fuese de su propia familia; ni siquiera cuando estaba enferma o en días de fiesta.

Algo debía de haber ocurrido.

Sus ojos se clavaron en la pastelería de la familia Gunn, cuyos miembros, según le contó su abuelo, llevaban en el pueblo más de cien años, durante los cuales, todos se habían dedicado a la elaboración de pasteles, tartas y dulces artesanales. Siendo él niño, ése era el primer sitio que visitaba en cuanto su abuelo le daba algo de calderilla.

Al fin, avistó las puertas del supermercado, construido cinco años atrás por el egocéntrico Charles Weber, empresario que se dedicaba a abrir lugares como aquél en cada pueblo que

visitaba. No es que fuese malo, por supuesto; el supermercado había dado empleo a un buen número de vecinos, por no hablar del servicio que prestaba a la comunidad, pero todo había supuesto el fin de algunas tiendas más pequeñas.

Comercios humildes, llevados por familias que vivían en Shelter Mountain desde mucho antes de que Weber siquiera se fijase en el pueblo, habían acabado cerrando. A pesar de ello, dichas familias no se marcharon; siempre acababan encontrando un trabajo con el que permanecer en su hogar.

El escritor siempre había supuesto que era difícil deshacerse de Shelter Mountain. Quizás, con algo de suerte, podías irte para siempre, pero nunca te lo quitabas de la sangre, del organismo, como una enfermedad genética, o un amor profundo, enraizado en la misma alma.

George aparcó justo frente al supermercado. Maldijo al no pensar en escribir una lista de lo que necesitaba; de nuevo, los nervios le habían jugado una mala pasada. Sus pensamientos se vieron interrumpidos por varias figuras que divisó en su retrovisor, personas que se detenían en la calle para observarle en la distancia, a la vez que cuchicheaban, posiblemente sobre él.

Giró la cabeza hacia la izquierda, en dirección a las puertas del supermercado. Varias sombras se movieron dentro; seguramente, gente que acababa de reconocerle Y no, no se emocionaban porque fuese un escritor más o menos famoso, sino porque era George Campbell, hijo de Reginald Campbell, viudo de Christine Simmons, una de las mujeres más queridas de la comunidad.

—¿George?

En la ventanilla del lado del copiloto se dibujó la cara de Norman Rockwell, uno de los mineros de la zona. La expresión de su rostro, mezcla de confusión y asombro, se contrajo, produciendo una mueca que casi hizo reír al escritor.

—Buenas tardes, señor Rockwell.

No esperó a que contestase. El público comenzaba a arremolinarse alrededor del vehículo, como si fuesen zombis en una mala película de terror, así que dio marcha atrás y, cuando estaba lo suficientemente alejado, hizo que el coche tomase otra dirección.

George intentó respirar con normalidad. Las manos le temblaban.

Pensó que ir primero a casa de Mary Simmons, madre de Christine, quizás le aliviaría.

7

Durante el camino hacia la vivienda de su suegra no dejó de percibir las miradas de las personas que veían su vehículo. Notó que la mayoría de los vecinos gesticulaban sorprendidos por su presencia y que ya algunos entornaban sus ojos de manera inquisidora; probablemente, si se hubiese parado, los habría descubierto murmurando, susurrando y mascullando sobre su persona. Ya podía imaginarse lo que estarían diciendo acerca de su regreso:

«Es George. Ha regresado».

«El escritor. El que estaba casado con la encantadora Christine Simmons».

«¿Cómo ha sido capaz de volver aquí?».

«¿Sabéis lo que hizo? Por eso se fue».

«¿Fue él?».

«Él. Él. Fue él».

«Asesino».

Reconoció al instante la zona del pueblo donde vivía la mayoría de sus habitantes, una serie de calles y carreteras donde se distribuían los cálidos hogares de personas que, en muchos casos, les habían conocido tanto a Christine como a él de manera muy cercana. No es que la zona comercial careciera de viviendas, pero lo más normal en Shelter Mountain era habitar por donde estaba conduciendo en ese mismo instante.

A la gente del pueblo donde había crecido le gustaba enorgullecerse de mantenerse siempre unida. Tanto para lo bueno, como para lo malo.

Incluso aunque tengan que destrozar a alguien, pensó George con una mezcla de malsana diversión y amargura.

Divisó la casa de los Simmons a unos metros de donde se encontraba. Condujo con cuidado, agradeciendo mentalmente al mismo tiempo que no hubiese nadie más por las calles próximas en ese momento. Lo último que quería era meter a Mary en una vorágine de comentarios y chismes durante su reencuentro. El momento era exclusivo para ellos, y ellos solos debían disfrutarlo.

Le debía mucho a aquella mujer. Y no sólo por haber dado luz a la razón de su existencia.

Enfiló el coche hacia el aparcamiento que tenían los Simmons justo a un lado de la cuidada zona verde parcialmente cubierta con varias baldosas de cemento que serpenteaban hacia el porche de la casa. El escritor esperó dentro del vehículo para comprobar si Mary había oído el motor; también quería averiguar si algún vecino chismoso saldría de su vivienda para vigilarle, pero no ocurrió nada, así que decidió abandonar su asiento.

Ni siquiera echó el seguro al automóvil. Allí en Shelter Mountain no se producían robos; el sheriff y sus ayudantes sólo servían para atajar discusiones entre borrachos, escandalosas juergas juveniles y vigilar a los cazadores furtivos. Nada más.

No, allí en el corazón del pueblo nunca ocurría nada malo. Pero en sus alrededores la historia era bien diferente.

Él lo sabía por experiencia. Lo sabía por…

Abrió los ojos sorprendido por la presencia de una pequeña figura en los escalones que llevaban al porche. Un gato de pelo anaranjado y ojos verdosos le observaba con atención.

—¿Jonesy? —masculló George.

El animal maulló como si le estuviera contestando. El escritor, sorprendido pero feliz por su presencia, se aproximó y empezó a acariciarlo, a lo que el gato respondió ronroneando sonoramente.

—¿Qué haces aquí? —el hombre acercó su rostro al felino, que se lo lamió con fruición—. ¿Te ha avisado la señora Winters?

El gato contestó con más sonidos de placer.

George nunca supo a quién pertenecía Jonesy, como le pasaba a los vecinos de Shelter Mountain. Todos se habían encontrado con él, todos lo acariciaban cada vez que se dejaba, pero nadie podía dar un detalle exacto sobre la procedencia del animal, aunque muchos lo intentaban, dando lugar a historias inverosímiles que llenaban las horas muertas los viernes por la noche en el bar de McCool.

Era el gato del pueblo, así fue apodado con el tiempo. Aunque todos sabían que sentía predilección por una persona: Christine Simmons.

El escritor recordó que, todos los martes, Jonesy aparecía en la puerta de la cabaña. Su esposa le daba de comer, lo acariciaba hasta que el animal se quedaba dormido entre sus brazos y luego jugaba con él hasta que éste necesitaba beber agua como si no hubiese un mañana.

Todos los martes se repetía la misma operación, hasta llegar a cambiar planes de día a causa de la presencia del minino. George aprendió a tragarse sus estúpidos celos que surgieron los primeros meses, y también a confraternizar con el animal, hasta que no era raro verle jugando con él en lugar de Christine.

Rememoró con cariño el momento en el que Jonesy se quedó adherido a sus recuerdos para el resto de su vida. Fue al volver del cementerio, el primer día que lo visitaba, cuando ya no estaba su mujer. Encontró al gato esperándole en la puerta de la cabaña; había llovido ese día, y estaba empapado.

George se lo quedó mirando. No sabía cuánto tiempo llevaba allí, y las razones de su presencia se le escapaban, pues no era martes, y Christine ya no estaba. Creía que en cuanto el animal comprobase que la mujer no volvería, él tampoco regresaría a la cabaña.

Pero allí se encontraba. Mirándole, no con ojos lastimeros, sino con decisión, como si supiera que él no le necesitaba para comer, beber, o dormir en un sitio cálido, sino que era al revés; era el escritor quien le requería.

Lo dejó entrar en su hogar. Encendió la chimenea y se quedó allí en el sofá, con el gato al lado, calentándose ambos en el fuego. Haciéndose compañía, recordando al ser querido que ambos habían perdido.

No lo volvió a ver hasta que se fue del pueblo.

—Me alegro de verte —susurró George al gato.

De repente, la puerta de la casa se abrió. Jonesy salió corriendo, no por miedo, ¿quizás para dejar solo al hombre con quien acababa de aparecer?

—George Campbell —anunció Mary Simmons—, ven aquí y dame el mejor abrazo que te hayas estado guardando estos ocho meses.

El escritor obedeció a la mujer, robusta, de brazos fuertes que casi le arrancaron todo el aire de los pulmones. Aunque le hubiese ahogado, se habría sentido inmensamente feliz de volver a ver a Mary Simmons, tan dulce como un terrón de azúcar y tan fuerte como una piedra.

—¿Cuánto llevas ahí fuera? —preguntó la anciana, que se mantenía en una forma física que George envidió al instante.

—Estaba recibiendo la bienvenida de nuestro amigo.

—Ese gato… no deja de rondar por aquí. Robert me dijo hace un par de meses que se lo encontró varias veces por tu cabaña —Mary sonrió. Observó al escritor de arriba abajo, sacándole una rápida radiografía—. ¿Quieres entrar? Espero que no le niegues el gusto a una anciana.

George dejó escapar una leve carcajada. Mary siempre le hacía reír, por más enfadado, meditabundo o entristecido que estuviera. Era algo que nunca cambiaría, por más que sufriesen ambos.

—A eso he venido —respondió.

La anciana sonrió. George se adelantó para empujar la puerta y dejar pasar a la mujer, que accedió tras asentir con la cabeza, agradeciendo la educación mostrada. Una vez estuvieron dentro, un olor familiar invadió las fosas nasales de George, trayéndole recuerdos de una vida mejor; una existencia repleta de charlas agradables con el padre de Christine, los asados de Mary, un café después del opíparo banquete y las miradas cómplices de su esposa desde el otro lado del salón. Un dulce aroma repleto de buenos recuerdos, eso fue lo que encontró, y la visión de un hogar que no había cambiado nada desde la última vez que lo pisó.

—No pareces sorprendida de verme —observó George.

—La señora Winters me llamó hace unos minutos —Mary sonrió al ver el gesto divertido del escritor—. Sí, ya sé lo que vas a decirme, pero la pobre no tiene nada con lo que entretenerse.

—Nunca lo ha tenido, a pesar de que una familia la espera en casa.

George observó la larga escalera que conducía a la segunda planta de la casa. Creyó ver a Christine, con dieciocho años, esperándole arriba, encantada de poder pasar una noche con él aprovechando que sus padres no estaban.

Luego, encaminó sus pies hacia el salón, aprovechando el silencio levantado por su último comentario, que le recordó a Mary, sin quererlo, que ya hacía tiempo que permanecía sola en aquella casa que guardaba tantos buenos momentos.

La estancia estaba exactamente igual que la última vez que el escritor estuvo en ella, hacía poco menos de un año. Un sofá exageradamente grande, un par de sillones, una mesa y un televisor demasiado moderno para la decoración que campaba a sus anchas, consistente en un par de muebles algo estropeados por el paso del tiempo y una colección de figuras de porcelana en uno de ellos.

—George, ¿estás bien?

El hombre se giró hacia la voz de Mary, quien le había pillado ensimismado. En realidad, estaba rememorando el momento en el que Christine y él habían comprado el televisor para sustituir el antiguo, que apenas funcionaba correctamente.

—Sí, estoy bien, ¿por qué lo dices?

De repente, se dio cuenta de que las manos le temblaban. Se las apretó, creyendo que era por el frío, pero seguían tiritando; no era la temperatura la culpable.

—¿Quieres un poco de té relajante? —le ofreció Mary.

—No me vendría mal —respondió. En cuanto la anciana se internó en la cocina, se sentó en uno de los sillones, intentando calmarse. Su mano quiso lanzarse hacia el sofá, en busca de Christine, pero allí no había nadie que le devolviese el gesto.

Mary no tardó en salir de la cocina. Llevaba las dos tazas y la tetera ardiente en una bandeja con adornos florales. La dejó sobre la mesa y corrió a coger el azucarero en cuanto vio que se le había olvidado. Una vez lo tuvo, echó cuatro cucharadas en el recipiente de George; después, vertió el té caliente.

—Mejor —declaró el escritor en cuanto hubo tomado un par de sorbos, a pesar de que

estaba ardiendo. Las manos le habían dejado de temblar, pero supuso que era porque estaban concentradas en el ardor que despedía la bebida.

—Me alegro. Eran cuatro cucharadas, ¿verdad?

—Sabes cómo cuidarme, Mary —agradeció George.

—Puedo olvidarme el azucarero en la cocina, pero no de la cantidad de azúcar —Mary repitió la operación con su propia taza, aunque sin hacer tan dulce su té.

Se mantuvieron en silencio un rato en el que George dejó que su organismo disfrutase del agradable sabor, del dulzor y de la calidez del líquido, mientras Mary hacía lo mismo con la compañía del hombre al que había amado su hija. No sólo agradecía tener compañía, sino que fuese la suya, y en silencio. Su marido y su pequeña nunca lograban estar así, pero con George era diferente; tranquilo, sosegado y sereno.

Por eso le extrañaba verlo tan nervioso.

—¿Te han dicho algo? —preguntó Mary.

—He saludado a Norman Rockwell cuando estaba a punto de entrar en el supermercado. Yo lo he saludado; él se ha quedado mirándome como si fuese un fantasma —George sonrió al recordarlo—. Pero me ha visto gente. Mi regreso será ahora mismo la noticia estrella.

—Me alegra que no te hayan dicho nada —confesó Mary, aunque sabía que, tarde o temprano, el hombre tendría que pasar por una larga lista de acusaciones, murmuradas o escupidas a su cara.

—No me preocupa lo que digan, sino que metan a Christine en todo esto. No he venido para ser acosado —se explicó el escritor—. Tener a todo el pueblo en contra no es agradable. Siento que, en parte, lo hayas sufrido.

—Siempre has sido de la familia. No he sufrido nada. Todos han sido muy amables, aunque supongo que fue a causa de la muerte de Edgar —la anciana se volvió hacia una de las fotografías enmarcadas del mueble más cercano. Allí, en la instantánea, estaba su marido, junto a ella, varios años más joven y con una sonrisa de oreja a oreja—. Incluso de las desgracias se puede sacar algo bueno.

—Tendré que acostumbrarme, sólo es eso. Acabo de llegar y en la ciudad todo el mundo me dejaba en paz —explicó, tratando de omitir que apenas salía de su apartamento—. Nadie me miraba como si fuese un asesino en serie, ni cuando me giraba encontraba a personas que me habían visto crecer hablando de mí como si fuese un monstruo o, peor aún, con el nombre de tu hija en sus acusaciones.

Mary entendió perfectamente lo que decía. Ella se había sentido así el poco tiempo que pasó desde que el escritor se fue hasta que su marido murió. Poco tiempo, pero muy duro, especialmente después de perder a las dos personas con las que creía que compartiría los últimos años de vida que le debían quedar.

—¿Cuándo volviste?

—Ayer por la mañana, muy temprano —George no se disculpó por no haberla ido a visitar antes. Mary Simmons eran tan comprensiva que, en caso de sentirlo, le haría un segundo té para calmar su pesar—. Estuve arreglándolo todo, en la cabaña, quiero decir.

—¿Te vas a quedar una temporada?

—Eso pretendo, aunque en realidad creo que me quedaré para siempre.

Mary sonrió. Le gustaba mucho la idea. La hizo feliz por primera vez en muchos meses.

—Esta mañana fui a ver a Robert —prosiguió el escritor.

—Te echaba mucho de menos —afirmó la anciana.

—Y yo a él —George lo dijo con toda la sinceridad de la que era capaz—. Me alegra mucho que le esté yendo tan bien con la Caja de Raimi. Es curioso, pero siempre creyó que, si se quedaba en el pueblo, acabaría siendo el borracho local, o algo así.

—Muchos jóvenes piensan lo mismo cuando tienen edad para permitírselo —dijo Mary tras soltar un par de carcajadas ante el comentario—. Y ahora es más feliz que nunca, ¿verdad?

George observó a la anciana. Sonreía de forma que se le dibujaron un par de graciosas arrugas en las comisuras de los labios. Aquel gesto siempre le había recordado a Christine. Aunque no sólo eran las expresiones lo que compartía con su madre, sino la forma de ser de ambas, como si Mary Simmons fuese algún tipo de Christine del futuro.

—Con Jessica Quaid me imagino que es fácil ser feliz en su caso —añadió el escritor.

—¿Te lo ha contado? Se les ve tan enamorados. Robert siempre ha sido un buen chico, y no me gustaba nada el camino que había seguido Jessica. Los Raimi siempre han sido buenas personas, aunque tú no te lleves bien con Carl.

El nombre del hermano de Robert le provocó un ligero escozor en el estómago a George,

que decidió aliviar cambiando de tema.

—¿Dices que están enamorados? Robert no me ha comentado nada parecido. Me lo ha presentado más sutilmente.

—Ya sabes cómo es. No le gusta hablar de esas cosas, por respeto hacia Jessica, diría yo. El mayor de los hermanos Raimi nunca ha sido precisamente tímido. Y le ha dado trabajo a Jonathan, que necesitaba un camino correcto por el que conducir su vida.

—Jessica se ha ido. Está trabajando en un hotel —depositó la taza vacía sobre la mesa—. Me extraña que a Robert no le preocupe que se vaya a quedar allí.

—Sabes que te adoro, George, pero creo que lo que quieres decir suena bastante cínico. Lo achacaré a la ciudad, pero no quiero ver que he perdido al viejo George que siempre pensaba bien de los demás.

El escritor sonrió. Mary Simmons sabía calar a cualquier persona con buenas o malas intenciones, y sólo le había hecho falta escucharle una sutil indirecta para saber qué quería decir en realidad.

—La Jessica que yo conocía no es que tomase las mejores decisiones —replicó el hombre.

—Todos cambiamos, y ella ha pasado por mucho para hacerlo.

—Quizás yo también haya cambiado.

—No seas tonto. Una semana aquí, comiendo el estofado de los Simmons, y estarás otra vez como nuevo —ambos rieron, aunque los dos sabían que ella era la única Simmons que quedaba en el pueblo.

—Si me voy a quedar aquí, me gustaría seguir viendo a Robert igual de feliz que esta mañana, y espero que Jessica vuelva para ello.

—En Shelter Mountain todo vuelve, ¿no lo sabías?

Un extraño brillo en los ojos de la anciana fue captado por el escritor. Un leve resplandor que quería decir tanto sin una sola palabra que no supo qué responder.

—Aquí te tenemos, ¿no? —prosiguió Mary, como si gran parte de su indirecta no hubiese sido tomada en cuenta.

George siguió callado.

—¿Conoces la historia de Doggy? —al ver la expresión confusa del hombre, la anciana supo que la respuesta iba a ser una gran negativa—. Yo se la conté a Christine hace mucho tiempo, cuando era una adolescente. Puede dar miedo según cómo se relate, pero yo se la presenté como un cuento que le acabó gustando bastante. ¿Sabes algo de los Winder? Ya no queda ninguno por Shelter Mountain, pero no porque se fuesen y no volviesen —George recibió la nueva insinuación como un puñetazo en plena mandíbula— sino porque Sharon y Hugh nunca tuvieron descendencia.

El escritor se inclinó hacia delante, dando a entender que le interesaba la historia, una de tantas que circulaban por el pueblo. Leyendas, rumores; relatos propios de cualquier zona como Shelter Mountain, aunque a él siempre le habían causado curiosidad e inquietud al mismo tiempo.

—Todo ocurrió cuando Edgar y yo apenas teníamos veinte años. Empezábamos a conocernos; salíamos los viernes por la noche a visitar el lago, o a hacer una barbacoa cerca de donde hoy está la Caja de Raimi, con algunos vecinos. Fue hace tanto que sólo recordándolo ya parezco más vieja de lo que soy —Mary se sacudió en la frente—. Mírame, ni he comenzado y ya estoy divagando.

—No importa, ya sabes que me gusta escucharte —la animó George—. Tengo tiempo de sobra.

Era verdad. Aunque la compañía de Mary le hubiese sido desagradable habría perdido el tiempo con el mismísimo Diablo para evitar ir al supermercado, donde le esperaban las acusaciones y chismorreos de sus supuestos amigos y vecinos.

—Los Winder tendrían la misma edad por entonces —continuó la anciana—. Ya estaban casados, pero sin intención de tener niños. Nunca la tuvieron. Los fines de semana, Hugh solía ir muy temprano a cazar a las montañas, con su perro Doggy, un pastor alemán que había encontrado abandonado en una larga carretera, de camino a la ciudad en una de las pocas veces que la pisó.

»A Hugh le encantaba perderse por los bosques con Doggy, aunque no cazase nada, que solía ser bastante a menudo. No era bueno en ello, pero sí orientándose, por lo que nunca, nunca se perdió. Quería tanto al perro como a la propia Sharon; le solía dar las mejores comidas, y caprichos tales como ponerle cerveza de vez en cuando. Nunca dejó que durmiese fuera de la casa, siempre dentro, y en su misma habitación. Sigo hablando de Doggy, por

supuesto.

George dejó escapar una risita. Volvió a contemplar aquellas adorables arrugas formadas en el rostro de la Christine del futuro.

—Doggy era la mitad de su vida, como la otra mitad lo era la encantadora Sharon, a la que muchos consideraban un ángel entre nosotros. Era realmente guapa, George. Todo el pueblo tenía claro que Hugh se volvería loco sin ellos, y entonces fue cuando ocurrió —Mary negó con la cabeza, claramente disgustada—: Doggy se perdió.

—¿En el bosque?

—En uno de los más espesos que hay por aquí cerca. Ni siquiera fue en las montañas, sino al volver a casa. Hugh nunca dejó de contar cómo ocurrió, y siempre narraba la misma historia, exactamente con los mismos detalles. Nunca supo explicar cómo ese perro, que en cinco años jamás le había perdido el rastro, se desvaneció en el aire, de repente; un instante estaba sonriendo al animal y, al momento siguiente, éste ya no estaba en el mismo lugar.

Mary frunció el ceño al comprobar la extraña mirada que le dirigía George. No quiso decir nada, pero aún seguía notando en él cierto cinismo, una especie de aura mezquina que nunca encontró en el antiguo George, que jamás cuestionaba las buenas intenciones de la gente.

—Ni estaba borracho, ni mucho menos tomaba esas sustancias que en la ciudad no dudan en usar los chicos y las chicas para pasárselo bien. Durante los siguientes veinte años, Hugh fue una sombra de lo que fue. Salía cada vez menos de su casa, hasta que dejó de hacerlo. Era fácil ver a Sharon llorando en cada esquina del pueblo, contándole por lo que estaba pasando a cualquiera que quisiera escucharla —la anciana se quedó pensativa unos instantes—. ¿No te suena nada de todo esto?

—Los Winder, sí, pero el resto, me es totalmente desconocido —también le pareció extraño, aunque tantas historias sobre Shelter Mountain se le podían mezclar a cualquiera en la cabeza, especialmente si se había vivido siempre allí—. Dices que durante veinte años Hugh se perdió a sí mismo, ¿qué pasó después?

—Doggy volvió a Shelter Mountain. Cuando desapareció tenía cinco años, y regresó como si nunca hubiese pasado un solo día. Apareció en la puerta de la casa de los Winder con total normalidad. Ni heridas, ni muestras de haber pasado hambre o sed.

—Si tenía cinco años cuando desapareció y pasaron veinte… —George dejó el resto en el aire, al ser demasiado evidente lo que pensaba decir. Sin embargo, Mary le observó con los ojos entornados—. Los perros no viven tanto.

—Doggy murió de viejo hace seis meses. Cuando pasaron veinte años de su repentino regreso. Hugh y Sharon fallecieron dos meses después de su muerte, en un accidente de coche a la entrada del pueblo, en una noche lluviosa. La policía lo certificó como un accidente; el vehículo derrapó de mala manera por la carretera mojada, Hugh perdió el control y chocaron contra un árbol cercano.

El escritor mantuvo un minuto de silencio por respeto a sus malogrados vecinos. El relato de Doggy era uno más de entre un centenar de historias que anidaban en el pueblo, uno de esos cuentos que se iban contando de generación en generación y que nadie podía pararse a sacarles algún sentido, si es que quería mantenerse cuerdo.

Había muchas explicaciones que, como ser humano lógico, lograba sacar sobre lo que Mary acababa de contar. Pero era escritor, alguien que llenaba páginas y páginas sobre monstruos, fantasmas y seres terroríficos; siempre estaba dispuesto a abrir la mente con ciertos temas. Aunque, la moraleja que Doggy había dejado a su paso estaba bastante clara.

Todo volvía en Shelter Mountain.

Daba igual que fuesen perros, mujeres que trabajaban en hoteles o escritores. Shelter Mountain se te metía bajo la piel, como un escalpelo afilado, te rasgaba, te hacía sangrar y, luego, te curaba para que disfrutases de unas migajas de paz antes de comenzar de nuevo a desollar.

George creyó escuchar algo en la cocina. Clavó sus ojos en la entrada del salón y allí estaba Christine, vestida sólo con una camiseta blanca demasiado ancha para ella y unos pantalones cortos del mismo color. Tenía veintidós años, y resplandecía como siempre.

—Las cosas no pasan por una sola razón —dijo.

—¿Estás bien?

El hombre cerró los ojos con fuerza. Al abrirlos, su esposa muerta ya no estaba, pero su Mary sí, mirándole con preocupación.

—Veo a Christine —confesó el escritor. No dejó hablar a la anciana, al comprobar que había torcido el gesto, mostrando su confusión—. Quiero decir, la veo por todas partes, pero

es su recuerdo. La veo a ella por todos los rincones de este pueblo, especialmente en la cabaña, en el lago, en el…

Omitió el bosque. Recuperar sus malos recuerdos era una cosa, pero recuperarlos para aquella buena mujer era una crueldad.

—Yo también la veo —admitió Mary con una triste sonrisa—. La veo por todas partes. También veo a Edgar, mi querido Edgar. Los dos están conmigo en todo momento.

George se levantó, a pesar de sentir que el cuerpo le pesaba una tonelada. De repente, el sillón le apresaba. Se sintió encerrado, agobiado, imbuido de un estrés fortuito que amenazaba con empujarle hacia el abismo del pánico.

—Siento no haber estado aquí cuando perdiste a Edgar —murmuró.

—Sé por qué no viniste, George. No tienes que sentir nada; tenías tus motivos —respondió Mary Simmons, Christine del futuro, la mujer más comprensiva de Shelter Mountain—. Los médicos dijeron que murió por una neumonía, pero yo sé la verdad: se le partió el corazón por lo que le pasó a nuestra niña.

El escritor no supo cómo reaccionar ante la fortaleza de una mujer que había perdido a sus dos seres más queridos en un período tan corto de tiempo, pero que allí estaba, ante él, con una sonrisa, perdonándole sus faltas.

—Cuando Doggy volvió, Hugh volvió a ser quien siempre había sido. Fue diciéndonos a todos que el animal había regresado porque le quería, por amor. Jessica Quaid volverá al pueblo por su hijo y por Robert, su familia ahora. ¿Por qué has vuelto tú, George?

—Para escribir.

—Las cosas no pasan por una sola razón.

Al escuchar aquello, el cuerpo de George se tensó.

—Se lo habías escuchado decir a Christine, ¿verdad? —Mary, la Christine del futuro, sonrió.

—Sí, se lo he oído… Ella lo decía a veces, sí.

—¿Y me vas a decir la verdad?

Quería y no quería contársela pero, ¿cuál era la verdad? Sí, las cosas ocurrían por muchas razones, pero algunas debían permanecer enterradas. Pero le debía respuestas. En realidad, le debía mucho más, pero respuestas era un buen modo de comenzar a pagar su deuda.

—Quiero recuperar mi vida —confesó—. Quiero volver a escribir, quiero volver a pasear alrededor del lago que le encantaba a Christine, quiero cortar leña, despertar con el trinar de los pájaros y no con el claxon de un coche. Quiero recuperar a Christine, y la cabaña es ella. Era su vida, es la mía. He vuelto para recoger los pedazos y avanzar, algo que no lograba hacer en la ciudad.

—Me parecen los mejores motivos posibles.

—¿Recuerdas la semana que Christine y yo nos fuimos de vacaciones a Los Ángeles? —la anciana asintió—. En realidad, no eran unas vacaciones, sino un intento de irnos a vivir a la ciudad. Queríamos dejar la cabaña y, con ella, al pueblo. No había ninguna razón en particular; ya sabes que adorábamos Shelter Mountain, sobre todo ella. Lo hizo por mí, porque quería complacer mis ansias de triunfar, de estar más cerca de la industria en la que trabajaba.

George observó a la anciana. En sus ojos seguía sin reflejarse la decepción, a pesar de saber la verdad de lo que pensaban hacer entonces. La admiraba tanto que le entraron ganas de llorar.

—Duramos siete días. Volvimos con más ganas que nunca de quedarnos en Shelter Mountain. Lo primero que hizo Christine al regresar fue decirme que estábamos en casa, en nuestro hogar. Y sé que tenía razón —George tragó saliva para aguantar las lágrimas—. Vengo a recomponer mi vida, pero aunque los buenos recuerdos ayudan, los malos hacen demasiado daño. Sólo quiero superar lo que pasó, ¿cómo lo has logrado tú?

Mary Simmons sonrió afablemente antes de responder.

—Yo no lo he hecho —afirmó—. Cada mañana me despierto dándole los buenos días a Edgar. Cuando hago el pan de maíz que tanto le gustaba a Christine, siempre espero verla aparecer por la puerta de casa, acompañándote. A veces lloro hasta quedarme dormida. No tienes nada que superar, George. Olvida los malos recuerdos y abraza los buenos; al final, los primeros desaparecerán y los segundos se quedarán.

—Eso intento.

—Si lo superas, tendrás que olvidarlo todo.

—Creo que debería irme —George negó con la cabeza a la vez que forzaba una sonrisa al

ver que la anciana se preocupaba—. No es por lo que has dicho, pero debería ir al supermercado, volver a la cabaña y regresar a la novela. Desde que estoy aquí no he escrito ni una palabra, y creo que no recuperaré mi vida hasta que no lo haga.

—Pues hazlo, George, pero espero que vengas a visitarme.

—Lo haré —dijo, con la sinceridad pintada en su rostro—. Vendré mucho, Mary. Gracias por el té, por la bienvenida y, por todo.

Abrazó a la mujer y se dirigió hacia la puerta de la casa, seguido por su propietaria.

—Antes de que te marches, George, quería decirte, sobre la muerte de Edgar…

—Siento mucho no haber estado, Mary.

—Si no dejas de sentirlo, voy a tener que darte una patada en ese culo de escritorzuelo —replicó la mujer medio en broma medio en serio—. Edgar murió feliz porque sabía que vería de nuevo a nuestra niña, pero también porque sabía lo que habías hecho, George. Te dio las gracias, aunque no estuvieras allí.

—Edgar tendría que haberme odiado. No pude proteger a…

—No. Te dio las gracias por lo que hiciste luego —Mary clavó sus ojos repletos de experiencias en los de George—. Yo también te las doy ahora. Hiciste lo que tenías que hacer. Edgar no te juzgó, ni yo tampoco voy a hacerlo. Da igual lo que digan los demás; ellos no saben lo que es que te quiten a alguien.

George la observó de arriba abajo. Tragó saliva con tanta fuerza que le dolió la garganta. Se miró las manos, creyendo que volvería a encontrarlas con un incontrolable temblor, pero para su sorpresa, estaban quietas; sentía una tranquilidad tan inmensa que podría haber llenado toda la casa con ella.

—Siento que Edgar pensara eso, pero se equivocó de persona. Y tú también te equivocas. Yo no hice nada.

No tardó en abrir la puerta y salir de la vivienda, antes de que Mary tuviese tiempo de contestarle, aunque ella no lo necesitaba. En su interior, sabía la verdad.

8

Si quería recuperar su vida, tendría que solventar muchos escollos, sobrepasar los numerosos agujeros que se abrían en su camino por recuperarse de la muerte de Christine, quien observaba desde cada esquina de Shelter Mountain. Aunque cada vez que saltaba una valla impuesta por su pasado, en el maratón que le llevaría a volver a tener entre manos su destino, creía que era la más difícil, siempre quedaba otra más alta que superar y, las siguientes, sabía que irían provistas de clavos y púas.

El supermercado era el siguiente paso. Un lugar donde sus vecinos podrían tener acceso a él; un sitio que reunía lo que necesitaba para poder vivir en Shelter Mountain. No quería huir de él e ir a otros; era una prueba, así de simple. ¿La definitiva? Sabía que no; aún quedaban las suficientes como para replantearse si aquello merecía la pena.

Detuvo el vehículo frente al establecimiento como había hecho un rato antes. Sin embargo, ya no temblaba, ni tampoco se sentía incomodo. Supo que no era a causa del té, sino del bálsamo llamado Mary Simmons.

Mientras abría la puerta del vehículo supuso que también tendría que ver el que los habitantes de Shelter Mountain no se estuvieran arremolinando a su alrededor. Apenas había nadie y a través de las transparentes puertas automáticas no veía más que unas pocas sombras. Su mente caviló si estarían buscándole por el pueblo, ¿quizás molestando a Mary? ¿O habrían encendido antorchas y habrían acudido a su cabaña, como si fuese un vulgar monstruo de Frankenstein?

Dejando de lado su a veces exagerada imaginación de escritor, cerró la puerta del coche,

revisó la lista de la compra, luego su cartera y encaminó sus pasos hacia el interior del supermercado, tomando una enorme bocanada de aire.

La magia de la tecnología hizo que las puertas se abriesen a su paso. Las seis cajas registradoras, ocupadas sólo tres de ellas por trabajadores del sitio, le saludaron. No reconoció a ninguno de los cajeros, todos masculinos, y ellos tampoco le prestaron demasiada atención, aunque sí un par de hombres que estaban pagando en ese instante.

Miró su reloj de pulsera. No le extrañaba que ya no hubiese nadie, pues era más tarde de lo que pensaba. Si alargaba su tiempo comprando lo que necesitaba, al final acabaría por encontrarse de nuevo con sus vecinos, sobre todo con aquellos que salían de noche a tomar algo a la taberna de Joe o a cenar a la cafetería de Grace. Creyó recordar que, antes de irse, estaban construyendo un local especialmente dedicado a los más jóvenes del lugar, adolescentes en su mayoría; quizás ya estaba en funcionamiento.

En cualquier caso, debía darse prisa si no quería darse de bruces con una marea de ojos acusadores y lenguas viperinas.

Cogió un carro y se internó en el laberinto de latas de conserva, paquetes de cereales y botellas de refresco. Encontró el supermercado tan vacío que durante unos instantes se sintió feliz de haber ido, al menos, muy aliviado.

El agua mineral fue su primera parada. Cogió varias botellas, las suficientes para dos semanas, aunque pretendía regresar en unos siete días. Luego, se dirigió a por la comida; productos congelados, platos precocinados, y algunas tonterías más por si le corría prisa poner algo para almorzar o cenar.

Pasar por el mostrador de la carne le recordó que había prometido invitar a Robert a la cabaña. Saludó educadamente al chico que le despachó varios kilos de chuletas de cerdo, paletillas de cordero y pollo troceado; su rostro le sonaba, pero no terminó de encuadrarlo dentro de la amplia gama de vecinos que poseía el pueblo.

No tardó en alcanzar la zona de las frutas y las verduras, donde se aprovisionó bastante bien. Comprobar la frescura de las lechugas y ver su reflejo en las manzanas le provocó deseos de probar un par de recetas. Le gustaba cocinar, aunque nunca sabía de dónde sacaría tiempo así que ya era hora de comenzar a tenerlo.

Encontró el material necesario con respecto a otros aspectos de la cabaña, pero sólo decidió llevarse la comida y la bebida; probablemente en la carpintería de Jones podrían servirle mejor en cuanto a bombillas, madera y un par de hachas para cortarla. Por supuesto, no se había olvidado del hielo para el congelador del sótano ni mucho menos de la bombona para el calentador, con la que necesitaría ayuda para transportarla.

Una rápida búsqueda le llevó a encontrar pronto a Toby Leeds, el encargado del supermercado. Bajito, medio calvo y siempre servicial, aunque incapaz de tener una sola pizca de sentido del humor pese a su infinita amabilidad, el hermano de Leeds era amigo personal de Charles Weber, por lo que no costaba nada imaginarse las razones de que hubiese acabado siendo quien llevase las riendas del establecimiento.

—¡Buenas tardes, Toby! —saludó George, más animado que cuando entró, al consternado hombre.

—George, es… ¿qué haces aquí? ¿Cuándo has vuelto? —al escritor le pareció que la mente de Leeds acababa de derretirse.

—Ayer mismo. Estaba comprando lo que necesito para esta semana, aunque preveo quedarme durante bastante tiempo —apretó con ganas la mano que estaba tendiéndole el dueño del supermercado—. Me encantaría contártelo todo con una cerveza de por medio —fijó sus ojos en el carro; le faltaban las cervezas y los refrescos—. Necesito ayuda con un par de cosas.

—Me alegro de verte de nuevo —dijo Toby, como si no estuviese escuchándole—. Hace un rato me pareció que estaban hablando de ti, pero no me gusta meterme en cotilleos y rumores, ya lo sabes.

El escritor lo sabía. Toby Leeds fue de los pocos que no le miraron de manera extraña tras la muerte de Christine; ni siquiera cuando se fue de Shelter Mountain. Nunca cuchicheó, nunca murmuró y nunca le juzgó.

—¿Tenéis bombonas para calentadores? Creo recordar que sí —insistió George.

—¡Ah! ¡Disculpa! —Toby salió de un sueño—. Sí que tenemos. ¿Te hace falta alguien que te lleve una a la cabaña? Si es que sigues viviendo allí…

—Sí. Iba a llevarla yo, pero creo —señaló su carro de la compra, casi desbordado— que no me va a caber en el coche. ¿Sería mucho pedir que me la llevasen antes de que anochezca?

Me encantaría tener agua caliente.

—¡Claro! Por supuesto. ¿Te llevamos dos, mejor?

—Buena idea —George giró el cuello, observando a los trabajadores del supermercado que se encontraban cerca—. Veo mucha sangre nueva.

—Y joven. Sí, al poco de irte, y con la apertura de esa discoteca, o bar que han abierto en la otra punta del pueblo, esto se ha animado bastante. Ha llegado mucha gente nueva a quedarse. Supongo que la crisis en la ciudad también ha ayudado.

—Supongo que sí.

En Shelter Mountain todo vuelve, pensó George.

—Espero que te estén tratando bien, George —añadió Toby.

—No he visto todavía a mucha gente, pero te lo agradezco mucho, Toby, en serio —el escritor sonrió con profunda sinceridad. La amabilidad de Leeds le ayudó aún más a relajarse; sentía que podría aguantar estoicamente los envites de los demás habitantes del pueblo si se daban en ese momento.

—Te dejo que compres tranquilo. Recuerda lo de esa cerveza.

—Prometido —respondió el escritor, pensando que quizás estaba haciendo demasiadas promesas para lo poco que llevaba en Shelter Mountain.

Toby Leed se alejó. George dejó de observarle cuando se detuvo a revisar una estantería repleta de condimentos. Dirigió el carro con su compra a una de las cajas registradoras. No pudo evitar sonreír al ver quién acababa de sentarse tras ella.

—¿Patricia? —preguntó, claramente sorprendido.

La joven mostró todos sus blancos dientes con un alegre gesto. Por su mirada, George notó que estaba tan asombrada como él; dos personas que habían acabado dejando un pueblo al que todo el mundo parecía regresar tarde o temprano.

—¡El famoso George Campbell! —Patricia dejó su asiento para poder dar un fuerte abrazo al escritor, que se lo devolvió—. ¿Se puede saber cuándo has regresado?

—Te iba a preguntar lo mismo. ¿No se suponía que estarías viviendo tu gran sueño?

La chica hizo un pequeño mohín que dejaba intuir que no todo había ido como pensaba. George recordó que se fue antes de que Shelter Mountain perdiese a Christine; se fue, como tantos otros, para llevar una vida mejor, o eso era lo que deseaba Patricia Sheridan.

Guapa, atractiva, morena, de pelo largo y veinticinco años, si el escritor hacía bien las cuentas, Patricia siempre había traído locos a los chicos del pueblo. Nadie más que ellos sintieron su marcha a la ciudad para poder ser diseñadora de moda. Todos pensaban que tenía aptitudes, pero también le hacía falta una buena tanda de oportunidades que, por lo que comprobaba George, no le habían llegado.

—Es una larga historia. Lo conseguí, pero no me gustó en lo que me estaba convirtiendo —confesó la joven.

El escritor se alegró de haberse equivocado. Al menos, la chica lo logró.

—Llevo en Shelter Mountain desde hace un par de meses —prosiguió—. Volví a casa de mis padres, Toby me contrató y ahora tengo mi propia casa. ¡Precisamente muy cerca de tu cabaña!

—¿Una de las casas de los ricos? —George soltó una carcajada al ver que Patricia asentía—. ¿Cómo lo has conseguido?

—Ahorré bastante con todo el asunto de la moda.

—Me alegra verte tan bien —afirmó George. Era cierto, la veía bien más allá de su físico. La veía feliz.

—Yo también te veo bien —Patricia observó al escritor de los pies a la cabeza, dándole una impresión a George que ya tenía desde hacía tiempo con respecto a la chica y las atenciones que siempre le había dispensado—. Siento mucho lo de…

Campbell la cortó con un gesto.

—Sé que lo sientes —murmuró—. Llevo aquí desde ayer. He regresado para volver a escribir. Estoy recuperando una novela que dejé aparcada. Ya sabes, espero que la tranquilidad de este sitio sirva para que las musas se despierten.

—¡Estoy segura de ello! Sabes que siempre he sido tu fan número uno, ¿verdad?

—Robert me ha dicho que hay otra en el pueblo —respondió George.

—Acosadora sería una mejor definición. ¿Has ido a ver a Robert antes que a mí? Me decepcionas; creía que entre nosotros había algo.

Ambos rieron, aunque George reflexionó sobre la cantidad de verdad que encerraba aquella supuestamente inocente broma.

—¿Cuánto te quedas? —preguntó Patricia.

—Una buena temporada —George se aproximó más a la chica—. Creo que para siempre. Si todo va bien, claro.

La sonrisa de la joven se hizo más ancha, algo que George siempre creía imposible, y siempre acababa equivocándose, para su alegría.

—Por eso estoy aquí. Tengo que avituallarme bien, al menos para una semana.

Al ver el carro de la compra, Patricia regresó a su puesto de trabajo y empezó a pasar los alimentos. La máquina que recogía los precios empezó a pitar.

—Espero que me invites un día a cenar. Me llevaré los libros que no me firmaste cuando me fui —recordó Patricia.

—Me tendrías que invitar tú a tu casa. Quiero ver una de esas mansiones.

—Es la casa de Ellis.

—Es enorme. ¿Vives sola?

George se arrepintió al instante de haber hecho la pregunta. Aunque, ¿qué tenía de malo?

—Sí, me va bastante bien —respondió la chica con un brillo de felicidad en los ojos—. Antes de irme, nunca creí que fuese a ser feliz aquí, pero en la ciudad no estaba satisfecha conmigo misma. Aquí tengo un buen trabajo, vivo bien, estoy independizada en un sitio bonito y sigo diseñando, aunque a distancia.

—Todos volvemos a Shelter Mountain al final.

—Supongo que sí. No te quiero aburrir con mis historias.

—Gracias —bromeó el escritor.

Volvieron a reír al unísono, a carcajada limpia, con la molesta música de los productos al pasar de fondo. George captó que los otros cajeros comenzaban a observarle con cierta envidia. Probablemente, Patricia jamás se había reído así con ellos, y mucho menos tonteado de esa manera.

—Puedes venir cuando quieras —le invitó Patricia—. Espero poder tener la misma confianza.

—Por supuesto.

—¿Esta noche?

—Aún estoy arreglando la cabaña, pero yo mismo vendré a invitarte —prometió George.

La chica asintió, contenta por sus palabras. Siguió pasando los productos, que no tardaron en meter en bolsas de papel y luego en el carro, que George acercaría al maletero de su coche.

—Espero verte mucho por aquí —afirmó Patricia en cuanto el escritor pagó la compra—. Y vuelve pronto.

George se acercó para abrazarla. La joven se apretó contra él y le dio un suave beso en una mejilla que estuvo a punto de ruborizarle, a pesar de su edad. Después, le deseó que tuviese un buen día, lanzó de nuevo promesas acerca de verse de nuevo y salió del establecimiento con una marea de sensaciones chocando contra las afiladas piedras de su mente.

Introdujo la compra dentro del maletero del coche, retornó el carro al interior del supermercado donde Patricia le lanzó una nueva sonrisa que devolvió, y salió dispuesto a conducir hasta casa, esperar la bombona y tomar un poco de agua caliente. El hielo esperaba entre las bolsas, por lo que si no se daba prisa acabaría con el maletero totalmente encharcado.

Maldijo entre dientes al divisar el automóvil del sheriff, que se aproximó a él hasta situarse junto a la calzada. Un rostro marcado por las arrugas y adornado por un bigote perfectamente recortado junto a una leve barba surgió por la ventanilla.

—Hola, señor Campbell.

—Me conoces desde que nací, y no es una frase hecha, Jay —respondió el escritor cruzando los brazos.

—Entonces te llamaré George. Para ti sigo siendo el sheriff Tolliver, George.

—Encantado de conocerle, sheriff Tolliver —replicó con grandes dosis de sarcasmo—. ¿No es el pueblo suficientemente grande para los dos?

Jay Lawrence Tolliver miró hacia delante y escupió una seca risotada con desgana. Volvió a observar al escritor como si fuese la peor mierda que pudiera haber pisado un día de labranza.

—He oído rumores en el pueblo sobre tu regreso —explicó el agente de la ley—. Con la de chismes que corren por Shelter Mountain, no les he hecho mucho caso, pero tenía tiempo libre y he decidido acercarme. Y aquí estás. El bueno de George, marido y viudo de la encantadora Christine Simmons, cuyo único error fue conocerte.

—Gran bienvenida, sheriff Tolliver. Me voy. Tengo cosas mejores que hacer.

—¿Te he molestado, George? —preguntó Tolliver con sorna—. Disculpa. Soy inocente de todos los cargos. Je, como tú.

Campbell frunció el ceño. Se imaginó dándole un puñetazo al sheriff y borrándole aquella sonrisa de superioridad. Sintió una oleada de placer que no le avergonzó en absoluto.

—¿Tiene algo que decirme, sheriff?

—Sé lo que hiciste, George —escupió Tolliver—. Me da igual que esos mierdas de la ciudad no encontrasen pruebas. Te fuiste, huiste como una perra acobardada, pero sé lo que hiciste. Todo el pueblo lo sabe. Tendrás a algunos pobres imbéciles engañados, pero no a los que somos listos.

El escritor contuvo las ganas de reír. Que Jay Tolliver se considerase listo era sinónimo de que el mundo se había ido al carajo mientras no escribía.

—Me parece genial que hayas vuelto, escritor. Sólo tienes que dar un paso en falso y me tendrás encima, dispuesto a reunir las pruebas que necesito para mandarte a tomar por culo. Tú no perdiste a Christine, lo hicimos los demás. Después nos engañaste a todos y te largaste.

—No me meteré en líos en su territorio, sheriff —respondió George medio en broma.

Tolliver no respondió. Le dedicó una larga mirada repleta de odio antes de continuar su camino en el coche patrulla.

En cuanto perdió de vista al más desagradable de los vecinos de Shelter Mountain, George se metió en su vehículo y lo enfiló hacia la cabaña. Tolliver le había estropeado un día que estaba siendo perfecto.

Las manos le temblaban de nuevo.

9

Llegó a la cabaña a toda prisa y de mal humor. Cuando aparcó el coche, descubrió que los empleados del supermercado, que llevaban las dos bombonas para el calentador, ya estaban allí. Les pagó, les dejó una buena propina y los despidió con un gruñido. Antes de preocuparse por la comida que llevaba en el maletero, corrió hasta la puerta de la casa y comprobó que estaba tal y como la había dejado. La abrió y corrió al sótano; tuvo suerte de no tropezar con sus propios pies y caer por las escaleras.

Encaminó sus acelerados pasos hacia la pared del fondo, donde tocó con cuidado el ladrillo suelto. No parecía que lo hubiese tocado nadie. Fue entonces cuando respiró tranquilo, aunque seguía estando furioso.

Observó las cajas que le rodeaban. Sabía que en el interior de todas y cada una de ellas aguardaba un recuerdo de Christine, pero tenía que comprobar si alguna de ellas también contenía un hacha. Necesitaba partir leña, desahogarse, o se volvería loco.

Subió las escaleras más calmado. El proceso por el que metió toda la comida en la nevera y esparció el hielo por el congelador le llevó más tiempo del que había pensado. Cuando hubo acabado y pudo sentarse tranquilamente entre las cajas del sótano, hacía un par de horas que la noche se había hecho con el pueblo.

Observó con atención el ladrillo suelto. Desde donde estaba, no se adivinaba que se podía quitar. Lo planeó lo bastante bien como para que nadie, excepto él, pudiera descubrirlo, y mucho menos hallar lo que escondía detrás.

Por un instante, por un breve segundo, pensó que Tolliver lo había descubierto. Jay Tolliver, tan terco como una mula incluso antes de comenzar a pensar que era un asesino. No, él sabía bien que no se trataba de la muerte de Christine; toda la aversión que el sheriff sentía hacia su persona no era por la pérdida de Christine Simmons, sino por otras razones en las que no deseaba pensar.

Si lo hacía, acabaría por volverse loco. Un paranoico. Vería fantasmas por todas partes, y la mitad de ellos tendrían el rostro de Tolliver. Pero le conocía lo suficientemente bien como para saber que no se rendiría. La charla que había mantenido con él no era más que el prólogo de una novela mayor, donde Jay Tolliver era el bueno y él era el malo de la historia que debía ser detenido por el incorruptible brazo de la justicia.

El estómago del escritor rugió. Tenía hambre y lo mejor de todo es que su nevera estaba repleta de alimentos que esperaban ser consumidos. Pensar en la carne y las verduras le hizo la boca agua, pero aún estaba enfadado. Encontrarse con Robert, Mary, Toby y Patricia le había dado una nueva perspectiva en cuanto a su regreso al pueblo, un alentador panorama pisoteado por los malos modos del sheriff.

Cogió una de las cajas y la abrió con cuidado. Dentro encontró un montón de libretas, todas pertenecientes a Christine, de sus tiempos como estudiante. La siguiente caja contenía exactamente lo mismo. La tercera le sorprendió, pues no esperaba hallar dentro la armónica de su esposa fallecida.

Recordó que ella siempre creyó que la había perdido. A veces se pasaba las horas muertas, en el porche, tras ducharse, fabricando bellas melodías con un objeto por el que él jamás había sentido demasiado interés. Le gustaba sacar su portátil y sentarse a su lado a escribir, mientras ella se dejaba llevar por la música.

Guardó la armónica y cerró la caja. Divisó las demás y, aunque quiso dejar a la vista el contenido de todas, sabía que sólo encontraría efectos personales de su mujer, y estaba lo suficientemente cansado como para no resistir su visión. Había tenido bastante por un solo día.

Se levantó. Clavó sus ojos en una caja que se hallaba debajo de las escaleras, con una espesa capa de polvo, escondida entre las sombras. La tomó, la abrió y allí encontró varias herramientas, entre ellas y para su alegría, un hacha, aunque de pequeño tamaño; tendría que comprar una más grande donde Jones.

Mientras la guardaba, oyó, para su sorpresa, una serie de pasos en el techo: alguien estaba paseando por la casa. Al principio creyó que podría tratarse de un mapache, o algún otro animal silvestre, pero el crujido de la madera le indicó que el peso del inesperado visitante no casaba más que con el de una persona.

Subió a toda prisa, esperando encontrar a Tolliver esperándole con los brazos en jarra y su cara de enfado permanente. Deseó que fuese Robert, dándole una sorpresa, pero no halló a nadie. La puerta de la cabaña estaba cerrada y todo permanecía en absoluto silencio.

—Sé que estás ahí —faroleó George.

Nadie respondió.

Cogió un cuchillo de la cocina y subió a inspeccionar la segunda planta de la cabaña. Acabó pronto, sin encontrar nada. Nada por todas partes.

Fuese lo que fuese, ya no estaba en la casa.

Decidió prepararse la cena. Mientras se freía un par de salchichas en una sartén, que acompañaría con verduras al vapor, notó que la rabia iba desapareciendo para dejar paso al miedo. Probablemente no había escuchado nada, pero las amenazas de Tolliver acabaron por afectarle más de lo que pensaba.

En el pasado, la verdad se le escapó al insistente sheriff, de tal manera que ni siquiera llegó a rozarla. A pesar de sus pesquisas, de sus investigaciones, de sus visitas a la cabaña, de sus miradas airadas y de sus frases con doble sentido. No había cambiado, pero él sí, al menos, en parte. ¿Para mejor o para peor? Esperaba que para mejor; si era lo contrario, deseaba que Tolliver no tuviera que comprobarlo.

Pese a que tenía un hambre voraz, comió con tranquilidad, disfrutando de alimentos cocinados por él mismo, con mimo y esmero. Tragó las suculentas salchichas y la verdura con una buena cerveza fría. En cuanto acabó, engulló un par de rodajas de piña en lata y lavó los platos.

Reposó un rato viendo la televisión. Pensó en poner alguna película, pero se le haría muy tarde y le había prometido a Mary que escribiría. ¿No era esa una de las razones para regresar? No podía decepcionar a Ralph, ni mucho menos a sí mismo.

Ni a Christine.

Pero estaba lleno. Una ducha caliente. La cómoda cama que le esperaba después de un día de demasiadas emociones.

«No seas el horno de tu madre».

—Vuelves a ganar, cariño —rezongó al levantarse.

Con el cuerpo gritándole con promesas de descanso, subió hasta la Zona G, encendió el ordenador y abrió el archivo donde su última novela, Ouija negra, apenas comenzada, le recibió con anhelos de que la completase. Un puzzle que deseaba ser terminado para poder encontrar su objetivo en la vida.

Las manos de George se aproximaron al teclado. No tardaron en apartarse. Volvieron a acercarse, dispuestas a apretar las teclas. Tras unos largos minutos, las retiró. Ya no sentía miedo a escribir, pero no encontraba qué poner en la pantalla, ¿cómo continuar una historia cortada de improviso por la muerte de su mujer?

—Venga, no es tan difícil —masculló.

Abrió el primer cajón de la izquierda del escritorio. Encontró la libreta donde apuntaba los esquemas básicos de sus novelas. Allí, en las últimas páginas, estaba el esqueleto de lo que debía ser Ouija negra. Debajo, aguardaba un paquete de tabaco Salem´s Light a medio acabar.

Agarró el cartón, superviviente de todos los que había comprado, y cuyo contenido consumió como si fuese invulnerable; los cuatro primeros meses tras el fallecimiento de Christine, cuando bebía y fumaba como jamás había hecho antes.

Arrugó el paquete y lo arrojó a la papelera que tenía cerca. Apagó el ordenador y salió de la Zona G, para soltar la libreta con sus apuntes encima de la cama de su dormitorio, donde la leería más tarde.

—Mañana continuaré la novela —se dijo. Notó el recuerdo de Christine negando con la cabeza, como si viese a un perro meándose en la alfombra; con un gesto entre enfadada y decepcionada.

Se metió en la ducha. El agua caliente fue una especie de deseo hecho realidad por un genio imaginario. Tres deseos había pedido: comida, una ducha cálida y un tranquilo primer día con sus vecinos.

Sólo le fueron concedidos dos. Quería que le devolvieran el dinero.

Tras pasar un buen rato bajo el torrente caliente de agua, se puso el pijama, preparándose para dormir. En cuanto agarró la libreta, dispuesto a leerla y ponerse al día con sus antiguas ideas sobre la novela, oyó algo en la primera planta: pasos.

Corrió hasta la Zona G, donde encendió la luz, que iluminó gran parte del salón, incluyendo la entrada de la casa. No vio a nadie, pero eso no significaba que no lo hubiera, así que corrió escaleras abajo, sin más armas que su libreta.

Nada en la cocina. Nada en el salón. Nada en el sótano. La puerta de la cabaña estaba cerrada, hasta que la abrió para ver el exterior.

El bosque le saludó. George contuvo la respiración. Escuchó la música de varios grillos, pero nada más; ni pisadas, ni nada que indicase que alguien acababa de estar en la cabaña. Nada. Nada por todas partes.

Y, sin embargo, se sentía observado.

Miró al frente, con descaro. Las profundidades del bosque le mantuvieron la mirada. Las tinieblas que se paseaban entre los árboles le instaron a retroceder, pues no debía preocuparse de ningún fantasma dentro de la cabaña.

Los únicos que le podían quitar el sueño estaban allí, en su interior, entre matorrales, árboles, tierra y maleza.

Los fantasmas del bosque. Sus fantasmas. Su pequeño secreto.

George cerró la puerta con llave.

RECHAZO

1

Al abrir los ojos, a primera hora de la mañana, estaba de buen humor. Mucho mejor que el que le había acompañado al acostarse. Su ánimo era lo suficientemente positivo como para pensar en escribir un poco después de desayunar.

Pensó en ducharse, pero probablemente lo haría más tarde. No le gustaba demasiado hacerlo varias veces en una misma jornada; todos los días, sí, pero más de una vez al día no le hacía demasiada gracia. Una de las llamadas manías de escritor que Christine le señalaba cuando vivía.

Desayunó un buen plato de huevos revueltos con bacón, el cual le quedó tan crujiente que le supo como se lo preparaba su madre cuando no era más que un crío. Mientras se acababa el café caliente, se sentó en el sofá a ver las noticias, al mismo tiempo que terminaba de repasar los apuntes de su novela.

En cuanto finalizó el desayuno y lavó los platos, se dirigió hacia la Zona G. Se sentó frente al ordenador, colocó la libreta repleta de esquemas a su lado y abrió el archivo. De nuevo, páginas en blanco seguían esperándole tras lo que tenía escrito desde hacía un año.

Sabía por dónde debía continuar. Tenías las ideas en su cabeza, mascadas, salivadas, a punto de caramelo para ser regurgitadas. Pero no salían, como si un tapón sin forma ni origen se lo impidiera.

El miedo que había sentido durante meses no era el culpable. Tampoco la muerte de Christine. Nada le molestaba. Nada le preocupaba lo suficiente como para no poder apretar las teclas y formar palabras. Incluso tenía ganas de hacerlo. ¡Se moría por hacerlo!

Pero no podía. Ni siquiera lograba explicarlo.

Meditó durante largos minutos. Jamás había sufrido el maldito bloqueo del escritor. Sabía cómo era un bloqueo de ese tipo, sabía lo que era tener miedo a las palabras, sabía qué era sufrir tanto por la muerte de la persona amada como para ni siquiera tratar de pensar en escribir una sola letra.

No era nada de eso.

—¿Estas seguro de que no es porque estoy muerta?

George se giró hacia el sofá que tenía tras él. Christine estaba allí, tumbada, preciosa. Entre sus manos sostenía su armónica.

—No es por ti —respondió el escritor, sabiendo que allí no había nada.

—Puede que el sheriff haya abierto demasiado las heridas. ¿Quizás metió muy hondo el dedo en la llaga?

—Tolliver ni siquiera sabe cómo se dispara una pistola. No me preocupa. Quiero escribir, pero…

—¿Quieres que toque algo? —preguntó el recuerdo de Christine, pasando sensualmente la lengua por la armónica.

George volvió a clavar sus ojos en el monitor. ¿Y si intentaba escribir en el portátil? Quizás se trataba de eso; allí no estaba cómodo, tan recto. Se sentía obligado a escribir, o esa era la sensación, viéndose sentado como si se vigilase desde arriba.

La frustración se hizo con su cuerpo. Deseó estrellar el ordenador contra las paredes de la Zona G, hacerlo pedazos con sus propias manos, morder los cables, patear el monitor hasta que no quedase nada de él. Si hubiese tenido el portátil delante, lo habría hecho antes de siquiera pensarlo.

Percibió que, si seguía así, podría llegar a plantearse volver a la ciudad. Al menos, allí sabía las razones de su falta de inspiración, la cual pensaba que volvería nada más posar un pie en la casa.

Acababa de descubrir por qué le había costado tanto sentarse a escribir.

—Joder, ya la tengo empezada —se quejó—. No puede ser tan difícil.

Miró hacia atrás. Christine no estaba. Frunció el ceño, disgustado; al menos hubiese tenido alguien a quien quejarse, aunque sólo fuese un mero recuerdo.

Con todas sus fuerzas, se empujó a escribir. Apretaba las teclas, formaba palabras, pero lo que salía en la pantalla estaba lejos de dejarle satisfecho. Cuando llevaba dos páginas sin apenas respirar, detuvo su avance, solamente para borrarlo todo, dejando la novela tal y como estaba al empezar.

—Soy un inútil. Un puñetero inútil —gruñó a la vez que se levantaba—. ¡Joder! ¡Quiero escribir!

Estiró las manos hacia el monitor. Algo saltó en su cabeza, deteniéndole a mitad de camino. Más tarde daría las gracias por ello.

—¡Quiero escribir! ¡Es lo único que quiero! ¡Escribir! ¡Joder! Joder, joder… —repitió como una letanía que se fue diluyendo conforme se sentaba en el sofá.

Una vez se calmó, decidió ir al cuarto de baño, donde se salpicó la cara con agua, como si fuese un método legendario para aliviar los nervios de los escritores que se veían incapaces de redactar una historia. Luego, se sentó en la cama de su dormitorio, tratando de pensar en lo que acababa de ocurrir.

Puede que esté forzando las cosas, pensó.

Llevo prácticamente un año sin escribir nada. Y vuelvo aquí, y me siento, dispuesto a continuar la novela como si no hubiese ocurrido nada. Como si escribir fuese más sencillo que reencontrarme con Robert, con Mary, o regresar al lago.

Sus reflexiones le sonaron bastante coherentes y lógicas. Si necesitaba tiempo para habituarse al retorno a su vida anterior a la muerte de Christine, era racional que también le hiciera falta tiempo en ese ámbito concreto, puesto que escribir era gran parte de lo que él era. Un pedazo bien gordo de la tarta que era su existencia.

No podía pretender llegar y terminar la novela de la noche a la mañana.

Entonces, recordó el día anterior, y las promesas realizadas, en concreto a tres personas. Quizás volver a tener relación con ellas le ayudaría. Si estaba rehaciendo su vida, no había otro camino, aunque tampoco es que le disgustase.

Tenía ganas de ver a Patricia, aunque estaba seguro de que una buena conversación con Robert le iría de perlas.

Decidido, se puso ropa cómoda y salió de la cabaña, asegurando la puerta con llave. Lo último que necesitaba era al sheriff Tolliver jugando a policías y ladrones en su hogar.

Hizo el mismo camino a pie que el día anterior. Sonrió al divisar a Robert Raimi llenando con gasolina el tanque de un coche, cuyo dueño parecía estar dentro de la Caja de Raimi, charlando con Jonathan Quaid.

—Buenos días, señor Raimi —saludó el escritor.

—Buenos días, señor Campbell —Robert revisó el surtidor antes de dirigirse a su amigo—. Creía que tardarías más en pasarte por aquí. Pensé que estarías muy ocupado escribiendo como un loco.

George trató de no torcer su alegre gesto al recordar el enfado con el ordenador, en realidad, consigo mismo.

—Me he tomado un descanso —mintió.

—Eso está bien. Ayer tuviste un día movido, según me han contado —dijo Robert guiñándole un ojo.

—Las noticias vuelan.

—Creía que conocías Shelter Mountain.

—Cada vez que lo creo, me sorprende —replicó el escritor—. ¿Y qué te han contado exactamente?

—¿Por dónde empezar? —Robert dejó escapar una pequeña risa. Observó el interior de la Caja de Raimi, donde Jonathan hablaba con el dueño del coche que acababa de surtir—. Anoche fui a ver a Mary, y me contó lo contenta que está de que hayas regresado. Le va a venir muy bien que estés aquí, George. Todo lo que ha sufrido esa mujer… Es de acero puro, amigo.

La puerta del establecimiento se abrió. Un hombre de unos treinta años se aproximó al coche, no sin antes saludar a Robert. Cuando observó a George, se detuvo; tardó unos interminables segundos en volver a dar señales de vida.

—Usted, ¿es George Campbell?

—Lo es —intervino Robert.

—¿George Campbell de verdad? ¿El escritor?

—Por ahora soy muy real —bromeó el aludido.

—Soy un gran admirador suyo. ¡No me lo puedo creer! Paro a echar gasolina y me encuentro… ¿Es usted de verdad?

George asintió entre risas. Robert intentaba contener una enorme carcajada.

—¿Qué hace aquí? Bueno, disculpe, es asunto suyo, pero no quería meterme en lo que haga usted aquí —el hombre abrió los ojos como si se hubiese acordado de que había dejado abierto el gas en casa—. Tengo un libro suyo en el coche. Es una edición de bolsillo que llevo siempre por si me aburro, o tengo que esperar dentro. ¿Me lo firmaría?

—Encantado. ¿Cuál es?

El desconocido abrió el vehículo, rebuscó en la guantera y sacó el libro. Terror en la casa escarlata era como se llamaba la novela.

—Mi segunda novela, ¡qué recuerdos! —George agarró el bolígrafo que le ofreció el fan—. ¿A qué nombre?

—Víctor Hill.

—¿Hill? Hay unos Hill en el pueblo cercano —comentó Robert.

—Mi tío abuelo vive allí. Iba a verle —explicó. En cuanto George le firmó el libro lo cogió, leyó la dedicatoria y sonrió—. Muchas gracias. Quién lo iba a decir. ¡El mismísimo George Campbell! Gracias, muchas gracias.

Tras agradecérselo cuatro veces más, Víctor se marchó, dejando solos a los dos amigos, que le observaron marcharse con una sonrisa.

—El último lugar en el mundo donde esperabas tener un fan, eso seguro —Robert rompió el silencio—. Si no contamos a Glory Fonter. ¿Te has encontrado ya con ella?

—La verdad es que no. Tras visitar a Mary estuve de compras y luego volví a la cabaña.

—Tu visita al supermercado fue bastante comentada. Esta mañana, nada más llegar, la ayudante Witts vino para comprar un par de revistas y me comentó que Tolliver se había pasado la tarde refunfuñando sobre ti. Supongo que tuvisteis un buen encuentro.

—No fue agradable —recordó George con amargura.

—No le hagas caso.

—Espero que no empiece a molestarme. No quisiera hacer algo de lo que luego deba arrepentirme.

—Hablas de llamar a un abogado o algo así, ¿no?

—Claro —respondió el escritor, sin sonreír—. ¿Sigue el ayudante Hanks?

—Hanks se largó. Su padre en Nueva York estaba muriéndose. Desde entonces no sabemos nada. No tenía familia por aquí, ya lo sabes. Llegó uno nuevo hace cuatro meses, un chico rubio que no tendrá más edad que ese Víctor, tu fan. Alex Hicks, muy buen tipo.

—Como siempre, Tolliver es el único que me dará problemas —George se volvió hacia la Caja de Raimi. Percibió que Jonathan Quaid le observaba atentamente—. ¿Hay alguna razón por la que el hijo de la mujer de tus sueños me mire como si quisiera ahorcarme?

Robert golpeó uno de los hombros de su amigo ante el comentario.

—Jessica no es mi…

—Ahórratelo. Mary me lo contó todo ayer —el escritor sonrió—. Enhorabuena, pero no tenías que habérmelo ocultado. Ya sabes que me gustan las cosas claras.

—No quería hacerlo por respeto a Jess.

George asintió. Si por algo quería y admiraba a su amigo era por actitudes como aquella. Muchos no habrían esperado para contar intimidades sobre la conquista con la que llevaban

fantaseando toda su vida, pero Robert no. Y ni siquiera era por él, porque fuese tímido o porque no se viera capaz de contarlo.

Lo hacía por ella.

El escritor se sintió afortunado de tenerle a su lado. Siempre se había sentido así.

—Creo que te mira así por cierta Patricia Sheridan —explicó el mayor de los hermanos Raimi.

—¿Qué tiene que ver Jonathan Quaid con Patricia?

—Uno de sus mejores amigos trabaja en el supermercado. Te vio coqueteando con Patricia —Robert le guiñó un ojo—. Estaban hablando de ello esta mañana. Creo que tienes revolucionados a los chicos del pueblo. Aunque no es que me extrañe; Patricia y tú siempre habéis tenido algo.

—No sigas por ahí — le advirtió George.

—No me invento nada. ¿Cuántas veces te ha tirado los tejos esa chica? Incluso cuando no era más que una adolescente. Lleva toda su vida encariñada contigo. Era fácil pillarla mirándote, totalmente embelesada.

No pudo discutírselo, pues llevaba toda la razón. Cuando Christine vivía era un tema que él siempre evitaba por razones obvias. Tampoco veía lógico darle una charla a Patricia, y menos cuando se fue.

Pese a que sabía que la joven sentía algo por él, siempre la trató como a una hermana pequeña. Ella nunca se quejó, ni protestó, ni se sintió mal o le descubrió unos sentimientos que él siempre creyó más un capricho pasajero que algo real y duradero. La conexión que había entre ellos tenía más que ver con la amistad surgida de todo lo que compartían, de la ayuda que siempre le prestaba a ella, que con una atracción real.

Al menos, eso había creído él.

—Hace un año que murió Christine —replicó Campbell.

—Y sabes que la adoraba. La adoro, George, pero si has venido para continuar con tu vida, como me dijiste, además de para escribir, deberías comenzar por abrirte totalmente. ¿Quieres estar siempre solo?

—Nunca estoy solo —respondió mientras veía el recuerdo de Christine al otro lado de la carretera, saludándole, antes de desaparecer tras la nube de polvo levantada por una ranchera que cruzó en aquel momento.

—Me refiero a que ir hacia delante significa más que regresar al pueblo donde naciste y creciste para escribir de nuevo.

¿Tenía razón su amigo? En parte, la llevaba, pero George seguía considerando que la muerte de Christine estaba demasiado reciente. Siempre estaría demasiado reciente. Nunca la superaría aunque, como le había dicho Mary Simmons, ¿de verdad quería superarlo?

¿Qué buscaba exactamente? ¿Regresar para encallarse en una vida con novelas a medio escribir y el recuerdo de su mujer observándole desde cada esquina de la cabaña? ¿O recuperar realmente su vida y caminar hacia el futuro a partir de ella?

—¿Te apetece venir a cenar esta noche? Compré bastante carne ayer como para derribar a Jack Millus —soltó George de repente.

—Jack Millus se comió un filete de cinco kilos en la feria anual del pueblo, ¿lo recuerdas? Te prevengo por si incumples lo que acabas de decir.

—Entonces, te espero a las ocho.

—Allí estaré. ¿Vas a escribir?

—Voy a intentarlo —George le sacudió un hombro a modo de cariñosa despedida—. ¡Nos vemos!

—No te metas en líos. Y piensa en lo que te he dicho.

El escritor asintió. No se imaginaba que no tendría mucho tiempo para darle vueltas a lo de Patricia Sheridan.

2

Una vez, un joven escritor le recitó a George un dicho que siempre había guardado en el agujero más profundo de su memoria, ordenada a veces tan metódicamente que Christine no dudaba en invitarle a relajarse de cuando en cuando.

Se llamaba Trevor James. Las últimas noticias que tenía de él correspondían a su transformación; de novato con talento a autor de calidad capaz de confraternizar con lo mejor de lo mejor en cuanto a literatura de terror. Un año antes de que Christine muriera, se encontró con él, cuando aún no poseía la fama que acabó alcanzando.

Siempre amable y con una sonrisa en los labios, Trevor no dudó en deshacerse en elogios hacia George. Cuando acabaron la cena que compartieron, ambos escritores intercambiaron anécdotas sobre los finales de sus obras. George, con buenas intenciones, le preguntó por qué sus novelas siempre acababan bien, incluso cuando eran de terror.

Trevor respondió sin ambages.

—No me des buenos principios, pero dame buenos finales.

George discurrió bastante sobre aquella frase. ¿Qué tipo de hombre era él? Christine, probablemente, hubiese respondido que del tipo ambicioso, de los que querían comenzar bien y terminar mejor.

Mientras paseaba de camino a su cabaña, por la carretera que conducía a la Caja de Raimi, al ver la figura que se aproximaba a él, presintió que estaba a punto de descubrir qué clase de hombre era. ¿De los que preferían tener un día perfecto, volviendo a ver a Robert, Mary y Patricia, para después verse abordados por el sheriff Tolliver? ¿O de los que elegían pasar los malos tragos a esas horas de la mañana encontrándose con Carl Raimi, párroco del pueblo?

El escritor pensó que incluso en la oscuridad, a pesar de la característica vestimenta negra del hermano de Robert, Carl sería fácilmente reconocible. Su porte recto, su gran altura y su rostro severo nada acorde con su edad, hacían que fuese bastante sencillo dar con él en una catedral repleta de curas y monjas.

—Hola, Carl —saludó George cuando se detuvo frente a él.

—He rezado para que los rumores no fuesen ciertos, pero aquí estás; has vuelto. A veces Dios no nos escucha.

—Tienes razón, Carl. A veces no nos escucha. ¿Recuerdas a mi mujer?

Si no hubiese sido el hermano de su mejor amigo, el escritor habría disfrutado con el ceño fruncido del cura ante sus palabras.

—Esta mañana algunos de los vecinos de este tranquilo pueblo me han puesto sobre aviso acerca de tu vuelta a nuestras vidas. Mostraban su preocupación porque un asesino se hallase entre nosotros.

—¿Mentir no va en contra de nuestra religión?

—Mi religión, George —replicó Carl.

—La profesamos de manera diferente. Diles a tus feligreses que no tienen de qué preocuparse. Ni soy un asesino, ni soy de su incumbencia.

—En ambos aspectos te equivocas.

George refunfuñó antes de intentar abrirse camino y seguir con su vida. Carl Raimi le cortó el paso; no iba a ser tan sencillo.

—Shelter Mountain era tu casa, pero ya no eres bien recibido —explicó el cura.

—Sigue siendo mi casa. Deberías respetar más al prójimo.

—Deja de burlarte de mis creencias —escupió Carl—. Sé que no se te puede echar del pueblo a menos que te lo busques, algo que espero que pase muy pronto, pero lo que sí te puedo dejar claro es que te alejes de mi hermano.

Una carcajada se escapó de la garganta del escritor. Aquello hizo enfurecer al menor de los Raimi, aunque intentaba que trasluciera lo más mínimo. No lo estaba consiguiendo demasiado bien.

—Disculpa, pero me ha parecido oír que quieres que me aleje de mi mejor amigo —prosiguió George. Al ver que las mejillas del cura se enrojecían, fingió sorpresa—. ¿Es lo que has dicho?

—Aléjate de él. Tiene encauzada su vida al fin, gracias a Dios y…

—Sí, supongo que gracias a Dios, porque no es que le ayudases mucho, ¿verdad, Carl?

—¿Qué estás tratando de decir?

—Que eres una burda copia del sheriff Tolliver —escupió George, cada vez más harto de encontrarse con gente que le decía lo que tenía que hacer con su vida—. Te conozco desde que comías tiza en el colegio, Carl. Te he visto crecer. Te he visto negarte a ayudar a tu hermano en el negocio de tu padre simplemente por celos. Y te he visto hacerte cura de este pueblo porque no sabías ni dónde caerte muerto.

Vio que el cura apretaba los puños de pura furia.

—A la primera persona que visité cuando volví aquí fue a tu hermano. Vengo de verle y lo seguiré haciendo, así que dejad tú y el bueno del sheriff de tratarme como si fuese un forastero y esto un western barato.

—Va a ser muy fácil volver a todo Shelter Mountain contra ti.

—¿A eso ibas? ¿A hablar con tu hermano? Creo que te llevarás una sorpresa porque piensa por sí mismo. Sorprendente, ¿verdad? —George formó una sonrisa insultante, disparada directamente contra Carl.

—Ya te he advertido.

—Es curioso porque, si Tolliver y tú tenéis razón, si hice lo que hice, ¿no deberíais ser vosotros los advertidos? —George volvió a seguir su camino, que esta vez no fue interrumpido—. Me alegro de verte, Carl.

El cura se quedó en su sitio hasta ver desaparecer al escritor entre los árboles. Luego, siguió andando, dispuesto a tener una larga charla con su hermano.

Por su parte, George tuvo claro un concepto muy simple: no le gustaban los malos principios.

Aunque pudieran acabar bien.

3

Tras devorar un buen almuerzo y tomar un café caliente que le sentó lo suficientemente bien como para desperezarlo, George intentó escribir de nuevo. Y, de nuevo, lo único que consiguió fue una buena tanda de minutos sin ni siquiera rozar las teclas, regada con una buena botella de frustración.

Los rostros de Carl Raimi y Jay Tolliver surgieron durante breves momentos en el monitor del ordenador. Lo peor no eran las enormes ganas que tenía de aplastarles contra el suelo hasta que pidiesen clemencia, sino lo hipócritas que podían llegar a ser, hasta niveles que jamás hubiese pensado antes de la muerte de Christine.

Por entonces, no eran más que dos miembros más de la comunidad de Shelter Mountain, con sus virtudes y defectos. Fallos, taras, secretos que él jamás les habría echado en cara, y mucho menos hubiese usado para expulsarles del pueblo.

Carl Raimi no tenía ningún derecho a acusarle de nada. Carl Raimi, que envidiaba a su hermano Robert y su corazón de oro. Un sentimiento que el menor de los Raimi escondía bajo la sotana, que estaba cosida con grandes dosis de doble y falsa moral.

Jay Lawrence Tolliver aún poseía menos razones para hablar y sí muchas más para callarse. Dos años antes de George se casase con Christine, corrió el rumor de que el intachable sheriff engañaba a su esposa con Laura Harris, casada demasiado temprano con un hombre al que perdió muy pronto. Sólo eran habladurías, claro, pero acabaron con el matrimonio de Tolliver, que nunca había sido un paraíso.

George nunca creyó en aquellos chismes. Más bien, ni siquiera les prestaba atención; estaba demasiado ocupado con su propia vida como para inmiscuirse en la de los demás. Si Tolliver tenía una amante, era asunto suyo y de su mujer, de nadie más.

Pero en Shelter Mountain las historias volaban. Reales o no, correteaban de oído en oído, de boca en boca, sin nadie que tomase las riendas y cortase sus avances. Todos tenían asuntos

que esconder, pero a todos les encantaba echar en cara los de los demás; suponía que para sentirse superiores moralmente.

«Tolliver es un adúltero».

«Carl Raimi envidia a su hermano».

«La señora Morris espía a sus vecinos».

«Leo Jones vio algo en el bosque. Es un borracho».

«Christine Simmons se casó con un asesino».

«George Campbell es un asesino. Asesino. Asesino. Todos sabemos lo que ha hecho».

No logró escribir ni una sola palabra. Le hubiera agradado apretar al menos un par de teclas, aunque luego hubiese borrado sus resultados, pero apenas rozó el teclado. Nada embadurnada de más nada; eso fue lo que consiguió redactar.

Sintió de nuevo ganas de partir un tronco; sujetar un hacha entre las manos, probar el temblor que recibirían sus brazos al descargarla contra el trozo de árbol, que caería ante el potente golpe.

Tenía que ir a la carpintería de Jones.

Sin dudarlo, cogió las llaves del coche, salió de casa tras asegurarse de que la puerta quedaba bien cerrada y se metió en el vehículo, que condujo en dirección al pueblo. Para su tranquilidad, las personas que le divisaron esta vez apenas si prestaron atención a su llegada; le alivió comprobar que su regreso se estaba normalizando antes de lo que esperaba.

Salvo con Tolliver y Carl, por supuesto.

Detuvo el automóvil frente a la carpintería. El cartel pintado a mano, que descansaba encima del establecimiento, le trajo buenos recuerdos. Unos tenían que ver con las visitas que realizaba junto a su padre, cuando hacía falta madera cortada personalmente por el señor Jones; otros estaban más centrados en algunas visitas con Christine, siendo niños, o ya más crecidos, cuando visitaban la tienda para hablar con el señor Jones del diseño de la cuna del bebé que no les dio tiempo a tener.

Al entrar en la tienda, un leve tintineo le recibió, acompañado de la atronadora voz del señor Jones, que era tan grande y viejo como un roble.

—¡Hola, muchacho! Ya me habían soplado que acababas de volver, pero quería comprobarlo con mis propios ojos.

—Me alegro de verle, señor Jones.

Ambos hombres se dieron la mano. El escritor notó al instante la fuerza del dependiente que, a sus setenta años, se mantenía como si fuese a participar en un espectáculo de lucha libre.

Leonard Jones también tenía su extraña historia con respecto a su vida en Shelter Mountain. Ocurrió mucho antes de que George y Christine fuesen a su carpintería, cuando ésta ni siquiera existía. El corpulento hombre trabajaba en el aserradero de Wynn, un lugar que terminó cerrando tras un par de graves accidentes en la plantilla.

Existían muchas versiones alrededor del relato de Leo Jones, pero todas acababan igual: con Jones retirado del negocio de talar árboles, y dedicado por entero al negocio de darles forma cuando ya estaban más que cortados.

Jones era uno de los mejores trabajadores del aserradero Wynn. Muchos contaban de él que era fuerte como un oso; a George nunca le hizo falta que nadie se lo repitiera dos veces, pues podía comprobarlo con echarle un leve vistazo. Ese vigor, unido a la falta de familia y otros quehaceres, y su gusto por estar en el bosque, le llevó a trabajar horas interminables talando árboles.

Era el mejor, rendía como el mejor y cobraba como el mejor.

Un buen día, lo dejó.

Quienes fueron testigos de la llegada nocturna de Leo Jones al pueblo contaron durante años que parecía poseído. No dejaba de repetir que abandonaba su trabajo de inmediato, que no podía seguir allí, pues había gente a la que no le gustaba.

Un año más tarde, Jones abrió su carpintería. Tenía gente a su cargo, personas que, como él antaño, se encargaban de cortar árboles y traerle los restos para que pudiera realizar su magia sobre ellos.

Él jamás volvió a tocar un solo habitante del bosque.

George escuchó todo tipo de rumores sobre la noche en la que Leo Jones cambió de vida. Algunos de sus antiguos compañeros hablaban, entre cervezas en la taberna de Joe, del encuentro de Jones con unos extraterrestres bajitos, grises y de grandes ojos negros con problemas lacrimales.

Otros, entre susurros, narraban que Leo se había emborrachado tanto, que creyó ver a una especie de dama del bosque, que le obligó a dejar en paz a sus hijos. Unos pocos no hablaban de un exceso con la bebida, sino de locura transitoria, a pesar de que Jones había dejado claro con los años que era una de las personas más cuerdas de Shelter Mountain.

Al escritor nunca le importaron aquellos chismes. Nunca le importaban, fuesen cuales fuesen. Una disparatada historia más en el saco de cuentos macabros del pueblo. Un buen relato que contar a los pequeños de Shelter Mountain para que cuidasen de la naturaleza.

Nunca se detuvo demasiado a pensar en los auténticos motivos que podrían haber llevado a Leo a apartar de su vida lo que parecía ser la única razón de su existencia. Supuso que estaba cansado de ello, que vio la luz en cuanto a establecerse de otra manera sobre su modo de subsistir. ¿Por qué dejaría él de escribir? Por la pérdida del ser querido que le daba sentido a lo que él era.

¿Le habría pasado a Leo lo mismo y sus incoherencias esa noche sólo fueron el fruto de la mente de un hombre que buscaba una excusa plausible para su nueva vida?

A George, el rumor que más le preocupó, fue el que unos pocos, quizás no más de diez personas en todo el pueblo, consideraban real. Ese que tenía de protagonista a una criatura que habitaba en los bosques, la cual había amenazado a Jones con matarle si no repudiaba su hacha, asesina de inocentes árboles.

No era más que una variante del relato de la dama del bosque, pero a George, como escritor de terror, siempre le causó más interés que los demás rumores. Quizás por el ínfimo número de gente que lo comentaba; quizás por sus aterrados rostros cuando lo narraban; quizás porque siempre había tenido la sensación que los bosques de Shelter Mountain no eran un lugar seguro.

¿El lago? Por supuesto. ¿El pueblo? Claro. ¿Las montañas próximas? Quizás.

¿El bosque? Algo en él ponía nervioso al escritor. Muy, muy nervioso.

—Yo sí que me alegro de verte, George. Espero que estés pensando en quedarte a vivir en Shelter Mountain —declaró Leo Jones.

—En principio, estaré una buena temporada, pero supongo que terminaré reposando el culo por aquí hasta que me vuelva lo suficientemente viejo como para no sentirlo.

Jones escupió unas carcajadas tan atronadoras que George creyó que temblaría la tienda entera.

—¿Sigues en esa cabaña tan buena? Supongo que tendrás que hacerle un par de arreglos dado el tiempo que llevas fuera —dijo Jones.

—Por ahora no he encontrado nada que arreglar, pero tampoco he dado con una buena hacha para cortar algo de leña para la chimenea —George observó que el gesto de Jones cambiaba, tornándose lúgubre, como si se estuviera preparando para la peor de las noticias—. He encontrado un par de árboles derribados tras la cabaña, ya muertos, que he pensado en ir cortando para aprovecharlos.

Leo se tranquilizó. La amabilidad y la alegría volvieron a él tan velozmente como se acababan de ir.

—La quieres de mango largo, imagino —antes de que George pudiera responder, se dirigió hacia una la zona de la tienda donde se hallaban las hachas. Regresó con una que daba la impresión de haber sido recientemente sacada de su embalaje—. Empuñadura de nogal. La cabeza es de acero, incluido el filo. Es fácil de afilar, lo puedes hacer tú mismo, pero cuando quieras tráetela y yo te la cuidaré. Corta la leña como un cuchillo caliente la mantequilla.

El escritor tomó el hacha entre sus manos. Le gustó el tacto, y más aún el peso y lo fácil que le era manejarla. Hizo un movimiento en abanico, para terminar de acostumbrarse a ella, y fue entonces cuando la vio, encima de uno de los estantes repletos de latas de barniz.

La motosierra.

—¿Te gusta? —Leo miró el aparato con orgullo—. Me la trajeron hace una semana. Ahí detrás tengo más, muy baratas, pero son basura comparadas con esta preciosidad.

—¿Es eléctrica? —preguntó Campbell, admirando el elegante color rojo de la carcasa que cubría el motor.

—A gasolina. Motor de dos tiempos. No sabía que entendieses de motosierras.

—Algo sé. Tuve que documentarme una vez para escribir un libro de terror.

—Supongo que aquí te será más fácil escribir, con la tranquilidad de la naturaleza. Te será muy diferente de la ruidosa ciudad.

—Sí. Por eso he vuelto —George despertó de su ensimismamiento con la motosierra—. ¿Puedo probarla?

—¡Por supuesto! —respondió Leo, complacido por el interés que despertaba el artículo en el escritor—. En la parte de atrás tengo un par de troncos cortados para poner a prueba a chiquitinas como esa. Es de lo más caro que tengo en la tienda, pero podría hacer pedazos cualquier cosa en menos de la mitad del tiempo que tardarías con el hacha.

El dependiente le pasó la motosierra a George, quien le siguió hasta la parte trasera del establecimiento donde, efectivamente, pudo observar un par de maderos decorados con numerosos tajos.

—Tiene dispositivo de seguridad, acelerador, bloqueo del acelerador y, como puedes ver —Jones señaló la empuñadura delantera—, un protector salva manos, entre otras cosas. No es una de esas antiguallas que sólo llevan la espada, la cadena y el mango. Es muy buena, te lo aseguro.

George colocó la motosierra en el suelo. La sujetó por el mango delantero, apretó el botón de encendido, pisó con fuerza el mango trasero y tiró de la empuñadura de arranque. El aparato tronó como un diablo. George la tomó entre sus manos y la alzó, como si fuese un guerrero que acabase de encontrar su espada.

—¡Tiene silenciador! —gritó Leo.

El escritor no le hizo caso. Le encantaba aquel sonido.

Se acercó a uno de los troncos, apuntó bien y apretó la espada de la motosierra contra él. La afilada cadena, en conjunción con la potencia del motor, arrancó en apenas unos segundos un pedazo lo suficientemente grande como para alimentar su chimenea durante tres días.

—Impresionante —susurró Campbell, con sus hipnotizados ojos posados sobre la motosierra. Sintió que era el rey Arturo y acababa de encontrar a su Excalibur particular.

—¿Qué? —Jones se señaló las orejas.

George apagó la máquina.

—Es impresionante. Me la llevo.

—Es muy cara, George. Yo creo que con el hacha tienes suficiente.

—Me lo llevo todo. Y unos cuantos listones por si tengo que cambiar algunas tablas en la casa. ¡Ah! Y bombillas, al menos, una caja llena de bombillas.

En cuestión de minutos, George lo tuvo todo cargado en su coche, ante la vista de un feliz Leo Jones que había hecho una venta que le supondría tranquilidad económica durante todo un mes.

Mientras cerraba el maletero del vehículo, el escritor maldijo el día en el que se deshizo de la ranchera que Christine le convenció para comprar, con suficiente espacio en la parte de atrás para transportar cien listones de madera más sin causar daños en la tapicería.

—Si quieres te dejo mi furgoneta —le ofreció Leo como si le hubiese leído la mente.

—Creo que va bien —George observó, no muy convencido, los asientos traseros, donde tuvo que dejar los listones por carecer de sitio en el maletero—. Aunque, quizás deba comprarme un segundo vehículo para estas cosas.

—Buena idea.

Tras despedirse del escritor, Jones volvió al interior de la carpintería. Campbell estaba a punto de ocupar su asiento en el automóvil cuando una voz de la que sus oídos gozaron le paró.

—La gente va a empezar a sospechar si vamos a vernos todos los días.

El escritor se giró hacia Patricia, que caminaba hacia él luciendo su característica sonrisa en el rostro, iluminando la calle a pleno día a su paso. George notó que sus propios labios se curvaban involuntariamente para compartir la aparente felicidad de la joven.

—Quizás tengamos que dejar de vernos —declaró.

—Eso me rompería el corazón —sin más, la chica le sacudió un suave beso en una de sus mejillas, al igual que había hecho un día antes al despedirse—. ¿Qué hay de nuevo en el interesante mundo del famoso escritor George Campbell?

—Comprando útiles para recuperar mi antigua vida alejada del mundanal ruido.

—Sé lo que es eso. Me pasé cerca de un mes yendo y viniendo del pueblo a mi casa, comprando todo lo necesario. Cosas que ni siquiera usaba en la ciudad. Increíble, ¿eh? Cómo cambia la vida de un sitio a otro.

—Supongo que ahí radica parte de la gracia.

—Nunca lo había visto así —dijo antes de reír como una niña pequeña. George observó lo bien que le quedaba el jersey que llevaba puesto, avergonzándose instantáneamente de reparar en ello.

—¿Y en eso estás? —preguntó para tener la mente ocupada—. ¿Yendo y viniendo?

—Voy a trabajar. Hoy me tocaba turno completo, todo el día en el supermercado, pero me lo ha cambiado uno de los chicos. Creo que le gusto y, bueno, ya sabes cómo sois los hombres en estos casos.

Con alguien como tú delante, no me extraña, pensó George.

Le costó no decirlo en voz alta.

—Podemos ser algo capullos —contestó en su lugar.

—No seas malo. ¿Cuándo vas a venir a ver mi casa? ¿O tengo que ir yo a la tuya sin que me invites? —la joven le guiñó un ojo.

George notó la saliva acumulándose en su garganta. Recordó la conversación horas antes con Robert, la charla que habían tenido sobre Patricia y su más que evidente atracción hacia él. Era el momento de dar un paso al frente o salir corriendo como el cobarde que Carl Raimi y Jay Tolliver querían que fuese.

¿Y Christine? Ya no estaba, pero sí su recuerdo. Sí, y el amor que profesaba hacia ella. Un amor que jamás se acallaría, ni por todas las Patricia Sheridan del mundo.

Pero eso no significaba que tuviera que detenerse en el tiempo. Quedar con una amiga no quería decir que ya no amase a su mujer, y mucho menos que la hubiese olvidado. Eso sólo pasaría cuando el Infierno se helase.

—¿Te apetece cenar conmigo esta semana? Te invitaría hoy, pero he quedado con Robert —logró decir.

—¿Me estás pidiendo una cita? —preguntó Patricia. Deseaba escuchar la respuesta, tanto como había soñado con aquel momento durante años.

—Una cita. Eso mismo. ¿Una cena? Cocino yo.

—Muy bien, pero en mi casa. ¿Pones tú el día?

—Creo que sé dónde trabajas, así que te buscaré, tenlo por seguro.

—Hablando de trabajo —Patricia señaló su reloj de pulsera—, creo que llego tarde a él. Pero no olvidaré de lo que has dicho, ¿eh? Tenemos una cita. Esta misma semana, así que espero que no llegue el domingo y aún no tengas un día fijado.

—Lo tendré, te lo aseguro.

La joven se acercó al escritor y le regaló otro beso. George notó cómo se le erizaban los pelos de los brazos al notar el cálido aliento de Patricia contra su piel.

—¡Lo has prometido! —exclamó la chica mientras se alejaba.

George no dejó de mirarla hasta que la perdió de vista. Luego, se introdujo en el coche y condujo hasta la cabaña. Absorbido por sus pensamientos no captó que una figura le había estado observando desde el otro lado de la calle.

Era el sheriff Tolliver.

4

Ni siquiera encendió el ordenador cuando llegó a la cabaña. Se sirvió un vaso bien frío de leche que acompañó con un par de tostadas con mantequilla, y fue a bajarlo todo a base de hachazos contra los troncos de los que había hablado con Leo.

Colocó la madera muerta frente al porche. Los primeros golpes le supieron raros y tentado estuvo de coger la motosierra, pero sabía que no era eso lo que quería; deseaba sentir el esfuerzo en sus músculos, el cansancio en su organismo y el mango contra sus manos, mientras atizaba a aquellos restos de árboles con todas sus fuerzas.

Poco a poco adquirió un buen ritmo. Antes de darse cuenta, ya estaba sudando, pese a que no hacía nada de calor, y una cantidad ingente de madera astillada se arremolinaba frente a sus ojos.

Siguió golpeando. Una vez. Y otra. Y otra.

Recordó la charla con Carl Raimi. Y el rostro de Tolliver junto a sus acusaciones. Y golpeó otra vez. Y una vez más. Y otra. Y otra.

Y Christine ya no estaba.

Y descargó el hacha. Una vez. Y otra. Y otra.

—Lo haces muy bien, escritor.

George miró a su izquierda. El coche patrulla de Tolliver estaba detenido cerca del suyo. Las puertas delanteras estaban abiertas; en una de ellas se encontraba Jay Tolliver observándole con un gesto raro en el rostro; en la otra, un hombre rubio, joven, usaba una de sus manos como visera a pesar de que apenas hacía sol. Supuso que sería Alex Hicks, el nuevo ayudante del sheriff del que había hablado Robert.

—Creo que ese trozo de madera va a presentar cargos —intentó bromear Tolliver.

El escritor pareció despertar de un leve sueño. Sus ojos escrutaron el castigado tronco, del que apenas quedaba nada, como si una panda de castores lo hubiera masticado hasta su segunda muerte. ¿Él había hecho eso?

Sudaba copiosamente por cada poro de su cuerpo. Volvió a mirar a los agentes de la ley, ¿por qué no había escuchado llegar al coche? Su cerebro ordenó soltar el hacha a sus manos, pero éstas no le obedecieron, aguantando la herramienta con firmeza.

—¿Comprada hoy donde Jones? —preguntó Tolliver, intentando que George reaccionase ante su presencia.

—Hoy mismo, sí —respondió. Su cerebro fue asentándose paulatinamente, volviendo a la realidad; la cabaña, el sheriff, su ayudante y él frente a ellos, sintiéndose como un acusado en su propio juicio.

—¿No tenías hacha en casa?

—Una pequeña.

—Es raro —Tolliver cerró la puerta de su lado del automóvil—. Un hombre que ha crecido en una cabaña en el bosque no tiene una buena hacha para cortar leña para las noches más frías. Muy curioso, sí. No te habrás deshecho de la que tenías, ¿verdad?

—¿Puedo considerar esta visita como hostil?

—Nos hemos acercado a visitarte, nada más —el sheriff señaló a Alex Hicks, que saludó levemente. George le devolvió el gesto, aunque por su cara dedujo que no sabía bien qué hacía allí—. Así conoces al ayudante Hicks.

—Un placer —masculló.

—Eres muy diestro con el hacha para ser escritor —Tolliver la señaló—. ¿Podrías soltarla mientras hablamos?

—Soy un tipo criado en un pueblo, y que ha pasado parte de su vida adulta en una cabaña; es normal que sea bueno con un chisme así —replicó George sin soltar la herramienta.

Los hombres cruzaron sus miradas. En un instante se dijeron más de lo que podrían expresar con palabras durante un año entero.

—Te he visto hoy en el pueblo, George. Charlando con Patricia Sheridan, curiosamente tras haber amenazado esta mañana al párroco de Shelter Mountain.

El escritor dejó escapar una carcajada repleta de sarcasmo.

—¿Te hace gracia amenazar a un hombre de Dios?

—Me hace gracia que Carl se dedique a soltar esos bulos, en vez de ocuparse de sus propios asuntos —George negó con la cabeza, algo confuso—. Carl y yo hemos tenido unas palabras esta mañana, cuando yo volvía de la Caja de Raimi. Me ha amenazado él para que me aleje de su hermano. Y ahí acabó todo.

—No me parece la forma de actuar de un hombre como Carl Raimi.

—Seguro que si le clavase este hacha en el pecho, sí lo verías normal, Jay.

—Sheriff Tolliver, recuérdalo. ¿Acabas de volver a amenazar a Carl?

George volvió a menear la cabeza negativamente. O ponía fin a aquel bucle absurdo, o terminaría demasiado enfadado como para no poder entrar en casa sin destrozar a hachazos el porche.

—Si quisiera amenazar a alguien, tendría que recordar que vengo de un mundo donde tengo un par de buenos abogados que me han ayudado en el pasado —explicó Campbell—. Un par de abogados que estarían encantados de venir aquí, observar cierta conducta persecutoria en un sheriff adúltero y plantear una demanda millonaria que dejaría a ese hombre en calzoncillos, si es que los llevase alguna vez.

Alex Hicks retrocedió instintivamente ante las palabras del escritor. El sheriff sonrió, al tiempo que emitía una leve risita que intentaba esconder lo furioso que estaba, no sólo porque

le hubiese recordado un error del pasado, sino porque Campbell estaba intentando poner en práctica un juego que no era el suyo.

—No quiero verte cerca de Patricia Sheridan —le advirtió Tolliver.

—Le he prometido que quedaríamos para cenar.

—No quiero que sea la nueva Christine Simmons, asesino.

Algo se rompió dentro de George. Algo que había pegado con el pegamento de la cordura en los últimos meses. Algo destrozado cuando su mujer, el amor de su vida, murió ante sus ojos.

Se aproximó a Jay Tolliver aún con el hacha entre sus manos. El sheriff, instintiva y sigilosamente, deslizó una de sus manos hacia la cartuchera donde descansaba su revolver reglamentario.

—No voy a irme del pueblo, Jay —Campbell pronunció la última palabra tan sonoramente que le dolieron los oídos—. No voy a dejar de ver a mi familia ni a mis amigos porque no sepas hacer tu trabajo. Si te vuelvo a ver por aquí, llamaré a mi editor, éste a los abogados y, en cuestión de semanas, estarás en la calle.

El sheriff aguantó la mirada del escritor. Sonrió por dentro al percibir en ella algo que había estado buscando durante ocho meses.

Allí estaba.

—Así hacemos las cosas en la ciudad, civilizadamente —George se alejó, alzó el hacha por encima de su cabeza y la clavó de un solo golpe en el tronco que quedaba indemne. Luego, volvió a mirar al inesperado visitante—. ¿Qué creía que iba a hacer?

A continuación, se metió en la cabaña, cerrando la puerta con llave, y dejando a los dos agentes de la ley observando la vivienda.

—Señor, ¿puedo hablar con sinceridad? —logró pronunciar el agente Hicks.

—Claro, chico, esto es un país libre. Al menos, lo era la última vez que meé en el retrete.

—¿Qué le pasa con ese tipo? Lleva todo el día hablando de él en comisaría y, salvo un par de conversaciones, yo ni sabía que existía hasta que regresó al pueblo. Y, ahora, viene aquí a decirle esas cosas…

—¿Qué cosas?

—Esas cosas horribles.

Tolliver se pasó la mano por la barbilla, rascándola. De repente echó mucho de menos a Hanks, más tonto que una piedra, pero al que no tendría que explicarle la larga y complicada historia de George Campbell, el hombre que consiguió el amor de la encantadora Christine Simmons.

—Tú no eres de aquí, ¿verdad, Hicks?

—No, señor. Soy de Cold Rivers —respondió al tiempo que entornaba los ojos, preguntándose cuántas veces había cuestionado ya su procedencia desde que estaba en Shelter Mountain.

—Un lugar frío para vivir, chico —dijo Tolliver—. No conoces toda la historia, y hasta el momento no necesitabas saberla. Creí que nunca te haría falta, porque nunca pensé que el escritor volvería. ¿Qué sabes de él?

—Sé que es un famoso escritor que se crió aquí, y que se largó cuando su mujer falleció. Su esposa era Christine Simmons, profesora de escuela. Fue asesinada ante sus ojos. La gente no suele hablar mucho de ellos.

—¿No te parece curioso, con la cantidad de historias que recorren el pueblo?

—Supongo que porque soy nuevo aquí.

El sheriff sonrió. Sin duda, era más inteligente que Hanks; algo no demasiado difícil.

—Hace aproximadamente un año, Christine Simmons fue asesinada por cinco criminales que intentaron robar en esa cabaña, que compartía con su marido, George Campbell —explicó Tolliver—. Los cinco delincuentes estaban en las listas de la policía e incluso del FBI por diversos delitos. Cuando mataron a Christine llevaban meses desvalijando cabañas, chalets y casas situadas en el extrarradio de diversos pueblos; zonas no demasiado vigiladas y muy tranquilas.

»Los indeseables entraron de noche, intentando llevárselo todo sin que George y Christine se diesen cuenta. Sin embargo, la mujer bajó tras escuchar un ruido y la atacaron. El escritor no tardó en acudir a los gritos de Christine y retuvo a los intrusos mientras la mujer huía. Aunque aguantó, fue noqueado por los delincuentes, quienes persiguieron a Christine. En plena noche, asustada y conmocionada, ella se internó en estos bosques intentando despistarles. Supuestamente, debido a su estado, no lo logró, y fue atrapada cerca del lago,

donde esos animales intentaron violarla. Christine se resistió lo bastante como para hacerles daño; uno de ellos comenzó a golpearla brutalmente. Justo entonces llegó el escritor, demasiado tarde, pues a ella le sacudían los últimos golpes que terminaron por matarla. A él le dispararon y le dieron por muerto, aunque se equivocaron.

Hicks no supo qué decir ante el relato. Observó dónde se encontraba, y tembló al recordar que era el escenario de un crimen.

Al menos, parte del escenario.

—Todo lo que sabemos sobre esa noche lo contó el mismísimo George Campbell —prosiguió Tolliver—. Incluso con una paliza de muerte y una bala en el cuerpo, sobrevivió. Se pasó un mes en el hospital, contando la misma historia a todo policía que fue para registrarla. Incluido yo. El otro día me preguntaste por qué tenía cinco carteles de «Se busca» en una de las paredes de la comisaría.

Hicks asintió.

—Son ellos. Los cabrones que mataron a Christine Simmons, una de las personas más queridas de Shelter Mountain. Un sol radiante en las oscuras vidas que todos llevamos. Siempre tenía una palabra amable, una sonrisa, una carcajada que levantaba el ánimo de los vecinos. Y los niños, ¡ellos la adoraban!

—No encontraron a los asesinos —dedujo Hicks al pensar en los carteles.

—Ahí está la gracia. En cuanto el escritor salió del hospital, volvió a la cabaña y se pasó cuatro meses encerrado en ella. Muchos miembros de la comunidad le visitaron, hasta yo; todos comprendíamos, o creíamos comprender por lo que estaba pasando. La mayoría de las veces fingía no estar; otras, teníamos suerte, salía al porche y, con una extraña sonrisa, nos indicaba que se encontraba bien.

Tolliver observó la cabaña con creciente interés. No veía indicios de que Campbell estuviera espiándoles, pero sabía que así era. Lo sentía en sus huesos, en todos y cada uno de sus cansados huesos.

—Un par de semanas antes de que el escritor se fuera del pueblo —continuó— un par de policías de la ciudad y un agente del FBI vinieron haciendo preguntas. Habían seguido la pista de los cinco asesinos, la cual les condujo a un almacén abandonado donde tenían entre manos algunos chanchullos ilegales. No los encontraron, pero sí hallaron pruebas de que, quizás, alguien los hubiese matado.

—¿Fue Campbell? —preguntó Hicks sin ambages.

—No podían demostrar que estuviesen muertos, aunque sospechaban que fue un ajuste de cuentas. Los cincos acumulaban una lista de delitos más grande que mi próstata. Los agentes se acercaron al pueblo para saber si esos cabrones habían regresado para completar el trabajo, o para tratar de repetir los robos. Extraoficialmente, uno de ellos, el del FBI, pensó en la posibilidad de que el escritor tuviera algo que ver.

—¿Y usted lo cree?

—Desde hace ocho meses no he pensado más que en conectar las piezas de este rompecabezas y la única solución que encuentro es que ese hijo de puta mentiroso lo hizo. George Campbell buscó en su interior y sacó lo que hacía falta para hacerles pagar por lo que le quitaron —declaró el sheriff—. Nunca encontré pruebas, ni hallé nada que lo incriminase. Incluso busqué en la cabaña un par de veces cuando él se largó, pero no di con nada, salvo con Robert Raimi, que iba a cuidarla de cuando en cuando.

»El rumor sobre que tuvo algo que ver se extendió. Muchos tampoco le perdonan que no hiciera más para salvar a Christine. No me da pena; se lo merece. Nos miró a todos a la cara y nos mintió. Siempre lo negó todo, pero yo sé la verdad. Se recluyó en la cabaña, y huyó en cuanto pudo, ¿o fue por las preguntas que hicieron los agentes encargados del caso? Sé que fue él. Lo sé.

Hicks comprendió, aunque suponía que se le escapaban multitud de detalles.

—Esta mañana fui a hablar con Mary Simmons, tan dulce como su hija. ¿Sabes que Campbell ni siquiera vino para el funeral de su marido? —señaló la vivienda—. Así es ese hijo de puta. No me creo todo ese rollo de que ha vuelto para escribir. Hay mucho más en su regreso de lo que dice; lo sé, lo he visto en sus ojos.

—Pero si no tenemos nada, señor…

—No nos apartaremos de él —replicó Tolliver—. Él será la mierda y nosotros el papel higiénico. No voy a dejar que escape otra vez.

El sheriff se metió en el coche. El ayudante le imitó.

Mientras se alejaban, George los observaba, muy atento. No había podido escuchar lo que

Tolliver le acababa de contar a Hicks, aunque suponía que se trataba de una buena historia, un largo relato sobre un escritor y su mujer, a la que quería más que a nada.

Probablemente intentaba envenenar con sus mentiras al ayudante, para que fuese él quien le hiciera el trabajo sucio. Otra piedra en su camino para volver a tener la vida que añoraba, una vida que tendría que estar llevando a cabo con Christine.

Furioso, se retiró de la ventana. Subió con enfado los escalones hacia la Zona G, ¿cómo se atrevía aquel paleto a ir a su propia casa a insultarle? ¿A acusarle? ¿A acosarle? ¿Qué esperaba?

—Tolliver sólo está frustrado consigo mismo. Por lo que pasó conmigo —le dijo Christine con ternura, sentada en el sofá de la Zona G.

—Si hubiese hecho bien su trabajo… —George dejó sin terminar la frase mientras encendía el ordenador.

—No es un mal hombre —replicó el recuerdo de su mujer.

En cuanto la novela empezada estuvo en el monitor, el escritor comenzó a aporrear las teclas como un poseso. No dejaba de pensar en Tolliver, Carl, las amenazas de ambos, sus intentos de volver a su hogar, que podrían verse frustrados por personas que ni siquiera entendían por qué hacían lo que hacían.

Cuando quiso darse cuenta, llevaba escritas más de cincuenta páginas.

5

Robert Raimi giró la cabeza hacia la puerta de la cabaña cuando de ella surgió George con una enorme sonrisa en los labios. El frescor del bosque acunado por la noche le dio la bienvenida en el porche.

—¿Qué tal con Ralph? —preguntó Robert, interesándose por la conversación que editor y escritor acababan de mantener.

—Creo que estaba tan contento que le podría haber dado un ataque al corazón —George se sentó en la silla junto a su amigo, al mismo tiempo que le pasaba el último botellín de cerveza de la noche. A pesar de que ya habían cenado una buena ración de chuletas de cerdo, aún les quedaba sitio para la última bebida.

—Eso está bien, supongo —añadió Robert.

El escritor rio, divertido ante la imprevista broma de su acompañante, y se reclinó en su asiento. Tomó un sorbo de cerveza, disfrutando del silencio que dominaba la zona, sólo roto en algún momento por algún grillo feliz de poder cantar sin depredadores cerca.

—Aquí se está genial —afirmó Robert—. Tendría que haberme comprado una cabaña así. Quizás aún esté a tiempo, cuando vuelva Jessica del hotel.

—Seguro que sí.

De nuevo, disfrutaron del silencio. George se sintió como la misma mañana en la que volvió a ver a Robert tras meses sin saber de él. La más absoluta tranquilidad se hizo con él; nada de agentes de la ley acosadores, nada de curas entrometidos, nada de murmullos, ni de chismes, ni de vecinos reconvertidos en jueces.

Solamente su amigo, unas cervezas y la oscuridad que se extendía ante ellos. Relajante, profunda, sutil, muda y capaz de guardar secretos durante el bastante tiempo como para olvidarlos.

Y había vuelto a escribir. Esa misma tarde. Lo que empezó como una especie de descontrol creativo se convirtió en la más grata sesión frente al ordenador que tenía desde hacía mucho tiempo. Más de cien páginas después de Ouija negra, tuvo que ponerse, contra su voluntad, a preparar la cena que tomaría con Robert, a quien no dejó de atosigar con la novela durante toda la velada.

También hablaron de la Caja de Raimi, contaron anécdotas sobre el pasado, especialmente acerca de sus días de instituto, y Robert le informó mejor de cómo le iba todo con Jessica y Jonathan Quaid.

En cuanto acabaron, George llamó a Ralph, totalmente imbuido por la intensa emoción de mantenerle informado de sus rápidos y repentinos progresos con el libro. El editor no pudo mostrarse más feliz y complacido ante la noticia, hasta el punto de que prometió acudir a almorzar al día siguiente.

A George le pareció bien.

No mencionó la desagradable visita de Tolliver a ninguno de los dos. No quería estropear el momento y, al haber vuelto a escribir, se sentía con fuerzas para cualquier cosa; podría haber parado un camión con sus propias manos, así que no le costaría nada lidiar con un sheriff infiel con demasiado tiempo libre.

—Al final no hemos hablado de Patricia Sheridan —dijo Robert con una pícara sonrisa en los labios.

George imitó el gesto.

—La he invitado a cenar hoy. Estaría en tu sitio ahora mismo si no hubiese quedado ya contigo —confesó.

—Podrías habérmelo dicho. Me habría quedado en casa. Sabes que tengo móvil, aunque tampoco te hubiese dado muchos problemas acercarte a la gasolinera. —Robert levantó el botellín de cerveza—. Felicidades, amigo. Me alegra ver que vas hacia delante.

—Sólo es una cena.

—Es difícil resistirse a Patricia Sheridan.

—Déjame en paz —los dos dejaron que sus risas recorriesen el porche—. No pienso en nada más que en pasar un rato agradable con una amiga. Será bueno charlar tranquilamente con alguien que no me mire como si fuese un asesino en serie.

George escrutó el rostro de su amigo para ver su reacción, pero simplemente le vio asentir, como si estuviera totalmente de acuerdo. No le había contado nada sobre el encuentro con su hermano, pero Robert tampoco mencionó que el cura hubiese ido a la gasolinera.

Estaba claro que era una noche que ninguno quería estropear.

—¿Has ido ya a visitar la tumba? —preguntó Robert.

—No —contestó George al instante—. Creo que aún no estoy preparado. Creo que…

Vio a Christine entre los árboles, a unos metros, caminando entre la oscuridad con unos ojos felices que parecían alumbrar su camino como faros. Quiso gritarle que saliera de allí, que no se adentrase más. Que no volviese al lugar de su muerte.

Pero era un recuerdo. Christine en cada rincón de Shelter Mountain.

—No le estoy faltando al respeto con lo de Patricia, ¿verdad, Robert?

—Tú mismo has dicho que no esperas nada, que sólo sois amigos y nada más.

—Sabes que Patricia espera algo más.

—¿Qué pensarías tú si Christine estuviera en tu lugar?

George lo tuvo claro. Siempre lo había tenido.

—Me gustaría que fuese feliz. Que avanzase y dejase mi muerte de lado, sin olvidarme —el escritor observó a su amigo—. Eres bueno. Ella también se sentiría como yo ahora, ¿sabes? Repleta de dudas y culpabilidad, como si seguir adelante significase pisotear mi tumba.

—Hazle caso a ella entonces, no a mí.

Su amigo tenía razón. Lo mejor que podía hacer por todos era quedar con Patricia, sin pensar en que tuviera que pasar algo, y mirar hacia delante. No conseguiría recuperar su antigua vida por más que se esforzase, así que sólo le quedaba tomarla de nuevo, tenerla bajo su control y, de sus pedazos, fabricar otra nueva.

Y eso jamás significaría olvidar a Christine. Imposible. La llevaba tan metida bajo la piel, que la notaba las veinticuatro horas del día allí, recorriendo cada nervio, cada célula de su cuerpo, como si no fuese suficiente con verla en cada rincón del pueblo, en cada habitación de la cabaña y tras cada árbol de aquel bosque de sombras.

—Nunca me has preguntado si lo hice yo —afirmó George, tan serio que Robert no pudo recordar cuándo fue la última vez que lo escuchó hablar así.

—¿A qué te refieres?

—Sabes a lo que me refiero. Han pasado ocho meses, y habrás oído todo tipo de rumores y, si no ha sido así, siempre están Tolliver y tu hermano.

Robert dio otro trago al botellín, a pesar de que estaba completamente vacío. Intentó evitar contestar, pero sentía la mirada de su mejor amigo clavada en él de manera penetrante, como

si intentase leerle la mente por si se escapaba de aquella situación.

—Nunca te lo he preguntado porque tendría que hacerme dos preguntas. Y la primera sería, ¿me dirías la verdad?

Ambos se miraron. George volvió a su cerveza, que acabó de un solo trago.

—Se escuchan muchas cosas en Shelter Mountain, ya lo sabes —prosiguió Robert—. Muchos rumores, cuentos de hadas, habladurías… De todos modos, son relatos que me hacen pensar en, ¿qué haría yo si ahora mismo alguien le hiciera daño a Jessica? Supongo que se lo haría pagar. Supongo que podría volverme loco.

Robert prestó atención a George por el rabillo del ojo. El escritor ni se inmutó; parecía estar absorto en las tinieblas que emanaban del bosque, el profundo y tenebroso bosque donde su mujer fue asesinada frente a sus ojos, mientras él se desangraba.

—¿Alguna vez has oído la historia de Doggy? —preguntó George, de repente.

—Sí. Mis padres la usaban para que me fuese pronto a la cama. Decían que si no me acostaba temprano, Doggy volvería para morderme, o algo así.

—Mary me contó el relato al completo cuando la visité. Nunca lo había escuchado.

—No es uno de los cuentos más populares, la verdad. Dicen que daba bastante mal rollo ver al perro paseando por ahí, teniendo más años de los que tendría que haber durado.

—Mary me dijo que en Shelter Mountain todo vuelve. En Shelter Mountain todo vuelve, fueron sus palabras exactas.

—También lo he oído antes —admitió Robert, sin saber qué quería decirle exactamente su amigo.

—¿Lo crees? ¿Piensas de verdad que todo vuelve en este pueblo?

—No hagas caso a esas tonterías. Hay dichos, refranes y leyendas en todos los pueblos del mundo. Shelter Mountain no es diferente. Que haya gente que vuelva no quiere decir nada, te lo aseguro.

George siguió observando el bosque.

En Shelter Mountain todo vuelve

El escritor miró al abismo. Y el abismo le devolvió la mirada.

6

Los árboles eran testigos mudos de las cinco agrupaciones de tierra, los principales habitantes del lugar secreto de George, donde su mayor vergüenza y a la vez mayor triunfo se encontraban presentes. Y, para decorarlo, la mancha de sangre en uno de los troncos de los auténticos dueños del bosque.

La oscuridad era más profunda allí. La luz de la luna no llegaba, como si las tinieblas la repudiasen, como si le dijesen que el pueblo entero era para ella, pero no aquella parcela. No, aquel pedazo de tierra pertenecía al escritor; era totalmente suyo, como lo que se hallaba bajo los cinco montículos.

De repente, los árboles parecieron gemir. Un fuerte viento los acarició con violencia, haciendo que sus copas se moviesen como nerviosas serpientes a punto de atacar. Las sombras se hicieron aún más densas, como si tomasen forma ante lo que estaba a punto de ocurrir.

Uno de los montones de tierra se movió, levemente al principio, más enérgicamente después. Una mano, sin apenas piel que la cubriese, surgió, con sus dedos intentando agarrar algo que su dueño no conseguía ver. Carne putrefacta y muerta comenzó a formarse alrededor de la extremidad, dándole un aspecto carnoso, pero no vivo. Segundos después, una segunda mano acompañó a la primera, logrando la misma recompensa; piel pestilente que se agarraba al blanco hueso.

Las monstruosas zarpas se movieron cada vez más rápido, hasta que quitaron la tierra

suficiente como para que el cuerpo al que estaban conectadas pudiera emerger, un cuerpo muerto, destrozado por el tiempo y los insectos que se habían alimentado de él. Mientras el cadáver se ponía en pie, la carne se fue formando en diferentes partes de su anatomía, de manera desordenada y siguiendo un patrón sobrenatural que ningún testigo hubiese entendido.

El ser movió la cabeza de un lado a otro, intentando conectar sus pensamientos. Los recuerdos le golpearon la mente como un tranvía desbocado, pero en unos instantes al fin recuperó su memoria al completo, aunque no exenta de leves lagunas.

Pero lo importante estaba allí.

Se aproximó a los otros montículos. Alzó una de sus manos y la introdujo en el primero de ellos, escarbando, buscando el cuerpo que allí había enterrado, el cadáver de alguien conocido, de un buen amigo.

De un hermano.

En cuanto su garra comida por la necrosis rozó los restos de quien fue su ser más querido, agarró con fuerza lo poco que quedaba. Y apretó, apretó y apretó, hasta que sintió lo que le había despertado recorriendo sus falanges, serpenteando hacia los despojos, dispuesto a levantarlos, transformarlos y convertirlos en algo parecido a él.

El proceso no duró mucho, y lo repitió con los otros tres.

Y entonces rieron. Carcajadas muertas, blasfemas, repugnantes y macabras.

Risotadas de muertos vivientes que recordaban a su asesino.

7

George abrió los ojos de repente. Vio que se encontraba en el sofá de la Zona G. El ordenador estaba encendido, con la novela en el monitor. El escritor sonrió al pensar en todo lo que había redactado desde que Robert se fue, tras charlar un poco más sobre el pueblo y los tiempos en los que ambos eran más inocentes.

Se incorporó, dispuesto a irse al dormitorio, cuando sintió una presión en el pecho que a punto estuvo de hacerle vomitar. La oleada de angustia, agobio y miedo le supo tan mal que sólo recordaba haberla probado cuando tuvo que identificar el cadáver destrozado a golpes de Christine; su perfecto rostro deformado por los puñetazos de los criminales le provocó todo eso y más.

Por el ventanuco de la Zona G sólo encontró sombras contra tinieblas. Una negrura que parecía estar llamándole, advirtiéndole de lo que había ocurrido en el bosque, de lo que había pasado con su oscuro secreto.

—Vete a la cama, George —sugirió Christine junto al ordenador.

El escritor hizo caso omiso al recuerdo y bajó las escaleras, con una mezcla de terror y curiosidad acariciando su espina dorsal. Abajo, al lado de la puerta, encontró de nuevo a Christine, con expresión asustada.

—Por favor, sube a tu dormitorio y quédate allí.

George la hizo desaparecer al salir al porche. Una siniestra quietud le rodeó al instante. Algo iba mal, pero aunque podía sentirlo en cada fibra de su ser, no sabía qué era en realidad. Nunca había tenido un presentimiento, ¿lo era aquello?

Las copas de los árboles se movieron, acariciadas por el viento. Un escalofrió lamió el cuerpo del escritor, que se sintió tentado de caminar hacia el bosque y perderse en sus misterios, en sus leyendas, en su historia. Quería ser Doggy y saber qué ocurría de verdad allí dentro, para regresar tiempo después, como si nada hubiera pasado.

Volver a Shelter Mountain, como todo lo que se iba.

De repente, creyó ser observado. Varios pares de ojos le escrutaban desde las

profundidades de la maleza; no eran miradas acusadoras como las de la gente del pueblo, sino asesinas, ansiosas y muy, muy enfadadas.

—George, te quiero. Entra ahora mismo —insistió Christine tras él.

El escritor le hizo caso. En cuanto estuvo de nuevo dentro de la cabaña, cerró la puerta, superando al instante el repentino y voraz deseo de internarse en la maleza y desaparecer en ella.

Fuese lo que fuese lo que estaba pasando, no quería averiguarlo. No al menos esa noche.

Dio las gracias a Christine, aunque ya no estaba frente a sus ojos. Una parte de él, primitiva y oculta, creyó que le acababa de salvar la vida, aunque no sabía exactamente de qué.

8

—¿Por qué no vamos a ese campamento abandonado?

Wanda Chill frunció el ceño a la vez que clavaba sus ojos en los de Danny Ford, que se limitó a sonreírle con aquellos labios que la volvían loca.

—Primero, porque está en el otro lado del lago —la adolescente señaló hacia al horizonte—. Y segundo, porque nuestros padres consintieron que vinieras si éramos buenos.

—¡Y lo soy! Sólo quiero meterte mano.

El chico se acercó a su novia, intentando provocarle cosquillas. La joven se lo quitó de encima entre risas y protestas no demasiado convincentes.

—Creía que habíamos venido a dar un paseo romántico —recordó Wanda.

—Y lo estamos dando, sólo que podríamos hacerlo aún más romántico —Danny la atrajo hacia él, con el reflejo de la luna en el agua como testigo, y la besó con fuerza. La chica se resistió un poco, aunque luego cedió, apretando las nalgas del joven—. Vaya, y eso que querías ser buena.

—Y lo soy. Deberíamos irnos. No vamos a encontrar el camino de vuelta.

—Vamos, Wanda. Nos quedan un par de días de vacaciones aquí, nuestros padres están dormidos en ese palacio que han alquilado, y apenas nos hemos tocado en este mes. Para una vez que hemos podido escaparnos…

Wanda sonrió lascivamente mientras se aproximaba al agua. En parte tenía razón; debían aprovechar el momento, pues no se volvería a repetir.

—De acuerdo, pero nada de ir al campamento. Nos quedamos aquí.

—¿Y cómo me vas a convencer de…? —el chico se quedó sin palabras al observar a su novia quitándose la camiseta y quedándose en sujetador—. Estoy convencido. Jamás he estado tan convencido.

La joven rió de manera alegre. Luego, le invitó a acercarse a ella con un dedo, de forma sensual. Danny no se hizo de rogar, la agarró entre sus brazos y la apretó nuevamente contra su cuerpo, sintiendo una ráfaga de excitación que su novia también notó.

Cuando ambos fueron a tumbarse para soltar las riendas de sus impulsos, escucharon algo que provenía del interior del bosque.

—Habrá sido un animal salvaje —susurró Danny al observar que Wanda también había oído lo mismo que él.

—Yo creo que era alguien riéndose.

Los dos clavaron sus asustados ojos en las sombras de la espesura. El silencio era tan profundo que sus respiraciones eran los atronadores latidos de un gigante.

—Esto no me da buen rollo, Danny. Vámonos —gimió la chica.

—Yo estaba a punto de irme —replicó el joven con una sonrisa.

—Hablo en serio. Tú también lo has oído. Eran unas risotadas.

—He oído algo, pero estaba lejos de ser una risa.

Los dos se quedaron petrificados cuando volvieron a escuchar el mismo ruido. Sin duda, eran, al menos, dos personas carcajeándose, como si se estuvieran contando el chiste más divertido del mundo.

—Se acabó —Danny se levantó, dispuesto a enfrentarse a los responsables. Wanda intentó detenerle, pero la evitó—. No pienso quedarme aquí mientras un par de paletos pervertidos se ríe de nosotros.

El adolescente se aproximó a la maleza. Un intenso olor a podrido le golpeó las fosas nasales. Supuso que había algún animal muerto por la zona y el viento estaba invitándole a disfrutar del olor.

—¡Eh! Quien esté ahí, que salga ahora mismo. Dejadnos en paz de una puñetera vez —gritó.

Danny oyó pasos yendo de un lado a otro del bosque. Instantes después, nada, de nuevo un atronador silencio. Ante su victoria, se giró hacia Wanda, que le observaba desde la orilla del lago con el miedo pintado en sus ojos.

—¿Ves? Ningún problema. Tu hombre es…

Una oleada de manos lo arrastró hasta la oscuridad. Los gritos de Wanda se mezclaron con los de Danny; cuando los de éste se detuvieron, el característico chasquido de los huesos al romperse y el asqueroso sonido de la carne al desgarrarse ocuparon su lugar.

—¡Danny! ¡Por favor! —Wanda se puso en pie, dispuesta a salir corriendo en cuanto el peligro se lanzase a por ella—. ¡No tiene ninguna gracia! ¡Si es una broma, para ya!

Algo se movió entre las sombras. La chica se tranquilizó en cuanto vio el rostro de su novio, aunque había algo raro en él.

—¿Danny? —susurró.

Cuando el brillo de la luna le dio de lleno, supo que aquella cosa estaba a años luz de ser su novio, pero tenía su cara. Llevaba la cara de Danny como si fuese una macabra máscara de Halloween.

La cosa se rió como un demente bajo la piel que no era suya. Wanda, totalmente embargada por el pánico, echó a correr hacia el otro lado del lago, pero dos oscuras figuras le cortaron el paso. Al volverse para huir por otro camino, dos nuevas siluetas la petrificaron con su sola presencia.

Wanda cayó de rodillas, entre sollozos y lágrimas. Antes de que pudiera entrar en shock por el miedo atroz que le golpeaba la mente, el monstruo que había despedazado a su novio se arrojó hacia ella, mostrando su verdadera cara.

El rostro de la muerte en vida.

El primer mordisco le arrancó la nariz, provocando que la sangre le regase la cara como un aspersor. La visión del fluido escarlata, de color negro brillante ante la claridad de la luna, activó a los otros cuatro muertos, que se dispusieron a disfrutar del banquete.

Uno de ellos agarró uno de los pechos de la chica y lo desgarró como si fuese un trozo de tela. Más sangre saltó por los aires, como una fugaz lluvia salida de la peor de las pesadillas. Wanda sintió cada agónico estallido de dolor mientras rezaba por desmayarse, por caer en la ansiada inconsciencia.

No lo logró hasta que las criaturas separaron sus mandíbulas con brutalidad, arrancándole un buen pedazo de cabeza.

SEGUNDA PARTE

LO QUE ESTÁ MUERTO NO PUEDE MORIR

Vienen a por ti, Bárbara
La noche de los muertos vivientes

DESAPARICIONES

1

George apuntó con cuidado al lago, sujetando la piedra plana con dos dedos. En el agua, las ondas provocadas por su mujer desaparecían poco a poco, como un leve recordatorio de lo que estaba en juego.

—¡No lo vas a conseguir, Cachorro!

Un resoplido se escapó de entre los labios del escritor, el cual se giró para mirar con el ceño fruncido a Christine, quien sonreía, satisfecha por haberle distraído. A continuación, se acercó una mano a la boca, que cerró con una imaginaria cremallera, antes de acomodarse en el enorme mantel de cuadros que habían llevado.

George regresó al lago. Estiró el brazo hacia atrás y lanzó el guijarro con efecto; tras un par de rebotes, se hundió en las cristalinas aguas, que lo recibieron en silencio, ante el estupor del escritor.

Volvió al pequeño picnic con Christine. Al sentarse junto a los platos de plástico, repletos de patatas fritas, alitas de pollo y salchichas, no pudo evitar observar que su esposa contenía la risa.

—Puedes bromear todo lo que quieras —refunfuñó George.

—Oh, cariño, yo nunca haría eso —afirmó Christine antes de romper a carcajadas. George no pudo resistir el sonido de las risas de su mujer, y la acompañó, aunque seguía fingiendo estar enfadado—. A ti también te ha hecho gracia. Admítelo.

—No todos tenemos un brazo tan fuerte como el tuyo.

—Deberías. Te pasas el día dándole a las manos —la mujer imitó sus gestos al escribir—. ¿Qué tal va la novela?

George tomó un trago de la cerveza que le había servido su mujer en uno de los baratos vasos que tenían para aquellas ocasiones. Estaba aún tan fría que le sobrevino un agradable escalofrío que calmó el leve calor que sufría por el sol, el cual pegaba fuerte esa mañana.

—Bien. Creo que podré tenerla lista en un mes —afirmó.

—Ralph estará contento.

—Siempre que te la leas a tiempo, lentorra.

Christine arrojó un puñado de grava a su marido, que intentó esquivarla sin conseguirlo, entre risotadas.

—Puedes pedirle a otra persona que la lea en mi lugar.

—¿Ahora te vas a enfadar tú? —George se aproximó a su esposa con cuidado. La abrazó e intentó plantarle un par de besos en el cuello, pero ella lo evitó—. ¿No me quieres ya? Por favor, no hay quien se lo crea; nadie puede resistirse a mi atractivo. Y menos mi lectora predilecta.

La mujer se revolvió un poco más hasta que, al final, acabó riéndose ante las insistentes tonterías de su marido. Se echó sobre él, cayendo ambos fuera del mantel; se clavaron varias piedras de la orilla del lago, pero continuaron retozando e intentando hacerse cosquillas el uno al otro.

—Te quiero, Cachorro —susurró Christine.

—Te quiero, lanzadora profesional de piedras —volvieron a reír—. Te quiero, Christine Simmons.

Sus labios se unieron durante unos largos minutos que les parecieron apenas unos breves segundos. Cuando se separaron, el rostro de George se tornó serio.

—Me gustaría hablar de un par de cosas.

—¿Te has pensado mejor lo de tener tu apellido? —quiso saber la mujer incorporándose. Esperaba que así fuera, pues nada le podría hacer más ilusión después de haberse casado con él que llevar el Campbell en su nombre

—Me encanta que seas Simmons. No, por ahora ese no es el tema —explicó el escritor—. Se trata de la casa de mis padres.

Christine también se puso seria. Sabía lo mucho que le habían importado sus padres cuando estaban vivos, sentimiento que ella compartía, pues durante el tiempo en el que los conoció siempre la trataron como si fuese su propia hija.

El tema de la vivienda le preocupó en el mismo instante en el que el último de sus progenitores llegó al cementerio de Shelter Mountain. ¿Qué hacer con ella? ¿Venderla? ¿Quizás derribarla y vender el terreno? ¿Vivir en ella?

—He pensado en cedérsela a Robert —dijo George—. Creo que ya es hora de que se vaya del cuchitril en el que vive. He estado hablando de ello con él y creo que, aunque le resulta algo incómodo, conseguiré convencerle. Así estará cerca de los demás vecinos, en la zona residencial. A veces pienso que le hace falta estar más unido a la comunidad.

Christine sonrió. Que fuese el tipo de persona que tomaba decisiones así era lo que la había enamorado, lo que la mantenía enamorada y lo que la mantendría enamorada durante toda su vida.

Porque era parte de lo que lo convertía en George Campbell, el hombre al que amaba, capaz de sacrificar el lugar donde había crecido, donde algunos de sus mejores recuerdos se agolpaban, para que su mejor amigo tuviera un lugar decente al que llamar hogar.

—Estoy de acuerdo —fue todo lo que logró decir ella.

—Lo siguiente que te tengo que decir quizás no te haga tanta gracia —George se encogió al ver que su esposa se alertaba—. Creo que deberíamos irnos de Shelter Mountain.

—¿Ha ocurrido algo?

—En realidad, no. Vivimos bien; tú tienes tu trabajo en la escuela, y yo escribo.

—Exacto. Pensaba que estábamos bien. Mejor que bien, diría yo —añadió Christine.

—¿Y no quieres algo más? Nunca hemos salido de este pueblo —el escritor alzó una mano, pidiendo que lo dejase terminar—. De vacaciones hemos salido, pero me refiero a vivir fuera de aquí durante un buen tiempo. ¿Quizás en Los Ángeles?

El nombre de la ciudad hizo que la mujer frunciera el ceño. Ya habían tratado antes todo lo referente a Los Ángeles, una ciudad que un hombre le había metido en la cabeza a su marido a base de insistencia.

—¿Qué te ha dicho Ralph? —escupió sin ambages.

—Nada —George se ruborizó; no le podía ocultar nada, pues le conocía mejor que nadie—. Ha repetido el tema de Los Ángeles. Pero, ¡piensa en ello! Allí tendremos más oportunidades.

—Tú las tendrás; contratos de cine, acercamiento a editoriales más importantes, más presentaciones… ¿Y yo?

—Hay buenos colegios. ¡Más grandes! Y, ¿quién sabe?, ¿no querías dedicarte a escribir libros de texto? Allí podrías encontrar la oportunidad de hacerlo. Y el tiempo. Con un par de novelas que me compren desde alguna productora seguro que te podrías poner a realizar esos proyectos, ¿qué me dices?

Christine se mantuvo pensativa durante unos minutos. Lo que decía tenía sentido, mucho sentido, pero nunca había estado lejos de Shelter Mountain durante una buena temporada.

—¿Y si no funciona? —quiso saber.

—Volvemos. La cabaña nos estará esperando.

—A mis padres no les va a hacer ninguna gracia —advirtió ella.

—Les diremos que nos vamos de vacaciones.

El gesto de confusión de la mujer le dijo que no veía nada claro el tema.

—Podemos irnos una semana. Le decimos a Ralph que nos busque un piso de alquiler, algo barato pero espacioso. Algo que nos guste —explicó George—. Probamos durante esa semana y, si no nos gusta, o algo va mal, nos volvemos. ¿Te parece mejor así?

—De acuerdo —accedió Christine. Chocaron las manos como si acabasen de cerrar un acuerdo comercial.

—No tenemos que hacerlo ya. Poco a poco, sin prisas.

—Me parece bien, pero yo diría que volveremos.

—Con esa actitud seguro que regresamos al día siguiente —protestó el escritor.

—No es eso —replicó Christine con una sincera sonrisa—. Tengo miedo, pero al mismo tiempo estoy ilusionada. Quién sabe, quizás tengas razón y nos haría falta salir de aquí, ver más mundo, situarnos más arriba, ¿no? Mientras estemos juntos, seremos felices en cualquier parte.

—Amén a eso.

—Pero Shelter Mountain es nuestro hogar —declaró—. Es algo que se lleva dentro. Da igual si nos va bien en Los Ángeles, pero Shelter Mountain es donde debemos estar. No sabría explicarlo. ¿Tú no lo sientes?

—¿Nuestro hogar? —George observó el horizonte. Los rayos de sol sacudiendo la superficie del lago, los pinos vigilando el paisaje, el campamento abandonado que se suponía maldito y, en cada rincón, una historia, una leyenda; la sangre de Shelter Mountain.

¿Era ese su hogar?

2

George Campbell, sentado en el porche de su casa, sonrió al ver llegar el Chevrolet Impala de 1967 de color negro, propiedad de Ralph Locke. Le vino bien ponerse en pie; llevaba escribiendo desde primera hora de la mañana, y esperando allí la última media hora. Un leve crujido en sus rodillas le indicó que sus piernas se lo agradecían. Su estómago rugió, avisándole de que el exiguo desayuno que tomó antes de sentarse frente al teclado ya hacía horas que había sido digerido.

—¿Dónde está mi escritor de éxito favorito? —saludó el editor en cuanto se bajó del vehículo.

—Creo que en el pueblo de al lado. ¿Te has equivocado de carretera? —bromeó George.

Ralph lanzó un par de risotadas mientras le señalaba de manera cariñosa. Luego, se pasó las manos por el oscuro pelo de punta que poblaba su cabeza, un gesto muy característico al que George ya estaba más que acostumbrado. Se fijó en que, a pesar del soleado día, su amigo llevaba puesta la cazadora de cuero que siempre le acompañaba; mientras Ralph rebuscaba entre los asientos del automóvil, el escritor intentó recordar si alguna vez lo había visto sin ella. No tardó en desistir.

—Tu querido editor te trae regalos —en cuanto cerró el coche se aproximó al escritor con una abultada bolsa de papel.

Dentro, George encontró varios libros de buen tamaño. Todos de terror, por supuesto, y todos de algunos de sus autores favoritos.

—¿Y a qué viene esto? —preguntó, a pesar de que no necesitaba saber la respuesta.

—Bueno, te pasaste ocho meses encerrado en ese apartamento de mala muerte, y antes cuatro meses en esta cabaña, como si fueras el típico ermitaño que tarde o temprano se acerca al pueblo con una escopeta para organizar una masacre —Ralph se encogió de hombros ante le expresión divertida de Campbell—. ¿Qué? A veces ocurre.

—Es cierto que llevo mucho tiempo sin leer.

—¿Ves? Te traigo lo mejor de lo mejor. Lo último de Wake, de James, de Landon, y un par

de joyas —el editor le arrebató los dos volúmenes más pesados—: Un original de Thad Beaumont y otro de Tom Zane.

—Muchas gracias, Ralph —George observó los presentes con una gran sonrisa. Ciertamente, le habían encantado—. No me lo esperaba. No sé qué decir, la verdad.

—Podrías enseñarme qué tal va la novela. Y darme algo de comer; estoy hambriento.

George le abrió la puerta de la cabaña. Ralph pasó sin titubear; se alegró de estar en el interior. Rememoró en un solo instante todas las cenas con Christine y George, sus charlas sobre los futuros libros, las anécdotas con respecto a otros escritores y, de repente, echó tanto en falta a Christine como el propio George.

—¿Sabes si ha ocurrido algo en el pueblo? —preguntó Locke para hacer huir de su mente pensamientos tan dolorosos. No quería estropear el almuerzo con su amigo.

—¿A qué te refieres? —George cerró la puerta de la cabaña antes de soltar los libros en la mesa del salón, frente al sofá.

—En la carretera, una vez pasado el cartel de indicación del pueblo. Hay unos cuantos coches parados, con gente fuera de ellos. Me han preguntado si he visto a un par de adolescentes, pero al decirles que acabo de llegar, se han olvidado de mí.

El escritor se internó en la cocina. Señaló unas cuantas hamburguesas que se descongelaban en el fregadero.

—Esto es nuestra comida. Con unas cuantas patatas bien fritas. ¿Te apetece un buen surtido de tostadas?

—No estaría mal.

—Entonces, ¿han desaparecido dos chicos?

—Eso parece. O, bueno, eso he entendido. ¿Nunca has tenido la sensación de que en este sitio pasan muchas cosas raras?

George se quedó petrificado con el frigorífico abierto y el bote de ketchup en una de sus manos. ¿Que si había tenido la sensación de que Shelter Mountain era un imán para desapariciones, asesinatos, damas del bosque, perros que volvían de quién sabía dónde y decenas de aterradoras historias más?

—He tenido una ligera sospecha —masculló.

—Supongo que por eso eres tan buen escritor de terror, por haberte criado en un sitio así, ¿eh?

No se tomó a mal el comentario de su amigo y editor, pero prefería no seguir dándole vueltas a un tema que le ponía el pelo de punta. Lo que había pasado la noche anterior le volvió a la mente como el contraataque de un poderoso púgil, golpeándole con todas sus fuerzas. El pánico que sintió y el miedo que le acarició le abotargaron; la sensación de que algo iba realmente mal… todo regresó. Incluida la atracción por el oscuro bosque; una atractiva fuerza que casi consiguió que hiciera algo de lo que, probablemente, se hubiese arrepentido.

Más temprano que tarde.

—Puedes ir leyendo la novela, a ver qué te parece —le sugirió a su editor—. Está en la Zona G. El ordenador no tiene contraseña.

—¡Perfecto! —exclamó Ralph.

Mientras preparaba las patatas y las tostadas y revisaba que las hamburguesas estaban perfectamente dispuestas para ser cocinadas en la humilde barbacoa que había situado en el porche, pensó en los jóvenes desaparecidos.

Quizás simplemente terminaron extraviándose por el bosque en alguna salida nocturna. Ralph dijo que eran adolescentes, ¿y si se habían escapado? A veces a esas edades se hacían locuras; actos que no se pensaban dos veces.

También existía la posibilidad de que pudieran terminar convertidos en una nueva historia de Shelter Mountain. Dos Doggy que, con el tiempo, podrían regresar, sin haber envejecido ni un solo día.

Deseó con todas sus fuerzas que se hubieran escapado y que estuvieran a salvo casándose en Las Vegas. Cualquier locura de juventud era preferible a acabar formando parte de las leyendas del pueblo.

—¡Está cojonuda, George! —gritó Ralph desde la Zona G.

El escritor sonrió. Le alegró que a su editor le gustase. Se sintió tan animado que estuvo a punto de abandonar el almuerzo y dedicarse a escribir, aunque Ralph estuviese ahí. No le importaría; su cerebro sólo quería seguir creando y sus manos, plasmar en palabras dichas creaciones.

—Parece que volver te ha sentado verdaderamente bien —dijo Ralph en cuanto entró en la cocina—. ¿Cuánto llevas escribiendo?

George fue a contestar, pero se detuvo al observar a Christine junto a su editor, con una expresión preocupada en su rostro, un rostro que en realidad no estaba ahí. El recuerdo de un rostro, en realidad.

—Díselo. Dile que empezaste a escribir cuando Tolliver te acusó de ser un asesino —intervino Christine—. Confiésale que te ha pasado algo. Dile que se vaya de aquí, que presientes que va a ocurrir algo. Díselo, Cachorro. No seas el horno de tu madre.

—¿George? No te vayas a dormir ahora —Ralph miró al lugar donde los ojos de su amigo estaban clavados, pero allí no había nada.

—Llevo escribiendo desde que llegué —mintió.

—¿Cuándo crees que estará lista?

—Si sigo así, en un par de semanas.

—Joder, George, se nota que te has estado guardando mucho ahí dentro —le señaló la cabeza—. ¿Volverás a la ciudad cuando la acabes?

—Creo que me quedaré aquí una temporada, o quizás para siempre, Ralph —confesó. Le pasó las hamburguesas tras ponerlas en una fuente y le señaló la puerta de la casa—. Quiero volver a rehacer mi vida.

El editor asintió. A continuación, salió al exterior, a ayudar con el almuerzo.

George supo al instante que el bueno de Ralph Locke no estaba demasiado de acuerdo con ese plan. Le encantaba tener cerca al escritor, preferiblemente en la ciudad y, aunque Shelter Mountain no le disgustaba, nunca pasaba demasiado tiempo allí. Como si supiera que al pueblo le faltaba alguna pieza, o que tenía más de una en no muy buen estado.

Al escritor no le importó demasiado. Ya le había dado muchas oportunidades a la ciudad y no estaba dispuesto a discutir más sobre su vida. Ya tenía al sheriff Tolliver y al padre Raimi molestando cada vez que se daba la vuelta; no deseaba que su amigo fuese un problema más en cuanto a su recuperación.

Mientras George freía las patatas y tostaba el pan de molde, Ralph fue dejando lista la mesa en la parte trasera de la cabaña, donde luego el escritor cocinó las hamburguesas y las fue sirviendo conforme se hacían. El editor bromeó un poco acerca del hacha que había clavada en uno de los troncos cercanos.

Durante el almuerzo, charlaron sobre frivolidades varias antes de que Locke entrase en el terreno profesional. Hablaron sobre asuntos editoriales, sobre otros escritores y sus trabajos y, ante todo, sobre su Ouija negra. Ralph estuvo mostrándole a George sus planes acerca de las presentaciones que harían y cómo toda la campaña publicitaria haría referencia a su regreso al mundo de las letras.

—¿Sabes lo que vas a vender por el simple hecho de haber vuelto? ¿De que no se vea un libro tuyo desde Casa de monstruos? Si Ouija negra fuese un cagarro de alce, nos forraríamos igual.

El escritor sonrió mientras apuraba su cerveza, lo cual llamó la atención de su acompañante.

—Creía que no bebías más.

—Y no bebo, es que…

Dejó el botellín en la mesa. Asustado, pensó en la noche anterior, en la cena con Robert y en lo que bebieron ambos.

Cerveza, recordó.

—¿Estás bien, George? —quiso saber Ralph al observar que su amigo parecía estar enfermando por momentos. Al menos, el color de su cara daba a entenderlo.

—Estoy bien. Creo que estoy bien.

—No pasa nada por una cerveza.

Christine, detrás de Ralph Locke, negó con la cabeza, con un mohín de enfado que hizo sentir avergonzado a su marido.

—No pasa nada por una cerveza. Pasa algo cuando ni siquiera te has dado cuenta, ¿verdad, Cachorro? ¿Cuántas bebiste anoche con Robert? Justo después de tu charla con Tolliver; justo después de escribir.

—George, te veo mala cara —declaró Ralph.

—¿Está todo conectado, Cachorro? —preguntó Christine—. ¿Qué tienen que ver tus repentinas ansias por escribir, con la visita de Tolliver? ¿Y cuándo has empezado a beber? Quizás Tolliver ni siquiera vino; quizás yo no esté aquí.

Una sombra apareció en el encantador rostro de Christine.

—Pero puedes estar seguro de que algo pasa.

—¿George? ¿Estás conmigo?

El escritor movió la cabeza de un lado a otro, se apretó las sienes con las manos y tomó aire muy despacio. Ralph y Christine se callaron, justo lo que necesitaba, al menos, durante unos breves instantes. La cabeza amenazaba con estallarle. El sabor amargo de la cerveza le recordó que la había bebido, y copiosamente.

—Estoy bien. La novela me tiene absorbido, eso es todo —George forzó una sonrisa lo suficientemente conseguida como para que su editor siguiera relatando los planes que tenía con la novela.

El escritor no pudo seguir del todo el monólogo de su amigo, que parecía tenerlo todo tan hilado que no necesitaba respuestas de su parte más que unos leves movimientos de cabeza. Estuvo encantado de proporcionárselos.

En cuanto terminaron de almorzar, recogieron juntos y, tras otro rato de charla en el salón, donde Ralph dejó claro que esperaba dos novelas más en cuanto hubiese terminado con Ouija negra, el editor decidió marcharse.

—Puedes quedarte el resto del día si quieres —le ofreció George.

—Ya sabes que a mí los pueblos no me van mucho.

—No seas tonto. Nos quedaremos en casa y, si quieres, podemos seguir comentando la novela.

Locke negó con la cabeza. Su amigo supo que, cuando era tan rotundo, no había nada que hacer, así que se limitó a abrir la puerta de la cabaña y a dejarle pasar. En el porche, el editor dio un pequeño brinco, sorprendido por la pequeña figura encima del morro de su coche.

—¡Joder! Qué susto —gruñó.

Las risas de George, en cuanto vio a Jonesy, le supieron a gloria; desde el asunto de la cerveza, lo notaba distraído, cansado, como si estuviera en otro lado, a miles de kilómetros. Su amigo creía que él no se daba cuenta de ese tipo de cosas porque hablaba demasiado, pero él lo captaba todo, sólo que optaba por callar.

—¿Y ese gato? ¿Es tuyo? —quiso saber el editor.

—Es de todos.

—¿Es Jonesy? —Ralph se aproximó al felino, que se limitó a mirarle con interés—. Creía que estaría muerto.

—La última vez que te pasaste por aquí no fue hace tanto —replicó Campbell siguiendo sus pasos hacia el automóvil. Jonesy ronroneó al verle tan cerca.

—Bueno, no de viejo, pero, si va de un lado para otro, lo normal es que lo atropelle un coche, o se lo coma un animal salvaje. De esos tenéis unos cuantos por aquí, ¿no?

—¿Coches, o animales salvajes?

—Qué gracioso eres —rezongó Ralph. Se volvió hacia el gato—. ¿No deberías estar muerto?

El gato maulló. George volvió a reír, como si lo hubiese entendido.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Dice que tú también —respondió el escritor entre carcajadas.

—No bromees con eso —Ralph abrió la puerta del lado del conductor. Jonesy saltó y se internó en el bosque antes de que se dieran cuenta—. Me alegra que estés bien, y que vuelvas a escribir, George. Gracias por el almuerzo.

—¿De verdad no te quieres quedar?

—Otro día será. Al fin y al cabo, te queda tiempo aquí, ¿verdad?

George asintió. Captó cierta sorna en las palabras de su amigo, pero decidió dejarlo pasar y saludarle hasta que perdió de vista el vehículo. Le gustaba tener por allí a Ralph, aunque agradeció que se fuese; tendría tiempo para pensar en todo lo que estaba ocurriendo. Pero sería después de escribir.

Antes de meterse en casa, pensó que era raro que el editor no hubiese sacado el tema de Christine ni una sola vez, como si no existiera.

Nunca supo que Ralph Locke visitó la tumba de su mujer antes de marcharse de Shelter Mountain.

3

Para el sheriff Jay Lawrence Tolliver aquel era su tercer café del día. El primero se lo tomó justo después de despertarse, instantes antes de que los rayos del sol entrasen por la ventana de su vieja casa. El segundo cayó cuando llevaba tres horas en la comisaría, revisando papeles y documentación sobre un par de altercados de días antes.

Tras el rápido almuerzo, que no pudo llevar a cabo en la cafetería de Grace, a pesar de que quería preguntar a Billy por su madre, gravemente enferma desde hacía un par de meses, se pegó a la silla de su oficina, se sirvió una considerable taza de café malo de Doris, la secretaria que tenían en la comisaría, y siguió trabajando.

Ansiaba salir de allí. No le gustaba nada el papeleo; para eso solía tener a la ayudante Cassandra Witts. No era mal policía, pero al fin y al cabo era una mujer, y las mujeres no debían estar en la calle, deteniendo a borrachos, poniendo multas, o atrapando a cazadores furtivos que podían ponerse violentos. No, ese era trabajo para hombres; para tipos como él. Siempre había sido así.

Si hubiese sido por él, Witts se habría quedado en casa, pero en aquellos tiempos que le había tocado vivir, las mujeres tenían los mismos derechos que ellos, los hombres. Una locura de mundo, ¿tenía Witts la misma fuerza que él? ¿Y la misma destreza disparando? ¿Y su presencia imponía de igual forma?

Al principio, Witts captó el mensaje, pero tras la marcha de Hanks empezó a cuestionar sus órdenes. Él no pudo hacer nada más que tragar y tragar, puesto que era la única ayudante con la que contaba mientras Alex Hicks llegaba. Al final, se salió con la suya, y el papeleo se convirtió en asunto de todos.

Esa tuvo un padre que no le enseñó modales, pensó Tolliver.

No estaba sólo de mal humor por Witts, que en ese momento estaba patrullando el pueblo, lo que tendría que haber estado haciendo él. Campbell tenía también mucha culpa; el escritor, un memo cuyo único trabajo era tener imaginación. Un hombre que no era un hombre de verdad, sino un alfeñique.

Que le mintió. En su propia cara.

¿Que tú no has hecho nada, mamón?

Mis cojones que no has hecho nada

En otro tiempo, uno en el que las mujeres se quedaban en casa haciendo de comer, mientras esperaban al agente de la ley que era su marido, hubiese encerrado al escritor en el calabozo de la comisaría, le habría apaleado durante tres días seguidos y después le habría dejado cantar como un pajarillo. Le habría dado hasta su talla de calzoncillos; le habría pagado simplemente para que los golpes fuesen más flojos.

En otro tiempo, claro. En otra vida. Ahora, si se atrevía siquiera a acercarse a él repetidas veces, Campbell le enviaría a su legión de mierdas con trajes caros y la ley en la mano. La ley, algo que él mismo juró defender hacía mucho. Ellos no sabían lo que era la ley; sólo creían saberlo, creían estudiarla. Y la interpretaban como les salía de los cojones.

Tipos de letras y libros. Como el escritor. El maldito escritor.

Le había retado delante de Hicks. Pero lo vio. Logró verlo al fin. Esa oscuridad dentro de él, sosteniendo el hacha cuando le ordenó dejarla en el suelo. No sólo no lo hizo, sino que se acercó a él, desafiante, chulesco.

Mentiroso. Mentiroso. Escritor mentiroso

Un mierda creyéndose alguien.

Pero, al final, él tenía razón. Contempló las tinieblas del escritor en el momento en el que se aproximó a él y, entonces, supo que, durante ochos largos meses, había defendido la verdad. Porque él sabía lo que era aquella oscuridad; la misma que había visto en algunos cazadores furtivos a los que arrestaba de noche y aún sostenían sus armas; la misma que vio en los ojos de Leo Jones horas después de salir del bosque, aullando que no volvería a talar un árbol más.

La misma oscuridad que vislumbró en la mirada de su esposa cuando supo de sus infidelidades.

Te acabaré descubriendo, mierda con pretensiones. Sí, quédate en este pueblo creyendo que es tu casa. Quédate escribiendo mientras los hombres de verdad trabajamos; mientras los hombres de verdad descubrimos tu pequeño secreto y te lo metemos por el culo

Tolliver se puso en pie. Se acababa de terminar el café sin darse cuenta, pero tenía ganas de mucho más, así que salió del despacho. Fue un alivio abandonar aquellas cuatro paredes que amenazaban con presionarle hasta extremos que a ningún vecino de Shelter Mountain le hubiese gustado ver.

Mientras estaba junto a la cafetera, el ayudante Hicks se colocó justo a su lado. El sheriff captó que estaba observando algo, pero hasta que no rellenó su taza con una estrella dorada dibujada en ella no se dirigió a él.

—¿No tendrías que estar con el papeleo, Hicks?

—Estaba tomándome un pequeño descanso. Espero que no le importe.

—Tranquilo, hoy nos espera un turno largo aquí encerrados. No me… —Tolliver siguió la mirada del ayudante, que se hallaba perdida en cinco fotografías colgadas de uno de los tablones de la comisaría—. Ah. Un descanso… entiendo.

—Son los que usted dijo, ¿verdad?

Tolliver se aproximó a los carteles, donde se daban todos los datos necesarios para reconocer a los cinco criminales. Los cinco asesinos de Christine Simmons. Los cinco hombres a los que el sheriff sabía que el escritor había asesinado.

—Los cinco, sí —asintió el veterano agente de la ley.

—¿Por qué sigue manteniendo los carteles si cree que están muertos?

Je. Mucho más listo que Hanks, pensó Jay Tolliver.

—Porque lo que yo crea no es oficial, ayudante —explicó—. Así que, por orden del FBI, debo tener eso ahí. En mi despacho también los tengo, aunque es por otro motivo diferente: para recordar bien el rostro de esos hijos de puta y reírme de ellos cuando estoy estresado. Porque los mató un tipo que se gana la vida inventando historias de fantasmas para asustar a los niños.

—¿Alguna vez los reconoció alguien?

—Nadie. Y eran buenos especímenes de basura —el sheriff señaló al primero de ellos con la taza—. Ese de ahí, el calvo, era propenso a los ataques de ira. Charles Ray estuvo en un psiquiátrico durante diez años por matar a sus padres a puñetazos. Solía trabajar de matón para diferentes mafias organizadas hasta que, según los federales, dio con el resto del grupo.

Observó a los dos siguientes. Hicks se acercó a su superior.

—El de las canas era Fred Doe, un profesional. Ladrón profesional, para más señas. Los federales aún se preguntan qué hacía con tipos tan inestables como Charles Ray —pasó al siguiente sin dar tiempo al ayudante para que hablase—. Según decían, hacía buen equipo con ese del pelo castaño y largo, Jack Hollister, experto en abrir cualquier cierre de seguridad, caja fuerte o cerradura. Pero el plato fuerte son los cabrones que lo organizaban todo.

Como si estuviese mostrando una colección de caras pinturas, apuntó hacia los dos últimos carteles. En uno, se podía ver un hombre joven, de pelo rubio engominado y muy atractivo. En el otro, un hombre de pelo negro, perilla, bigote y una mirada salvaje en su rostro congelado.

—Los hermanos Clemens. Si Lucifer le tuviese miedo a alguien, sería a ellos. Su lista de delitos es más larga que la escopeta para elefantes que tenemos ahí requisada, de cuando el viejo Rookford nos dejó ver todo lo que estaba acumulando en su cobertizo; y hablo por separado. Juntos, sus cargos deberían ascender a más de mil años.

—Santo Dios —murmuró Hicks.

—Travis Clemens, el mayor. Asesino, ladrón, sádico, vicioso… Preferiría su compañía a la de su hermano pequeño. Ese guaperas de ahí, Henry Lee Clemens, tenía gustos muy particulares.

—¿A qué se refiere, señor?

—Los periódicos y los telediarios lo llamaban pederasta. Los psiquiatras lo llamaban enfermo —el rostro de Tolliver se contrajo en una mueca para que su dueño no escupiese en ese mismo instante en el suelo—. Mi padre lo habría llamado un folla niños, así de simple. Hoy, todo es andarse por las ramas.

Los dos policías observaron a los cinco criminales durante un buen rato, como si estuviesen elucubrando lo que harían ellos de encontrárselos.

—Esta escoria fue la que acabó con la vida de la encantadora Christine Simmons —recordó Tolliver—. Hablo de ellos en pasado porque doy por seguro que ya son comida para animales, como mínimo. Y todo para robar en una casa. El mundo hace ya mucho tiempo que se volvió loco, chico.

Alex Hicks estuvo de acuerdo. Aunque sólo en parte.

Un pensamiento cruzó su mente, uno que no podía callarse. Luchó por silenciarlo, pero el asunto del escritor, los cinco asesinos y Christine Simmons se le había metido tanto bajo la piel que, de intentar quitárselo de encima, se haría mucho daño.

—Señor, si eran tan horribles, si mataron a una persona tan apreciada por el pueblo, ¿por qué quiere usted atrapar a Campbell?

—¿Qué estás preguntando, hijo?

—Si fue Campbell de verdad, hizo justicia.

—Je, tienes razón. Y eres el primero que dice eso en voz alta en este pueblo —Tolliver palmeó la espalda del ayudante—. Te acabas de ganar mi respeto hasta límites insospechados, pero te debo pedir educadamente que no hagas esa afirmación en voz alta, al menos, en presencia de los demás agentes de la ley de Shelter Mountain.

—¿Señor?

—Quiero atrapar a ese escritor porque…

De repente, un par de hombres entraron en la comisaría, seguidos por las que debían ser sus esposas. Jay Tolliver alzó una mano para callar a Hicks, quien obedeció; también divisó a los recién llegados, que parecían nerviosos. Se dirigieron a Doris, la cual miró hacia atrás, probablemente buscándoles.

—Vamos, chico —le animó el sheriff.

Ambos salieron hasta el vestíbulo de la comisaría. Tolliver se aproximó a la secretaria, a quien retiró de su puesto a base de buenos modales. Luego, se giró hacia los dos hombres, quienes hablaban con las mujeres para convencerlas de que se fuesen; las dos daban la impresión de poder entrar en cualquier momento en la montaña rusa de los ataques de pánico.

—¿Podemos tranquilizarnos? —pidió el sheriff.

—Hemos venido para… —el hombre que intentó hablar se vio interrumpido por su esposa —. Por favor, salid. Esperadnos fuera. Ahora vamos.

—Yo las acompañaré —se ofreció el otro hombre.

Una vez estuvieron fuera los tres, el que se había quedado se dirigió al sheriff.

—Soy Jasper Chill. ¿Me recuerda? Hablamos hace aproximadamente un mes, cuando llegué al pueblo.

—Le recuerdo —respondió Tolliver con sinceridad. Rememoró el momento durante un instante; Jasper Chill, una de esas personas que alquilaban una de las casas caras cerca del lago para pasar unos días—. ¿Qué se le ofrece?

—Mi hija ha desaparecido —el hombre sacó una fotografía donde aparecía la chica, bastante guapa—. Desapareció anoche con el hijo de mis amigos, Danny Ford. Nos hemos levantado esta mañana y… y…

—Tranquilícese, señor Chill —el sheriff le indicó un banco donde poder sentarse. Jasper le hizo caso; una vez en el sitio, tomó aire un par de veces hasta que creyó que podría contarlo todo—. ¿Puede hablar? ¿Quiere un vaso de agua?

El señor Chill negó con la cabeza. Una sonrisa nerviosa navegó en rostro durante unos instantes, antes de naufragar.

—Cuénteme lo ocurrido.

—Somos dos familias. Yo, mi mujer, Wanda y su hermana pequeña, y el matrimonio que ha visto, junto a su hijo Danny. Vinimos de vacaciones para respirar algo de aire puro, alejarnos de la ciudad y disfrutar de la naturaleza. Esta mañana nos hemos levantado y ni estaba Wanda ni estaba Danny —antes de que Tolliver pudiera intervenir, Chill terminó de explicarse—. Jill, la hermana de Wanda, la vio salir de casa anoche junto con Danny. Están juntos, pero tenían terminantemente prohibido hacer algo así.

—Ya sabe cómo son los jóvenes —intervino el ayudante Hicks.

—Lo sé. Dentro de poco volvemos a la ciudad, así que supongo que intentarían aprovechar el poco tiempo que nos queda aquí. Pero esta mañana no habían vuelto; ni notas, ni llamadas… nada de nada.

Jasper Chill observó a los hombres. Estos se miraban con varios pensamientos en común que el padre captó al instante.

—Mi Wanda nunca se fugaría.

—¿Estaban usted y su mujer de acuerdo con esa relación? —preguntó Tolliver.

—¡Sí! Pero no nos gustaba que se acercasen demasiado en casa, con ambas familias por medio, ya sabe a lo que me refiero.

El sheriff asintió. Respeto era a lo que se refería.

—Señor Chill, no podemos descartar la idea de que hayan decidido irse juntos, no podemos descartar nada —explicó Tolliver—. Debo serle sincero e informarle de que aún es muy pronto para creerlos desaparecidos. A lo mejor simplemente están perdidos en uno de los bosques cercanos; se han podido despistar. De noche es fácil incluso para los que conocen la zona.

—¿Significa que no van a ayudarnos?

—Yo no he dicho eso —Tolliver sonrió, pensando que al fin tenía una excusa para salir de la comisaría—. Les acompañaré y buscaré por la zona. También me ayudaría inspeccionar la casa donde se hospedan; quizás hayan pasado algo por alto.

—Sí, eso estaría genial.

—Si volvemos sin nada, entonces mis ayudantes y yo empezaremos a barrer la zona. Si pasan cuarenta y ocho horas y no hallamos nada, entonces pediremos refuerzos —el sheriff esperó a que el preocupado padre asintiera para ir a por su cazadora, su sombrero y las llaves del coche patrulla—. Hicks, quédate aquí. Si necesito tu ayuda te avisaré por radio. Habla con Doris; estará preocupada.

A continuación, Jay Tolliver salió de la comisaría con Jasper Chill.

No estaba preocupado por los chicos. Probablemente habrían salido a tomar un baño nocturno en el lago, a retozar como la juventud solía hacer, y se habrían perdido de regreso a la casa. Los acabarían encontrando en alguna arboleda próxima, aterrorizados, preocupados y desorientados, pero nada más.

El rostro de George Campbell apareció en su mente. No supo por qué, pero allí estaba, otra vez, acosándole.

Consiguió apartarlo en cuanto llegaron al lago.

4

George no quería dejar de escribir, pero sentía que su cuerpo, contraído por la postura en la que se hallaba, pedía cualquier otra actividad. Así que se levantó y tomó un café bien cargado de pie, en la cocina. El asunto de la cerveza durante su almuerzo con Ralph le llevó a abrir la nevera y observar con atención el resto de botellines.

Los tenía para los invitados, pero faltaban unos cuantos de más que ni Robert ni Ralph habían tocado. No pudo evitar volver a preguntarse qué estaba ocurriendo y por qué volvía a tomar alcohol sin darse cuenta. No sólo sin percatarse de ello, sino como si, en realidad, fuese lo más normal del mundo.

La tentación de tirar las cervezas fue tan grande, que terminó el café restante de un solo trago y salió al exterior. Hacía una buena tarde que invitaba a pasear. No le apetecía demasiado ir a ver a Robert, no por él, sino por la posibilidad de toparse de nuevo con su hermano Carl.

¿Y si se acercaba al pueblo? Allí estaba el sheriff Tolliver. Peor que Carl, y no era decir poco.

Pero también estaba Mary Simmons, y era probable que Patricia Sheridan. ¿No le dijo que tenía turno completo? Pero no era menos cierto que se lo solían cambiar; esos chicos que le habían sentenciado a muerte con la mirada.

Antes de darse cuenta, había cerrado la puerta de la cabaña y encaminaba sus pasos hacia el coche, que le llevó en apenas unos minutos a la antigua casa de sus padres. Le alegró comprobar que la comunidad ya daba su regreso como normal, pues nadie se interesó por su presencia mientras se internaba por las calles que le habían visto crecer.

Aparcó frente a la anteriormente conocida como vivienda de los Campbell. Le hizo gracia leer el apellido Raimi en el buzón de la entrada. ¿Le llegaría el correo de Carl a Robert?

Seguramente no; en la oficina del pueblo sabían diferenciarlos bien. Si los encargados hubiesen sido de fuera, no dudaba de que los errores no se habrían hecho esperar.

Observar la fachada del edificio le llenó de nostalgia, pero no de una nostalgia desagradable, o pesada, como una comida mal digerida. Solamente cabían los buenos recuerdos; incluso pensar en la muerte de sus padres no le entristeció, sino que reafirmó todo lo que les había querido. Ayudaba el que las circunstancias de la muerte de ambos no fuesen tan duras.

Saludó a Randy Gillmore y Laura Stoner, que vivían a unos metros de donde se encontraba. Notó que se alegraban sinceramente de su regreso; no dudó en prometerles que quedaría con ellos para comer en cuanto pudiese. Laura era camarera en la cafetería de Grace y le informó del cáncer de pulmón que sufría la dueña desde hacía dos meses.

Para George fue como un nuevo puñetazo en el estómago, aunque al recordar los tres paquetes de tabaco que se fumaba diariamente la buena de Grace, no le extrañó, pero tampoco hacía que lo sintiera menos. También juró ir al establecimiento a preguntar por ella y declararle a su hijo cuánto le dolía que su madre tuviera que padecer tan fatal enfermedad.

En cuanto se fueron, volvió la mirada hacia el otro lado de la calle. Podía divisar la casa de los Simmons. Clavó de nuevo sus ojos en la vivienda de su familia; le hubiese encantado entrar, pero no daba la impresión de que Robert estuviera dentro, y mucho menos el joven Jonathan Quaid. Mientras pensaba en cuál iba a ser su siguiente paso vio, para su sorpresa, que Patricia Sheridan salía de la morada de Mary Simmons.

George corrió hacia ella antes de perderla de vista. Cuando fue a alcanzarla, aminoró la velocidad para dar la impresión de que estaba dando un tranquilo paseo.

—Vaya, parece que sí que tengo una acosadora en este pueblo —sonrió al comprobar que la joven se giraba con un brillo de felicidad en los ojos—. Ah, pero eres tú, no Glory Fonter, a la que por cierto aún no he visto.

—Pues te está buscando con bastante ahínco —respondió Patricia—. A Mary le ha preguntado varias veces por ti y a mí me ha acribillado a preguntas un par de veces que ha estado en el supermercado.

—¿Y por qué te pregunta por mí?

—¿No está claro? Porque yo también te acoso —los dos rieron a conciencia con el comentario—. ¿Venías a ver a Mary?

—En realidad —señaló hacia el extremo de la calle— estaba recordando lo que era vivir por aquí cerca.

—¿Y cómo va todo por la cabaña? ¿Has escrito ya un par de novelas?

—He escrito bastante, sí.

—Supongo que has tenido tiempo, ya que no me invitas a ir —la chica arrugó el rostro de manera infantil. George se sintió mal por la retahíla de pensamientos obscenos que le llegaron en una potente oleada—. Espero que no me estés rehuyendo.

El escritor tragó saliva. Se trataba de disparar o de quitarle el cargador al arma.

—¿Te apetecería venir a cenar mañana?

Notó que Patricia se ruborizaba levemente. Ella se dio cuenta de que él lo había percibido, lo que provocó que sus mejillas se coloreasen aún más. George descubrió que, si hubiese habido en ese momento cerca algún arbusto, la joven se habría escondido tras él sin dudarlo un segundo.

—Al final vas a resultar más tímida de lo que pareces —soltó el escritor. Se rio al comprobar que Patricia se había quedado sin habla.

—No todos los días a una le propone una cita un escritor famoso —respondió al fin, no demasiado convincente.

—Te avisé de que íbamos a quedar.

—Pero no pensé que… —no terminó la frase.

No pensabas que fuese a ser verdad, pensó Campbell.

Robert tenía razón; está bastante más colada de lo que creía

—¿Por qué no quedamos esta noche? —preguntó la chica.

—Porque tengo que arreglar un par de asuntos —contestó. Era mentira; quería seguir escribiendo. La única razón por la que no se encontraba haciéndolo en ese momento tenía que ver con dar un respiro a su cuerpo.

—¿Y no en mi casa? —quiso saber Patricia.

—Primero en la mía. Te debo una cena —George le guiñó un ojo.

—De acuerdo, pero sólo porque te has decidido a invitarme al fin. Mañana estaré en el

supermercado por la tarde, ¿vienes y concretamos la hora? Ahora debo irme; he quedado con unas amigas para pasarnos por la ciudad. Será un viaje rápido, ir y venir, así que debería darme prisa.

El escritor asintió. La joven no dudó en acercarse a él y darle uno de sus cálidos besos en la mejilla. George lo recibió con agrado; le gustaba que se despidiera de él de aquella forma, algo que no hacía con nadie más, según tenía entendido.

Hacía mucho que no se sentía especial.

La observó alejarse con una tonta sonrisa en los labios. Era difícil no pensar en nada más con Patricia Sheridan. Muy difícil. Pero lo intentaría, al menos, por el momento; no sería justo para ninguno de los dos que todo fuese más rápido de lo aconsejable, y menos cuando acababa de volver al pueblo.

—Patricia es buena chica.

George miró hacia su derecha. En el caminito que llevaba al porche de Mary Simmons se encontraba Christine, de pie, mirándole con ojos repletos de felicidad. No estaba enfadada, ni frustrada, ni decepcionada; solamente, feliz.

—No es tú —contestó George.

—Nadie es yo. Igual que nadie es tú, Cachorro.

—No estoy preparado.

—Nadie te está diciendo que te cases con ella, pero sí que mires hacia delante —afirmó el recuerdo—. Hablad, salid, pero date tiempo para desterrar a esos fantasmas que no te dejan avanzar. De lo contrario, tendrás más esqueletos en tu armario de los que puedes guardar, y no querrás meter en problemas a tus seres queridos.

No, no quería. Ni creía que pudiera soportarlo.

—Siempre supe que estaba tan enamorada de ti como yo —confesó Christine—. No era ningún capricho. Te quería. Te quiere. Se ve en su forma de mirarte; tiene la misma expresión que yo.

Así era Christine, capaz de darse cuenta de todo y callárselo, una cualidad que también poseía Ralph Locke, aunque fingía muy bien para que nadie se percatase de ello. Sin embargo, un detalle alertó al escritor; si lo que veía era un recuerdo, ¿por qué sabía algo que él había desconocido mientras vivía?

George buscó a su mujer, pero ya no estaba. ¿Quizás se lo confesó alguna vez y lo olvidó hacía mucho por respeto hacia ella? No tuvo tiempo de pensar demasiado en ello, pues la puerta de la casa se abrió, mostrando a Mary Simmons.

—¿George? Estaba mirando por la ventana porque he oído a Patricia hablar con alguien y, ahí estás. ¡Ven! ¿Te ocurre algo? Estás blanco como los merengues de Grace.

El escritor obedeció. Entró en la vivienda junto a la anciana, sintiéndose observado por el recuerdo de Christine. Un eco del pasado que, en realidad, ya no podía asegurar que sólo fuera eso.

5

Mientras George era convencido por Mary Simmons para quedarse a cenar, en cuanto la noche recorrió las calles de Shelter Mountain, la caravana de la familia Hoyt se equivocaba de carretera, adentrándose en las que conducían al pueblo.

Mientras Patricia se quedaba un rato más con sus amigas en la ciudad y les contaba, visiblemente emocionada, su cita con el escritor, Lewis Hoyt, padre desde hacía seis años y casado con Lois Hoyt desde hacía veinte, refunfuñaba al pensar que se había equivocado de camino.

Mientras Jay Tolliver se rendía al sueño, a pesar de que rondaban por su cabeza los chicos

a los que no había podido encontrar, Lois Hoyt leía un cuento al pequeño Chris Hoyt, que bostezaba en la pequeña cama de la caravana.

Mientras los Chill y los Ford discutían sobre los siguientes pasos a seguir para buscar a Wanda y a Danny, varios pares de ojos, poseedores de un malicioso brillo, observaban con interés, desde la maleza, el discurrir del vehículo de los Hoyt.

—¿Estás seguro de que teníamos que meternos por esta carretera? —preguntó Lois Hoyt a su marido, dejando durante unos instantes de prestar atención a su hijo.

El hombre respondió entre dientes. Al reflexionar sobre el hecho de que su esposa insistiría hasta que alguien le contestase claramente, meditó una buena réplica que la calmase. La oscuridad que rodeaba el camino por el que transitaba la caravana no le ayudaba demasiado; por un instante, se sintió amenazado por una presencia que no veía, pero que sí divisaba su viaje.

—Era la carretera hacia Shelter Mountain.

—Pero no vamos a Shelter Mountain, ¿no?

Lewis se ajustó la gorra de béisbol que sólo se quitaba en contadas ocasiones. Frente a sus ojos, la carretera continuaba, impertérrita. El mismo escenario desde hacía infinitos minutos. Tinieblas sobre sombras alrededor de una calzada que no parecía acabarse nunca, ¿o quizás era él quién carecía de paciencia?

—Vamos a Shelter Mountain —afirmó el marido.

La mujer entornó los ojos. Cerró el libro que leía a Chris, al que arropó con gestos de cariño. Luego, se aproximó a su marido y ocupó el asiento del copiloto, con expresión preocupada.

—No íbamos a Shelter Mountain —insistió Lois.

—Ahora sí. Tenemos que dormir en algún sitio —Lewis señaló hacia atrás, buscando con su dedo a su hijo—. No me gusta que duerma en la caravana sin que encontremos un lugar donde aparcar.

Lois Hoyt acarició la mano más cercana de su marido. A veces podía ser algo brusco y, sobre todo, muy testarudo, pero siempre quería lo mejor para su familia.

—Supongo que habrá algún sitio en el pueblo en el que descansar —prosiguió el señor Hoyt—. O, al menos, un aparcamiento donde estacionar la caravana. Mañana temprano tomaremos un buen desayuno y seguiremos el viaje.

El matrimonio observó la carretera. Les pareció más amenazadora que nunca.

—¿Cuánto hace que no vemos nada? —preguntó Lois.

—Un buen rato. Quizás demasiado. Creo que hace poco pasamos una gasolinera, pero estaría cerrada, porque no vi ninguna luz.

—Ni casas, ni luces de ningún tipo, ¿no es raro? —cuestionó la mujer. Comenzaba a sentirse incómoda con la ausencia de civilización.

Lewis torció la vista un segundo para contestar. Justo en ese instante, su esposa gritó, señalando al mismo tiempo hacia delante. El hombre siguió su dedo y captó una figura tumbada en la carretera. Apretó el freno con tal fuerza que no le hubiese extrañado comprobar que el motor salía disparado a través del morro de la caravana.

Un ruidoso chirrido rasgó el silencio nocturno. Cuando todo acabó, marido y mujer observaban, anonadados, un cuerpo en medio de la vía. Iluminado por los faros del vehículo, pudieron vislumbrar que se trataba de un hombre vestido con harapos. Daba la impresión de haber sido atropellado un par de veces; al estar de espaldas a ellos no pudieron verle el rostro, pero no se movía.

¿Estaría muerto?

—No hemos sido nosotros —afirmó Lewis inmediatamente.

—La caravana no ha chocado con nada —corroboró Lois.

—¿Mamá?

Los padres se giraron hacia Chris, quien se encontraba en medio de la caravana, con su dulce rostro recién despertado. Lois se lanzó a por él e intentó consolarlo, asegurándole que no ocurría nada y que lo mejor que podía hacer era volver a dormirse.

—Voy a ayudar a ese hombre —declaró Lewis.

—No salgas, cariño.

El hombre clavó los ojos en su mujer. Había notado el miedo en su voz; a él tampoco le daba buena espina todo aquello, pero lo único que sabía es que acababan de estar a punto de arrollar a una persona que parecía necesitar ayuda. ¿Qué podía hacer? ¿Pasar de largo? ¿Rematarle, fuese quien fuese?

—Si tú estuvieras en su lugar, querrías que alguien te socorriera —replicó Lewis dejando el asiento.

—Llama por tu móvil —sugirió Lois—. O espera a llegar al pueblo. No debe quedar mucho, pero no bajes, por favor. ¿No te parece raro? ¿De verdad?

Claro que se lo parecía, pero dejar allí a aquel desconocido no era una opción.

—¿Y si lleva ahí horas, Lois? ¿Y si nadie se ha detenido a ver qué le ocurre porque todo está oscuro? ¿Y si ese hombre ya está muerto por las mismas razones que vamos a usar para irnos?

—Esto no me gusta —replicó la mujer.

—¿No ves que parece herido? —Lewis señaló al cuerpo caído, que podían observar a través del parabrisas—. ¿Y si ya está muerto e investigan a los implicados? ¿Quieres meternos en esto?

Lois Hoyt no respondió. Prefirió dedicarse a dormir otra vez a su hijo que a intentar convencer a su marido, que estaba en uno de esos momentos en los que sólo acabaría todo cuando hiciera lo que quería hacer, sin más.

Sin embargo, lo que deseaba hacer le daba miedo. Aquel cuerpo tirado en la carretera, como un guiñapo, rodeado de ropas destrozadas y con la cara oculta por su postura, le transmitía una extraña sensación. La misma que tuvo un día en el que un automóvil conducido por un borracho estuvo a punto de atropellarla siendo adolescente.

Eran cervatillos frente a los faros de un todoterreno y a su marido le daba igual. Si hubiesen sido solamente los dos, tampoco hubiese estado tan preocupada, pero Chris se encontraba allí, con ellos. Y no quería sufrir riesgos innecesarios.

Y menos si tenían que ver con un hombre aparentemente atropellado en una carretera interminable y oscura, en un lugar apartado de todo.

Lewis abrió la puerta de la caravana. Lois aprovechó que la miró para decirle con los ojos que regresase a su asiento, que apretase el acelerador y saliesen de allí. Su marido o no la comprendió o no le quiso hacer caso; de un modo u otro, acabó saliendo al exterior, donde recibió una ráfaga de aire demasiado frío.

La señora Hoyt ocupó el asiento del conductor. Los faros de la caravana le daban una perfecta imagen de todo lo que estaba ocurriendo frente a ella. Contempló cómo su marido se iba acercando lentamente al hombre caído, como si fuese un animal que pudiera saltar sobre él en cualquier momento.

—Señor, ¿se encuentra bien? —preguntó Lewis.

No recibió ninguna respuesta más allá del insoportable silencio que le acosaba desde todas partes. A su derecha, el bosque esperaba su siguiente movimiento, ¿se atrevería a continuar con su afán de ayudar al extraño, o regresaría a la caravana?

Lewis alzó un pulgar hacia su mujer, indicándole que todo iba bien por el momento, aunque su rostro mostraba la preocupación aumentando a cada segundo que pasaba. Si no llegaba pronto al cuerpo, el miedo no retrasaría su aparición.

—Señor, si puede oírme —prosiguió el señor Hoyt— mueva, o hágame alguna señal.

Percibió un leve gemido proveniente del cuerpo.

Al comprender que el herido estaba vivo, aceleró el paso hasta él. Sus ropas estaban rotas por diferentes partes del cuerpo, que tampoco estaba en muy buenas condiciones. Parecía más un cadáver que una persona malherida; incluso olía mal, como si llevase varios días al sol.

—Señor… —susurró a la vez que alargaba una mano hacia el extraño.

Un segundo tarde, captó que su piel era de color grisáceo y que, en algunas zonas, estaba desprendida, mostrando lo que había debajo. Pero, a pesar de ello, el cuerpo se movía acompasadamente, como si estuviera tomando aire.

Todo sucedió demasiado rápido para él. Para su esposa pasó a cámara lenta.

El desconocido tirado en la carretera se giró. Lewis pudo contemplar su rostro, la cara de la muerte personificada, antes de que sus mandíbulas se cerrasen en torno a su codo derecho. Lewis gritó con todas sus fuerzas mientras Lois lo imitaba dentro de la caravana; con la dantesca escena frente a ella no podía hacer otra cosa.

El monstruo echó la cabeza hacia atrás con fuerza, arrancando, con un asqueroso crujido, un buen trozo de carne y varios pedazos de hueso del codo del señor Hoyt, que cayó hacia atrás, manchando con su sangre el suelo que tenía bajo él. El zombi se alzó, mostrando su cadavérico aspecto, su funesta y blasfema forma.

Agarró el brazo herido de Lewis con sus manos semejantes a garras. El padre de familia creyó ver un par de heridas de bala en el cuerpo del engendro; una en el pecho y otra en el en

el estómago, o en la masa de carne putrefacta que debía serlo. No pudo observar nada más, pues se desmayó al convertirse el dolor en agonía cuando la criatura tiró de la extremidad y se la arrancó.

Lois Hoyt creyó que se desmayaría. Para su desgracia, pero por fortuna para su hijo, que acababa de ponerse en pie de nuevo, dispuesto a descubrir qué pasaba, no lo hizo. Tuvo que contemplar cómo a su marido, a la persona con la que había pasado los mejores años de su vida, lo despedazaba un ser que no debía existir; una bestia que tendría que haber estado bajo tierra.

No supo cómo, pero su mente se centró en la puerta de la caravana mientras los restos de su esposo eran devorados por el muerto viviente. Cerró la entrada al vehículo y se dispuso a girar la llave, encender el motor, apretar el acelerador y atropellar al monstruo que se había llevado a Lewis. Antes de sentarse donde el conductor, se agachó ante Chris.

—Hijo, escucha muy atentamente.

—Mamá, ¿qué pasa? Tengo miedo —el pequeño estaba a punto de romper en un incontrolable llanto que su madre no necesitaba.

—Cariño, todo va bien, ¿vale? Papá está bien —mintió. Señaló el pequeño cuarto de baño que tenían en la vivienda con ruedas; no era mucho mayor que un armario, pero servía para las urgencias—. Escóndete ahí. Mamá va a llevarnos a un lugar seguro, ¿de acuerdo?

Chris Hoyt comenzó a llorar. La mujer lo zarandeó para que la tomase en serio.

—¿De acuerdo, cariño?

El crío asintió, no demasiado convencido. En cuanto lo hizo, su madre lo llevó hasta el cuarto de baño y cerró la puerta. Luego, corrió hacia el asiento del conductor donde posó su cuerpo, que temblaba de manera incontrolable. Sus dedos agarraron la llave de contacto, dispuestos a girarla.

El parabrisas explotó. Un brazo terminado en dedos horribles y descarnados agarró a Lois Hoyt del pelo y la arrastró hasta el exterior, donde un par de figuras se lanzaron a por ella. Después, los gritos de mujer no tardaron en apagarse, para dejar paso al sonido de manos ahondando en órganos internos y dientes rasgando carne como si fuese tela.

Dentro de su improvisado escondite, Chris intentaba no llorar. Tenía que ser fuerte por su madre; algo le ocurría, pero había visto en su mirada lo que ella esperaba de él; que fuese fuerte, que no se comportase como un niño pequeño. Porque ya no lo era. No, él era mayor, valiente y obedecería a su madre. A pesar de que la había oído gritar y deseaba salir a ayudarla.

Oyó pasos que pasaron de largo su refugio. El sonido de platos cayendo y vasos rompiéndose le hizo taparse los oídos. Fuera quien fuera el que estaba revisando la caravana, estaba muy seguro de que no era su mami, y mucho menos su padre. O quizás sí, quizás era su padre; quizás al fin se había convertido en uno de esos papis malos, como los de algunos de sus amigos, que les pegaban en cuanto hacían algo mal.

O quizás era el monstruo que le acosaba desde el armario de su habitación. Esa bestia de ojillos maliciosos que sus padres aseguraban una y otra vez que no existía. Al ver que esa noche no dormía en su cuarto, seguro que había acudido a buscarle; y acababa de dar con él. No le quedó ninguna duda.

La puerta del cuarto de baño se abrió. Frente a él se erguía un hombre. No era su padre, de eso estaba seguro. Tampoco podía afirmar que fuese exactamente un hombre; su rostro estaba deformado, como podrido, y daba la impresión de encontrarse hinchado en algunas partes y hundido en otras.

Exudaba un olor que le provocó ganas de vomitar. No lo hizo, porque era mayor, y eso sólo lo hacían los niños pequeños. Las ropas del extraño estaban rotas y de sus manos goteaba un líquido rojo que le recordó a su zumo favorito, el de frambuesa.

El desconocido se agachó, mostrándole mejor su rostro. Sólo poseía un ojo, pues el otro hacía tiempo que había desaparecido. En su lugar se hallaba un agujero negro como un pozo repleto de maldad. La mirada de aquel hombre, si es que era un hombre, le trajo recuerdos al pequeño de una de sus visitas al zoo, concretamente, a la jaula de los leones. Uno de ellos se acababa de dar un festín con un trozo sanguinolento de carne y, desde la distancia, clavó sus ojos felinos en él.

La misma mirada. Lo único que cambiaba era el número de ojos.

—¿Eres el monstruo de mi armario? —se atrevió a preguntar Chris.

El muerto dobló la cabeza, mostrando su confusión. Se llevó una mano ensangrentada a su cabeza, manchando los mechones de pelo rubio que le quedaban. El gesto no tranquilizó a

Chris, sino todo lo contrario.

—No soy un monstruo —pronunció el cadáver viviente para sorpresa del niño. Los monstruos no hablaban, así que era cierto, aunque su voz se le metía en la cabeza y le hacía daño; le pasaba lo mismo cuando su profesora de lengua pasaba las uñas por la pizarra de clase—. Estoy enfermo.

—Mi mami tiene jarabe.

—Qué dulzura. Eso no me curará —la criatura pasó sus deformes manos por la cabeza del muchacho, acariciándolo.

—¿Qué te ha pasado en la cara?

—Un monstruo me lo hizo —respondió sin dejar de tocar al crío—. Yo te protegeré de él.

De repente, el ser se incorporó. En la entrada de la caravana había dos como él. Les ordenó largarse con un par de leves gestos; le obedecieron. Después, continuaron su banquete de violencia con los cuerpos de lo que quedaba de los padres del crío.

—¿Y mis papis? —quiso saber Chris.

—Ahora vamos, pero antes te quiero enseñar una cosa —el muerto agarró al niño y lo alzó, apretándolo contra su pecho, como si fuese suyo—. Vamos a pasarlo muy bien juntos. Luego, podrás ir con mami y papi.

Se aproximó a la salida de la caravana.

—Vamos a pasarlo muy bien.

La criatura cerró la puerta.

SOSPECHAS

1

A primera hora de la mañana, Samuel Black se montó en su camioneta, dispuso las herramientas que necesitaba en la parte trasera y condujo fuera del pueblo hasta la carretera que conducía a la enorme casa de tres plantas que pertenecía a Lucas Washington. Éste era uno de esos hombres ricos que habían adquirido una vivienda cerca del lago para pasar el verano; así empezó al menos, pero luego acabó alquilándola por meses, sabedor de las importantes sumas de dinero que podría ir consiguiendo poco a poco.

Un buen día apareció en la carpintería de Leo Jones buscando los utensilios necesarios para reparar algunas tablas por las que unos cuantos mapaches se habían colado por la noche, destrozando una cocina demasiado elegante para cualquiera que no fuera un ser humano. Samuel estaba delante del millonario mientras interrogaba a Leo sobre lo que iba a necesitar para los desperfectos; no dudó en dar su sincera opinión, y ésta era que no sabía qué estaba haciendo.

Los modales de Black no fueron demasiado buenos. Nunca lo habían sido. Era alguien criado en el campo, que siempre había trabajado con las manos y que consideraba que leer y escribir eran tonterías de pijos que sólo servían para perder el tiempo y echar a perder al hombre de la casa. Supuso que el ricachón se enfadaría, le escupiría un par de insultos y se iría de Shelter Mountain.

Lo que hizo Washington fue contratarle para hacerse cargo del mantenimiento de la casa entre cliente y cliente. Samuel no pudo negarse al ofrecimiento; era un trabajo bien remunerado y que además tenía que ver con algo que él entendía. Así que dejó claro que no haría nada más que reparar desperfectos y cuidar la vivienda, y se zanjó el asunto.

Y a eso iba.

Lucas Washington lo llamó la noche anterior para avisarle de que los ocupantes de la casa acababan de marcharse. Tenía que estar en ella por la mañana, muy temprano, para dejarla totalmente lista para los siguientes ocupantes, que llegarían en los siguientes tres días. Samuel Black no replicó; era una tarea fácil de cumplir.

En sus planes no estaba encontrar la caravana.

La vio nada más enfilar la camioneta por la carretera que conducía a su destino. Lo primero que le extrañó fue el hecho de no reconocer el enorme vehículo; al principio creyó que era la caravana de Hamilton Reese, un tipo grande y fuerte que solía llevar algunos pedidos del supermercado. Recordó que vivía en una, en un parque de caravanas situado a cincuenta kilómetros, próximo al pueblo vecino.

Pero no, no era la suya.

Detuvo la camioneta justo al lado. Se bajó y, a distancia, inspeccionó la caravana,

intentando escuchar si había alguien dentro. Entonces, llegó lo segundo que le extrañó; el enorme parabrisas estaba totalmente reventado, como si un tronco lo hubiese aplastado, diseminando cristales por todas partes.

¿Y si el vehículo había tenido un accidente? Desde donde estaba, no lograba ver que hubiera señales de choque con algún árbol cercano u otro coche. En realidad, le parecía que la caravana estaba allí aparcada, esperando que sus dueños se despertasen, si es que se encontraban en el interior, o volvieran, si es que se hallaban fuera.

El tercer detalle que le llevó a ejercitar su materia gris fue la situación de la caravana. Por la carretera en la que permanecía sólo circulaban tres clases de personas: Lucas Washington, quienes alquilaban su casa, o él mismo. Y estaba seguro de que los últimos clientes se habían ido la noche anterior; el millonario no le habría avisado de no ser así. Pero más seguro estaba aún de que no tenían una caravana. Así que, ¿de quién era? Y, ¿qué hacía allí?

Todo el asunto comenzó a asustarle. Escupió una flema de manera ruidosa; parte de ella se le escapó por uno de los abundantes huecos de su dentadura. Era su respuesta ante algo como el miedo; hacerse del duro, quitarle importancia y actuar.

Y eso hizo.

Encaminó sus decididos pasos hacia la puerta de la caravana. Estaba a punto de pedir permiso para acceder a ella, cuando comprobó que estaba abierta. Empezó a pensar en que el vehículo, quizás, estaba abandonado, pero poseía tan buen aspecto que le resultó difícil dar por fehaciente aquella reflexión. Además, estaban sus tripas; le gritaban que allí había pasado algo. Algo que estaba muy lejos de ser bueno.

Penetró en la caravana. Un fuerte olor le golpeó en el rostro. Era tan fuerte que tuvo que apretar uno de sus brazos contra su nariz. Él, que había desollado ciervos cazados dos días antes; él, que había pasado más de dieciséis horas destripando truchas que luego había ido a vender a la ciudad.

Era una peste que jamás había percibido antes en toda su vida. Pero sus instintos, cada molécula de su cuerpo, le gritaron lo que era.

La muerte.

Aparte de aquel nauseabundo hedor, daba la impresión de que un huracán había pasado por el interior de la caravana. Platos, vasos, mantas, enseres domésticos, revistas, todo estaba manga por hombro. El aspecto del escenario que visionaba era tan deplorable que no captó la sangre hasta que la pisó.

Era un pequeño charco que, por lo que observaba, nacía dentro de lo que parecía el cuarto de baño, que permanecía cerrado. Una pizca de su cerebro, un trozo minúsculo pero primitivo, que muchos habrían llamado «sexto sentido», le aulló que corriera, que saliese de allí, que no mirase atrás y que olvidase aquella misteriosa caravana. Un enorme cartel de neón que rezaba «Peligro» fue lo último que visualizó antes de abrir la puerta.

Lo que sus ojos contemplaron no lo olvidaría nunca.

Salió del vehículo atropelladamente, chocando con todo lo que encontraba en su camino como si fuese una pelota en medio de un partido de fútbol. En cuanto pudo poner un pie en el exterior, vomitó todo lo que desayunó hacía una hora. A pesar de verse vacío, se sentía mareado, turbado y al borde del desmayo. El miedo se había convertido en pánico, y era algo horrible, una sensación que se habría arrancado a mordiscos de poder hacerlo.

Notó que lloraba, aunque sin emitir ni un solo sonido. Cuando se limpió las lágrimas, observó un rastro de sangre que conducía al interior del bosque. Esta vez sí que hizo caso a la vocecita de su cabeza.

Fue corriendo a llamar al sheriff.

El insulto que el sheriff Tolliver soltó entre dientes mientras salía del pueblo era el cuarto que llevaba desde que recibió la llamada del ayudante Hicks por radio. Tenía que ver con una extraña caravana, con Samuel Black y con una emergencia. Tonterías, le parecieron a él, y más viniendo de alguien como Samuel Black, que representaba lo peor de sitios como Shelter Mountain; huraño, maleducado, irascible y chapado a la antigua. Si no hubiese estado siempre tan ocupado buscando bronca o tratando de espantar a los pocos visitantes que llegaban, le habría caído bien.

Pero, si debía ser sincero, no eran esas las razones por las que no se fiaba de Black. Antes del incidente en el lago se fiaba de él, aunque no le acababa de gustar; tras lo que ocurrió, trataba de no hacerle el menor caso.

Muchas eran las historias que circulaban sobre Shelter Mountain. A su edad, sabía que muchas más venían de lejos. Algunas eran de lo más rocambolescas, pero sus protagonistas, cuando existían, trataban de olvidarlas o, al menos, no mencionarlas demasiado, dado el carácter extraño de muchas de ellas. Samuel Black hizo todo lo contrario; se pasó meses insistiendo en lo que había visto, hasta el punto de que acosaba a los turistas para que se fueran del pueblo. Un mal asunto que Tolliver tuvo que resolver de un modo del que aún seguía sin sentirse orgulloso; pero no se arrepentía de ello.

Jay Lawrence Tolliver nunca se arrepentía de nada. Era un hombre de verdad.

Ocurrió uno de esos días en los que Black eligió el lago para pescar antes que uno de los ríos del pueblo cercano a Shelter Mountain. Al menos, eso fue lo que contó él; Tolliver dudaba incluso de que hubiese ido al lago, después de todo lo que pasó más tarde. ¿Cómo creer cualquier palabra que saliera de la boca de Black?

La historia que narró Black tenía que ver con el lago, y comenzó en cuanto llegó a él y lo contempló. El color transparente en ciertas partes, turbio en otras, había dejado paso a un negro tan denso que Samuel creyó que un escape de petróleo había tenido lugar; una tontería, pues las probabilidades de que un petrolero cruzase el lago eran tan pequeñas como las que tenía el mismo Black de sacarse un título universitario.

Horrorizado ante la visión que tenía frente a él, Black, que años más tarde seguía jurando que ese día no había probado ni una sola gota de alcohol, se quedó observando las tenebrosas aguas durante un buen rato, sin poder dar crédito al color que las teñía. En realidad, no era sólo por la tonalidad siniestra, sino por las olas y ondas que se formaban; a Black le dio la impresión de que el agua estaba viva.

Cuando tuvo suficiente de aquella horrible y perturbadora visión, salió corriendo hacia la comisaría, donde se lo relató todo a Tolliver, quien le acompañó hasta el lago inmediatamente. Lo que encontraron allí les dejó boquiabiertos a ambos.

Nada. El agua del lago era tan normal como siempre.

Luego vendrían los meses en los que Samuel Black, que ni fumaba, ni bebía, ni mucho menos se drogaba con nada más fuerte que su tabaco de mascar, alertaría día y noche al pueblo sobre lo que había contemplado. Los días en los que ver a Black acosando a los recién llegados era la tónica habitual.

Tolliver gruñó, pero no soltó ningún insulto más. Alex Hicks era nuevo, así que seguro que Samuel le había contado una de sus historias, o quizás acabó insistiendo otra vez con la misma, aprovechando la inexperiencia del ayudante en cuanto al pasado de Shelter Mountain se trataba. Pero no era lo único que lo tenía de mal humor.

Wanda Chill y Danny Ford. No los había encontrado. Ni en los bosques cercanos, ni cerca del lago y tampoco encontró señales de que se hubieran fugado. Lo que él había creído que era una sencilla tarea se estaba volviendo más complicada de lo que le gustaba. El siguiente paso era investigar las montañas y para eso necesitaba más hombres, y no le gustaba dar cuentas a nadie, así que tendría que pedir voluntarios en vez de acudir a las autoridades oficiales. Y si los adolescentes no aparecían, al ser sus familias gente de ciudad, seguramente se armaría un buen revuelo.

Y él estaría justo en el centro, salpicado por la mierda.

No se había olvidado del escritor. Oh, no, George Campbell era su postre en un menú que comprendía unos platos que le interesaban mucho menos, pero a los que debía hincarle el diente. La opción de negarse no existía, a pesar de la indigestión a la que se exponía.

Deseaba que las familias de los chicos tuviesen la suficiente inteligencia como para no buscarlos por su cuenta. No quería terminar revisando cada centímetro de bosque, mirando debajo de cada puta piedra, porque habían seguido el camino de los jóvenes y también terminaban desaparecidos.

Llegó a la carretera que conducía a la propiedad de Lucas Washington, un tipo extraño, rico, y que daba la impresión de mirar por encima del hombro incluso a su propio reflejo. No tardó mucho en divisar la silueta de la caravana y los vehículos de Hicks y Black a su lado. Ambos hombres se dejaron ver en cuanto oyeron acercarse el coche patrulla del sheriff.

Tolliver aparcó tras el automóvil de su ayudante. Salió al exterior al mismo tiempo que se colocaba sus gafas oscuras de montura dorada. Conforme se aproximaba a quienes le esperaban, comenzó a notar que en sus rostros se hallaban blancos como la nieve. Percibió el terror en sus ojos; o eran buenos actores o estaba ocurriendo algo que le iba a complicar aún más el día, la semana y, probablemente, el mes.

—¿Qué es eso de lo que no te puedes encargar solo, Hicks? —quiso saber el sheriff. Ignoró a Samuel Black, que no parecía querer separarse del ayudante.

—Creo que es mejor que se lo enseñe, señor —dijo el ayudante.

—¿Os pasa algo? —a Tolliver le comenzaba a molestar el nivel de secretismo reinante. No era sólo eso, sino contemplar sus caras de gestos contraídos, como si quisieran gritar de un momento a otro, dejarse llevar por el pánico, pero estuvieran resistiendo las ganas por su presencia.

Le condujeron hasta la entrada de la caravana. El sheriff frunció el ceño al comprobar que el parabrisas estaba destrozado.

—¿De quién es esta caravana? —preguntó sin dirigirse a ninguno en concreto. Ya le daba igual cuál de los dos le contestase. Al no recibir respuesta, su enojo fue en aumento—. ¿Se puede saber qué ocurre, joder?

—Mírelo usted mismo —insistió el ayudante.

—Hicks, sabes que andamos muy ocupados con esos chavales desaparecidos —volvió la cabeza hacia Black, quien dio la impresión de querer huir bosque adentro—. No te habrá contado este cabeza de chorlito una de sus historias, ¿verdad? Como esa en la que el lago se oscureció. Menuda ridiculez.

Tolliver esperó que alguno de los dos dijese algo. Se habría conformado incluso con una pequeña protesta por parte de Black, pero ambos hombres permanecieron en silencio. Sus rostros eran lápidas que no explicarían nada hasta que no entrase en la caravana, así que lo hizo.

Un fuerte olor le agarró el estómago. Supo que olía a cadáver porque en su vida había visto unos cuantos y no sólo de animales devorados durante días por la descomposición. El interior del vehículo parecía haber sido testigo de una pequeña guerra mundial. Y también estaba el charco de sangre.

Tuvo ganas de llamar a gritos a Alex Hicks, pero se lo pensó mejor al comprobar que había un rastro de sangre que conducía al cuarto de baño, que halló cerrado. Decidido, lo abrió. Unos interminables minutos después, se quitó las gafas con sus temblorosas manos; quería descubrir si lo que estaba viendo era real.

No podía serlo. Simplemente era imposible. Un cuerpo humano no podía acabar como lo que estaba contemplando, si es que era de verdad un cuerpo humano. O lo había sido alguna vez.

—¿Señor? —exclamó Hicks asomando la cabeza dentro de la caravana. Al descubrir que el sheriff se había convertido en una estatua, metió el resto del cuerpo en el vehículo—. ¿Señor?

Ante una señal de Tolliver, se acercó, aunque no demasiado; no quería volver a observar lo que acababa de descubrir el sheriff.

—¿Qué cojones es esto, Hicks? —preguntó. No pudo evitar que se notase el miedo en su voz.

—Creo que es un niño, señor. O varios. Ni idea —Hicks percibió que el estómago iba a darle un nuevo vuelco—. Por eso llamé; creo que esto es muy gordo.

—¿Muy gordo? —Tolliver se pasó una mano sudada por la boca. Seguía sin dar crédito a los restos que contemplaba. Pensar en que alguien hubiese podido hacerle aquello a un niño iba más allá de todo el horror que había visto en su larga vida.

—Señor, no es el único.

Jay Tolliver clavó sus ojos en el ayudante como si hubiese asegurado la existencia de extraterrestres. Sin mediar palabra, Alex Hicks salió de la caravana; el sheriff le siguió hasta unos árboles cercanos, donde descubrieron varias manchas de sangre, como si alguien hubiera corrido a internarse en el bosque a pesar de estar malherido.

—¿Quién ha vomitado? —Tolliver se giró hacia Black—. ¿Has sido tú?

El hombre asintió.

—Hicks, no… —El sheriff se calló. Estaba tan conmocionado que no supo terminar la frase, a pesar de que sabía que tendrían que estropear lo menos posible la escena del crimen para los de la científica. Si es que era la escena de un crimen, ¿podían las picadoras de carne cometer crímenes? Porque eso era lo que parecía que había pasado dentro de la caravana.

La terrible batalla entre un niño y una picadora de carne.

El ayudante dejó que el bosque le absorbiera. Tolliver le siguió. Black se quedó junto a su camioneta, mirando la caravana como si fuese el mismo Diablo.

—Samuel vio el rastro de sangre —Hicks señaló las manchas en el tronco de los árboles que se convirtieron en un pequeño riachuelo entre la maleza— pero no se atrevió a venir. Yo sí y… la verdad es que no sé si me arrepiento.

Alex se detuvo. El sheriff le imitó. Las gafas se le cayeron de las manos. No por los restos de dos personas diseminados por el claro que tenían enfrente, sino por los despojos sanguinolentos colgados en las ramas de los árboles; trozos de carne en los que el sol refulgía, dándole a la sangre un color rojo brillante que el sheriff no supo si considerar precioso o espeluznante.

Lo único indemne eran las dos cabezas.

—Son los chicos desaparecidos, ¿verdad, señor?

Jay Lawrence Tolliver no pudo hacer más que asentir.

No sabía qué era más terrible, si la expresión de sus rostros, o que lo único que no se había tocado fuesen sus cabezas, como si alguien quisiera que fueran reconocidos. ¿Quizás mandando un mensaje? No, porque los mensajes los enviaban las personas, y toda aquella carnicería había sido obra de un animal, de una bestia. De un monstruo que sólo podía existir en las pesadillas de gente muy enferma.

O de escritores.

La imagen de George Campbell volvió a su mente.

—Sí que es gordo, chico —murmuró el sheriff—. Muy gordo.

3

Mientras Tolliver y Hicks discutían sobre cómo decirles a las familias de los adolescentes que estos habían acabado convertidos en espantosos espantapájaros humanos, al menos los pedazos que quedaban enteros, George Campbell entraba en el cementerio de Shelter Mountain.

Esa mañana no desayunó nada. Escribió unas gratificantes cuarenta páginas de la novela, tomó una buena ducha caliente y realizó una visita rápida a Robert en la que le informó de la cita que tenía con Patricia esa misma noche. Pero no desayunó; tenía el estómago tan cerrado que hubiese vomitado hasta la más mínima gota de café.

La razón la tuvo delante. Leer su nombre en la lápida le hizo sonreír.

—Christine Simmons —pronunció en voz alta el escritor. Le gustaba la manera en la que el nombre sonaba en sus labios. A ella le encantaba.

Tomó la decisión esa misma mañana, incluso antes de abrir completamente los ojos y recibir en la cara las primeras luces del alba. No es que llevase mucho tiempo en el pueblo, pero consideraba que su recuperación estaba siendo increíblemente rápida; tenía una cita, había recobrado a su mejor amigo, tenía agradables cenas con su suegra y, sobre todo, volvía a escribir.

Veía a Christine por todas partes, sí, pero no le disgustaba. Incluso pensaba si realmente deseaba que desapareciera. Ya se lo había dicho Mary el primer día; si lo superaba, quizás perdiese sus recuerdos. Así que lo mejor era acudir de una vez por todas a la Zona C, la Zona Christine, aunque realmente no lo era, porque allí no estaba ella. Sí, estaba su cuerpo,

probablemente comido por el tiempo, algo en lo que no le gustaba pensar, pero allí no estaba ella; su mujer se hallaba en la cabaña, en la Zona G, en la casa de los Simmons, en el lago, en el bosque, en las calles del pueblo, pero no allí. No la vería allí.

Era el único lugar de todo Shelter Mountain donde no había recuerdos de su amor.

Mientras pensaba cómo empezar, giró la cabeza hacia su derecha. Allí seguía la tumba de Randall Lomax, una de las celebridades del pueblo. El escritor sí que conocía su historia a la perfección, hasta que incluso llegó a escribir su segunda novela basada en su persona y en los relatos que solía contar a todo aquel con el que se cruzase cuando aún vivía.

Llevaba muerto dos años. Lo encontraron entre los restos de lo que quedaba del campamento abandonado. Ataque al corazón, fue lo que afirmaron en el hospital, pero los rumores sobre su defunción no tardaron en producirse. ¿Fallecido en extrañas circunstancias en el campamento maldito? ¿Cómo no iba a haber rumores?

En realidad, el señor Lomax tuvo un pequeño amago de infarto unos meses antes de su muerte definitiva. George lo sabía, así que, para él no había misterios en el viaje a un mundo mejor por parte del bueno de Randall. Una auténtica pérdida; aún conservaba con cariño todas las leyendas que le había contado, desde la del árbol maldito del centro del lago, que surgía en las noches de luna llena, hasta la de la niña que pedía leche en las casas del extrarradio del pueblo cuando se mataban animales de manera furtiva.

Nunca descubrió si Randall de verdad creía en todas esas cosas, pero sí que disfrutaba mucho investigándolas y contándoselas a los demás. Quizás, por ese carácter más de narrador que de chismoso, apenas nadie hacía caso al señor Lomax, salvo él; los demás se contentaban con escuchar los desvaríos de Samuel Black y el lago negro, o los cotilleos sobre Leo Jones y su dama del bosque.

Observando la tumba de Randall, que siempre tenía flores, aunque George nunca sabía quién se las dejaba vio, por el rabillo del ojo, un agujero en el que todavía no había nadie enterrado. Ni siquiera tenía lápida, ni una pala al lado, indicando que aún se estaban realizando los arreglos pertinentes.

El escritor sonrió. Un clásico en el cementerio de Shelter Mountain.

La tumba sin ocupante.

Siempre había una tumba así en aquel cementerio. George recordaba perfectamente a su abuelo, al que conoció poco, hablando del tema con su padre. Siempre que alguien iba al cementerio, podía ver una tumba sin nadie dentro, sin lápida, sin nombre y que parecía estar a medias.

Curiosamente, nunca ocupaba el mismo sitio.

¿Tenía enterrador Shelter Mountain? Ni siquiera lo había visto el día del funeral de su esposa.

—Esto no es fácil para mí —dijo George, empujándose a sí mismo fuera de sus pensamientos y centrando su atención en lo verdaderamente importante—. Quiero decir, no es fácil para mí hablar contigo, al menos aquí.

Porque no tienes problemas cuando se trata de hablar con ella en tu imaginación, pensó el escritor.

—Sé que tendría que haber venido antes —prosiguió—, pero ya sabes que no me gustan estos sitios. Y menos para verte. Prefiero recordarte tal y como eras. Recordarte en los lugares en los que estás de verdad.

Calló durante unos minutos. Le sudaban las manos.

—Pero creo que es aquí donde te tengo que decir lo que debería haberte dicho hace ocho meses, la última vez que te visité —George tragó saliva. Le costó toda su fuerza que bajase por su garganta—. No estoy preparado para esto, pero tu madre insistió anoche. Deberías verla; sigue tan encantadora como siempre. Eres tú, de algún modo. Ya sabes a lo que me refiero.

No esperó respuesta. No la iba a encontrar allí.

—A partir de ahora te visitaré más a menudo, te lo prometo. Voy mejor con todo lo que ocurrió. ¡He vuelto a escribir! —se echó las manos a la cabeza. En realidad, Christine sabía que había regresado a la novela, ¿o lo sabía su recuerdo? ¿No estaba en su imaginación? Le costaba distinguirlos en ese momento—. Por hoy he tenido suficiente. Volveré pronto.

Intentó darle la espalda a la tumba e irse, pero no podía hacerlo. Había ido para decirle a Christine algo muy concreto, y seguía sin hacerlo. No le salían las palabras porque, en el fondo, temía recibir contestación.

—Lo siento —pudo pronunciar—. Lo siento mucho. No hay día que no sienta lo que pasó.

Eras mi mundo, eres mi mundo y… Fue mi culpa, cariño. No pude protegerte. Espero que puedas perdonarme algún día. Aquí estaré esperándolo.

En cuanto terminó, se sintió mejor. Mucho mejor.

Durante un breve instante sintió algo parecido a la paz. A la misma que conseguía cuando estaba al lado de Christine, ya fuese abrazándola, besándola, durmiendo con ella o, simplemente, observando cada centímetro de su cuerpo.

Al girarse para salir del cementerio, volvió a divisar la tumba sin dueño. Pensó que era irónico que allí hubiese una tumba sin dueño, cuando él conocía cinco que sí que tenían dueño, pero ningún nombre.

No creía en las casualidades, pero tampoco le dio más importancia.

Enfiló sus pasos hacia la salida del lugar. Había quedado para almorzar con Mary; después, se pasaría por el supermercado para confirmar la hora de la cita con Patricia. No estaba nervioso, y mucho menos tras lo que acababa de hacer.

Justo cuando se encontraba a un par de pasos de las rejas del cementerio, percibió que algo se movía entre las lápidas, a su izquierda. Se paró, esperando captar algo más concreto, pero no vio nada. Sin embargo, se sentía claramente observado, ¿quizás Tolliver o Carl le seguían de cerca? No, eran demasiado poco sutiles, muy directos como para andar escondiéndose en un cementerio.

Miró su reloj. Llegaba tarde, así que volvió a echar a andar; no tenía tiempo para juegos, fuesen los que fuesen, ni por parte de quien fuesen.

Pronto descubrió que Carl Raimi no tenía nada que ver. De camino a casa de Mary Simmons lo divisó en la calle paralela por la que pasaba. Charlaba con una mujer mayor que no reconoció, pero sí que captó la mirada que le lanzó el cura.

Repleta de odio, frustración y enfado.

Fingió no haberle visto. Continuó hacia su destino al que llegó en pocos minutos. No le sorprendió encontrar las calles tan vacías a su paso; seguramente, los vecinos estaban ocupados preparando el almuerzo en sus respectivas casas.

Vislumbró la figura de Mary sentada en los escalones del porche. A su lado, Jonesy ronroneaba de placer ante las caricias que recibía por su parte. George se aproximó con una sincera sonrisa en los labios ante tal estampa.

—Veo que estás muy bien acompañada.

—Jonesy siempre es buena compañía —respondió la anciana.

—Hola, Jonesy —saludó el escritor. El gato maulló de manera simpática—. Haces bien viniendo aquí. Cuida mucho de Mary mientras yo no esté, ¿de acuerdo?

Pasó las manos por el lomo del minino, que lo agradeció con una nueva tanda de graciosos ruiditos. George se sentó a su lado, fabricando un improvisado sándwich de Jonesy que a éste no le importó demasiado, todo lo contrario.

—¿Qué tal en el cementerio? —preguntó Mary. George la miró, claramente sorprendido; la anciana sonrió pícaramente—. Te conozco muy bien. Después de la charla que tuvimos anoche, no dudaba de que irías bien temprano.

—Me he retrasado un poco escribiendo —confesó.

—Lo importante es que hayas ido. ¿Qué tal?

—Allí no está Christine —dijo. Mary asintió; lo entendió perfectamente—. Pero le he dicho lo que quería decirle. Le he pedido perdón.

—¿Y lo ha hecho? ¿Te ha perdonado?

—El tiempo dirá —afirmó George lacónicamente.

—Esté donde esté lo ha hecho, eso seguro.

Dejaron que el silencio les sobrevolase. Era roto de cuando en cuando por los ronroneos de Jonesy, que se encontraba en su propia porción de cielo, siendo acunado por dos de las personas a las que más cariño procesaba.

—No te preocupes por Carl Raimi —dijo Mary. George se sorprendió ante el comentario, pues la noche anterior no le había hablado del cura en ningún momento; intentó evitar cualquier referencia a él y al sheriff, alabando las formas de sus vecinos ante su regreso—. Esta mañana ha venido a verme. Puso una excusa, por supuesto; Carl nunca ha sido precisamente valiente.

El gato se levantó de su sitio, se estiró de manera que el escritor creyó que podría romperse en cualquier momento y se dirigió hacia el interior de la casa de los Simmons, cuya puerta estaba abierta.

—No voy a la iglesia desde el día en que te acusó delante de todos tras el funeral de

Christine, cuando aún no habíamos abandonado el cementerio —explicó Mary—. Soy religiosa, creo en Dios, pero en este pueblo lo veneraré a mi manera; me niego a confesar mis miedos y pecados a un hipócrita como Carl Raimi.

George esbozó una leve sonrisa. La Christine del futuro volvía a hablar claro. Y le encantaban todas y cada una de sus palabras.

—Desde entonces, ha intentado que regrese un par de veces. Esta mañana ha vuelto a hacerlo, pero yo sabía que su intención era otra. Ni siquiera le he dejado entrar en casa y a punto he estado de sacarle de mi porche a patadas después de escuchar lo que tenía que escupir de ti —el gesto de la anciana se endureció. George no recordaba haberla visto así nunca—. Dijo que iría al Infierno si me ponía de tu lado. Que lo que habías hecho era inconcebible. Que conseguiría sacarte del pueblo, como el médico que opera un cáncer. Dijo que no iba a permitir que te quedases, que infectases a su hermano o a mí misma. Y, si tenía que llevar a cabo tareas no demasiado honorables, lo haría para deshacerte de ti.

—Un encanto —masculló el escritor.

—Mucho ladrar y poco morder. Siempre ha sido así, no te preocupes.

—No me preocupa —respondió con sinceridad. No sintió los mismos deseos furiosos que había padecido tras su primer encuentro con el cura y con el sheriff. ¿A lo mejor porque Mary había puesto en su sitio al menor de los Raimi? ¿O quizás porque avanzar en su nueva vida consistía también en limpiar la poca mierda que intentaba mancillarla?

—Que tampoco te preocupen los comentarios de los demás —le aseguró Mary—. Si algo he aprendido durante mis muchos años de vida, especialmente en este pueblo, es que la gente no quiere decir exactamente lo que piensa.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a que no conozco a nadie que no sintiera de corazón la muerte de mi pequeña —explicó, melancólica—. Y no conozco a nadie que sienta de verdad lo que les ocurrió a los animales que me la arrebataron.

George no dijo nada. Se limitó a mantener su mirada perdida entre las diferentes casas que les rodeaban. Una brisa fresca le acarició el rostro, recuperando de su memoria tiempos mejores, ¿o sólo diferentes? Tiempos en los que podía pasearse por el pueblo donde había crecido sin que le acusasen de ser un asesino, un monstruo peor que los que le habían robado la principal razón de su existencia.

—Nadie sabe si de verdad terminaron como se dice por ahí —replicó George al fin—. Shelter Mountain está lleno de rumores.

—Siento aquí —Mary se señaló el pecho, concretamente el lugar donde descansaba su corazón— que recibieron lo que se merecían. Las sospechas de los agentes eran suficientemente sólidas.

—Eso dijeron —a George dejó de apetecerle hablar del tema. Presentía que la anciana intentaba, otra vez, sonsacarle algo que no podía darle.

Mary permitió que el silencio sometiera de nuevo a su boca. George la imitó, disfrutando de aquellos instantes de quietud. Siempre había pensado que la gente no sabía saborear el silencio; esos momentos que, bien usados, podrían ayudar a despejar la mente y lograr que cualquiera se encontrase a sí mismo.

—Nadie puede estar seguro de si pagaron por la muerte de Christine, ¿es lo que estás diciéndome? —insistió la mujer—. Quizás sólo una persona pueda estar segura. Me dolería mucho dejar este mundo sin saber la verdad.

El escritor se levantó. Había tenido suficiente.

—¿Podemos almorzar? Tengo que ir a hablar con Patricia. Estoy cansado, y me gustaría regresar pronto a la cabaña.

Antes de que Mary pudiera responder, accedió a la vivienda.

La comida fue más silenciosa de lo habitual. George devoró tres mazorcas de maíz de una olla humeante, acompañadas de tostadas y un par de filetes de ternera muy hechos. Lo regó todo con una botella de agua de dos litros que terminó él solo.

Luego, dio las gracias a la anciana y se acercó al supermercado donde no le costó dar con Patricia, la chica de la sonrisa eterna y el brillo infinito en sus ojos alegres. Quedaron a las nueve de la noche, tras acabar su turno. Ambos se dieron cuenta de que el otro tenía muchas ganas de la cita, lo que les alegró.

Al salir del supermercado, George tuvo de nuevo la sensación de que era observado por alguien que no quería ser descubierto. Sin embargo, al contrario de lo que ocurrió en el cementerio, pudo divisar al misterioso espía, en realidad, a la misteriosa espía.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que la vio, pero reconoció la delgada figura y el pelo rubio y corto de Glory Fonter. Fingió que no la había visto, algo que no le costó demasiado cuando se perdió entre las calles de Shelter Mountain.

Campbell agradeció mentalmente que Robert le hubiera avisado sobre el acoso que podría sufrir a manos de la joven Glory. No es que nunca hubiese tenido a alguien parecido detrás, especialmente en sus mejores tiempos como escritor, pero no le daba buena espina que aquella chica le siguiera. Si era una simple fan, ¿por qué no se presentaba sin más?

Mientras daba un agradable paseo hacia su cabaña, intentó no darle más vueltas al asunto, pero no lo logró.

Una vez reconocida, no pudo sacar a Glory Fonter de su cabeza.

4

Tolliver colgó el teléfono con ganas de apretar el auricular hasta reventarlo. Frente a él, en su despacho, la ayudante Witts y el ayudante Hicks esperaban sus instrucciones.

—Los de la científica y los forenses acaban de llegar a la escena del crimen —explicó—. Dicen que no han visto nada igual salvo en un par de atentados terroristas con bombas de por medio.

A Alex Hicks no le extrañó. Cassandra Witts se limitó a abrir los ojos, claramente sorprendida; aún no había visto los cadáveres, y todo lo que escuchaba sobre el asunto le parecía exagerado, aunque no recordaba al sheriff tan alterado como lo estaba al volver a la comisaría después del atroz descubrimiento.

—Witts —Tolliver clavó sus ojos en ella, como si supiera que estaba en su propio mundo, a millas del que compartían Hicks y él—, ve a la zona y asiste a esos cerebritos. Les va a hacer falta ayuda.

La mujer abrió la boca, dispuesta a protestar. Tenía la sensación de que Tolliver, desde que Hicks estaba ocupando el puesto de Hanks, no quería verla, pero no dijo nada finalmente, pues la curiosidad la empujaba a comprobar si los cinco muertos que tenían entre manos eran los protagonistas de la película de terror que había escuchado.

—Creo que Samuel Black sigue ahí fuera —Tolliver se apretó las sienes. Abrió uno de los cajones del escritorio y sacó un par de analgésicos que se tomó sin agua; cualquier cosa antes que sufrir un dolor de cabeza en aquel nefasto día.

—Hay que interrogarle —intervino Hicks.

—¿No le preguntaste nada mientras esperabais a que yo llegase?

—Estaba demasiado consternado.

—Witts, ¿te encargas de Black o de los empollones? —quiso saber Tolliver.

—Prefiero ayudar a los de la científica —confesó la mujer. Luego, salió del despacho, espoleada por las ganas de saber qué había ocurrido exactamente.

El sheriff esperó a que la ayudante hubiese salido completamente del recinto para seguir hablando con Hicks, antes de que éste comenzase su ronda de preguntas a Samuel Black, quien esperaba, aún horrorizado, a que alguien le dijese qué hacer.

—¿Qué crees que ha pasado, chico? —preguntó Jay Tolliver.

—Un animal salvaje —contestó velozmente.

—Yo he estado pensando en lo mismo, pero hay detalles que no me encajan —razonó el sheriff—. ¿Qué hacía la caravana en esa carretera? Por ahí sólo pasan quienes van a la casa de Lucas Washington. No parece que esa familia tuviera nada que ver con el millonario o con Samuel. ¿Y los chicos? El camino no está demasiado lejos de la casa donde se hospedaban, pero no cuadra. El escenario es el de un asesinato. No tiene sentido que un animal reúna los pedazos y, mucho menos, que forme esa escena.

—Supongo que es trabajo de los de la científica. Habrá que llamar al FBI.

—No —replicó Tolliver.

—Han sido cinco muertos —recordó Hicks. Intentó no pensar en las fotografías familiares que había contemplado en la caravana, pero no lo logró; las caras de los padres y el crío aparecerían en sus pesadillas durante toda su vida, mezcladas con las dantescas imágenes de sus restos—. Puede haber más.

—Si es que ha sido un asesinato.

—No puede haber otra opción. Usted mismo lo ha dicho —al ver que el sheriff no respondía, insistió—. Una vez contemplé un par de víctimas de lobos. Eran dos cazadores que se perdieron en las montañas y, por miedo, por un ataque de pánico, atacaron a los animales. Estos terminaron por defenderse y los destrozaron; los cuerpos eran más reconocibles que los que he visto hoy.

—¿Crees que esa familia y esos dos jóvenes han sido masacrados por lobos? ¿Crees que ese crío del cuarto de baño sería capaz de meterle el miedo en el cuerpo a uno de esos animales?

—No le entiendo —se rindió el ayudante.

—Yo no entiendo nada de todo esto —rezongó Tolliver—. No sé qué pensar.

Señaló hacia el exterior de su despacho. Carraspeó antes de continuar hablando. Esperaba no estar incubando un resfriado debido al fuerte estrés sufrido los últimos días.

—Black no nos va a contar nada que nos sirva —alegó el sheriff—. Lo único que nos va a decir es lo que ya sabemos: que por ese camino sólo transitan los clientes de Washington y él mismo.

—Quizás la familia se despistó en la oscuridad.

—Eso lo sacarán los empollones calculando la hora de la muerte —declaró Tolliver—. Pero sigue sin tener sentido que estuvieran allí. Y los chicos, ¿dónde han estado todo este tiempo? ¿Estaban ya muertos?

El hombre intentó recordar si habían llegado a inspeccionar aquella zona cuando salieron a realizar la primera búsqueda de los adolescentes. Rodearon el lago, de eso estaba seguro, llegando incluso a investigar el campamento abandonado, pero no hallaron nada, ni la más mínima pista, ni el más leve rastro.

¿Por qué su memoria no le ayudaba? ¿Estuvieron allí o no? No supo discernir lo que le daba más miedo; si no poder recordarlo, o poder recordarlo y que hubiesen pasado por aquella carretera. Si existía la opción de que los cadáveres no hubieran estado allí, también existía la opción de que alguien los hubiese estado ocultando, ¿quizás en alguna casa cercana? ¿Tenían en Shelter Mountain un asesino? Con más de tres cadáveres ya era un asesino en serie, ¿o era un asesino de masas con cinco víctimas en tan poco tiempo?

Nunca antes había tenido que pensar en ello, porque por más historias inverosímiles que tuviese el pueblo, pocas incluían actos tan horrendos como el que había visto horas atrás. Salvo en un caso.

George Campbell.

—El escritor —masculló.

—¿Disculpe?

Tolliver frunció el ceño ante Hicks. No quería decirlo en voz alta, pero era muchas veces víctima de su lengua, que aparentaba tener vida propia en los momentos más inoportunos.

—George Campbell. Vale la pena investigarle —declaró el sheriff.

—No lo veo tan claro —admitió el ayudante.

—¿No? Chico, los criminales que mataron a Christine Simmons eran cinco, ¿debo recordarte el número de cadáveres que hemos encontrado hoy? Hasta que volvió, Shelter Mountain nadaba en un mar de tranquilidad y, ¿ahora? Encontramos restos de críos en cuartos de baño de caravanas abandonadas. ¡Ah! Y está el hecho de que es un asesino.

—No me parece un tipo estúpido.

—¿Y? ¿Qué sugieres?

—Que de ser de verdad un asesino, habría esperado algo más de tiempo entre su regreso y las muertes —explicó Alex Hicks.

—Quizás se le haya ido la cabeza. Quizás nunca la tuvo en su sitio.

—Quizás usted no sea objetivo con esto.

El sheriff se levantó de golpe. Hicks ni siquiera retrocedió un paso; ya hacía tiempo que caló a su jefe y, aunque le profesaba mucho respeto por su rango y por todos los años al servicio del pueblo, no es que tuviera muy buena opinión de él. Y mucho menos desde que conocía la historia que se traía entre manos con George Campbell, un escritor que daba la

impresión de ser tan peligroso como un sándwich de crema de cacahuete puesto durante días al sol.

—¿Se te ocurre algo mejor, hijo? —escupió el sheriff.

—Esperar a lo que digan los «empollones», señor —replicó Hicks sin inmutarse.

—Es lo que vamos a hacer, pero George Campbell se ajusta bastante bien a lo descrito, ¿verdad?

El ayudante meditó si contestarle o no. No llegaba a entender qué tenía realmente en contra del escritor, y no parecía que fuese el momento oportuno para averiguarlo. Al fin y al cabo, había asuntos más importantes de los que ocuparse como, por ejemplo, la muerte de una familia entera y de dos chicos que apenas habían comenzado a vivir.

—Se ajusta si de verdad George Campbell mató a esos hombres —se pronunció al fin Hicks—. ¿Lo hizo?

—Lo hizo.

—¿Tiene pruebas, señor?

—¡Lo hizo! —gritó.

Un incómodo silencio se alzó entre los dos hombres. Afortunadamente, fue roto por un par de golpecitos en la puerta del despacho. Tolliver invitó a quien fuese a que entrara y Doris obedeció.

—Sheriff, el padre de uno de los jóvenes desaparecidos está aquí —dijo la mujer con timidez. Pudo oler la tensión al instante.

—Voy —Tolliver dejó el escritorio y se ajustó la corbata negra del uniforme. Clavó sus penetrantes ojos en el ayudante—. Voy a decirle a un padre que hemos encontrado a su hijo hecho papilla en el bosque y que no tenemos pistas, ni mucho menos a un sospechoso.

Antes de que Alex Hicks pudiera decir algo, salió de la estancia, cerrando la puerta tras él.

5

Patricia levantó y movió una de sus manos para despedir a Toby Leeds, que salía del supermercado justo en ese momento. Era el último en dejar el establecimiento; la chica se encargaba ese día de cerrarlo todo. Un golpe de mala suerte por un lado, pues esperaba poder ver antes a George pero, por otro, tendría la fortuna de que el escritor fuese a recogerla en cuanto terminase por completo sus quehaceres.

Observó cómo las puertas automáticas permitían que Toby accediera al exterior, donde la soledad nocturna de las calles del pueblo lo envolvió. Patricia supuso que se iría a su casa directamente; lo que nunca sabría es que acudiría al hogar de Grace, con la que mantenía un romance que se estaba rompiendo a causa de la grave enfermedad que la mujer padecía. Uno de los pocos chismes de los que Shelter Mountain nunca podría alimentarse; estaba muy ocupado con otros.

Repasó las ganancias de su caja. Agradeció en silencio que Toby confiase tanto en ella como para dejar que contase el dinero e irse sin comprobar las cuentas por él mismo. Sin embargo, lamentó que esa confianza se tradujese en que aquel día saldría más tarde del lugar.

Miró su reloj de pulsera, que le indicó que eran las ocho y media. Afortunadamente, había llevado la ropa que se iba a poner para la cita; sería cuestión de cambiarse en las dependencias de los trabajadores, cerrarlo todo y salir de allí. Quizás incluso se encontrase con George, y la podría ayudar con lo que le quedase. Tal vez podrían aprovechar que no había nadie para…

No. Era mejor no pensar en nada de eso.

George había perdido a su mujer tan sólo ocho meses atrás. Se notaba que aún le afectaba el tema, y con razón. Por lo que sabía, por lo que había observado desde la distancia, George

Campbell y Christine Simmons habían sido las dos personas más enamoradas de todo Shelter Mountain. Cosas así no se pasaban de la noche a la mañana, y menos si terminaban por medio de circunstancias trágicas.

Pero había quedado con ella. Él le pidió salir a ella. George Campbell, el famoso escritor, terminó pidiéndole una cita a ella, Patricia Sheridan, cajera y diseñadora de moda. Algo con lo que había soñado desde que tuvo constancia de que le gustaban los chicos, desde incluso antes de que le crecieran los pechos.

Estaba enamorada de George, no le cabía ninguna duda. Siempre lo había estado. Siempre hubo otros hombres, por supuesto, no era ninguna monja, y sabía que lo del escritor era un amor platónico, porque Christine estaba siempre allí. La encantadora Christine Simmons, a la que envidiaba, pero no de mala manera, todo lo contrario. Se sentía feliz de verlos juntos; se sentía feliz porque George era feliz con Christine, que a ella le caía fenomenal. Incluso lloró cuando le contaron que había sido brutalmente asesinada; lloró por ella, y lloró por él.

Sin embargo, todo había cambiado. George había vuelto al pueblo, se encontraba receptivo y le había pedido una cita. Y percibía que sentía algo hacia ella. No sabía cuánto, ni qué exactamente, pero allí estaba y no iba a desaprovecharlo. No, porque había estado soñando con aquello mucho tiempo, más del que recordaba, y era su oportunidad.

El fatal destino había tomado un camino que le gustaba.

Notó que le temblaban las manos. Tuvo que limpiárselas en el pantalón vaquero porque le sudaban copiosamente. El corazón le latía como si fuese él quien quisiera citarse con George; en cierto modo, así era.

Cuando acabó de contar las ganancias de su caja, las reunió en un sobre para dejarlas en el despacho de Toby. Sus pensamientos iban a mil kilómetros por hora, ¿qué buscaba George en realidad? ¿Y si sólo quería sexo? ¿Y si había quedado con ella en calidad de amigos? ¿Y si la veía como una hermana pequeña? ¿Qué hacía ella saliendo con un escritor famoso? Era una cajera, una humilde diseñadora de moda, ¿qué podía hacer con alguien como él, más mayor, experimentado y maduro?

¿Y si el escritor nunca superaba la muerte de Christine? ¿Qué tipo de relación podrían llevar así? Ella tenía claro lo que quería: verle sonreír, reír con él, abrazarle, tocarle, besarle, acostarse con él y pasar cada segundo de su vida a su lado.

Pero, ¿y él?

Lo mejor era no planificar nada. Iban a cenar, a charlar y a ponerse al día. El tiempo diría si podía ser el principio de algo más o quedarse en la relación que ya tenían. Ella iba a intentar que esa noche tuviera algún sentido; no quería tener nada pensado de antemano, pero deseaba conocer el sabor de los labios de George, notar sus brazos alrededor de su cuerpo, la calidez de su aliento contra su cuello, sus manos acariciándola y, sobre todo, deseaba que la mirase como miraba a Christine.

Como si todo empezase y terminase en ella.

Intentando calmarse, al mismo tiempo que sonreía como si fuera la primera vez que quedaba con un hombre, se dirigió hacia el despacho de Toby. Dejó el sobre con el dinero encima del escritorio. Paladeó el olor de la colonia de su jefe, de la que le interesaba saber el nombre pero siempre se le olvidaba preguntárselo.

Al salir de la estancia, escuchó el inconfundible sonido de las puertas automáticas abriéndose para dejar pasar a alguien. Las innumerables estanterías repletas de artículos no le permitieron observar quién había entrado, así que encaminó sus pasos por el laberinto de latas, envases y paquetes, deseando encontrarse a George esperándola.

No había nadie.

Pensó que quizás las puertas estaban estropeadas, pero no tenía sentido, pues durante todo el día habían funcionado correctamente. Y, desde que trabajaba en el supermercado, no recordaba que se hubiesen averiado ni una sola vez.

De repente, se sintió mortalmente amenazada. Estaba sola en aquel lugar, mucho más grande de lo que parecía desde fuera. Afortunadamente, todas las luces se encontraban encendidas, y la salida se hallaba solamente a unos metros frente a ella. Sólo tendría que correr con todas sus fuerzas en caso de que algo fuera mal, y lo mejor es que aún no se había colocado sus zapatos de tacón, sino que llevaba las zapatillas deportivas con las que solía trabajar.

Oyó algo tras ella. Divisó una lata de judías con tomate que rodaba por el suelo, recién caída de una de las estanterías cercanas. Lo primero que le vino a la mente fue que aquella marca no le gustaba; demasiado tomate, y además sin ningún sabor.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó. Durante un instante creyó estar en una mala película de terror, ¿cuánto faltaría para que el asesino enmascarado saliera de entre los estantes con un enorme cuchillo de cocina y la mejor de las oportunidades para matarla?

Clavó de nuevo sus ojos en las puertas automáticas. El exterior del supermercado la llamó a gritos, como si supiera algo que ella desconocía.

De repente, las luces del establecimiento se apagaron de golpe. Patricia se quedó helada, solamente iluminada por la leve luz de la luna que se filtraba por los escaparates del sitio. Percibió, sin ninguna duda, que alguien la vigilaba desde las sombras, desde lugares donde no llegaba ningún tipo de claridad.

No le gustaba esa sensación. Al fin, decidió mover las piernas, que le pesaban una tonelada, y dirigirse hacia la salida. Sin embargo, observó que la puerta que conducía a las dependencias de los trabajadores también estaba cerca. Quizás sólo eran imaginaciones suyas; o entraba, se cambiaba y se iba, enfrentándose a lo que podría ser sólo su imaginación, o esperaba a George fuera del supermercado, explicándole después las razones de que aún estuviera con sus ropas de trabajo.

Decidió que ya hacía años que no era una niña tonta que se asustaba por el inexistente monstruo del armario, así que prefirió cambiarse antes de salir. Buscaría las luces y revisaría lo que les ocurría. Podía ser todo a causa de algún fallo eléctrico; sí, era lo más probable.

Intentó no prestar atención al hecho de que sus pasos resonaban de manera estremecedora por todo el supermercado, con un eco siniestro que le recordaba continuamente que estaba completamente sola y a oscuras. No se alejaba de las tinieblas, sino que iba hacia ellas. En su taquilla tenía una linterna; la cogería y al menos tendría algo de luz en aquel mar de sombras.

Le faltaban unos pocos metros para llegar a su destino cuando oyó algo tras ella. Divisó un par de figuras que se escurrieron entre las estanterías. No fue imaginación suya; allí había alguien. Al menos, un par de personas. Ya no solamente podía sentir sus miradas sobre ella, sino que los había descubierto. Su imaginación no era tan buena como para imaginar penumbras que se escurrían entre la negrura.

Se giró hacia la puerta a toda velocidad. Su mano agarró el pomo en el justo momento en el que unas espectrales risotadas golpearon sus oídos. Las piernas se le convirtieron en flanes, a punto estuvo de dejarse caer, pero logró mantenerse de pie y abrir la puerta que le ayudaría a poner espacio entre ella y sus acosadores.

Y allí estaba.

El hombre vestía algo parecido a harapos. Sus brazos eran esqueléticos, pero rodeados por carne podrida en algunas partes; su primer pensamiento fue que aquel desconocido estaba fabricado con parches de piel humana. Su rostro, a pesar de estar oculto en la oscuridad, daba la impresión de haber sido atropellado varias veces por un coche; piel agrietada y gris, dientes rotos, algunos con aspecto de pequeños cuchillos y pelo pegado a la cabeza de manera desordenada. Aún peor era el olor.

Pero lo que casi empujó a Patricia al abismo de la locura fue el agujero que tenía en el pecho, por el que podía ver perfectamente parte de las dependencias de los trabajadores. Un orificio del tamaño de un balón de futbol, por el que asomaban huesos rotos y afilados y órganos mal colocados.

Fuera aquella cosa lo que fuera, no podía estar viva.

No debía estarlo.

En vez de pararse y gritar, Patricia salió corriendo en dirección a las puertas automáticas. En medio, un laberinto de estantes y cuatro seres a los que aún no había visto. El del agujero ni siquiera la persiguió, simplemente se quedó en su sitio, riendo como un maniaco, con un sonido parecido al de huesos secos chocando entre sí.

La chica notaba cómo su corazón retumbaba en su pecho como si fuese una ametralladora. La oscuridad no la ayudó a encontrar el camino correcto hacia la salida, así que usó lo que sabía del supermercado para escapar, mientras las carcajadas perversas de las bestias la rodeaban.

Observó un estante lleno de papel higiénico y demás artículos para el cuarto de baño. Se encontraba demasiado lejos de la salida, ¿cómo había alcanzado ese punto sin dar con las estanterías de los botes de salsa? ¿Había llegado al otro extremo del supermercado sin divisar las puertas automáticas? No tenía sentido.

Y no sólo tenía que ver con las sombras que la acosaban.

Corrió y corrió mientras las tinieblas se movían a su paso, riéndose de ella, intentando agarrarla, tratando de morder su carne, de arrojarla al suelo y hacer con su cuerpo cosas

innombrables. Pensar en ello provocó que la adrenalina circulase por su organismo con más fuerza. Un fuerte olor a muerte le inundó las fosas nasales. Una oscura figura le cortó el paso; la única diferencia con el primer ser era evidente.

No tenía cabeza. Y pese a todo, allí estaba, de pie.

No tenía cabeza. Y pese a todo, andaba.

No tenía cabeza. Y pese a todo, intentó cogerla.

La locura pateó con fuerza la mente de Patricia, al mismo tiempo que ésta regresaba por donde había llegado. Vio dos criaturas más en el otro extremo; una de ellas era la del agujero en el pecho, que la señaló y volvió a reírse.

Aceleró hasta que los pulmones le gritaron que explotarían de seguir así. Descubrió a otro de aquellos muertos en uno de los pasillos, sujetándose un trozo de la parte trasera del cráneo con cinta aislante como si fuese un pedazo que no se aguantase en su sitio. La chica siguió corriendo en dirección a su primer escondite. La salida del supermercado era ya para ella inalcanzable.

Divisó la puerta abierta hacia las dependencias de los trabajadores. Allí podría resguardarse, atrancar la puerta y esconderse. Incluso llamar a la policía. En su taquilla tenía el teléfono móvil que podría usar para llamar a la comisaría.

Le faltaba poco. Tres metros. Dos metros. Un metro.

Uno de los monstruos salió de entre las sombras y la empujó. Las lágrimas saltaron de los ojos de Patricia Sheridan cuando cayó al suelo, mientras observaba, como si se hubiese parado el tiempo, la puerta de su salvación, alejándose fuera de su alcance.

El golpe en el costado izquierdo le sacó el poco aire que le quedaba. Tosió varias veces. El dolor la recorrió. Se convirtió en agonía cuando el muerto viviente que la había detenido se agachó, cogió una de sus piernas y la mordió con fuerza, haciendo que la sangre saltase en todas direcciones.

Patricia no pensaba darse por vencida. Se sacudió de encima al ser de una patada en la cabeza que provocó un asqueroso «crack» que la mareó. Se arrastró por el pasillo de las conservas de pescado, observada por los silenciosos dibujos de las latas. Logró usar la pierna sana para incorporarse; al girar para observar a su perseguidor, éste se lanzó hacia ella con una velocidad espoleada por la rabia.

El monstruo logró agarrarla por el cuello. Aplastó su escultural cuerpo contra los estantes, haciendo que se cayesen varios botes de arenques y atún. Patricia contempló al cadáver con vida que la tenía a su merced. Tenía una fuerza increíble, apestaba a tumba abierta y sus ojos reflejaban el mal simple, absoluto, antiguo y puro.

Maldad. Nada más.

Y, para su más absoluto terror, el muerto habló:

—Así que eres tú la nueva putita de Georgie, ¿eh? —cuando el zombi acarició sus pechos por encima de la camiseta, no pudo hacer más que echarse a llorar, suplicando piedad entre dientes—. Cada vez se las busca mejor el cabrón. Nosotros ya no podremos tener nunca a alguien como tú.

La chica vio cómo las demás criaturas se acercaban. La del agujero en el pecho, la del cráneo roto, una de mechones rubios que parecía haber recibido la peor paliza de su vida y la que no tenía cabeza. Aunque sí la tenía, pero no en el lugar adecuado.

—Podríamos divertirnos contigo —susurró el ser que la sujetaba. El sonido de su voz era una oda a la locura, la muerte y la violencia. Un susurro violado por los aullidos de espectros salidos de las pesadillas de centenares de lunáticos.

—¡Divirtámonos! —aulló el muerto del pelo rubio.

—Pero no estamos aquí para eso. Estamos para enseñarle a Georgie que todo acto tiene sus consecuencias —el zombi estiró uno de sus dedos de uñas rotas y afiladas que aproximó al precioso ojo derecho de Patricia—. Siento que no vayas a poder verlo.

Patricia gritó y gritó mientras veía acercarse aquel dedo sucio y podrido. Cuando tocó el ojo, no se detuvo, sino que siguió su camino, empujando hacia dentro hasta que hubo una explosión de sangre acompañada de los chillidos agónicos de la chica, que deseaba por todo lo que había querido nunca desmayarse en ese mismo instante.

No lo consiguió.

Cayó al suelo de rodillas, taponándose el agujero sangrante. Los muertos se arrojaron sobre ella. El primero en alcanzarla apartó el brazo con el que tapaba su herida, haciendo que un chorro de sangre pintase el suelo. El monstruo dobló de mala manera la muñeca de Patricia, haciendo que crujiese. Un hueso salió del brazo de la joven, rasgando la piel y provocando

que perdiese más fluido vital.

Otro de los seres tiró de su pelo con fuerza, arrancándole varios trozos de cabellera con piel adherida a ellos. El muerto con el orificio en el pecho agarró la cara de la joven y la besó, desgarrando sus labios; luego, regresó a por la lengua.

Patricia Sheridan perdió al fin el conocimiento, pero los monstruos no acabaron con ella hasta un buen rato después.

El último pensamiento de la chica fue que luego irían a por George.

Su amado George.

LA OSCURIDAD QUE SE CIERNE

1

George detuvo su coche a la hora convenida frente al supermercado. Le extrañó verlo totalmente a oscuras desde fuera, así que esperó casi quince minutos antes de ir a buscar a Patricia a su hogar, la antigua casa de Gary Ellis, uno de los muchos alcaldes que había tenido Shelter Mountain durante sus años de vida.

En cierto modo, se alegró de alejarse de allí. Una presión en su pecho le indicó que algo no iba bien. Tampoco estaba muy acostumbrado a ver tan solitaria aquella parte del pueblo; ni tan oscura. Lo achacó todo al nerviosismo por su cita con Patricia Sheridan, pero no se quitó de encima la sensación de que alguien le observaba hasta que puso el vehículo en marcha. No lo percibió igual que al ser vigilado por Glory Fonter, sino de una forma más siniestra, como si quien le estuviera observando lo hiciera con otras intenciones. Aunque asegurar que Fonter iba en son de paz era muy arriesgado; si había oído bien, era toda una acosadora que no le dejaría en paz.

En unos minutos estaba delante del hogar de Patricia Sheridan. No recordaba bien si el exterior de la vivienda era igual antes de que la chica se mudase, pero se notaba que la cuidaba con bastante mimo. Un aire frío, penetrante, dañino incluso, cruzaba la zona en ese mismo instante. George cerró la ventanilla de su lado del automóvil mientras observaba la casa.

Estaba sumida totalmente en las tinieblas.

No vio ninguna luz encendida por las ventanas. Aguantó la respiración durante unos instantes, como si eso le fuese a dar mejor percepción auditiva de todo cuanto le rodeaba, pero no captó ningún ruido extraño, ningún sonido. Todo se hallaba en un profundo silencio. Quizás demasiado profundo.

Patricia no se encontraba en su casa.

¿Y si le había dado plantón? Eso era imposible. La chica insistió tanto desde que él regresó al pueblo que no tenía sentido. ¿Y si le había surgido algo de última hora? Era bastante posible. Maldijo en silencio el hecho de no tener su móvil todavía para poder llamarla y puso de nuevo el coche en marcha, directo a su cabaña.

¿Y si alguien la había convencido de que no acudiese a la cita?

Los rostros de Carl Raimi y Jay Lawrence Tolliver flotaron en su mente. También tenía sentido. Mucho. Y más después de las charlas que había mantenido con ambos en los últimos días.

Cuando llegó a su hogar, se puso a escribir de inmediato. Se obligó a dejar de pensar en Patricia, por más preocupado por ella que estuviese. No podía ir de casa en casa preguntando por ella, y mucho menos acudir a la comisaría o a la iglesia, o donde fuese que vivía Carl,

para interrogarles sobre el paradero de la chica.

Supuso que un plan de última hora apareció ante los ojos de la joven. También estaba la posibilidad de alguna urgencia familiar. Ella carecía también de un número de teléfono con el que contactar con él, así que no habría podido avisarle de ningún modo. Y si era una emergencia, tampoco hubiese podido esperarle en el supermercado.

Lo racionalizó lo bastante como para que, después de un buen rato, empezasen a fluir las palabras en el monitor. Se quedó escribiendo la novela hasta que lo que redactaba se convirtió en una serie de borrones sin sentido. Entonces se quitó la ropa, se puso el pijama y se metió entre las mantas de su cómoda y reconfortante cama.

A la mañana siguiente se despertó muy temprano. Aunque no durmió demasiado, no se encontraba cansado, todo lo contrario. Ni siquiera tomó café para ponerse por completo en funcionamiento, sino que se sirvió un gran vaso de zumo de naranja que se bebió de un solo trago, tras engullir un par de tostadas con mantequilla.

Y, de nuevo, regresó al teclado del ordenador.

Cuando quiso darse cuenta de que lo más adecuado era pasarse por el supermercado para, al menos, preguntar por Patricia en caso de que no estuviera, se dio una buena ducha, se vistió y cerró el ordenador. Anotó mentalmente que tenía que pedirle a la cajera el número de teléfono para poder estar en contacto de manera más rápida.

Comenzó a intuir que algo iba terriblemente mal cuando vio que varios de los establecimientos de camino al supermercado estaban completamente vacíos, pero abiertos al público, como si las personas de su interior hubiesen salido corriendo ante algún hecho fortuito. George disminuyó la velocidad, pero no detuvo el coche hasta que vio a un grupo de gente que obstaculizaba el paso hasta la calle del supermercado.

Aparcó el vehículo donde pudo. En cuanto se bajó de él, varias personas empezaron a murmurar a su alrededor, clavándole la mirada. Trató de sobrepasar el gentío, pero conforme más avanzaba más difícil resultaba. Durante unos segundos creyó que todo el pueblo estaba allí mismo, observando algo que no conseguiría alcanzar nunca.

Toby Leeds le salió al paso. Tenía la tez blanca y los ojos enrojecidos como si hubiese estado llorando durante horas.

—Toby, ¿se puede saber qué ocurre?

—¿No lo sabes? —el hombre se mostró claramente sorprendido.

—¿Habéis puesto alguna oferta especial, o algo parecido? No tienes buen aspecto, por cierto. Tendrías que descansar un poco.

—George, Patricia ha… —Toby intentó aguantar las lágrimas, pero no pudo, así que tuvo que decírselo entre ellas—. Patricia ha muerto.

Los ojos del escritor se abrieron tanto que a nadie le hubiera sorprendido que se saliesen de sus orbitas en cualquier momento.

—¿Qué acabas de decir? —lo había oído, pero quería que lo repitiese.

—Patricia ha sido asesinada.

George abandonó a Toby y encaminó sus pasos hacia el supermercado. En cuanto logró progresar unos metros más, contempló las cintas amarillas de la policía que acordaban la zona, la ambulancia y el escaparate del supermercado. Un hombre le hacía fotos y, entre flash y flash, pudo ver que alguien había escrito algo en el cristal del establecimiento, con grandes letras de color rojo sangre:

«Georgie».

De repente, se sintió escrutado no sólo por quienes tenía a su lado, sino por todo el pueblo al completo. Se giró en busca de una salida que le llevase de regreso al coche, para poder conducir hasta su cabaña, donde estaría seguro de todo y de todos. Cuando dio de bruces con el sheriff Tolliver, supo que no iba a poner un pie en su hogar durante un buen rato.

—Señor Campbell, acompáñeme a comisaría, por favor —pidió Tolliver tan educadamente que al escritor no le pareció él mismo.

—¿Estoy detenido, sheriff?

La gente empezó a agolparse alrededor. Dejaban de prestar atención a la zona precintada para observar lo que estaba a punto de ocurrir entre el sheriff y el famoso escritor. George sintió el respaldo que recibía Tolliver; al parecer, Patricia había sido asesinada, el sheriff sospechaba de él y el pueblo lo sabía.

Y con gestos como aquél le estaban dando la razón.

¿Cómo no dársela? Al fin y al cabo, él era un asesino que, ocho meses atrás, mató a los cinco hombres que golpearon brutalmente a su esposa hasta la muerte.

O eso creían, por supuesto.

—Sólo quiero hacerle unas preguntas —los labios de Tolliver formaron una asquerosa sonrisa que George quiso borrar de un par de buenos puñetazos, pero no lo hizo, aunque sabía que era lo que el agente de la ley deseaba. El sheriff ansiaba que mostrase su rabia, su furia, su enfado delante de todo Shelter Mountain.

Porque así, todos le creerían. Todos creerían en la persecución personal de Tolliver. Todos creerían que, de verdad, George Campbell era un asesino.

—Estaré encantado de contestarlas —masculló el escritor.

El sheriff le dejó paso y George lo usó para dirigirse a la comisaría. Los vecinos no abandonaron los murmullos en ningún momento. Campbell deseó no haber oído nada de lo que decían, pero no pudo evitarlo.

«Lo ha vuelto a hacer».

«La pobre Patricia. Era encantadora».

«Ha ocurrido lo mismo que con su mujer, ¡sabía que lo había hecho él!».

«Se ha vuelto loco».

«Loco. Asesino. Asesino. Asesino».

Mientras caminaba hacia su destino, George logró ver entre la multitud a Carl Raimi, que sonreía tan ampliamente que se le podría haber caído la dentadura de una pieza en cualquier momento.

¿Por qué sonreía? ¿Porque Tolliver ya tenía una excusa para pillarle?

¿Porque la gente estaba viendo cómo era conducido a la comisaría?

¿O por algo más?

2

A George no le gustaba el despacho de Tolliver. No era sólo por la presencia de éste en cada centímetro de la estancia, sino por su olor, a sudor, a café malo y a tabaco de mascar. Desprendía un hedor que le daban ganas de quemar por completo el sitio; y si mientras, observaba el sheriff, aún mejor.

—Bueno, escritor, tenemos un problema —el sheriff cerró la puerta de la dependencia y se situó tras su escritorio, aunque no se sentó—. Patricia Sheridan ha sido encontrada esta mañana, asesinada. No tengo aún las fotos para enseñártela, pero quien lo hiciera tiene mucha imaginación, ¿me sigues?

—Me cuesta separar sus tonterías de lo real.

—Lo que quiero decir es que estaba colgada como un puto maniquí en el escaparate del supermercado de Toby Leeds, escritor —escupió—. Y tu nombre, que sé que has visto, estaba ahí apuntado, en el cristal. «Georgie», ¿te suena de algo?

Campbell no contestó. Más allá de las acusaciones de aquel tipo, que no llegarían a ninguna parte, se acababa de dar cuenta de que Patricia ya no estaba; se había ido. Otra mujer muerta en su vida. Otra mujer que le importaba que le era arrebatada, ¿por quién? Lo averiguaría, por supuesto que sí, pero por el momento, lo único que podía hacer era temblar para evitar romperse delante de Jay Tolliver.

Y le costaba. Se esforzaba tanto que creía que reventaría. Notaba su corazón roto dentro de su pecho porque su amiga, la dulce Patricia, la irresistible Patricia, con la que creía que podría tener un futuro, se había ido de manera horrible.

Como Christine.

—Volviste hace unos días —prosiguió el sheriff—, y entonces empieza a morir gente…

—Espera un momento —George alzó las manos—. ¿Gente? Creía que sólo Patricia había sido asesinada.

—Ayer Samuel Black encontró una caravana sin nadie dentro salvo los restos de un crío sobre el que parecía haber pasado una cortadora de césped tamaño industrial. Cuando acudí, mi ayudante me llevó al bosque donde hallamos los cuerpos desmenuzados de los padres y de dos adolescentes que hacía un día que habían desaparecido. ¿No te parece casualidad? Regresas, después de ser sospechoso de asesinato de los tipos que mataron a Christine, y de repente empieza a desaparecer gente.

El sheriff aplaudió como si estuviera en un concierto de rock.

—¡Ah, no! Aparecen como si los hubiese escupido un gigante —gruñó—. Salvo Patricia Sheridan, que es colocada como una muñeca en el escaparate. Justo a la mañana siguiente de una cita contigo —Tolliver sonrió con malicia al descubrir un destello de sorpresa en los ojos del escritor—. Sus amigas me lo han contado. No dejaba de hablar de que habíais quedado. Seguro que los empollones de la científica indican como hora de la muerte justo la de vuestra cita y, si eso es así, te la vas a cargar.

—¡Anoche fui a recogerla a las nueve de la noche y no estaba! —exclamó Campbell.

—¿Tienes alguien que corrobore eso? Yo en cambio tengo a testigos que te vieron irte de aquí de noche, más o menos a la hora que indicas.

—¡Ahí lo tienes!

—Eso indica que fuiste la última persona que la vio. ¿Quién me dice que no aparcaste lejos, regresaste, te colaste por la puerta trasera y la mataste? No sería tu primera vez.

George sintió de nuevo la rabia recorriendo su organismo. Si hubiese tenido delante un tronco en ese mismo momento, ni siquiera le habría hecho falta la motosierra para hacerlo pedazos.

—No hubo acusación oficial sobre lo que está hablando —le recordó al sheriff.

—Tienes razón, escritor. Oficialmente no la hubo, pero los agentes que vinieron tenían sospechas. Lo sabes. Lo sé. Y en cuanto pasaron los días, el pueblo lo supo. Y todos te han visto hoy, ¡y todos han visto tu puto nombre en el cristal del supermercado!

El sheriff señaló un dossier encima de su mesa. Lo abrió sin decir una sola palabra y le mostró las fotografías a George; mostraban los cuerpos mutilados de la familia Hoyt y los dos adolescentes.

—¿Esto es lo que te pone, escritor? —rugió—. ¿Lo usas para inspirarte para tu mierda de novelas? ¿O es que te volviste loco después de lo de Christine? ¿Eso es lo que te pasa? ¿Oyes voces? ¿Ves a tu mujer? ¿Vas a alegar locura cuando te cace? ¿Que unos monstruos te obligaron a hacerlo?

—Quíteme eso de delante —masculló George.

—¿O qué? ¿Soy el siguiente? ¿Y después Carl? ¿Y Mary Simmons? No tienes coartada para lo de Patricia Sheridan porque, aunque la tuvieras, tu nombre seguiría estando en el escaparate.

—¿Por qué no investiga a Carl Raimi? Está deseando que me vaya de aquí, como usted. ¿Quién me dice que no han planeado todo esto juntos? —George no encontró satisfacción en el gesto ofendido del sheriff—. O puede que hayan sido los cabrones que mataron a mi mujer. Tengo entendido que nadie los encontró.

—¡Porque tú los mataste! —aulló Tolliver a escasos centímetros del rostro del escritor.

Todo quedó en silencio. Ambos hombres se midieron con la mirada y los dos vieron lo mismo en los ojos del otro: la oscuridad. Una insondable, profunda y malsana negrura que pedía salir a gritos rabiosos.

—¿Sabe ya a qué hora murieron todas esas personas, sheriff? —quiso saber George, ya más calmado.

—No. Aún estoy esperando los resultados.

—Entonces, no tiene ningún sentido que le diga lo que he estado haciendo estas noches. Sí, con lo de Patricia tiene mi nombre pero, ¿tiene huellas? ¿Tiene algo? Que alguien me vio irme. Exacto… irme.

—Tengo tus huellas de cuando lo de Christine —masculló Tolliver.

—Pues busque en la escena del crimen y compárelas —George se levantó. El sheriff retrocedió un par de pasos, permitiéndoselo—. ¿O quiere que me quede para decirle cómo debe hacer su trabajo? Le recuerdo que cinco criminales buscados llegaron a este pueblo, mataron a mi esposa, casi me matan a mí y usted ni siquiera los ha encontrado. Pero no se preocupe, porque se ha ganado a la mayoría del pueblo. Es muy bueno eso de echarle la culpa al marido para que se desvíen las miradas, ¿verdad?

En aquel momento, fue Tolliver quien tuvo ganas de golpear al escritor hasta que confesase

la verdad o, al menos, hasta que se le quitasen las ganas de usar tanta palabrería para provocarle esos sentimientos que recorrían su cuerpo. Sentimientos de vergüenza, de frustración y de rabia.

Añoró los tiempos en los que los hombres de verdad resolvían sus asuntos a puñetazos. Buenos tiempos. Grandes tiempos que el escritor no comprendería ni viviendo mil vidas.

—Sí, parece que he acertado —George sonrió de manera siniestra—. Y por eso me voy a ir ahora mismo. Y porque no tiene nada contra mí, y porque sus preguntas sólo consisten en echarme la culpa de todo. Porque no es capaz de mirarse en el espejo y admitir lo que hizo o, en este caso, lo que no hizo. Y ahora vuelve a pasar y, ¡oh, claro! «Georgie», se me había olvidado. Debe de ser lo mejor que le ha pasado, ¿no? Que justo cuando mueren tantas personas, aparezca mi nombre. Muy oportuno, ¿no cree?

Abrió la puerta del despacho, ante el rostro enrojecido del sheriff.

—La próxima vez, traeré a mi abogado. Sólo para charlar, ya me entiende —aseguró George antes de marcharse.

En cuanto escuchó que el escritor se despedía de Doris y salía de la comisaría, Jay Lawrence Tolliver dio una brutal patada a los archivadores. De repente, echó mucho de menos a su mujer, más que nada en el mundo.

3

—Despierta, Cachorro. Tienes una novela que escribir.

George abrió los ojos, que se movieron, nerviosos, en sus cuencas, buscando el origen de aquella voz dulce y gratificante. No vio nada más que el monitor encendido y, en él, la novela, que esperaba con paciencia que su creador siguiera terminándola poco a poco.

El escritor se incorporó. Se hallaba en el sofá de la Zona G. Por el ventanuco de su estancia personal comprobó que ya era de noche, ¿cuánto llevaba durmiendo? Recordaba haber llegado a la cabaña, totalmente agotado psicológicamente. Pensar de nuevo en la muerte de Patricia fue el puñetazo que necesitó para derrumbarse.

Lloró y lloró durante un buen rato, tendido en la cama del dormitorio. Después, se dio una ducha caliente, mientras trataba de no reflexionar sobre todo lo ocurrido, pero le fue imposible. Las desagradables fotografías con las que lo había acosado Tolliver le revolvieron el estómago pero, sobre todo, su mente, que sentía a punto de quebrarse de un momento a otro.

Apenas probó el sándwich que se hizo. Un par de bocados después lo dejó en el porche, sabiendo que si Jonesy no se hacía con él, lo haría cualquier animal salvaje, como un mapache, o los pájaros que tenían las copas de los árboles como su hogar. No tardó en subir a la Zona G donde escribió un rato hasta que lo encontró, ¿qué encontró?

Lo vio encima de la mesa. Era un paquete de Salem´s Light. ¿Un paquete cualquiera, o el mismo que había tirado días antes? Eso fue lo que terminó por convencerle de que necesitaba una buena dosis de sueño reparador. Su mente le estaba jugando malas pasadas y el acoso de Carl Raimi y Jay Tolliver no le estaba ayudando.

Bebía alcohol sin darse cuenta, paquetes de cigarrillos que había desechado aparecían de la nada y las ganas de escribir iban más allá de las que sintió nunca antes. No es que necesitase escribir, es que si no lo hacía se ponía de mal humor. Iba más allá de ser una necesidad; cuando aporreaba las teclas, se olvidaba de todo lo demás y tenía la impresión de que cuando la locura a su alrededor era mayor, más grande era la abstracción que sufría durante el proceso creativo de Ouija negra.

Y, entonces, llegaron los asesinatos. Horribles muertes y, al menos una de ellas, tenía que ver con él, no sólo por la víctima, sino por el rastro que había dejado el asesino.

«Georgie». Se refería a él, sin duda. Un mensaje, alto y claro pero, ¿de quién? ¿De verdad había pensado bien lo que le escupió a Tolliver? ¿De verdad creía que Carl Raimi o el mismo sheriff eran capaces de hacer algo tan horrendo simplemente para darle una lección? ¿Para incriminarle? ¿Para sacarle del pueblo?

Quizás todo era más sencillo. Jay Tolliver había enumerado un buen montón de detalles que no podía alejar de su mente. Claro que se había vuelto loco tras lo de Christine, ¿quién no lo hubiese hecho? Pero también oía voces y la veía y, cada vez más, creía que era algo más que un recuerdo.

—Lo que te ocurrió podría haber enloquecido a cualquiera, Cachorro.

George levantó la cabeza. Sentada frente al escritorio se hallaba Christine, que formaba en sus labios una forzada sonrisa.

—Me volvió loco a mí. Y más de lo que parece, ¿verdad?

—Mi madre también me ve.

—No es lo mismo.

No lo era. Mary Simmons aseguraba vivir con un recuerdo pero, ¿él? ¿Podía asegurar que Christine no estaba realmente allí? ¿Que aquel recuerdo no era algo más? ¿O quizás algo menos? Parte de su alocada imaginación. Parte de su psique fragmentada por haberla perdido de manera violenta. Parte de una furia oculta que, una vez liberó, no lograría mantenerla encerrada durante mucho más tiempo.

—No has matado a Patricia —aseguró Christine.

George no respondió. No quería darle más alas a su locura. Quizás sí que había recogido a Patricia; quizás le propuso algo que la chica no quiso; y entonces, cabía la posibilidad que toda esa rabia, esa cólera asesina nacida a raíz de un suceso traumático, saliese en un torrente de violencia contra una joven que no tenía ninguna culpa.

¿Y el mensaje? «Georgie», no debía olvidarlo.

Su mente chillándole que buscase ayuda, que él era el culpable.

—Algo no encaja y lo sabes, Cachorro —insistió Christine.

—Esa gente inocente —murmuró el escritor—. Sí encaja. A la locura, a la rabia, les da igual conocer o no a sus víctimas. Los hombres que te golpearon hasta matarte no te conocían de nada.

—Y has pasado ocho meses sin que salte el resorte de los chiflados —replicó el recuerdo con grandes dosis de sarcasmo.

—¡No estaba en Shelter Mountain! —gritó George, levantándose.

Cuando se quiso dar cuenta, estaba aullándole a una silla vacía. Su mujer ya no estaba allí, nunca lo había estado. Su toque se hallaba en cada centímetro de aquella casa, en cada calle del pueblo, en el lago, en el hogar de los Simmons, pero su cuerpo estaba enterrado con numerosas paletadas de tierra encima.

La presencia que le hablaba era su imaginación, avisándole de que algo no iba bien. Todo lo que había sentido desde que llegó, tanto creer que era observado por alguien, como la percepción oscura que tenía del bosque, todo era creado a partir de su mente malherida por la pérdida de Christine.

Lo veía claro. Pero algo seguía sin encajar.

Faltaba una importante pieza en el rompecabezas como la palabra que se tenía en la punta de la lengua y nunca salía hasta que uno menos lo esperaba.

¿Qué era lo que no cuadraba? ¿Que un tipo tan inútil como Tolliver hubiera llegado a aquellas conclusiones antes que él? ¿O que todo resultase demasiado propicio para el sheriff? Como si estuviera… preparado.

Era algo más. Algo que se escurría de las manazas de su cerebro justo cuando estaba a punto de agarrarlo. Una idea resbaladiza, sigilosa y siseante.

Por el rabillo del ojo vio que Christine se hallaba en la puerta de la entrada de la casa. Bajó para ver qué hacía allí pero ya no estaba cuando llegó al final de la escalera. Salió al exterior para tomar un poco el aire y así intentar sacar de su cabeza aquel pensamiento que se resistía a tomar forma.

Entonces, divisó que algo se movía junto a su coche.

—¡Eh! ¿Quién anda ahí? ¡Sal, seas quien seas!

Para su sorpresa, la figura obedeció. Era una chica rubia, de pelo corto, delgada y con la ropa repleta de manchas de tierra y ramitas adheridas. No le costó reconocer que era Glory Fonter cuando se posicionó cerca de la luz del porche.

—¡Buenas noches, señor Campbell! —saludó la joven—. ¡Me alegra darle la bienvenida a

Shelter Mountain de manera personal!

—Hace días que regresé y ningún vecino me ha dado la bienvenida escondiéndose de mí —vio un par de pequeñas huellas de barro correspondientes a zapatillas de deporte en los primeros escalones que conducían al porche—. Y mucho menos me la dan vigilándome. Estabas ayer por el cementerio, ¿verdad? ¿Por qué me sigues?

—Quería hablar con usted sobre mi novela —mostró un cuaderno que llevaba en las manos.

Al menos sabes que no padeces manía persecutoria, pensó el escritor.

—No me trates de usted, ya sabes que conocí a tu padre y, en parte, te he visto crecer —declaró George—. Si querías hablar sobre tu novela, sólo tenías que acercarte con educación e informarme de ello. No me gusta que me sigan, y mucho menos que me acosen.

La chica dio un respingo. George supuso que alguien ya la había llamado acosadora antes, ¿quizás Patricia? La pobre, simpática y atractiva Patricia Sheridan que ya no estaba en su vida. Otra mujer a la que quería que acababa en una tumba; de repente, se alegró de que Tolliver no hubiera contado con fotografías del cuerpo que poder arrojarle a la cara.

—¿Eso es lo que le han dicho? —la pregunta de Glory le sacó de sus lúgubres pensamientos—. ¿Que soy una acosadora?

—No he dicho eso —rezongó George. No tenía ganas de charla, y menos con alguien que le seguía a todas partes ocultándose a su vista, así que decidió cortar la conversación—. Mira, no he tenido un buen día…

—Sé lo de Patricia Sheridan.

—Todo el pueblo lo sabe —subrayó el escritor—. No he tenido un buen día y no creo que sea buen momento para charlar, pero si quieres, le puedo echar un vistazo a tu novela.

Campbell alargó una mano para recibir la libreta. Glory se retiró como un cervatillo asustado, apretando el cuaderno contra sus discretos pechos. Una alarma resonó en la cabeza del escritor, una sirena que no tenía nada que ver con las horribles muertes, ni con el bosque repleto de sombras, ni con Carl o Tolliver. Era la mirada de aquella joven; no le gustó lo más mínimo.

—Dame la novela y te ayudaré —insistió George. Ansiaba ver hasta dónde podía llegar el asunto.

—No hace falta.

—Me has dicho que has venido a hablar de tu novela.

—Quizás ha sido una mala idea —afirmó Glory.

—¿Quieres que llame al sheriff? —amenazó George—. Por ahí ronda un asesino que parece conocerme y, bueno, tú llevas siguiéndome al menos un par de días. Quizás hayas visto algo. ¿Quieres que vayamos a comisaría?

Captó que la chica no se encontraba amenazada. Si él era sospechoso de la muerte de Patricia, ¿por qué no la notaba temerosa? Nerviosa, sí, pero no con miedo. Y mucho menos si pensaba que, hasta hacía unos minutos, le había estado espiando por las ventanas de su propia casa.

—No hace falta, de verdad —dijo la joven.

—Entonces, ¿qué haces aquí exactamente?

—La novela va sobre usted.

Un frío penetrante abrazó a George. No consiguió sacárselo de encima a pesar de intentarlo.

—¿Sobre mí?

—Sí. Me he leído todos sus libros y, cuando regresé al pueblo, me estuve documentando sobre todo lo que ocurrió con Christine y los cinco criminales. Y, ahora, ¡me encuentro con más víctimas! ¿Sabe lo que significa eso? ¡Que mi novela se escribe sola! Por eso le he estado siguiendo, porque usted es el personaje principal, no con su auténtico nombre, claro, pero muy parecido a usted.

—Disculpa, ¿estoy escuchando lo que estoy escuchando?

Glory mostró una mueca de confusión. Pensaba que el escritor estaría orgulloso y que se sentiría halagado, pero no daba esa impresión en absoluto.

—¿Estás usando el asesinato de mi mujer para un libro? —preguntó George, aunque tenía clara la respuesta—. ¿Y vas a utilizar lo que está ocurriendo en el pueblo? Y por todo eso, ¿me sigues? ¿Me acosas para escribir tu libro?

La chica no supo qué responder.

—¿Cuánto llevas siguiéndome?

—Desde el día después de que usted llegara.

George tomó aire. Le temblaban las manos. Sentía la cólera surcando sus venas, viajando en su sangre, gritando por su liberación. Si no era bastante con tener a Carl Raimi lanzándole sonrisas irritantes y sermones hipócritas, y al sheriff Tolliver persiguiéndole, ahora descubría que tenía a Glory Fonter vigilando cada uno de sus pasos, acechando su hogar y usando sus infortunios para escribir un libro.

Necesitaba escribir. Golpear las teclas hasta formar páginas y páginas de la novela. Era eso, o coger el hacha y hacer trizas el árbol más cercano. O bramar ante la chica hasta que le creyese lo suficientemente peligroso como para no aproximarse a menos de un kilómetro de él.

—Es una buena historia. La mejor de las que he encontrado en Shelter Mountain —prosiguió Glory—. Si continúan los asesinatos, este libro podría ser todo un éxito. ¡El futuro best seller salido de este pueblo! Imagíneselo. Si me ayuda, podríamos compartir el éxito. Sé que ha vuelto a escribir, pero está lejos de ser el de antes.

—Fuera de aquí —George comprobó por la mirada de la joven que no sabía bien a qué se refería—. Aléjate de mi casa. No te quiero ver cerca de mí.

—Pensé que usted me apoyaría.

—Creo que estás más loca que yo —escupió—. ¿Quieres usar todas estas horribles muertes para conseguir un éxito literario? ¿El asesinato de Christine? Y me vigilas, y me pides ayuda… Sal de aquí, o la próxima vez, por más que odie a Tolliver, le llamaré para que te meta en una celda acolchada.

Glory Fonter retrocedió varios pasos más. Las palabras se le atascaron en la garganta, aunque no por demasiado tiempo.

—Usted no puede prohibirme estar aquí cuanto quiera —replicó—. ¡Se arrepentirá por lo que acaba de hacer!

Y salió corriendo, en dirección al bosque, donde las tinieblas la absorbieron como si fuese una más de ellas. George no apartó la mirada ni unos minutos después de que desapareciera, consternado por lo ocurrido. Al menos, agradeció que la rabia se fuese dispersando, pero decenas de dudas empezaron a brotar en su mente, una por encima de las demás.

¿Qué chica se acercaba de noche a la cabaña de un sospechoso de asesinato?

—Deberías entrar, Cachorro —dijo Christine desde la entrada.

George no le hizo caso. Siguió observando la oscuridad del bosque donde sus fantasmas aguardaban. Una malsana sensación se apoderó de él, convirtiéndose en una serie de pinchazos en su espalda. ¿Pequeñas advertencias acerca de que algo malo estaba a punto de ocurrir? ¿O sólo era su mente jugándole otra mala pasada?

Necesitaba escribir. Su organismo lo pedía a gritos, así que accedió a la cabaña, donde encontró a Christine tumbada en el sofá del salón.

—Cierra la puerta, cariño. Y mantente aquí toda la noche.

El escritor obedeció. Luego subió las escaleras, llegó a la Zona G y se puso a aporrear las teclas. En cuanto la primera palabra apareció en el monitor, la rabia desapareció por completo, así como el resto de sus problemas.

Tolliver, Carl Raimi, Glory Fonter, la muerte de Patricia, los demás asesinatos y las dudas sobre su cordura, todo se desvaneció de golpe. Sólo quedó la novela, como si él y ella fuesen un solo ente, como si no hubiese nada más en todo el planeta.

Pero allí, bajo Ouija negra, escondida tras todos sus problemas, la malsana sensación de que algo iba mal continuaba viva.

Mary Simmons apagó el televisor con un largo suspiro. No había pasado su mejor día. Si era sincera, no había tenido un día peor desde las muertes de su marido y su hija. Después del regreso de George y las charlas que compartían, creía que jamás reviviría aquellos funestos momentos.

No le gustó nada equivocarse.

La desagradable jornada empezó con la llamada de la señora Winters contándole la horrible muerte de Patricia Sheridan. Al parecer, uno de los cajeros que debía abrir el supermercado a primera hora de la mañana, se la encontró colgada en el escaparate, totalmente destrozada, como si le hubiese pasado un tractor por encima.

La charla con la chismosa mujer acabó en cuanto le explicó lo de «Georgie» pintado en el escaparate. Desde ese mismo momento, todo fue de mal en peor para Mary Simmons, que esperó durante horas una llamada del escritor que no llegó.

Pero sí tuvo visitas. La más agradable fue la de Robert Raimi, en la que ambos charlaron sobre la inocencia de George. Tenían claro que era totalmente inocente y que había alguien que intentaba incriminarle de alguna forma.

Todo indicaba que podría tratarse del sheriff Tolliver. Carl Raimi era demasiado cobarde para mancharse las manos de sangre.

Cuando Robert se fue, Mary no tardó en sufrir la presencia de algunos de sus vecinos, que parecían creer que ella sabía algo sobre todo el asunto. La señora Winters volvió a llamarla por teléfono para informarla de que George había estado en la comisaría y de la presencia de más cuerpos aparte del de la joven Patricia.

Mary no respondió a más llamadas, ni recibió a nadie más. Se sentó en uno de los sillones del salón y allí permaneció hasta que estuvo lo bastante agotada como para pensar en acostarse. Rezaría por el alma de Patricia una vez más antes de dormir; seguro que ya estaba acompañando a su querida Christine en un lugar mejor que en el que ella aún estaba. Un sitio donde buenas personas como ellas no encontraban su final a manos de seres sanguinarios, terribles y malvados.

Un sitio donde maridos enfadados no tuviesen que vengar a sus esposas.

Mientras se aseguraba de que todo en la cocina estaba bien, las lágrimas fluyeron. Se echó a llorar desconsoladamente, harta de tener que ver cómo sus seres queridos sufrían a su alrededor, cansada de tener que soportarlo y hastiada de seguir allí mientras los demás se iban en una marea de muerte y sangre.

Apagó las luces del salón y la cocina. Encaminó sus arrugados pies calzados con las viejas zapatillas de felpa hacia la escalera. De repente, la iluminación del resto de la casa murió de golpe. El silencio se hizo con la vivienda, sólo roto levemente por la respiración entrecortada de la anciana.

Y el sonido de la puerta trasera al abrirse.

Mary Simmons se asomó a la cocina. La puerta estaba totalmente quieta, pero podía asegurar que la había oído. La oscuridad era total, salvo por algunos hilos de luz del exterior que entraban por los huecos de las persianas de la estancia.

La anciana oyó ruido en la segunda planta de la casa. Eran golpes que pudo reconocer perfectamente como pasos de varias personas, al menos, dos. No cabía duda de que alguien había entrado en su casa. Entonces, se dirigió al salón, donde descolgó el teléfono; ni siquiera intentó marcar el número de la comisaría al comprobar que no tenía línea.

Los porrazos acabaron. Mary se movió sigilosamente por el salón cuando una serie de risitas cortaron la quietud de la vivienda. La puerta de la entrada estaba tan solo a unos pocos metros. Mary era vieja, pero no le sería complicado llegar a su objetivo. Se puso en pie y caminó con cuidado. Llegó en menos tiempo del que pensó en un primer momento, agarró el pomo con una mano y, entonces, una potente carcajada la detuvo, poseyendo su cuerpo gracias al miedo que le imbuyó. Mary Simmons reaccionó y giró la mano, pero la puerta, para su sorpresa, no se abrió.

Clavó sus ojos en el salón, concretamente en las ventanas. Podía romper alguna y salir por allí, donde gritaría pidiendo ayuda. El silencio que rodeaba el pueblo haría que sus chillidos se escuchasen lo suficiente como para que acudiesen los vecinos al instante.

Se dio la vuelta y algo cayó rodando por las escaleras.

La pelota roja fue golpeando cada uno de los escalones sin ninguna prisa. Aterrizó a los pies de la anciana, cuyo corazón aporreaba el interior de su pecho a punto de explotar. La mujer se lo agarró, temiendo sufrir un paro cardiaco en cualquier momento.

Volvió la vista hacia la parte superior de la escalera. Allí divisó una figura que tenía algo

raro que no supo percibir en un primer momento. El desconocido, que se escondía en la oscuridad, dejó caer una nueva pelota que rodó otra vez hacia ella. Cuando se agachó para observarla, contempló con horror que no era una pelota.

La cabeza sonrió de manera grotesca. Luego, le guiñó un ojo y se echó a reír con esperpénticas risotadas que provocaron que Mary se internase en la cocina, buscando la vía de escape más próxima: la puerta trasera de la casa.

Pero ni siquiera pudo contemplar su ruta de escape, pues lo que parecían cuatro hombres ocupaban su campo de visión. Por el olor que despedían, Mary supo al instante que no eran personas, al menos, no exactamente. Eran cosas que habían salido de una tumba profunda en su busca. Contó cinco en total, por lo que no le costó demasiado saber quiénes eran en realidad.

—No os tengo miedo —susurró la anciana—. He vivido mucho, soy una vieja y ya es mi hora. Me voy con la conciencia limpia y habiendo hecho las paces con Dios.

Los monstruos rieron entre dientes podridos y rotos. Uno de ellos, que poseía varias heridas de bala en el cuerpo, se acercó a la mujer, que en su interior agradeció las sombras de la vivienda, que le impedían ver del todo el aspecto de la criatura.

—¿Dios? —el muerto negó con la cabeza. Un crujido proveniente de su cuello asqueó a Mary—. Señora, no hay Dios. No lo hubo para nosotros, y no lo habrá para Georgie. Ni tampoco lo hubo para su hija.

—Mi hija está en un sitio donde basura como tú nunca más la podrá tocar —replicó la mujer con lágrimas en los ojos.

—Espero que crea de verdad en eso —la cogió del cuello— porque va a tardar en morir, se lo aseguro.

De repente, el gesto Mary Simmons se transformó, mostrándose dolorido. El zombi apartó su mano y el cuerpo de su supuesta víctima cayó al suelo, mientras la vida escapaba de él. Al final, el infarto que tanto temía la anciana sufrir se la había llevado, justo antes de que los monstruos lo hicieran.

La criatura se agachó ante el cadáver de la mujer. Ver una leve sonrisa en su rostro muerto llenó de rabia al asesino regresado de la tumba. En cuanto se incorporó, comenzó a destrozar la cocina, observado por sus compañeros.

Aquel no era el plan. La vieja se había librado, pero los demás no lo harían.

Ninguno de ellos.

Y el escritor quedaría para el final.

Las palabras de la mujer reverberaron en su cerebro podrido y entonces se le ocurrió la idea del siglo. Un regalo especial para George Campbell.

Uno muy especial.

CIELO NEGRO

1

Una serie de fuertes golpes en la misma puerta de la cabaña fue lo que despertó a George. De manera automática, se tapó aún más con las mantas y se enroscó, tratando de conseguir todo el calor posible en una mañana fría y oscura. Los estruendos continuaron, obligando al escritor a abrir los ojos y contemplar lo temprano que era en el reloj de una de las mesitas de noche del dormitorio.

Finalmente, quien quiera que estuviera fuera de la cabaña, ganó la partida. George se levantó, se embutió en unos vaqueros y en una camiseta de manga corta de un vivo color rojo y bajó las escaleras dispuesto a encararse con quien le había despertado.

Al abrir la puerta se encontró con el rostro asustado de Robert. Verle así terminó por despertarle del todo.

—¡George! Tengo que hablar contigo —exclamó.

—Cálmate —el escritor comenzó a preocuparse al observar los violentos ademanes de los que hacía gala su mejor amigo—. Respira y cálmate.

—No puedo. ¿Qué estabas haciendo? ¿No sabes lo que ha pasado?

—Estaba durmiendo, ¿sabes qué hora es?

Robert asintió varias veces con fuerza. George pensó que si repetía de nuevo aquel movimiento se rompería el cuello. El sol le dio en la cara de manera agradable; le fastidió no poder disfrutarlo.

—Da igual la hora, George. Tienes que irte de aquí. Tienes que volver a la ciudad.

—¿Y por qué iba a hacer eso? ¿Tu hermano te ha convencido? ¿Te ha amenazado el sheriff?

—Vas a tener problemas muy graves. Lo de Patricia…

—No fui yo, Robert —replicó—. Me duele que saques el tema.

—No creo que hayas sido tú, de verdad —aseguró Robert—. Ni tampoco Mary lo cree, pero, es Mary, ella ha… ha…

El escritor se horrorizó al entender lo que los ojos de Robert, al contrario que sus labios, decían. No, Mary Simmons no. Ella era fuerte. Los sobreviviría a todos. No podía ser; era, simplemente, imposible.

—Ha muerto, George —logró pronunciar.

—¿Estás bromeando?

—La han encontrado en su casa esta mañana. Algunos vecinos dicen que anoche escucharon jaleo y, esta mañana, llamaron a su puerta. Al no contestar, han acudido al sheriff y, cuando han entrado, la han hallado muerta en el suelo de la cocina, con todo revuelto a su alrededor como si hubieran robado.

George tuvo claro al instante que no se trataba de un allanamiento corriente. Lo tuvo claro incluso antes de que Robert se lo confirmase.

—Aunque creen que ha muerto de un ataque al corazón, también piensan que alguien ha tenido que ver —Robert tragó saliva tan fuerte que le dolió la garganta—. Han encontrado escrito «Georgie» en su dormitorio.

Y entonces el escritor entendió la razón de que su amigo quisiera que se marchase de Shelter Mountain. Primero Patricia Sheridan, justo cuando había quedado con ella, y luego Mary Simmons. Dos personas relacionadas con él y, en ambas escenas del crimen, su nombre.

Tolliver tenía la excusa perfecta.

—No puedo irme —dijo George.

—¡El capullo de Tolliver te va a detener, George! Y la gente del pueblo… Los ánimos están muy caldeados. No me extrañaría que conforme Shelter Mountain se fuese despertando pidieran tu cabeza. Esto no es como la otra vez, amigo.

—Si me voy, estaré colocándome un cartel de culpable en la frente —explicó Campbell. Se sintió mareado, la cabeza le daba vueltas y no sabía si caer de rodillas y llorar hasta dormirse de nuevo por la muerte de Mary, o prepararse para lo que estaba por llegar.

—George, tienes que…

—Espérame aquí —antes de que Robert pudiera responder, su amigo se internó de nuevo en la casa. Salió tras unos breves minutos, totalmente vestido y con las llaves de su coche en una de las manos—. Vámonos.

—¿Qué estás diciendo? Cuando venía para acá, estaba medio pueblo arremolinado alrededor de la casa de los Simmons. ¿Qué crees que va a pasar?

—He llamado a Ralph —informó George—. Le he dado el número de la comisaría. Si dentro de media hora no le llamo, se pondrá en contacto con Tolliver por si me detiene de manera improcedente. Ahora, vamos; me niego a huir de todo esto otra vez, y menos cuando es Mary la que ha muerto. Le debo demasiado como para irme.

Robert estuvo totalmente de acuerdo, así que asintió, le siguió hasta el coche y, en cuestión de segundos, estaban en la carretera.

2

Pudieron avanzar con el vehículo mucho más de lo que lo había hecho George el día anterior para ir al supermercado en busca de Patricia. En cuanto vieron que la multitud les impedía el paso, detuvieron el automóvil y se bajaron. George no tardó en sentir las iracundas miradas de sus vecinos; personas, muchas de ellas que hacía unos pocos días le saludaban, alegrándose de su regreso.

Cómo cambiaban las cosas con un simple giro de los acontecimientos.

—¡Dejad pasar, por favor! —gritaba Robert, por delante de George, fabricándole un camino por el que andar.

El escritor se encogió involuntariamente ante los ojos inquisidores del gentío, los mismos ojos que le recibieron en su vuelta, y que fueron cambiando hacia expresiones más amables, salvo leves excepciones. Pero allí estaban de nuevo.

La señora Winters, Samuel Black, Billy el hijo de Grace, los Gunn, e incluso Leo Jones y Toby Leeds le observaban como si no hubiese otra explicación a lo ocurrido: él era un loco asesino que acababa de sucumbir a sus impulsos y había matado a una de las personas más buenas que jamás habían existido en Shelter Mountain.

Primero, dejó morir a su hija. Luego, mató a sus asesinos.

Y había vuelto para terminar el trabajo. ¿Quién sería el siguiente de entre todos ellos? ¿Cómo estuvieron tan ciegos como para confiar en él?

George se entristeció. Por encima de la rabia y las ganas de llorar, sintió una infinita tristeza porque su hogar le estuviera dando nuevamente la espalda. Sin pruebas, sin testigos, sin nada salvo su nombre y la conexión con las víctimas. Pero eso era todo lo que necesitaba Shelter Mountain para condenarle.

Una vez asesino, siempre asesino.

Llegó a la casa de los Simmons justo cuando sacaban el cuerpo de Mary en una camilla cubierta por una sábana. La ambulancia pertinente que se la llevaría al depósito esperaba a unos metros, mientras los ayudantes del sheriff intentaban apartar al gentío, al mismo tiempo que colocaban la famosa cinta amarilla.

Ver a Mary Simmons convertida en un bulto inerte pudo con George Campbell. Los ojos de la muchedumbre clavados en él, la policía cercando la zona, la ambulancia con sus luces despidiendo brillos casi imperceptibles por el sol, los murmullos de la gente a su alrededor; todo fue demasiado para él.

Justo cuando pensaba que se le iba la cabeza, alguien le empujó, arrojándolo junto a la camilla que sostenía el cuerpo sin vida de la anciana. George se levantó al instante para observar el rostro sorprendido de la ayudante Witts ante un colérico hombre que no pudo reconocer como Jasper Chill, pues no lo había visto en su vida.

—¡Esto es lo que te gusta a ti! —el enfadado padre de Wanda Chill cogió del cuello al escritor, lo levantó y le aplastó la cara contra el cuerpo cubierto de Mary—. ¡Matar ancianas, niños y adolescentes! ¡Eso es lo que te gusta, monstruo!

George no pudo sacar fuerzas para zafarse. Comprobar que nadie, ni siquiera los ayudantes, le socorrían, tampoco contribuyó a que hiciera algún tipo de esfuerzo para quitarse a su atacante de encima. Al señor Chill le dio igual; retiró la sábana y mostró al escritor el cuerpo muerto de una de las personas más importantes de su vida, la madre de la mujer a la que había amado más que a sí mismo.

—¡Mira lo que has hecho, asesino! —aulló Jasper Chill—. ¿Con ella has sido más clemente que con mi hija? ¿Porque la conocías?

El hombre, sin reparar en que George derramaba lágrimas encima de Mary Simmons, la Christine del futuro, le lanzó un puñetazo que lo tiró de nuevo al suelo. Witts y Hicks parecieron volver a la realidad y fueron a por Chill, pero algunos de los vecinos se saltaron el cordón policial, dispuestos a apoyar al padre en su tunda a Campbell.

—¡Atrévete conmigo! —bramó Chill al mismo tiempo que lloraba al ver al que suponía el asesino de su hija—. ¡Atrévete con alguien más fuerte que tú!

George se limpió la sangre que le corría por el labio. No era más que una herida superficial, pero estaba harto. Cansado de los insultos, las acusaciones sin pruebas, los ojos inquisidores, los murmullos, los chismes, las historias a su alrededor y, sobre todo, de que la gente pagase con él los crímenes de otros.

Y lo comprendió. Fue en el mismo instante en el que vio su propia sangre, al mismo tiempo que oía los gritos de la muchedumbre exaltada.

Alguien quería eso para él.

Alguien se la había jugado.

—No le conozco —dijo George al furioso padre— y comprendo que crea que yo maté a esa hija. Yo pasé por algo parecido, así que puedo ponerme en su lugar, pero yo no he hecho nada. Le perdonaré lo que acaba de hacer, pero no piense que me voy a quedar quieto mientras me sigue pegando.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Descuartizarme como a mi pequeña? ¡Puede que tengas engañado a todo el mundo, pero seguro que hasta mataste a tu mujer!

Los ojos de George se encendieron. Una pequeña vocecita en su cabeza le gritó que se calmase; deseó poder ver el recuerdo de Christine por algún lado. Le hubiese servido para calmarse instantáneamente.

No tuvo esa suerte. Tampoco Jasper Chill.

—Se lo advierto —insistió el escritor a la vez que se levantaba—. Déjeme en paz.

El padre se volvió a lanzar contra él. George fintó, le agarró un brazo y se lo dobló. A continuación, golpeó uno de los costados de la ambulancia varias veces con la cara de Chill, hasta abrirle una brecha en la cabeza y manchar de rojo la pintura blanca del vehículo. Luego lo arrojó al suelo, donde le sacudió un par de brutales puñetazos que lo dejaron inconsciente.

Al incorporarse, vio que los vecinos de Shelter Mountain ya no le miraban con enfado, asco y acusación, sino con confusión, nerviosismo y miedo, mucho miedo. Aunque no sabía exactamente la razón, porque eso era lo que querían, lo que habían estado buscando.

Lo que tenían todos y cada uno de ellos en su interior.

George se preparó para un nuevo combate cuando divisó a Tolliver abriéndose paso entre la gente.

—Señor Campbell —dijo, mostrando unas esposas—, queda detenido como sospechoso de estar relacionado con la muerte de Mary Simmons.

Mientras era apresado entre suspiros de alivio, George vio que Robert se acercaba a él. Negó con la cabeza, paralizándole al instante.

—¡Vete del pueblo, Robert! —exclamó—. ¡Va a por ti! Eres el siguiente, tienes que irte.

El mayor de los Raimi, confundido, enarcó una ceja. Al cambiar el gesto, el escritor supo que comprendía lo que acababa de decirle. Si Robert era tan listo como él creía, le haría caso, se montaría en su coche junto a Jonathan Quaid, y saldrían de Shelter Mountain en dirección a Jessica Quaid.

Primero Patricia, luego Mary… Era fácil adivinar quién sería el tercero.

Antes de que el sheriff le metiese en la comisaría, George echó un breve vistazo a la muchedumbre. Pese a la cantidad ingente de personas que la formaban, no le costó reconocer a Carl Raimi con su asquerosa sonrisa.

Pero también vislumbró a Glory Fonter, observándole con unos ojos que parecían exclamar «¡Ya te lo dije!».

3

El sheriff Tolliver suspiró sonoramente al entrar en su despacho. Soltó las llaves del calabozo sobre la mesa y se estiró descaradamente, haciendo resonar sus huesos por toda la estancia. No escuchó llegar al ayudante Hicks hasta que lo tuvo a su lado.

—Ya tiene a Campbell, ¿está contento, señor?

Jay Tolliver le miró como si fuese su enemigo. Si no hubiese sido porque al fin tenía al escritor entre rejas, le hubiera gritado hasta dolerle la garganta.

—Una de las mujeres más magníficas que he conocido nunca está muerta a causa de conocer a ese hombre, así que no, no estoy contento, porque para atraparlo ha tenido que morir una de las mejores personas de este pueblo.

—Yo diría que su muerte ha sido natural.

—Vaya, así que también es usted uno de esos empollones de la científica —afirmó el sheriff con un claro tono cómico—. ¿Cómo ha llegado a esa conclusión? Puede que no haya visto las marcas en el cuello de la mujer.

—Las he visto, pero creo que murió de forma natural. Es evidente que alguien entró en su casa, y quizás eso le provocó el infarto, pero dudo de que haya sido el señor Campbell. ¿No le parece extraño que dos personas cercanas a él hayan muerto en días cercanos?

—Es un asesino, así que no, no me parece extraño.

—Eso es lo que usted dice. Se basa en unas sospechas que coinciden con su forma de ver el caso de Christine Simmons —declaró Hicks—. Pero dudo de que ese hombre haya matado a nadie, al menos, no a las personas que han masacrado estos días.

—¿Ha llegado ya el informe forense sobre la familia Hoyt, Wanda Chill y Danny Ford? —Tolliver sabía bien que no, pero quería disfrutar de la respuesta del ayudante, que fue negativa—. Entonces, George Campbell está en el calabozo en calidad de sospechoso.

—Usted sabe perfectamente que no va a pasar mucho tiempo ahí.

—No voy a dejar que ese psicópata se me escape de nuevo, hijo.

—Porque es normal que los psicópatas firmen sus trabajos.

—¡Sí! —bramó Tolliver—. Esos putos asesinos en serie suelen hacerlo. ¿De verdad vamos a volver a tener esta conversación? George Campbell mató a los cinco cabrones que asesinaron

a su mujer. Justo cuando regresa al pueblo, empieza a morir gente. Me da igual si sabe lo que hace, o si tiene doble personalidad, o alguna otra enfermedad mental. ¡Ha sido él, cojones!

Hicks frunció el ceño. Por más que le gritase, seguía sin convencerle de que el escritor fuese el culpable.

—Ya le has visto ahí fuera con el pobre señor Chill.

—Lo que he visto es un hombre defendiéndose de alguien que busca un culpable, ¿le suena?

Tolliver puso su cara a escasos centímetros de la del ayudante, que no movió un solo músculo, ni para seguirle el juego, ni para retroceder ante él.

—Escúchame, hijo. Quiero que lo hagas y hazlo bien, porque sólo voy a decirlo una vez —gruñó—. Eres nuevo en este pueblo, y por eso te paso más de una gilipollez, pero ten presente que aquí mando yo. ¡Yo! Así que deja tus mierdas de detective privado, y aprende a obedecer órdenes. Eres un puto ayudante, ¿lo tienes claro?

—Lo tengo claro, señor. Y por eso, en cuanto acabe este caso, pienso pedir un traslado.

El sheriff pensó en aplaudir ante aquello, pero al reflexionar tuvo en cuenta que no era una buena señal que un recién llegado se fuera después de un asunto como el de los asesinatos del escritor. Se iba a armar un buen revuelo, y que Hicks decidiera largarse, sólo iba a añadir más madera a la hoguera.

Una hoguera que explotaría si Campbell no era el culpable.

De repente, ambos hombres volvieron sus ojos hacia el exterior del despacho. Las puertas de la comisaría eran golpeadas por un tumulto de figuras oscuras que Tolliver enseguida identificó como las personas que él había jurado proteger el mismo día en el que le fue colocada la estrella dorada en su uniforme.

—¡Doris! —exclamó en dirección a la mujer—. ¿Dónde está Witts?

—Creo que sigue en la casa de los Simmons. ¿Debo preocuparme por eso? —Señaló hacia el exterior del recinto.

—Quédate en tu sitio, y estate tranquila —sugirió Tolliver educadamente. Luego, se dirigió a Hicks, que observaba el espectáculo, claramente sorprendido por el carácter violento que había tomado la situación—. ¿Cómo resolvemos esto, hijo? Son lo bastante numerosos como para entrar aquí y llevarse al escritor.

—¿Cómo sabe usted que eso es lo que quieren?

—Porque, de estar ahí afuera, en su lugar, sin placa de por medio, querría lo mismo —el sheriff tomó una enorme bocanada de aire. Encaminó sus decididos pies hacia la entrada de la comisaría—. Quédate aquí. A mí me conocen de toda la vida; sabré controlarlos. Contigo podrían ponerse nerviosos.

El ayudante asintió. Observó cómo Tolliver salía al exterior. Las sombras que golpeaban la fachada y las ventanas del edificio le recordaron de repente a una oleada de zombis salidos de una película de terror. Si su superior no podía controlar a aquella masa con ansias de sangre, ¿qué harían?

Mientras Alex Hicks aventuraba una posible revuelta en la comisaría, el sheriff Tolliver se daba de bruces con el rostro deformado por la rabia de Carl Raimi que, como siempre, llevaba su característica ropa de trabajo al servicio del Señor. Como había creído, no eran muchos los vecinos situados tras él, pero los suficientes como para tener problemas si decidían entrar por la fuerza. No le gustaba la existencia de la posibilidad de disparar a personas tan cercanas, y menos por culpa del escritor.

Lo maldijo en su interior antes de dirigirse al cura.

—¿Qué significa esto, Carl?

—Ahí dentro mantenéis a salvo a un asesino. ¡A un hombre que le ha escupido en la cara a Dios!

—¿Has hablado de esto con tu hermano? Él es íntimo amigo del sospechoso.

Carl retrocedió como si le hubiesen sacudido en la entrepierna. Al instante, volvió a mostrar su agresividad, respaldada por su rebaño, al que sólo le faltaban las antorchas encendidas. Tolliver observó el cielo durante un instante; a pesar de que aún ni era mediodía, estaba oscuro, repleto de nubes negras que amenazaban con lanzar suficiente lluvia como para inundar todo Shelter Mountain.

Quizás eso era lo que hacía falta con aquel lugar maldito.

—He hablado con Dios y él odia a los asesinos —rugió Carl.

—No estamos seguros de que sea él el culpable —le costó tanto trabajo pronunciarlo que le dolió la lengua, pero era eso, o afirmar que él creía firmemente en que las manos del escritor

estaban llenas de sangre, y eso hubiese significado que entrarían en tropel en la comisaría.

—¡Ha matado a Patricia Sheridan! ¡Ha matado a Mary Simmons! —recordó a gritos el cura, acompañado de fondo por la música que suponían los gruñidos de quienes le acompañaban—. ¡Su nombre estaba pintado junto a sus cuerpos! Y todo Shelter Mountain sabe que asesinó a los criminales que mataron a Christine Simmons.

El sheriff negó con la cabeza. No pensaba darle a su lengua un nuevo castigo.

—¡La policía vino preguntando por él! —insistió el cura—. ¡Usted nos lo dijo! ¡Todos lo sabemos! Es un asesino y debe pagar por sus crímenes.

—Eso debe decidirlo un juez —admitió Tolliver.

—Algo que llevaría demasiado tiempo y, mientras tanto, ¿qué? ¿Dejamos que siga viviendo aquí? ¿Que siga matando a nuestros amigos y vecinos?

La muchedumbre aulló ante las estudiadas palabras de Carl Raimi, que sonrió sutilmente, pero no lo bastante como para que el sheriff no pudiera captarlo. Debía admitir que el cura tenía labia, pero también que lo tenía bastante fácil con el escritor en ese momento; el primer día del regreso de Campbell no se hubiera atrevido a hablar así.

Lo peor era que le daba la razón, aunque en silencio. Un juicio tardaría lo bastante como para que el escritor pudiera escapar o buscarse alguna triquiñuela legal gracias a sus abogados de ciudad, tipos con trajes caros y colonias apestosas que sólo pensaban en ganar dinero a base de liberar criminales. Y, mientras tanto, bien podría seguir el escritor en el pueblo, asesinando a gente como un animal rabioso, y escondiendo las pruebas lo suficientemente bien como para evitar a la justicia. Para evitarle a él.

Y por eso no iba a dejar que Carl Raimi se alzase como la voz de Shelter Mountain. Por eso no iba a permitirle entrar en el recinto y coger a su sospechoso. Porque él, Jay Lawrence Tolliver era la ley en Shelter Mountain.

Y porque George Campbell era suyo.

—No vais a llevaros a nadie de aquí —afirmó el sheriff—. ¡Volved a vuestras casas! Ya es casi la hora de comer, así que, descansad, y estad seguros de que Campbell recibirá lo que merece por medio de las medidas legales y judiciales oportunas.

Los rugidos de protestas no se hicieron esperar. Tres hombres regresaron a su misión de golpear la fachada del edificio. Uno, que Tolliver reconoció como uno de los compañeros de trabajo de Patricia Sheridan, pateó una de las ventanas de la comisaría.

—¡Fuera! ¡Volved a vuestras casas! ¡Es una orden! —se dirigió a Carl—. Diles a tus feligreses que no tienen nada que hacer aquí.

El cura se mantuvo en silencio con una clara actitud provocadora. Tolliver lo apartó de su camino y alzó las manos, tratando de calmar a los exaltados vecinos, pero los gritos iban en aumento y la cólera que anidaba en sus ojos era cada vez más densa.

No estaba dispuesto a permitirlo. Había tragado demasiada mierda para conseguir al escritor. No se lo iba a quitar una panda de paletos que eran manejados como marionetas por un hombre de Dios enfadado con el mundo.

Se llevó la mano hacia la pistolera, sacó el revolver reglamentario y disparó al aire tres veces. El olor a pólvora inundó su nariz, al mismo tiempo que todos los presentes dejaban la agresividad a un lado y se agachaban, temerosos de ser el blanco del sheriff.

—¡No quiero repetirme! —bramó Tolliver con la pistola en alto—. ¡Volved a vuestras casas!

La multitud empezó a disolverse entre leves protestas y algunos comentarios en contra del agente de la ley. Carl Raimi fue el último en alejarse, no sin antes lanzar una mirada cargada de odio a la que Tolliver respondió escupiendo al suelo. En cuanto la calle quedó vacía, regresó al interior de la comisaría, donde le esperaba un taciturno Hicks.

—Habrá que vigilar los alrededores de cuando en cuando durante todo el día —sugirió el sheriff.

Alex Hicks asintió.

No echaría de menos aquella locura hecha pueblo.

4

Robert no pensaba hacer caso a los gritos de su amigo. Dejó que los policías lo metiesen en el calabozo porque no podía hacer nada más, pero en su lista de tareas no estaba lo de huir de Shelter Mountain, y no porque fuese su hogar, sino porque alguien tendría que estar de su lado.

Mary ya no estaba. Patricia tampoco. ¿Quién apoyaría al famoso escritor George Campbell?

Sólo quedaba él. Y no iba a decepcionarle.

Tampoco podía ignorar el hecho de que quizás tuviera razón. Ya lo había discutido con Mary Simmons la última vez que la vio con vida; alguien estaba poniendo patas arriba la vida de George, y era fácil adivinar quién era su siguiente objetivo. No es que él fuese Einstein, pero sí que era lo suficientemente listo como para saber que, si ahí fuera alguien iba matando a las personas más cercanas a George, él sería una presa bastante apetecible. Al fin y al cabo, era su mejor amigo.

Volvió a la Caja de Raimi andando. Durante el agradable y tranquilo paseo tuvo tiempo suficiente como para poner sus pensamientos en orden, reflexionar sobre lo que iba a hacer y meditar acerca de la mejor forma de ayudar al escritor. Cuando llegó a la gasolinera, John Quaid despedía a una camioneta a la que acababa de llenar el depósito.

—Menudo lío en el pueblo, ¿eh? —saludó el chico.

Robert asintió. No dijo nada, porque sabía perfectamente que el joven no sentía ninguna simpatía por George después de lo de Patricia. Era uno más en Shelter Mountain que creía en las ansias asesinas de su amigo.

De repente, se encontró solo en el mundo. Un hombre perdido, solitario, frente a una marea de gente con una misma opinión, y una pregunta que retumbaba en su cabeza desde que se había alejado de la casa de los Simmons.

¿Y si George era culpable?

Clavó los ojos en el cielo. No recordaba haber visto nubes tan oscuras desde hacía años y, aunque normalmente eran el prólogo de una brutal tormenta, el aire no le sabía a lluvia. Simplemente, las tinieblas habían tomado posesión de la bóveda celestial, violándola a conciencia. Una metáfora de lo que estaba ocurriendo en Shelter Mountain, quizás de lo que siempre había ocurrido, pero de lo que nunca se dio cuenta antes.

El mayor de los Raimi cogió una cerveza fría de una de las neveras que tenía dentro de la zona de bebidas del interior de la gasolinera, y salió a la parte trasera, donde colocó una silla mirando al bosque y allí se sentó. Si debía estar solo, al menos estaría cómodo y en paz.

Tomó un largo trago de la lata. Apartó las reflexiones, pues las decisiones ya estaban tomadas; lo único que quedaba era disfrutar de aquel pedacito de cielo en Shelter Mountain. Su lugar privado de disfrute. Su Zona G, ¿la Zona R?

Sonrió. No era lo mismo tomarse allí una cerveza sin George. Demonios, incluso echaba de menos las pequeñas barbacoas que organizaba con otros del pueblo. Pero ya no había vuelta atrás. Tenía que hacer lo que tenía que hacer, aunque no por ello debía hacerlo amargado, preocupado o asustado.

Sabía lo que era el miedo, pero lo olvidó en el mismo momento en el que comprendió que era feliz junto a Jessica y John. Ya no temía su futuro. No le horrorizaba el hecho de que la Caja de Raimi fuese mal, o que su hermano le mirase con envidia u odio; su nueva familia le hacía fuerte, y eso era lo único que importaba.

Supuso que John almorzó antes de que él llegase, puesto que no le interrumpió durante toda la tarde. Cuando notó que en unas pocas horas anochecería, algo que parecía haber pasado ya por la negrura del cielo, se levantó y encaminó sus pasos hacia el hijo de Jessica, que estaba dentro del establecimiento, leyendo una revista deportiva.

—¿Ocurre algo, Robert? —preguntó el chico al verle.

—No, ¿por qué lo preguntas?

—Bueno, desde que has llegado no has dejado la parte de atrás.

—Ha sido por lo de Mary, me ha afectado mucho —era verdad, pero ni siquiera había tenido tiempo de llorarla como era debido—. ¿Sabes? Te he sacado un billete de avión para ver a tu madre.

John abrió los ojos, desbordantes de felicidad.

—¿En serio? ¿De dónde has sacado el dinero? ¿Por qué ahora?
—Tenía unos ahorros. Ya sé que tienes que quedarte conmigo y que…
—No es ningún esfuerzo. Me caes muy bien —confesó el joven—. Me gusta ver a mi madre contigo. Una lástima que tuviera que irse a ese hotel.
Aquellas palabras repletas de cariño sincero le llegaron tan hondo a Robert, que estuvo a punto de cambiar el plan. Su cerebro volvió a tomar los mandos del cuerpo y siguió con el programa.
—Gracias, John. Creo que te vendría bien pasar unos cuantos días con tu madre, y seguro que ella te echa de menos. Te acabo de sacar un billete de avión, para que llegues en cuestión de horas, si el tiempo acompaña. Dentro de una hora sale el autobús que conduce a la ciudad; mira, te lo he apuntado todo en este papel. —Robert se lo mostró—. Coges un par de tus cosas y esta misma noche podrías estar con Jessica, ¿qué te parece?
—¡Encantado! Pero, ¿no vienes?
—Os merecéis un poco de tiempo sólo para vosotros.
—¡Gracias! —John abrazó con fuerza al hombre—. ¿Ella me espera?
—Por supuesto. Corre o no te dará tiempo.
El chico asintió y salió corriendo con una sonrisa en sus labios, no sin antes mandarle un afectuoso saludo. Robert fotografió la imagen para que permaneciera así en su mente durante el resto de sus días.
En cuanto se alejó lo suficiente de la gasolinera como para perderlo de vista, Robert llamó por teléfono a Jessica, que le contestó con una voz llena de gozo.
—¡Hola, cariño! —saludó Raimi—. Sí, yo también te echo de menos. Espero no molestar. Estupendo entonces, tengo algo que decirte. Hoy he tenido una idea un poco loca, pero creo que te va a encantar: John y yo vamos a ir a verte unos días.
La risa alegre de la mujer provocó que se le derramasen un par de lágrimas.
—Estamos a punto de prepararlo todo. Cogeremos el bus, iremos a la ciudad, luego al aeropuerto y allí tomaremos un vuelo hacia allí. Sí, tenía un poco de dinero ahorrado. Ya he sacado los billetes. Es que… no podíamos esperar más a verte, la verdad.
Las palabras de Jessica le obligaron a tomar aire. No quería que notase que estaba a punto de derrumbarse.
—Oye, te dejo, si no, no llegaremos a tiempo. Me hubiese gustado darte una sorpresa, pero no podíamos ir sin avisarte. Hablaremos allí, ¿vale? —la voz de Robert empezó a quebrarse—. Yo también te quiero. Te quiero muchísimo.
Y colgó.
A continuación, accedió al establecimiento y colocó el cartel de «Cerrado» en la puerta. Se preparó un perrito caliente que acompañó con una nueva cerveza fría. Lo devoró todo encima del mostrador. Luego, sin pararse siquiera a digerir la comida, agarró una pequeña caja situada en un compartimento oculto bajo una de las tablas del suelo y la abrió. El brillo del revólver de cañón corto de su padre le iluminó los ojos.
Nunca le había gustado la violencia, lo que no impidió a su padre llevarle varias veces a un campo de tiro en la ciudad, donde usaron aquella misma arma lo suficiente como para convertirle en un experto. La cargó en un par de movimientos, arrojó a un lado la cajita y se dirigió a la parte trasera de la gasolinera, donde volvió a sentarse mirando al bosque.
La noche llegó antes incluso de lo que pensaba. Mientras las sombras oscurecían todo a su alrededor, meditó sobre si, a esas horas, George seguiría encerrado en el calabozo de la comisaría, o si ya era libre. Quizás se estuviera dirigiendo hacia allí en ese mismo momento, o quizás su editor, Ralph Locke, iba a recogerle para sacarle del apuro en el que estaba.
Quizás el escritor pensaba que él, su mejor amigo, ya estaba a kilómetros de allí.
El sonido de los grillos fue reconfortante para sus oídos, que se habían acostumbrado al silencio de la zona. Estaba todo tan sumamente tranquilo que creyó que podría dormirse si seguía tan relajado. Le hubiera encantado ir con John a ver a su madre; en realidad, era lo que más quería en el mundo, pero George le necesitaba.
Él era lo único que tenía en Shelter Mountain. No podía fallarle.
Cerró los ojos, dejando que la reparadora quietud de las tinieblas le embargase. El arma era un objeto extraño y pesado en su mano derecha. Un pequeño animal peligroso y frío, cuya única finalidad era la de exterminar cualquier ser viviente que se colocase delante de su mortal ojo.
Robert entró en alerta, aunque no abrió los parpados. Oyó algo en la parte delantera de la gasolinera. El ruido de cristales provocó que mostrase sus ojos, aunque no se movió de su

asiento. Estaba claro que había alguien en el establecimiento, pero quien quisiera su sangre, no iría por detrás, no, se mostraría claramente.

Quería que sintiera miedo.

Una figura envuelta en oscuridad salió del bosque. Robert se incorporó ante el muerto viviente que tenía frente a él. Un ser que daba la impresión de haber sido deshecho en parte, pero en el que se podían observar ciertos rasgos humanos que daban a entender que antaño había sido una persona como cualquier otra.

—No parece que tengas miedo —pronunció el monstruo con su voz cavernosa.

—¿De qué voy a tener miedo? ¿De algo como tú? —Robert lo miró con desprecio de arriba abajo—. Lo único a lo que podría haber temido era a que George fuese culpable, pero no lo es, ¿verdad? Habéis sido vosotros.

Los otros cuatro zombis le cortaron el camino que tenía tras él. Todos y cada uno de ellos esperaban el siguiente movimiento de su próxima víctima.

—Tu amigo nos mató, ¿lo sabías? —replicó el engendro.

—Lo sabía. Nunca me lo dijo, pero lo sabía —contestó Robert con una sonrisa—. Y yo me he quedado para ayudarle, para que no tenga que volver a hacerlo.

Apuntó con el revólver y disparó al muerto viviente entre los ojos.

El estruendo hizo callar a los grillos, que Robert imaginó dispersándose por la maleza. La criatura cayó al suelo como un saco de ladrillos, observada por sus compañeros como si no ocurriese nada. Robert se aproximó para contemplar la tremenda herida de bala creada en la frente de aquel ser. Del agujero salía un líquido rojo oscuro que se convirtió en negro; no parecía ser sangre y olía como un matadero podrido.

Para sorpresa del tirador, el zombi se levantó tranquilamente y, ante sus sorprendidos ojos, se introdujo los dedos en la cabeza y sacó la estropeada bala, que tiró al suelo con desagrado. Robert disparó varias veces más al cuerpo del muerto viviente, hasta agotar la munición, pero el engendro siguió avanzando hacia él, haciendo que retrocediera.

La retirada de Robert Raimi fue detenida por los otros cuatro monstruos, que no dudaron en quitarle el revólver y agarrarle los brazos. El zombi al que el mayor de los Raimi acababa de disparar, se acercó a él y, sin mediar palabra, le mordió en el cuello, arrancándole un buen pedazo de carne. Los otros mordieron las muñecas de la víctima. Los chorros de sangre no se hicieron esperar en cuanto apartaron sus podridos rostros de los bocados.

Dejaron caer a Robert al suelo. Sentía dolor, mucho dolor y un penetrante frío que amenazaba con apretar su corazón hasta estrujarlo. No iba a darse por vencido, así que se arrastró hacia delante, a la vez que dejaba un rastro de sangre a su paso.

—¿Acabamos con él? —preguntó una de las criaturas.

—No —respondió el muerto de las heridas de bala. Sus ojos se clavaron en la Caja de Raimi—. Quememos esto y terminemos con todo esto. Este payaso era el último; va siendo hora de poner fin al juego con nuestro querido Georgie.

Mientras entraban en la gasolinera, Robert se internó en el bosque. A pesar de las ganas de desmayarse, de la pérdida de sangre y de la agonía de sus heridas, siguió arrastrándose, dispuesto a llegar al pueblo. Lo empujaban las ganas de volver a ver a George, a Jessica y a John; a su familia.

Sonrió al darse cuenta de que había alcanzado el camino de tierra que George y él usaban de niños para jugar. Un sendero oculto por los frondosos árboles que sólo conocían su amigo y él. Recordó que podían pasarse horas y horas cazando a imaginarios animales con sus armas de madera. Buenos tiempos, una buena época en la que los muertos permanecían en sus tumbas y Christine y Mary seguían vivas.

Usó uno de sus dedos manchados de sangre para escribir un nombre en la tierra. En cuanto terminó, dejó que las tinieblas se hicieran con él. Fue agradable, como tomar un baño caliente.

En su mente, los rostros de Jessica y John.

Y el de George. A quien había protegido hasta el final.

5

El escritor se incorporó en el duro camastro que poseía la celda del calabozo. A través de los barrotes pudo contemplar a Jay Tolliver quien, con su espalda apoyada en una de las paredes del lugar, le observaba con una mezcla de curiosidad, enfado y alegría. Una fusión demasiado extraña como para no sentir cierto desconcierto.

—Una foto te durará más, Jay —escupió George.

—Lo de sheriff veo que ya te lo saltas.

—Tú me llamas asesino, así que permíteme que te guarde poco respeto.

Tolliver dejó escapar una seca carcajada acompañada de una mueca desagradable. George estiró sus músculos, ¿cuánto tiempo llevaba allí? Sabía que se había quedado dormido, pero ni siquiera le habían dejado el reloj para comprobar el paso del tiempo.

—¿Me ha llamado alguien? —preguntó.

El sheriff alzó los hombros, pero no respondió. El escritor supuso que sí, pero que su enemigo particular lo retrasaría lo máximo posible para hacer con él lo que quisiera. No esperaba ningún castigo físico, y menos después de saber que el agente de la ley había presenciado su pelea con Jasper Chill.

—Entonces, tengo que hacer la llamada que por derecho me corresponde —George sonrió —. Por cierto, no me has leído mis derechos, así que me temo que me has arrestado de manera ilegal. Olvídate de jubilarte en este pueblo.

—Sólo estás en calidad de sospechoso, escritor.

George notó algo raro en el sheriff. Una tranquilidad que no había percibido antes. No podía creer que, de verdad, pensara en que lo podía dejar en aquella celda hasta el día de su juicio. Había escuchado el jaleo montado fuera, justo después de su encierro, y estaba seguro de que no quería que los vecinos, liderados por Carl Raimi, le tocaran un solo pelo de la cabeza.

El sheriff era un perro con un hueso muy codiciado, y no iba a permitir que los demás miembros de la manada lo probasen.

—¿Podrías decirme al menos qué hora es? —quiso saber George.

—Es de noche. Hace una hora que anocheció.

—Deberías ir a ver a Robert —el escritor frunció el ceño al observar el gesto confundido de Tolliver—. A Robert Raimi. Será el siguiente.

—¿Es una amenaza? ¿Estás confesando?

—Estoy diciendo lo que es evidente. Alguien intenta incriminarme y va a por Robert. Si no hoy, mañana. Ve a comprobar si está bien —insistió.

—¿Y dejarte aquí solo? No quiero que te escapes, y estoy disfrutando esto —contestó el sheriff con una sonrisa—. Nadie va a ir a ninguna parte.

George sacudió una patada a la cama. Notó de nuevo la cólera picando en su cabeza como un pájaro carpintero.

—¡Tienes ayudantes que pueden hacerlo por ti! O puedes llamar —al ver que no hacía nada, empezó a dar vueltas por la celda—. No te preocupan una mierda todas estas muertes. Lo único que quieres es cazarme.

—Piensa lo que quieras, pero te tengo —Tolliver cruzó los brazos sobre su pecho; estaba gozando y quería dejarlo claro—. Dices que alguien quiere incriminarte; alguna idea tendrás sobre quién.

—Carl Raimi —gruñó George a pesar de saber que aquello no conducía a ninguna parte—. ¿Has investigado a Glory Fonter? Anoche mismo me amenazó en mi propia casa. Me ha estado siguiendo a todas partes, y quiere hacer una novela con mi vida.

Jay Tolliver no pudo reprimir las risotadas. George notó que la rabia intentaba que hablase por ella; no le iba a dar esa satisfacción. Ya estaba dando demasiada a gente indeseable.

—Glory Fonter es una cría —replicó Tolliver—. Creo que de verdad has perdido la razón, pero me da igual, porque ya te tengo. Sólo preciso esperar las pruebas del laboratorio que me confirmen que tus huellas se encontraban en el lugar de los crímenes.

—¡Ja! —escupió George—. En casa de los Simmons seguro que encuentras mis huellas.

—¿Y en el supermercado? ¿Y en la caravana de los Hoyt? ¿Y en la ropa de esos pobres chicos a los que masacraste? Espero que sigas teniendo ganas de reír cuando lleguen los resultados y vayas a prisión hasta que el culo del Diablo se congele.

—Quizás seas tú quien intenta incriminarme —afirmó el escritor.

Ambos miraron hacia Alex Hicks, que acababa de entrar en el calabozo. Tolliver le clavó la mirada mientras sonreía de manera taimada.

—¿Has oído eso, Hicks? Nuestro sospechoso piensa que hay una conspiración para convertirle en culpable —el sheriff se giró hacia el prisionero—. ¿Una conspiración del Gobierno? Puede que el asesino de Kennedy tenga algo que decir, o los extraterrestres del Área 51.

El ayudante no dijo nada. Al oír las nuevas risotadas de su superior supo que, realmente, estaba disfrutando con todo el asunto. Observó a George, quien estaba lejos de parecer un asesino de niños, y mucho menos la clase de hombre que mataba a su antigua suegra, o a su próximo ligue. Pero Hicks no podía asegurarlo; no sería la primera vez que alguien de aspecto inocente era algo más oscuro debajo de capas y capas de presunta normalidad.

—Cree que Carl Raimi, o Glory Fonter tienen la culpa de todo —prosiguió Tolliver—. También estoy yo, por supuesto. Cualquiera que no le caiga bien al señor Campbell, escritor de prestigio. ¿Qué crees tú, hijo?

—Sí, ¿qué crees? —George se aproximó a los barrotes. Vio la duda en los ojos del ayudante, y decidió aprovecharla—. Sé que no estás seguro de lo que está pasando. Así que te haré otras preguntas, por ejemplo, ¿no te extraña la insistencia de tu sheriff para conmigo?

Hicks volvió los ojos hacia Tolliver. Éste vio que él pensaba lo mismo.

—¿Por qué no crees, sheriff, que los asesinos sean los cinco criminales que mataron a mi mujer? —preguntó George.

—¡Porque tú los mataste!

—¿Cómo puedes estar tan seguro de eso sin pruebas, ayudante Hicks? —George volvió a dirigirse a su objetivo principal—. ¿Sabe quién lo tendría tan claro? Alguien culpable. Porque yo creo que fue Tolliver quién asesinó a esos delincuentes.

—Sólo cuentas chorradas —masculló el sheriff.

—A Hicks no se lo parecen —George señaló al hombre—. ¿Sabías que durante todo el caso sobre mi mujer se cometieron negligencias por parte de la policía de este pueblo?

El ayudante notó que Tolliver se revolvía, inquieto, en su sitio. Ya no parecía tan contento.

—Mientras mi mujer era apaleada hasta morir en un charco de su propia sangre, tu querido sheriff se tiraba a otra de las amables vecinas del pueblo. Seguramente lleno de alcohol hasta arriba, ¿me equivoco? —George miró a Jay Tolliver, quien se clavaba las uñas en las manos para evitar arrojarse contra él y darle un par de puñetazos.

—¿Tiene pruebas de eso? —logró preguntar Hicks.

—Claro, pero no las presenté porque Christine estaba muerta y nada me la iba a devolver, y menos quitarle el trabajo a alguien que me había visto crecer en este pueblo. Pero luego comenzó su persecución, y me lo pensé mejor, aunque el asunto nunca llegó a nada. Mis abogados incluso consiguieron estar cerca de averiguar que el señor Tolliver sabía de la cercanía de esos criminales a Shelter Mountain.

George se sentó en el camastro.

—Y no hiciste nada, sheriff —continuó—. Eso me lleva a preguntarme si tú mataste a esos asesinos, o quizás no lo hiciste, y simplemente me acosas porque sabes todo lo que tengo sobre aquel proceso.

—¡Gilipolleces! —aulló el sheriff. Hicks no lo notó convencido.

—Ayudante —George regresó a por Alex—, si yo hubiese eliminado a esos cinco criminales, habría hecho un favor al mundo, ¿por qué cree que de ser así me perseguiría alguien como Tolliver? A no ser que fuese él quién lo hizo. A no ser que su dejadez en sus funciones hubiera propiciado la muerte de mi mujer.

Hicks buscó respuestas en los ojos de su superior, pero sólo halló rabia, cólera y algo sorprendente: vergüenza. Todo lo que contaba el escritor ya lo había pensado él antes, y él no creía demasiado en las casualidades. Al menos, en las que eran tan intrincadas y complejas.

—¿Qué pruebas tiene de todo eso? —quiso saber Alex Hicks.

—Mis abogados las tienen. Pero, si su comportamiento obsesivo conmigo no fuera suficiente, dígame, ayudante Hicks, ¿ha llamado su sheriff al FBI por esta serie de muertes? Tenemos siete muertes en menos de una semana y, ¿dónde están los federales?

La boca de Hicks formó una «o» perfecta. Suponía que el sheriff ya los habría llamado, pero Campbell tenía razón: no había ni rastro de ellos. Tendrían que estar por el pueblo buscando pruebas, interrogando a testigos, escarbando en cada esquina, pero sólo estaban Witts, Tolliver y él mismo.

Nadie más.
—Sólo dice cosas que no entiende —fue la excusa del sheriff, la cual le pareció insuficiente al ayudante.
—Señor, el sospechoso ha recibido varias llamadas desde que está aquí, la última ha sido de uno de sus abogados. Le está esperando arriba al aparato —informó, no sin placer tras todo lo que acababa de escuchar.
Jay Lawrence Tolliver, sin mediar palabra con el preso, ni con su compañero de trabajo, subió a su despacho. Volvió pocos minutos después, con el rostro deformado por la rabia; Hicks se apartó para dejarle paso, temiendo que fuese a explotar en cualquier momento.
—Ayudante, abra la puerta de la celda y acompañe al sospechoso fuera de esta comisaría —ordenó para sorpresa de los presentes—. He hablado con tu abogado, escritor. Cuando llegues a tu cabaña llámale; te explicará que no puedes salir de Shelter Mountain hasta que no acabe la investigación. Ahora, vete a la mierda.
George sonrió tan ampliamente que el sheriff se vio obligado a subir para no sacar su pistola y matarlo allí mismo. Alex Hicks acató las órdenes de su superior, dejó libre a Campbell, que se lo agradeció, y le llevó hasta las puertas de la comisaría. En cuanto estuvo en el exterior, el escritor salió corriendo, no sin antes hacerle una advertencia:
—Tenga cuidado con Tolliver.
Una vez regresó al interior de la comisaría, Hicks se encontró con Tolliver, que parecía esperarle con los brazos en jarras.
—¿Qué le ha dicho para que lo soltase? —preguntó.
—Lo suficiente como para no querer que se libre esta vez por un jodido tecnicismo legal —gruñó Jay Tolliver—. ¿Te has creído toda esa mierda de ahí abajo? Porque necesito saber si mis putos ayudantes están conmigo o contra mí.
Hicks agradeció no tener que contestar cuando Cassandra Witts los interrumpió.
—Señor, tengo noticias.
—Estoy ocupado —protestó sin mirarla a la cara.
—Acabamos de recibir los resultados de las huellas, los análisis de sangre… Todo sobre los crímenes de los Hoyt y los adolescentes. Aún no han llegado los datos de la escena del crimen de Patricia Sheridan.
De repente, a Tolliver le pareció que Cassandra era la mujer más importante de su vida. No logró adivinar por su expresión si las huellas pertenecían o no al escritor.
—Señor, los datos son… sorprendentes —anunció.
—¡Sheriff Tolliver! —exclamó Doris desde su puesto.
—¡Estamos ocupados! —rugió.
—Ha llamado Marla Winters—informó la mujer sin importarle el tono de la contestación —. Tenemos un problema en el cementerio. Una tumba ha…
Las luces de toda la comisaría se apagaron, sumiendo el lugar en una oscuridad tan densa como el aparente lago tenebroso de Samuel Black. Witts observó que fuera había luz proveniente de las farolas, por lo que sólo ellos habían sufrido algún tipo de fallo en la red eléctrica.
—Tranquilos, enseguida saltará el generador de seguridad —recordó Tolliver. Esperaron unos minutos, pero las sombras seguían ocupando cada esquina de la comisaría—. Algo falla. Doris, sigue en tu puesto.
—De acuerdo —la secretaria se convirtió en una estatua. Su respiración, acelerada por la oscuridad, se pausó al saber que el sheriff lo tenía todo bajo control.
—Hicks, quédate con ella —tolliver se volvió hacia Witts—. Tú ve a por el generador de emergencia, a ver qué ha ocurrido para que no haya saltado.
—¿Y usted? —preguntó la ayudante.
—Yo voy a leer esto de una puta vez —contestó alzando al papel con los resultados de las huellas.
Los tres agentes de la ley se pusieron en movimiento al instante. Tolliver corrió a toda velocidad hacia su despacho, intentando no tropezar con nada en su camino, algo que logró hasta que accedió a su estancia personal, donde se golpeó una rodilla contra la mesa.
—Joder… —masculló.
Cerró la boca y dejó de tomar aire. Guardó completo silencio; le había parecido escuchar algo en el vestíbulo, pero no sabía decir exactamente el qué. En una situación normal, desde donde estaba hubiera podido vislumbrar fácilmente el origen de aquel ruido pero, con todo inmerso en aquella penetrante negrura, le costaba ver sus propias manos.

Rebuscó en los cajones de su escritorio hasta dar con una linterna. Cuando quiso encenderla, descubrió que le faltaban pilas, así que tuvo que revisar otra vez los cajones. En el último de ellos halló las necesarias para que funcionase. Al instante señaló con el haz de luz hacia el documento y, entonces, pudo ver con claridad los resultados.

—No es posible —susurró.

Levantó la cabeza al oír el inconfundible y atronador sonido de una pistola al dispararse. Sacó su revólver e iluminó el camino con la linterna, sin dejar de apuntar en ningún momento con pulso firme.

—¿Hicks? ¿Doris? ¿Qué ha sido eso?

Silencio completo y absoluto.

Algo se movió por su izquierda, en dirección a la zona del calabozo. Apuntó al lugar con la linterna, pero no encontró nada. Pasos por su derecha. Barrió el terreno con la luz artificial, pero siguió sin localizar nada concreto que provocase aquellos ruidos. Pero los escuchaba, de eso no cabía ninguna duda.

Siguió avanzando. Gracias a la linterna pudo recorrer el camino como si fuese de día. ¿Por qué tardaba tanto Witts en arreglar el generador de emergencia? ¿Y quién había disparado?

Un grito hizo que se diese la vuelta. Provenía del calabozo.

Reconoció la voz de Cassandra pidiendo ayuda durante un breve instante antes de callarse. Una serie de risas subió desde la zona.

—¡Qué cojones está pasando! —aulló Tolliver. Notó gotas de sudor cayéndole desde la frente. El miedo flotaba en ellas. Pronto, el hedor le rodeó. El terror estaba en cada esquina, en cada sombra, en cada mueble oculto, esperando para saltarle encima en cualquier momento. Y él lo sabía.

Oyó a alguien ahogándose en la parte donde trabajaba Doris. Tragó saliva, aguantó la respiración y apretó el arma con fuerza. Se sentía cómodo con ella, seguro, a salvo. No había nada en el mundo que no pudiera hacer con el revólver acompañándole. Deseó que el escritor estuviera allí para poder demostrárselo.

Iluminó la silla de Doris. Allí estaba la mujer, con sus vaqueros apretados y su blusa hortera de siempre. Se encontraba sentada y le daba la espalda como si no fuese digno de su atención.

—¿Doris? —murmuró Tolliver.

Le dio la vuelta a la silla. La imagen de Doris con el teléfono de recepción clavado en su cráneo le sobrecogió de tal manera que estuvo a punto de salir corriendo al exterior de la comisaría. Durante un breve instante supo con certeza que el mal existía, no el que tenía que ver con ladrones, traficantes o maltratadores, sino el auténtico mal.

Al girarse para ir al calabozo a ayudar a Witts, la linterna iluminó otro cuerpo al fondo de la estancia. Estaba tirado contra la pared. Su vientre estaba abierto en una extraña gran sonrisa sangrienta. Lo que pensó que eran serpientes resultaron ser los intestinos de la víctima, grises y manchados del valioso fluido vital.

El rostro de Alex Hicks desprendía horror. Sus ojos abiertos y vacíos, su boca cerrada y cubierta de sangre, su pelo desordenado, su frente aún sudorosa… Tolliver había visto muchas cosas en su vida, pero aquella escena le hizo querer sacarse los ojos o arrancárselos al culpable.

No tenía sentido tomarles el pulso a ninguno. Ambos estaban muertos.

Unas leves risas llamaron su atención desde la otra punta de la comisaría. El sheriff encaminó sus pasos hacia el lugar. Por primera vez desde que trabajaba allí, se sintió vigilado, amenazado y, sobre todo, superado.

Buscó la salida con los ojos. Las puertas del recinto le parecieron terriblemente apetecibles.

Justo en ese momento, varios pasos le rodearon, atrayéndole hacia las sombras. Movió la linterna para iluminar su camino de nuevo. El haz de luz rozó a una figura de ropas estropeadas. Había algo más en su aspecto que no le gustó nada a Tolliver, pero una cosa era segura: no se trataba de George Campbell.

—Poli —susurró una voz a su derecha.

—Poli, poli —masculló otra a su izquierda.

—Poli gordo, poli —murmuró una tercera detrás de él.

—Poli gordo y borracho —le provocó otra nueva a unos metros por delante.

Tolliver giraba y giraba como si estuviera en un tiovivo fabricado de oscuridad. Miedo, terror, cansancio, agotamiento, nerviosismo y pánico se unieron en un solo perfume que

acarició su cuerpo. Cuando recibió el primer zarpazo en la cara que lo arrojó al suelo, sintió una repugnante calidez en su entrepierna.

Mientras caía, disparó a todas partes, tratando de alcanzar algún objetivo. Oyó cómo el techo era tiroteado, luego una mesa, también la explosión de un monitor de ordenador y algo blanco que reconoció como un cuerpo, pero nadie gritó de dolor, nadie cayó a su lado y nadie se quejó.

Una mano muerta de uñas rotas y afiladas le agarró el rostro. Al ver el semblante de su dueño, Tolliver rezó por primera vez en años.

—No lo hagas sufrir —dijo otro monstruo salido de entre las tinieblas. El sheriff pensó que un virus devorador de carne se había dado un festín con él—. Sin su descuido no habríamos podido entrar en este pueblo, y la señora de Georgie seguiría viva.

Tolliver abrió los ojos lo máximo que pudo. El zombi sonrió.

—Así es, sheriff. Por cierto, tenía usted razón: el escritor nos mató.

El ser que aferraba la cara del hombre la golpeó contra el suelo una, y otra, y otra vez, hasta convertirla en un amasijo de carne apabullada, huesos quebrados y sangre desparramada.

Lo último que cruzó por la mente de Jay Lawrence Tolliver es que tenía razón.

Él tenía razón.

Y el escritor también.

6

Mientras en la comisaría todos eran despedazados, George llegaba a su cabaña. Tuvo que pararse en el porche a tomar aire. Los pulmones amenazaban con explotarle dentro del cuerpo. Las manos le temblaban, y tenía un tembleque inexplicable en las piernas. Alguien maulló a su derecha.

—Hola, Jonesy —saludó.

El felino respondió con otro maullido. Se restregó contra las piernas del hombre, haciendo que éste sonriese y se lo agradeciera con un par de caricias.

—Ahora estoy… —George tomó otra gran bocanada de oxígeno—. Estoy ocupado, gatito. Tengo que ir a por mi amigo.

Aunque tenía ganas de sentarse, no tenía tiempo. Debía llamar a Robert para asegurarse de que hubiera salido de Shelter Mountain. Existía la posibilidad de que no cogiese el teléfono y, si eso pasaba, sólo había dos opciones; la primera era muy buena, y la segunda… no quería imaginársela.

No, con Robert no. Era lo único que le quedaba.

El escritor divisó su coche. Tras él, el bosque le llamó, invitándole, incitándole a entrar en sus dominios, donde sus fantasmas esperaban. Los esqueletos en el armario. Había esqueletos, pero el armario era muy grande, tenebroso y perverso en cierto modo.

Buscó con los ojos el recuerdo de Christine, pero no lo encontró. Le extrañó, ¿cuánto hacía que no la veía?

Quizás no estés tan loco después de todo

Y, entonces, apareció en su mente. La esquiva idea que la noche anterior no pudo atrapar se acababa de detener en su cerebro y le observaba como un cervatillo ante los potentes faros de una camioneta.

Era tan obvio que tuvo ganas de golpearse la cabeza hasta aprender la lección.

Las cinco tumbas.

Sin despedirse de Jonesy, echó a correr de nuevo, con fuerzas salidas de la nada. Corrió y corrió a través de la maleza, a pesar de la oscuridad, de las tinieblas que deseaban agarrarle.

A pesar de las sombras que se inclinaban a su paso, invitándole a quedarse allí con ellas para siempre.

Le sorprendió hallar el lugar de los montículos de tierra de noche, sin más luz que la de la luna. Dio con las señales dejadas, con la mancha de sangre en el árbol y vio las tumbas.

Abiertas. Sin los cuerpos.

Todo cobraba sentido.

7

Regresó a la cabaña sintiendo la sangre golpeando sus sienes. Sólo había una explicación posible a lo que acababa de descubrir.

Alguien logró encontrar los cadáveres.

Glory Fonter fue el primer nombre que pronunció su mente. Sí, ella le había estado siguiendo, vigilando, acechando. Seguro que cuando se pasó por las tumbas, tras visitar el lago, ella le vio. ¿Habría desenterrado inmediatamente después los cuerpos, o quizás esperó hasta que fue encerrado en el calabozo de la comisaría?

Cuando llegó a su hogar, Jonesy ya no se encontraba en el porche. El escritor pensó en bajar al sótano y revisar el ladrillo suelto, pero no tenía tiempo. Ya había perdido demasiado, y Robert estaba en peligro. Ni siquiera intentó llamarle por teléfono; se montó en el coche y condujo hasta la gasolinera, percibiendo cómo cada sombra del bosque se reía de él.

«Lo sabíamos».

«Idiota, acabas de descubrir lo evidente».

«Te la han jugado».

«Perderás todo lo que tienes».

Salió a la carretera principal como una exhalación. Si otro vehículo hubiera pasado en aquel momento por la vía, se habría estrellado contra él sin remedio. Miró varias veces a su derecha, buscando el consuelo del recuerdo de Christine, pero seguía sin aparecer. Tan ensimismado estaba que no vio la negra columna de humo que atravesaba el cielo nocturno.

—Cariño, me ayudaría mucho tenerte aquí —susurró George.

Christine continuó desaparecida. Se había ido, y su recuerdo también.

George apretó a fondo el freno cuando vio la bola de fuego en la que se había convertido la Caja de Raimi. Si no hubiese llevado el cinturón de seguridad, una tarea que siempre realizaba en cuanto su culo tocaba el asiento del piloto, el volante le habría abierto una buena brecha en la frente.

No le importó que el automóvil se quedase en mitad de la carretera. Salió al exterior, totalmente perplejo, para contemplar la infernal estampa que tenía a unos metros de él. Desde donde estaba, logró sentir el calor en su piel; no era agradable, a pesar de eliminar el penetrante frío de aquella noche maldita.

La espectral luz de las llamas iluminaba toda la vía y parte del insondable bosque que rodeaba la zona, dándole un aspecto aún más siniestro del que ya poseía. El horror se apoderó de George al divisar el cartel que rezaba «La Caja de Raimi» siendo devorado por las llamaradas que parecían morderlo como malvados duendes.

El escritor despertó. Corrió hacia la gasolinera, no sin cuidado, pues aún no tenía claro si todos los depósitos de gasolina habían ya explotado. Si quedaba alguno, probablemente moriría en una brutal deflagración antes de darse cuenta, pero tenía que ver si su amigo estaba allí. Si aún podía hallar una señal que le indicase si estaba bien o, muy al contrario, había perecido víctima del fuego.

Era una locura, pero se lo debía.

Al aproximarse unos cuantos metros más, comprobó que la parte trasera del

establecimiento no estaba ocupada por las llamas. Decidió dirigirse allí, empujado por la extraña sensación de que descubriría lo que andaba buscando. Trozos del negocio de su amigo lo adornaban todo y, entre ellos, un reguero de sangre que conducía al bosque.

Lo siguió sin pensárselo dos veces. Cuando vio que le llevaba al sendero secreto que sólo Robert y él conocían, supo inmediatamente qué encontraría al final.

No tardó mucho en topar con Robert. Se agachó para tomarle el pulso, pero carecía por completo de él. A pesar de ello, el cuerpo todavía estaba caliente, lo que indicaba que no hacía mucho tiempo de su muerte.

Giró lo que quedaba de su mejor amigo. El escritor cerró los ojos en un acto reflejo de dolor al contemplar las heridas de las muñecas y el gran agujero en su garganta.

—Joder, Robert, te dije que te fueras —masculló George, intentando contener las lágrimas —. ¡Joder! ¡No necesitaba que te quedases!

Dispuesto a lamentarse sobre el fallecido, se detuvo cuando divisó, justo a su lado, un nombre escrito con sangre.

«Carl».

Al principio, creyó que su amigo había querido dejarle la identidad del asesino, pero George dudaba bastante de que Carl Raimi hubiera asesinado a su hermano para poder incriminarle a él. El cura era muchas cosas, pero ninguna de ellas tenía que ver con derramar la sangre de su familia. No, Robert le había indicado la dirección a tomar, y no era esa.

—Mensaje captado.

Abrazó por última vez a Robert Raimi y regresó al coche, con el que dio la vuelta, en dirección al pueblo. Aminoró la velocidad justo al entrar en el corazón de Shelter Mountain; no quería que sus vecinos sospechasen nada, y mucho menos que se percatasen de su presencia. No tenía tiempo que perder con gente equivocada y guiada por sus instintos más básicos. Aunque Tolliver no le creyese, tenía que acudir a él.

Encontró tan vacías las calles del pueblo como el interior del bosque que guardaba su terrible secreto. Tuvo en cuenta que era de noche, y una hora bastante avanzada, pero no tenía ningún sentido, ¿habían obedecido al sheriff a rajatabla? ¿O había ocurrido algo peor?

Le bastó detenerse frente a la comisaría y observar la oscuridad que caminaba por su interior para entender que la muerte acechaba por el reino particular de Jay Tolliver. Observó desde el vehículo las pocas tinieblas que mostraba el recinto. Decidió bajar y entrar, a pesar de que ya sabía el resultado que obtendría.

En cuanto puso un pie en el interior, un fuerte hedor le apabulló. El recuerdo del encuentro con un perro muerto comido por los insectos, en una de las salidas de caza con su padre, le golpeó el cerebro. Había algo más aparte de la peste a muerte y podredumbre. Una estela como la que dejaba un cometa al pasar. La misma que se dejaba tras un asesinato, cuando alguien descargaba sobre otra persona toda la rabia, la frustración y la violencia que encerraba en su interior.

No le costó dar con el cuerpo de Tolliver. Lo reconoció por el uniforme; si hubiera tenido que hacerlo por su rostro, se habría pasado años allí observándolo. No, aquel no era el cadáver que despedía aquel aroma pútrido y sofocante.

Curiosamente, no sintió alegría o sosiego frente al desfigurado sheriff. Sabía lo negligente que había sido con lo de Christine, pero nadie era merecedor de aquel destino. Nadie como Tolliver. Era un capullo, no un asesino, un violador o, simplemente, un criminal.

Salió de allí a toda velocidad. Tenía que ir a la iglesia a avisar a Carl, no sólo de la muerte de su hermano, sino de que quien había acabado con su vida y reducido a cenizas la Caja de Raimi iba ahora a por él. Si no se encontraba en la iglesia tendría un serio problema, pues no recordaba dónde vivía.

Nunca necesitó saberlo.

Tenía la opción de llamar a casa de algún vecino, pero pocos estarían de su parte, por no decir ninguno. Pedir ayuda en Shelter Mountain era, en ese momento, como jugar a la ruleta rusa con un revólver con el tambor completamente lleno.

Ni siquiera se detuvo a intentar usar el teléfono de la comisaría. Sólo hacía falta conectar todas las piezas para saber que no funcionaría, así que echó a correr hacia la iglesia. Agradeció que sus piernas y también sus pulmones se hubieran acostumbrado ya a las grandes dosis de ejercicio que les estaba suministrando en tan poco tiempo.

En cuanto llegó a su destino y empujó las puertas para acceder a su interior, dio las gracias a Dios por hallarlo abierto. Eso significaba que Carl estaba allí, y que además no dormía. La miríada de velas encendidas en uno de los altares, y un par de bombillas despidiendo luz en

pequeñas zonas del lugar, se lo confirmaron.

—¡Carl! —chilló el escritor.

Nadie respondió. Encaminó sus pasos hacia el púlpito desde donde el cura pronunciaba los sermones a su rebaño. Los bancos permanecieron inalterables a su paso, testigos mudos de un encuentro que, tarde o temprano, tendría que producirse.

—¡Carl! —volvió a llamar George.

La puerta que daba a la parte trasera de la iglesia se abrió. Carl Raimi cambió su expresión de asombro por una de pura furia ante la presencia de George Campbell. Le señaló, acusadoramente, con un dedo.

—Tú no puedes estar aquí —el llamado hombre santo rodeó la plataforma y se encaró con el escritor—. ¡Deberías estar encerrado! ¡Tolliver me dijo…!

—¡Tolliver está muerto! ¡Tienes que salir de aquí!

Carl se quedó sin habla. George tuvo pena de él.

—Tu hermano… está muerto. Robert está muerto —logró soltar—. Tenemos que irnos. Hay que llamar a la policía.

—¿Qué has hecho? —Carl volvió a pasar de la confusión a la furia en un solo segundo—. ¡Qué has hecho! ¡Has matado a mi hermano! ¡Asesino!

Empujó al escritor hasta hacerle retroceder. George aguantó en su sitio un par más de choques; el tiempo no le permitiría enzarzarse en una estúpida pelea con el cura. Debían salir de allí inmediatamente.

—¡No he matado a Robert! —juró George.

—¡Lo has asesinado, y ahora vienes a amenazarme! —Carl señaló la enorme cruz con la figura de Jesucristo que se hallaba en la pared del fondo, presidiendo la iglesia—. ¡Él te observa! Sabe que mataste a esos criminales, ¡y ahora vienes a por las buenas gentes de este pueblo!

Mientras el único Raimi que quedaba chillaba, George observó que algunas de las velas se apagaban sin que mediase la más leve brisa de aire. Volvió a tener la misma malsana sensación que al observar el oscuro bosque. Algo malo iba a ocurrir, sólo que ahora le pillaría justo en el centro.

—Carl, tenemos que irnos —insistió el escritor.

—¡Asesino! —repitió Carl—. ¡Confiesa tu culpa! ¡Confiésalo! ¡Haz las paces con Dios!

Todo se le vino encima a George. Estaban en peligro y aquel chalado no quería salvarse. No quería salvar a nadie, en realidad. Sólo estaba preocupado porque él admitiese su culpa. No le importaba nada más. Le acababa de confirmar la muerte de Robert y ni siquiera lo había lamentado.

George explotó.

—¡Fui yo! Yo maté a esos animales. Los busqué, los investigué, los vigilé y, finalmente, los asesiné —reveló—. Y no me arrepiento de ello.

Carl se echó hacia atrás, temiendo por primera vez y de verdad que el escritor terminase con su vida allí mismo.

—¿Eso es lo que querías escuchar? ¡He mentido a todo el mundo! ¡Todos llevabais razón! Y ahora alguien ha averiguado dónde tenía escondidos los cadáveres de esos desechos humanos, y va a por todos vosotros. ¡Soy un asesino! ¿Satisfecho?

Las bombillas que compartían su tenue luz con los hombres explotaron. Unas risitas que hicieron que George y Carl se encogiesen instintivamente reverberaron por toda la iglesia. Ambos percibieron un matiz maligno en ellas.

Un extraño sonido, como el de una sandía al caer desde gran altura y reventar, apartó a las risotadas. George clavó sus ojos en Carl y, gracias a la poca luz que entraba del exterior, consiguió ver la mano que atravesaba su pecho. La expresión del cura nadaba entre lo ridículo y lo terrorífico. El escritor no supo reaccionar al contemplar la sangre derramada sobre los hábitos de Raimi, que ni siquiera pudo rezar antes de caer al suelo y morir, dejando paso a la figura que lo acababa de asesinar.

Pese a la garra grisácea llena de sangre. Pese a las ropas ajadas. Pese a su aspecto de ultratumba. Pese a su rostro deformado por la muerte y la tierra. Pese a eso y más, lo reconoció. Supo quién era el ser que acababa de masacrar el cuerpo de Carl Raimi.

Travis Clemens.

—Yo sí estoy satisfecho, Georgie —gorjeó el muerto.

George oyó pasos que le rodeaban. Entre las sombras pudo distinguir a más criaturas como la que tenía ante sus ojos.

Entre los bancos, sentado en uno de ellos, descubrió a Jack Hollister, que le guiñó un ojo que expulsó un apestoso líquido negro. George lo reconoció por el agujero en el pecho que él mismo le había hecho ocho meses atrás.

Tras él, divisó a Fred Doe, al que había lanzado por una ventana. Observó que varias tiras de cinta aislante adornaban su cabeza. El criminal muerto gruñó al clavar sus ojos en el escritor; tenía ganas de desgarrarle la garganta con los dientes, pero Travis tenía otros planes para él.

George miró hacia su derecha. Allí estaba también Charles Ray. Su cuerpo sin cabeza se aproximó para que pudiera ver que la llevaba entre sus manos. El escritor recordó con un placer nada culpable el momento en el que lo decapitó.

Y junto a Travis Clemens, Campbell halló a Henry Lee Clemens. Tan sádico como Travis, pero con gustos mucho más extraños y que tenían que ver con niños. Una carroña de la peor clase a la que le encantó matar mediante una buena paliza.

Pero allí estaba. Vivo, o algo parecido. De pie, frente a él.

—¿Sorprendido de vernos, Georgie? —preguntó Travis.

El escritor no respondió. Notaba la boca pastosa. El cuerpo de Carl Raimi le provocó ganas de vomitar, no por cómo había muerto, sino porque le hizo creer que estaba en una pesadilla. En una película de terror. En una de sus novelas sobre personas normales y corrientes que eran acosadas por fuerzas de otro mundo.

—Supongo que sí —el zombi sacudió una patada al cura caído—. ¿No me vas a dar las gracias? Vamos, este asqueroso no podía ni verte. ¿Ni siquiera un saludo de bienvenida? Hemos vuelto a por ti, Georgie. ¡Al menos creo que nos merecemos eso!

George negó con la cabeza. Aquella era la prueba palpable de que había perdido completamente la cabeza. Adiós, George Campbell, escritor de prestigio. Hola, George Campbell, portador de una bonita camisa de fuerza de un impecable color blanco.

—Si no quieres hablar, lo haremos nosotros —continuó el muerto andante—. Hemos matado a tu nueva puta, o a la que iba a serlo. Hemos matado a la vieja de tu antigua puta. Hemos acabado con tu mejor amigo que, por cierto, era el único con huevos de este sitio. Y ya has visto que este párroco hipócrita tampoco nos ha durado mucho. Algunos más han caído en nuestro camino pero, ¿sabes quién es el siguiente?

Los monstruos rieron al unísono. Travis le señaló.

—Tú. Y luego, vamos a quemar este puto pueblo hasta los cimientos.

El escritor tuvo suficiente. Se levantó y salió corriendo, huyendo de aquellas criaturas, perseguido por sus risas, por sus macabras promesas y por sus horribles aspectos. Corrió y corrió, intentando dejar sus pecados atrás.

Los fantasmas que guardaba en el bosque se habían liberado, y eran reales.

TERCERA PARTE

LO QUE ESTÁ MUERTO DEBE SEGUIR MUERTO

Klaatu Barada Nikto
El ejército de las tinieblas

NO SE HUYE

1

Christine Simmons notaba el miedo empujándola para que corriese. Su cuerpo deseaba rendirse, dejarse caer, suplicar por su vida; quizás, si les juraba que no diría nada, que les dejaría llevarse lo que quisieran, tendrían compasión.

No, no podía. Habían golpeado a George. Era ella la que no iba a darles ni una pizca de compasión. Ni un minuto de tregua.

En cuanto pudiera llegar a la comisaría, avisaría a Tolliver, que siempre la trataba bien, y éste los perseguiría antes de encerrarlos para siempre. Nadie entraba en su hogar y hacía daño a la persona que más quería sin las consecuencias pertinentes.

Pero lo principal en ese momento era huir.

Fintó a través de los árboles, tratando de que no la viesen con claridad. Podía escucharles tras ella como una manada de perros rabiosos. Frente a ella la oscuridad parecía reírse de su infortunio. Pensar en que el tenebroso bosque repleto de secretos, historias y leyendas podía estar divirtiéndose a su costa, hizo que acelerara aún más el paso. Durante un instante dejó de percibir el agrio aliento de los criminales en su nuca; quizás lo conseguiría.

Cuando sus ojos divisaron la fría e interminable carretera, su corazón dio un vuelco de alegría.

Saltó hacia la vía. Sopesó las opciones; si se quedaba a esperar que cruzase algún vehículo, sus acosadores tendrían la ocasión de alcanzarla; si corría por el camino, hasta el pueblo, la verían con claridad.

El bosque era su única opción. Seguir dentro de la maleza. Ella conocía bien la zona; podría aproximarse al lago y rodearlo hasta llegar al corazón de Shelter Mountain. Algún vecino la ayudaría, irían juntos a la comisaría y el sheriff lo resolvería todo.

Se giró hacia los gritos de los perseguidores. ¿Serían los cinco, o sólo unos pocos? Si eran dos, no tendrían nada que hacer en aquel sitio. La noche y la espesura les harían ir más lentos, mientras que ella estaba más que acostumbrada.

Si eran los cinco, lo tendría mucho más difícil.

Encaminó sus rápidos pasos hacia el bosque que la esperaba delante. El paisaje volvió a ser el mismo: plantas, rocas, tierra, troncos, maleza y densas sombras que daban la impresión de escurrirse a su alrededor como si tuvieran vida propia.

Pronto dejó de escuchar a los criminales. No se detuvo a pensar si se habían rendido o si se encontraban perdidos. Prosiguió su huida hacia el lago; en cuanto viese la colosal extensión de agua, sabría que estaba en el buen camino. Mientras tanto, no se pararía por nada.

Tras largos minutos corriendo, se vio obligada a detenerse para tomar aire. Le pareció extraño que no hubiera llegado ya al lago, ¡ni siquiera lo divisaba! Le dio la impresión de que

se hallaba en lo más profundo del bosque, una zona donde sólo se hubiera atrevido a ir con el sol en lo más alto del cielo.

No tenía ningún sentido. Conocía bien la zona, tanto como se conocía a ella misma. ¿Cómo había podido perderse? ¿El miedo era el culpable? ¿La noche? ¿La oscuridad que retozaba tras cada árbol, aquella que se reía de lo que estaba padeciendo?

De repente, alguien saltó sobre ella. Christine trastabilló por el golpe y se estrelló contra un tronco, que se manchó con la sangre sus labios recién desgarrados. La mujer sintió un ligero mareo que se le pasó en cuanto observó que el atacante era uno de los criminales. Se levantó, intentó salir corriendo pero de las tinieblas surgieron otros dos que le cortaron el paso. Retrocedió, pero los que faltaban se lanzaron a por ella y la arrojaron a la fría tierra.

—¿Adónde ibas, guapa? —preguntó Travis Clemens con una sonrisa de victoria en el rostro.

Christine intentó levantarse, pero Henry Lee Clemens y Jack Hollister la sujetaron contra el suelo. Travis se giró hacia Fred Doe, que se mantenía a unos metros de distancia; su carácter profesional le impedía participar en lo que pensaba que sus colegas iban a llevar a cabo. Charles Ray se situó encima de la mujer.

—¿Qué haces aquí? Pensaba que estabas con el marido —protestó Travis.

—El marido está inconsciente —respondió Fred.

Charles empezó a toquetear a Christine por encima de la ropa, mientras sus ojos mostraban claramente lo que quería hacer con ella.

—Sí que está buena —susurró, pasándose la lengua por los labios de manera lasciva. Metió las manos por debajo de la parte superior del pijama de Christine, quien se revolvió de nuevo entre lloros. Lo hizo con suficiente fuerza como para liberar una de sus manos y golpear con brutalidad a su acosador en la cara—. ¡Argh! ¡Zorra! Me has roto la nariz.

El criminal sacudió una patada a la mujer que le abrió una enorme brecha en uno de sus pómulos. Travis retiró a su compañero mientras la esposa de George Campbell intentaba no desmayarse ante el tremendo golpe.

—Charles, yo te enseñaré cómo lo hace un hombre —el delincuente miró a Henry y a Jack —. ¡Sujetadla bien u os mato!

—Sí, pero luego vamos nosotros —declaró su hermano.

—Si queda algo será vuestro —Travis pegó su cuerpo contra el de la mujer, haciendo que esta gritase con más fuerza al notar su erección—. Te gusta, ¿eh? Esto no te lo da tu marido.

Sin darle tiempo a responder, metió sus sucias manos dentro del pantalón de Christine. Tan distraído estaba intentando tocar su intimidad que no notó que la mujer incorporaba su cabeza hasta acercar la boca a su rostro. Cuando quiso darse cuenta ya era demasiado tarde; los dientes de su víctima se llevaron un buen pedazo de mejilla.

—¡Joder! ¡Ah! ¡Joder! —el criminal se horrorizó al descubrirse las manos manchadas con su propia sangre. El dolor se extendió por su cuerpo, provocándole un irrefrenable deseo por destrozar a quien lo había provocado—. ¡Zorra!

Empezó a lanzar potentes puñetazos a Christine. La sangre voló por los aires, al principio en soledad, unos segundos después, acompañada de dientes y trozos de hueso. Henry y Jack se unieron a la paliza. Charles no se pudo resistir. Fred no participó, pero se quedó contemplando el pavoroso y cruel espectáculo, esperando a que acabasen para poder seguir con el robo a la casa.

—¡Christine!

Travis fue el primero en reaccionar ante el grito. Se giró y vio a George Campbell aproximándose con una mirada repleta de cólera. No sabía de dónde había salido, ni cómo les había encontrado, pero iba a solucionarlo.

Sacó la pistola que llevaba bajo la camisa, apuntó al escritor y disparó, deteniéndole al instante como si lo hubiera convertido en piedra. El criminal se rió al observar el rostro confundido del hombre mientras caía al suelo con una herida de bala en el estómago.

—Menudo idiota —gruñó Travis, incorporándose.

—Joder, hermano, apenas has dejado nada para nosotros —Henry Clemens tomó el pulso a Christine, cuyo rostro era un amasijo de sangre derramada y huesos quebrados—. Mierda, está muerta.

—Mejor. No merecía la pena, y ahora vamos a robar con tranquilidad en la casa —afirmó Travis.

—¿Y el marido? —preguntó Fred.

—Déjalo que se muera ahí —respondió Travis.

A continuación, se alejaron.

George Campbell notó que la oscuridad se cernía sobre él mientras trataba de alcanzar a su mujer. A Christine, que no respiraba, ¿por qué no respiraba?

¿Por qué la razón de su existencia no se movía?

2

George detuvo el coche justo al lado del cartel que señalaba la entrada al camino que conducía al pueblo. Leyó «Shelter Mountain» y sonrió amargamente al recordar cómo lo había leído días antes con el nerviosismo pegado a su piel y con diferentes ideas metidas en su cabeza de escritor.

En ese instante sólo sentía miedo. Un pánico atroz. Por lo que sucedía, por lo que acababa de ver, por quienes le perseguían y, sobre todo, porque parecían capaces de cumplir lo que prometían.

Miró a su derecha. El recuerdo de Christine seguía sin volver.

Ni siquiera un recuerdo permanecía a su lado.

Dejó escapar una serie de carcajadas que prometían mantener lejos a su cordura durante unos largos minutos. Cuando acabó, se echó hacia atrás en el asiento y disfrutó del silencio de la zona. Lo echaba de menos; el silencio, la quietud sin nada maligno detrás. No sospechar de nadie, la carencia de miradas furtivas y acusadoras, la normalidad, la monotonía. Echaba de menos sentirse mentalmente sano.

Echaba de menos a Christine.

En la ciudad estaría a salvo. O eso suponía. Que esos monstruos se encargasen del pueblo, al fin y al cabo, se lo merecía. Shelter Mountain sólo estaba lleno de gente que le odiaba por matar a cinco personas que se lo merecían. Y lo sabían, eso era lo peor, lo sabían, pero no querían admitirlo. Porque todos debían parecer impolutos, sensatos, buenos, intachables; una comunidad de hipócritas inundada de cuentos de terror que, algunas veces, se hacían realidad.

Sabía lo que habría dicho Christine sobre todo lo que estaba pensando. Le hubiese obligado a regresar.

Y tendría razón.

Grace y su hijo Billy no se merecían lo que iba a pasarles. Leo Jones no se lo merecía. Toby Leeds tampoco. Ni siquiera Samuel Black y la señora Winters. Ni los niños, ancianos, mujeres y hombres que no entendían de qué iba todo.

Tampoco Wanda Chill, ni Danny Ford. Ni la familia Hoyt. Ni Patricia Sheridan. Ni los ayudantes Hicks y Witts. Ni Doris. Ni siquiera Carl Raimi, Jay Tolliver y Glory Fonter.

Y mucho menos Mary Simmons.

Y Christine era la que menos lo merecía.

Era la hora de dejar salir aquella ira que había estado acumulando. La cólera creada por sentirse acosado, vigilado, juzgado y manejado como una marioneta. La rabia por haber dudado de su estabilidad mental cuando era el más cuerdo de Shelter Mountain.

—No voy a ser el horno de mi madre, cariño —murmuró.

Dio la vuelta al coche y se dirigió a enfrentarse a sus fantasmas, más literales que metafóricos. Estaba harto de huir, de esconderse, de fingir, de mentir.

Se sintió en paz mientras apretaba el acelerador.

3

Esperaba encontrarse a los muertos vivientes rodeando la cabaña pero, por fortuna, la soledad era la reina del lugar.

Detuvo el automóvil donde siempre y, sin ni siquiera cerrar la puerta, corrió hasta el porche. Jonesy estaba allí parado. Le miró como si siempre hubiese sabido que volvería para luchar contra sus demonios.

—Métete dentro. Esto no va a ser bonito —dijo George abriéndole la puerta.

El gato obedeció sin dudar. El escritor le siguió, se dirigió hacia el sótano, encendió la luz y bajó a toda prisa. No sabía por qué no estaban ya allí los asesinos, pero no pensaba desaprovechar esa oportunidad.

Durante un instante se sintió a salvo allí abajo. Pensó en que podría ocultarse. Atrancaría la puerta y, cuando las primeras luces del alba acariciasen la cabaña, saldría, ya a salvo. Pero regresarían a la noche siguiente, si es que no podían rondar también por el día. Y, en todo caso, acabarían por descargar su rabia contra el pueblo; les daría igual que hubiese muerto antes o después, arrasarían Shelter Mountain por el simple hecho de no dar con él.

No, todo terminaría esa noche. De un modo u otro.

Encaminó sus pies hacia el fondo del sótano. Tocó la pared hasta dar con el ladrillo suelto, lo retiró y metió una mano dentro. Luego, introdujo la otra y descubrió un saco de donde extrajo varios artículos envueltos en paños. Al dejarlos al aire observó la escopeta y la pistola con las que había asesinado a los cinco criminales.

Soltó las armas en el suelo y volvió a acceder al agujero en la pared. La munición sobrante de su cacería humana ochos meses atrás seguía allí. La pistola parecía encontrarse en buenas condiciones, al igual que la escopeta. Las cargó en pocos minutos y salió del sótano hacia el exterior de la casa.

Los monstruos seguían sin llegar. Apuntó a un par de troncos caídos próximos y tomó aire. Disparó un par de veces con la pistola, que retumbó en su mano con normalidad; la escopeta la imitó. Funcionaban perfectamente a pesar de no haberlas usado en ocho meses, pero no podía siquiera sacarlas de su escondite. Eran las únicas pruebas sólidas que Tolliver hubiese tenido contra él.

También usó un hacha, pero el mango lo quemó nada más volver a la cabaña, tras enterrar los cuerpos, y la cabeza la lanzó al lago, donde no se hallaría jamás. Si el sheriff hubiera buscado mejor, él estaría en la cárcel, pero Tolliver fue torpe hasta con su obsesión personal.

Al pensar en el hacha usada para cortar la cabeza de Charles Ray, buscó la que se compró días atrás en la carpintería de Leo Jones. En cuanto la vio, a pesar de la oscuridad reinante, la tomó entre sus manos y regresó al interior de la cabaña sin cerrar la puerta. Clavó el hacha cerca de la puerta, para tenerla a mano; luego, subió al segundo piso para soltar la escopeta en un lugar accesible, y se guardó la pistola bajo la camiseta.

Su siguiente viaje fue al sótano una vez más, de donde subió los listones de madera comprados a Jones y, de paso, la motosierra. Al verla, un siniestro brillo inundó sus ojos; la espada del aparato le trajo promesas de venganza y rabia desatada.

Sacó varios listones afuera y los situó en cuatro montones alrededor de la casa. Los cubrió con hojas secas, hierba, ramas y un par de pedazos de troncos muertos, no demasiado grandes. No tardó en ir a por un bidón de gasolina y esparcir un poco sobre las pilas a las que, en cuanto pudo, prendió fuego, formando cuatro grandes hogueras que guardaban la cabaña.

George se internó en la casa una vez acabado el trabajo. Gracias a aquellas enormes fogatas podría ver a los zombis cuando apareciesen a menos de cinco metros de la vivienda. Ya no se escurrirían más entre las sombras; era el momento de que todos se vieran bien las caras.

Clavó listones en todas las ventanas. Jamás pensó usarlos para aquel fin, pero le alegró saber que los tenía ahí. También obstruyó las puertas, a las que, después de arropar con las tablas repletas de clavos, colocó encima varios muebles; la nevera, acompañada de un par de sillas y un sillón para la puerta trasera, y el sofá del salón para la entrada, que la tenía más a la vista.

Abrió todos los cajones de la cocina y los arrojó al suelo. Colocó todos los cuchillos y tenedores en la mesa del salón, para que estuviesen a mano. También un par de linternas, aunque el interior de la casa estaba bastante iluminado por la siniestra y danzarina luz de las

hogueras.

Todo estaba preparado para que fueran a por él.

Notó que el brillo que llegaba del exterior se debilitaba. Agarró la pistola y observó por los huecos dejados entre los listones de madera. Fuera, una misteriosa niebla parecía rodearlo todo; en apenas unos segundos ni siquiera lograba divisar con exactitud su coche. Pero gracias a las fogatas sí que logró verlos.

Las cinco figuras salieron del bosque con la muerte sobre sus espaldas. Se detuvieron justo antes de alcanzar los fuegos y observaron la cabaña de arriba abajo. Ninguno de ellos pronunció una sola palabra, simplemente se quedaron de pie, ante la atenta mirada del escritor.

Eran Doggy, el perro de Hugh Winder.

Eran el lago negro de Samuel Black.

Eran la dama del bosque de Leo Jones.

Eran la tumba sin dueño del cementerio de Shelter Mountain.

Eran el niño ahogado del campamento abandonado.

Eran el oscuro bosque.

—Os toca mover —susurró.

LOS DEMONIOS DENTRO DEL ARMARIO

1

George siguió con los ojos clavados en los muertos hasta que estos empezaron a escocerle. Se vio obligado a parpadear; en esa milésima de segundo, los monstruos desaparecieron como si jamás hubiesen estado allí. La bruma seguía fuera, rodeándolo todo, con las hogueras como enemigas que impedían su completo avance, pero los criminales revividos no se hallaban por ninguna parte.

El escritor maldijo entre dientes. Miró por las otras ventanas, encontrando el mismo resultado en todas y cada una de las partes alrededor de la cabaña.

Nada. Sólo la neblina.

¿Habrían vuelto al interior del bosque? Quizás temían el fuego. O puede que entendieran que no tenían nada que hacer contra el bunker en el que había convertido su hogar. Poseía alimentos, agua, armas… Aguantar no sería un problema, a menos que entrasen, por supuesto. Algo que esperaba con una serie de contradictorios sentimientos; deseaba terminar ya con todo aquel asunto, pero al mismo tiempo, nunca conseguiría admitir que el miedo se había instalado en sus venas para permanecer allí todo el tiempo que durase aquel acoso y derribo.

Observar nuevamente el fuego que iluminaba el exterior le llevó a reflexionar sobre cómo podría matar a cinco personas ya muertas. Si al final resultaba que realmente las llamas les daban totalmente igual, ¿qué haría? ¿Les dispararía en la cabeza? Uno de ellos ni siquiera la llevaba ya sobre los hombros.

Pensar en la forma de devolver a la tumba a muertos vivientes le supo tan demencial que decidió seguir vigilando por las diferentes ventanas. Subió al segundo piso de la vivienda, revisó todas las habitaciones y, justo cuando estaba a punto de coger la escopeta, alguien golpeó en la puerta con toda normalidad.

El escritor bajó las escaleras con la pistola alzada, sujeta por sus dos manos que, sorprendentemente, no le temblaban, todo lo contrario; pocas veces había sentido su pulso tan firme.

—¿Quién es? —preguntó. Se sintió tan estúpido al preguntarlo que tuvo ganas de apartar el sofá y salir al exterior para acribillar a quien estuviese allí.

—Soy Robert. Abre, por favor.

La voz era la de su mejor amigo, y sonaba tan tranquila que le dio escalofríos. Por supuesto que no podía ser Robert Raimi; estaba muerto. Exhaló su último aliento mucho antes de que él pudiera abrazarle por última vez.

El dedo de George acarició el gatillo tras dejar el último escalón. La tentación de disparar a la puerta para alcanzar a fuese lo que fuese que imitaba a su amigo, era muy grande. Logró

contenerse; destrozar la puerta hubiera significado abrir un hueco por donde los muertos podrían intentar entrar.

Por suerte, la mirilla le serviría. Pegó su ojo a ella y lo que vio le dejó petrificado.

Un porche vacío.

Oyó algo en la cocina, a la que se dirigió a toda prisa, para encontrar lo mismo que había descubierto fuera de la casa. Sin embargo, hubiese jurado que los cajones se acababan de cerrar, pero allí estaban, abiertos, como él los dejó tras recoger los cuchillos y tenedores.

—¡Déjame entrar, escritor! —escuchó en la puerta. Era la inconfundible e iracunda voz de Tolliver—. ¡Sé que tienes las pruebas de tus asesinatos ahí dentro! ¡Déjame entrar, asesino!

George caminó muy despacio hacia la entrada a la casa. En cuanto dio la espalda a la cocina, todos los cajones se cerraron y abrieron una, y otra, y otra vez, como si estuvieran ejecutando una especie de danza grotesca. Horrorizado, el escritor retrocedió hacia el salón, donde el televisor se encendió solo, al mismo tiempo que presencias invisibles parecían girar los muebles.

Corrió hasta las escaleras, que subió casi sin tocarlas. Se parapetaría en el piso superior, lejos de los muebles vivientes, lejos de las voces de gente muerta. Quizás desde arriba podría divisar a los monstruos que le estaban torturando.

Justo cuando iba a acceder al pasillo que le llevaría a su dormitorio, una cegadora luz lo invadió todo como si alguien hubiera encendido un potente foco en mitad del corredor. George se tapó los ojos hasta que estos se acostumbraron al intenso y sobrenatural brillo que fue menguando. Desapareció y volvieron las sombras. El escritor observó que, bajo la puerta de la habitación que le hubiera correspondido a su hijo, se colaba un poco de aquella misteriosa luminosidad.

Enfiló sus pies hacia la estancia. La mano con la que abrió la puerta empezó a temblarle; la que sujetaba la pistola, no. Entró en el cuarto con el arma por delante, pero lo que contempló le instó a bajarla.

Era de día. La ventana estaba abierta y la luz del sol entraba a raudales sobre la cuna de donde podía oír unos balbuceos inocentes. El olor a polvos de talco y colonia de bebé inundó las fosas nasales de George, quien soltó la pistola y se cubrió la cara con las manos, al mismo tiempo que se echaba a llorar.

Avanzó hasta la cuna. Cuando estaba a punto de ver la pequeña figura que allí se encontraba tumbada, todo se apagó. El escritor parpadeó, confuso, mientras buscaba la cuna, el olor, la sensación de estar delante de…

La oscuridad había vuelto.

Se agachó para recoger el arma. Enjuagó sus lágrimas a la vez que acariciaba la pistola. Estaban jugando con su mente. Aquellos animales querían volverle loco y lo estaban haciendo bastante bien. Pero no lo conseguirían, porque él no estaba loco. Podía ser un asesino y un mentiroso, pero la demencia aún no se había instalado en su cerebro.

Pasos en el cuarto de baño. George corrió y al entrar disparó a todas partes, destrozando parte del inodoro y dejando varias marcas de bala en las paredes. Oyó a alguien caminando en su dormitorio, al que acudió a toda prisa para repetir el mismo proceso; apretar el gatillo y escupir plomo a la nada.

Escuchó a un tropel de gente danzando en la planta baja. Ni siquiera le hizo falta descender las escaleras, pues desde la Zona G pudo observar que no había nadie. Estaban jugando con él como si fuera un ratón y cada uno de ellos un gato o, peor aún, cinco serpientes.

George tomó aire. Calmó sus nervios antes de encaminarse hacia la entrada de la casa. Al pasar junto al ordenador pensó que debía sobrevivir para terminar su novela; Ralph le mataría si fallecía sin tenerla lista.

Sonrió al recordar a su editor. Al menos, él demostró ser inteligente al no quedarse en el pueblo. Quizás fue porque tenía una especie de instinto, o simplemente sus sentimientos por el pueblo le habían ayudado sin él saberlo, pero el escritor se alegraba de que, al menos él, permaneciera con vida.

Era bueno saber que le quedaba alguien.

Cuando terminó de bajar las escaleras miró a su alrededor. Se aproximó a una de las ventanas y, como suponía, allí estaban de nuevo los cinco muertos.

—¡No vais a conseguir volverme loco! —exclamó George—. ¡Si eso es todo lo que tenéis, estáis perdiendo el tiempo!

Ninguna de las figuras se movió un centímetro.

El escritor dio un brinco ante el estridente timbre del teléfono. Miró al aparato como si fuese un animal peligroso, dañino y poseedor de un mortal veneno. Si lo agarraba, quizás le mordería y ese sería su final.

No cogió el auricular hasta que sonó por cuarta vez.

—Georgie, creo que tenemos que hablar —dijo una terrorífica voz al otro lado.

2

Un atronador silencio sobrevoló a George, que no respondió.

—Sé que estás ahí, Georgie —insistió la criatura—. Te oigo respirar.

—No tenemos nada de que hablar —el escritor anduvo con el teléfono hasta la ventana más próxima. Por suerte, el cable se alargaba lo suficiente como para lograr mirar entre los tablones y divisar a dos de los muertos que en esos instantes se escondían tras su coche.

—Yo creo que tenemos bastante de lo que hablar y que, una vez acabemos de hacerlo, verás todo de diferente manera.

—¿Eres Travis? ¿El psicópata de Travis?

—No es una forma amable de llamarme, aunque aquí el único psicópata eres tú.

—¿Por mataros? —George buscó con la mirada si había alguien vigilándole en ese momento. Se sentía acechado y le frustraba no saber desde dónde. No creía que hubiesen entrado, pero llamarle podría ser una buena táctica para distraerle mientras lo hacían—. Le hice un favor al mundo.

—Por eso también eres un psicópata, por supuesto, pero no me refería a eso, sino al hecho de que estás loco.

—Vuestro numerito no ha funcionado. Debo confesar que creía que sólo erais unos sacos de carne podrida —aseguró George—. ¿Qué es lo siguiente? ¿Acosarme por teléfono?

—No, lo siguiente es decirte la verdad.

George frunció el ceño. ¿De qué estaba hablando?

—Estás chalado, Georgie —prosiguió el monstruo—. Demente. Deberías estar en un centro psiquiátrico. ¿Aún no lo has visto claro?

—Entrad y acabemos con esto —gruñó el escritor.

—Ya sabes por dónde voy, ¿verdad? —Travis Clemens rió por el aparato—. Has sido tú. Siempre has sido tú.

La cabeza de George se movió de manera negativa con violencia. Sacudió una patada al sofá, sin dejar de ir de un lado a otro del salón, tanto como el cable del teléfono le permitía.

—¿No te parece extraño que Carl Raimi y el sheriff hayan muerto? Dos tipos que te acosaban, que te perseguían y que querían verte caer, Georgie.

—Lo hicisteis vosotros para incriminarme.

—Lo hiciste tú.

—¡Fuisteis vosotros!

Las carcajadas del muerto viviente se hicieron más sonoras. La tentación le susurró a Campbell que arrojase el aparato contra una de las paredes o, aún mejor, dentro de la chimenea. Luego, le podría prender fuego y terminar con aquella pesadilla, en la que un zombi le instaba a creer que su mente era la culpable de todo.

—Has tenido dudas, Georgie —Travis se tomó el silencio como una afirmación. George se arrepintió de no haber respondido nada—. Si has tenido dudas es porque sabes que tengo razón. Soy una construcción de tu mente. Lo somos los cinco. Somos tu excusa perfecta para darle a este pueblo lo que se merece.

—No te va a funcionar… —repitió el escritor, más para sí mismo que para el criminal muerto.

—Me va a funcionar porque es la verdad. Nos mataste y te volviste loco. Te has pasado lejos de Shelter Mountain el suficiente tiempo como para fingir que no ocurría nada pero en cuanto regresaste, lo que salió cuando morimos a tus manos volvió a surgir. Un ansia asesina que necesita más, y más, y más. ¿Cuándo volviste a escribir, Georgie? ¿Quizás un poco antes de matar a esos adolescentes?

—Nada de lo que estás diciendo tiene sentido —la voz de George temblaba.

—¿Qué tiene más sentido? ¿Que sufrieras una crisis nerviosa por perder a tu esposa y vengarla, o que cinco personas resuciten para vengarse de ti? Cinco zombis intentando incriminarte en sus crímenes porque quieren verte sufrir antes de terminar con tu vida. ¿Qué es lo que tiene más sentido?

George notó que las manos le sudaban copiosamente. ¿Qué tenía más sentido? ¿Acaso no había dudado él mismo de su cordura en esos días?

—Tu nombre aparecía en el lugar de los crímenes —insistió Travis—. ¿Cómo iba a saber yo que estabas con esa tal Patricia? Piénsalo. Todo estalló cuando regresaste a Shelter Mountain. Tu locura, unida a tu calenturienta mente de escritor, junto con las historias nacidas en este pueblo… Un caldo de cultivo perfecto para crearnos. Para que hiciéramos lo que querías en tu nombre. Pero, al final, tú mataste a esas personas.

—Lo recordaría…

—Recuerdas lo que te conviene. Aparecemos y desaparecemos cuando quieres, Georgie. Piensa en ello, ¿nadie te lo ha dicho? ¿Ni siquiera te lo han sugerido?

El escritor recordó lo que Tolliver le había escupido:

«¿O es que te volviste loco después de lo de Christine? ¿Eso es lo que te pasa? ¿Oyes voces? ¿Ves a tu mujer? ¿Vas a alegar locura cuando te cace? ¿Que unos monstruos te obligaron a hacerlo?».

—Te pasas las noches mirando al bosque, percibiendo que algo va mal, como si la oscuridad fuera a lanzarse sobre ti, como si las tinieblas se intentaran aferrar a tu alma, tentándote para que vayas en su búsqueda —explicó el muerto—. Hablas con tu mujer muerta. Tienes conversaciones con ella, Georgie. ¿Te parece normal?

George cayó encima del sofá. Se echó a llorar mientras, entre dientes, negaba la realidad que caía encima de él como una pesada losa que jamás había querido aceptar.

—Mataste a dos jóvenes inocentes porque se acercaron demasiado al lago de tu esposa. Mataste a una familia porque te encontraron deambulando por las carreteras, hablando solo. Mataste a Carl, a Tolliver y a los demás en la comisaría porque te molestaban, porque sabían lo que eres de verdad. Mataste a Patricia porque creías que borraría el recuerdo de tu mujer. Y mataste a Mary Simmons y a tu mejor amigo porque…

—No…

—¿Quieres terminar con todo esto? Métete la pistola en la boca y aprieta el gatillo, o mañana habrá más cadáveres.

—¡¡¡No!!!

Se levantó del sofá de un salto y arrojó el teléfono al otro lado del salón, arrancando el cable que lo conectaba a la pared. Luego hincó las rodillas en el suelo, mientras se sujetaba la cabeza con ambas manos, como si eso fuera a sacar la locura de su cerebro enfermo. Todo lo que había escuchado tenía sentido, pero no podía creerlo. Era imposible. Él no había podido matar a Patricia, a Mary, y mucho menos a Robert.

Él no, pero, ¿no se había dedicado a hablar con Christine durante días a pesar de estar muerta y enterrada?

Para su sorpresa, el teléfono, sin estar conectado, volvió a sonar.

Despacio, se puso en pie y fue a cogerlo. Se pegó el auricular a la oreja, dispuesto a escuchar lo que su dañada psique tenía que decirle.

—Si no me crees, Georgie —dijo el zombi— quizás te lo creas si te lo dice otra persona.

Unos segundos de silencio. Otra persona le habló.

—Hola, Cachorro —saludó Christine.

3

El escritor creyó morir en ese mismo momento. No le hubiese importado lo más mínimo que los zombis entrasen en la cabaña y lo hicieran pedazos. Habría muerto feliz al escuchar a Christine por última vez. A la auténtica Christine, no a un recuerdo fantasmal. Porque era ella, estaba seguro.

O eso le gritaba su mente.

—Cachorro, soy yo, bueno, soy tú. Me estás imaginando.

—No puede ser. Te he imaginado antes y, no, pareces tú de verdad.

—Porque estoy en tu cabeza. Llevas días haciendo esto, desde que volviste. Comenzaste conmigo y luego les tocó… a ellos.

—¡Vi las tumbas vacías! —aulló George.

—Viste lo que querías ver. Lo has estado haciendo desde que Shelter Mountain se hizo contigo, cariño —le explicó la mujer comprensivamente.

A Travis Clemens no podía creerle. A su mujer, en cambio, sí. No sólo porque sonara convincente, sino porque ella siempre había sido la voz de la razón, incluso cuando sus recuerdos aparecían por toda la casa. Fue ella la que impidió que se internase en el bosque cuando su oscuridad le llamó. Una invitación que en lo más hondo de su alma quiso aceptar, pero sólo la presencia de Christine le salvó.

Era ella, su recuerdo, el que trataba de evitar en lo que se había convertido: un asesino, un psicópata que sólo buscaba sangre.

Al fin empezaba a comprenderlo todo.

—En realidad, no somos dos personas las que te hemos estado hablando, Cachorro —prosiguió la mujer—. Es tu mente la que me tiene ahora al teléfono. ¿Cómo puedes estar hablando por un aparato que no debería funcionar?

George asintió. Tenía razón.

Siempre la tenía.

—Te echo mucho de menos, mi vida —murmuró el escritor.

—Y yo a ti. Ya sabes lo que tienes que hacer para que estemos juntos, cariño.

—Lo sé. ¿Puedo acabar antes mi novela? Ralph lo agradecerá.

—Por supuesto. Finaliza esta locura.

—Voy a hacerlo. Voy a hacerlo —afirmó. Estaba harto de todo aquel infierno de regresos, vecinos acosadores, policías convertidos en jueces, muertos vivientes, tinieblas, sombras, oscuridad, rumores y leyendas. Quería paz; era lo único que deseaba.

Agarró la pistola y la miró con amor. Era su camino hacia Christine.

—Enseguida estoy contigo —aseguró George.

—Te espero, Cachorro. No seas el horno de tu madre.

El escritor, envuelto en sollozos, soltó el teléfono. Una vez se hubo tranquilizado, subió a la segunda planta mediante lentos pero decididos pasos. Entró en su habitación y se puso ropa limpia; unos vaqueros y una camisa azul que siempre le había gustado mucho a su esposa. Quería estar impoluto para volver a verla.

Bajó a la cocina y abrió la nevera. Tomó una cerveza; se le hizo agua la boca al verla, pero la derramó toda en el fregadero. Sus compañeras compartieron su destino. Subió a la Zona G para remendar las últimas costuras de la chaqueta rasgada en la que se había convertido su vida. Fuera, los montones de madera seguían ardiendo, ajenos al destino del hombre.

Ya arriba, George se sentó frente al ordenador. Ouija negra estaba casi terminada. Sólo le llevó unos pocos minutos darle el final que merecía. Ralph estaría muy orgulloso. La imprimió y colocó el montón ordenado de folios frente a él. Le entraron ganas de empezar un nuevo libro en ese instante; lo necesitaba. No podía, ya que Christine le esperaba.

Se aseguró de que la pistola tenía balas. Situó el arma dentro de su boca.

Te quiero mucho, pensó.

ASEDIO

1

Los muertos andantes observaban la cabaña desde fuera sin perder detalle. Vigilaban cada ventana, cada puerta, cada sonido, cada movimiento en su interior, sin avanzar ni retroceder, quietos como estatuas, ignorando por completo que eran vistos con facilidad por culpa de las hogueras.

Sus bocas se contrajeron para sonreír de manera horrible ante el sonido del disparo. Esperaron unos largos minutos y, al no escuchar nada más, al fin se agitaron, como si un fuerte viento les estuviese azotando en ese mismo instante.

—Jack, Charles, id a por el cadáver —ordenó Travis.

Los monstruos obedecieron sin rechistar. Dirigieron sus pies descompuestos hacia la parte trasera de la casa. Allí, destrozaron una de las ventanas y arrancaron las tablas para acceder al interior de la vivienda. Una vez dentro, el crepitar de las fogatas se perdió, entrando ambos engendros en el reino del silencio.

Se situaron justo en el centro del salón desde donde veían la Zona G o, al menos, gran parte de ella. No observaron rastro alguno del escritor; supusieron que el cuerpo se encontraba tirado en el suelo de su espacio personal de trabajo, así que subieron las escaleras, el uno, con el agujero en el pecho que permitía contemplar lo que había detrás; el otro, con su cabeza entre las manos.

Las sombras eran más densas en la Zona G. Nada más llegar, Charles Ray divisó a Jonesy, sentado encima del escritorio. El gato bufó al verlos.

—Gatito, gatito, ven aquí —murmuró el muerto a la vez que estiraba una de sus manos hacia el minino. La otra seguía ocupada con su propia cabeza.

Jack Hollister inspeccionó la estancia mientras su compañero intentaba agarrar al gato para realizar una de sus particulares matanzas. Algo le llamó la atención en el techo: un agujero de bala aún humeante.

—Charles… —masculló el zombi.

De repente, de entre las sombras, surgió George Campbell con la pistola en una mano y un rostro inundando por la determinación.

—Deja en paz al gato —gruñó.

2

Antes de que cualquiera de los dos seres pudiera mover uno de sus repugnantes músculos, el escritor sacudió una potente patada al pecho del que estaba tratando de coger a Jonesy. El zombi cayó al primer piso después de haber atravesado la baranda colocada tras el escritorio. Su cabeza salió volando por todo el salón, al mismo tiempo que el cuerpo se estrellaba contra las tablas del suelo, astillándolas.

Jack Hollister reaccionó. Sus garras se movieron hacia la garganta de George, que se retiró para evitarlas. Alzó la pistola y disparó varias veces al pecho del muerto andante. Las balas sonaron como si se estrellasen en los cuerpos de cerdos colgados en un matadero. Uno de los proyectiles pasó por el enorme agujero de escopeta que poseía el criminal, incrustándose en una de las paredes del pasillo.

—Eso no va a detenerme esta vez —masculló la criatura.

George apretó los dientes, aproximó la pistola a la frente de su enemigo y apretó el gatillo. Gran parte de la parte superior de la cabeza del zombi desapareció, pero él seguía en pie. Para horror del escritor, seguía en pie.

El muerto agarró uno de los brazos del hombre y tiró de él. George sintió como si fuese a perder la extremidad en cualquier momento. Recibió un golpe en la espalda al ser aplastado contra una de las paredes. Sacudió un empujón a Jack que apenas le movió, como si en realidad se tratase de una montaña.

Uno de los puños del engendro se estrelló contra la cara del escritor, haciendo que la sangre volase. George cayó de espaldas, mareado, contusionado y con la piel de los antebrazos ardiéndole. La fuerza de aquella cosa que quería ser humana le había cogido desprevenido; no volvería a pasar.

Se levantó no sin esfuerzo y corrió hacia su dormitorio. Las risas del zombi le persiguieron durante el corto camino. Las carcajadas se congelaron cuando George salió de la habitación empuñando la escopeta que había escondido previamente debajo de la cama. Un brillo de victoria asomó a sus ojos al disparar contra una de las rodillas del muerto viviente.

Una explosión. Huesos y piel infecta salpicaron el pasillo. Jack Hollister aterrizó sobre sus manos, mientras gritaba de dolor. El escritor, sin darle tregua, reventó la otra rodilla, convirtiendo al zombi en un despojo sin apenas movilidad.

—No te muevas de aquí, ahora vuelvo —aseguró Campbell.

Corrió hacia las escaleras con el arma en alto, esperando encontrarse a Charles Ray subiendo por ellas, pero no halló nada. En el escritorio de la Zona G ya no estaba Jonesy; deseó que el felino se hubiera puesto a salvo. Ralph y él eran lo único que le quedaba.

El escritor oyó una serie de estruendos en la cocina. Bajó los escalones a toda prisa, sin pensar demasiado en su seguridad, deseoso de dar rienda suelta a la adrenalina que surcaba cada uno de sus poros. Algo le golpeó en un hombro justo al posar un pie en la primera planta. Trató de mantener el equilibrio; cuando vio que el causante de que hubiera trastabillado era la cabeza de Charles Ray, dio un respingo.

La cabeza rió, distrayéndole lo suficiente como para que no viera llegar su correspondiente cuerpo, que le agarró del cuello por detrás y empezó a apretar. George dejó caer la escopeta ante la sorpresa. El dolor no se hizo esperar. Pronto, le faltaría el aire, se le acabaría y moriría, si es que su tráquea no reventaba primero.

George se puso de rodillas y empezó a arrastrarse, tratando de revolverse para quitarse de encima aquel cuerpo descabezado que se resistía a morir. Sin darse cuenta, situó uno de sus brazos al lado de la cabeza de Charles, quien aprovechó para darle un buen bocado y hacerle sangrar en su propio salón.

—Tranquilo, no te vas a convertir en uno de nosotros —afirmó el zombi entre risas—. Nosotros no funcionamos de esa forma.

Rabioso, George se levantó y aplastó el cuerpo contra una de las ventanas, una y otra, y otra vez. No funcionó. Al verse el mordisco recibido, se le ocurrió una idea que puso en práctica al instante. Agarró una de las manos que le ahogaban, movió el cuello con todas sus fuerzas, abrió las mandíbulas y las cerró en torno a aquellos dedos asquerosos, sucios y putrefactos. Apretó con todas sus fuerzas hasta hacer añicos la carne entre sus dientes. Masticó y masticó, pulverizándolo todo como si fuese un filete que debía terminarse. Logró alcanzar la muñeca del muerto, siguió triturando a base de bocados hasta que la mano cayó al

suelo; fue el respiro que necesitaba para empujar a un lado el cuerpo.

El escritor vomitó antes de pararse a tomar aire. El cuello le ardía, sentía la repugnancia por lo que acababa de hacer en lo más hondo de su ser, y la cabeza le daba cada vez más vueltas. No le ayudó oír la estridente risa proveniente de la boca de la criatura, que lo observaba todo desde el suelo.

Harto de aquella pelea, agarró la cabeza de Charles Ray por los pocos pelos que aún poseía. De una patada arrojó el cuerpo del zombi hacia las escaleras; luego, corrió hacia la cocina y metió el pedazo de criminal en el microondas.

—¡Sácame de aquí! ¡Cabrón, sácame!

Puso el aparato a plena potencia. A unos dos minutos.

Cuando se giró, allí estaba de nuevo el cuerpo de Charles. No iba a rendirse, eso estaba claro. George esperaba que su plan funcionase o estaría metido en un gran problema; morder más de lo que se podía tragar, por así decirlo.

A pesar de tener sólo una mano, aquella criatura descabezada seguía siendo fuerte. George se vio obligado a esquivarla varias veces para no tenerla cerca. Tenía ganas de vomitar otra vez, y notaba la sangre escurriéndose por el pedazo de carne que le faltaba a causa del mordisco. Debía taponar la herida cuanto antes.

Se quedó sin espacio en la cocina. El cuerpo se aproximó. El microondas cantó su melodía particular al pasar los dos minutos.

Y explotó.

Una pequeña bola de fuego se formó. Trozos de carne podrida y huesos quebrados volaron por los aires. Una mezcla de sangre y el extraño líquido negro que poseían aquellos seres en sus organismos se esparció por todas partes, especialmente en la pared frente al electrodoméstico, moldeando una especie de macabro Picasso.

Para alegría de George, el cuerpo de Charles Ray cayó, ya sin una gota de vida.

Acababa de descubrir cómo matarlos.

3

El escritor recogió la escopeta a los pies de la escalera. No podía detenerse a curarse la herida hasta que no eliminase la segunda amenaza que aún permanecía en la casa.

Subió las escaleras, tratando de no desmayarse. Jack Hollister no se encontraba en la Zona G, tampoco en el pasillo, pero halló un rastro de la sustancia oscura que le condujo hasta la ventana de una de las habitaciones. El monstruo había logrado quitar las tablas y romper los cristales mientras George luchaba con su compañero.

Encontró al zombi justo cuando se aupaba hacia su única salida. Campbell alzó la escopeta y disparó. El hombro derecho del muerto viviente desapareció en una nube de porquería y gritos. El criminal se giró hacia el hombre que ochos meses antes le asesinó con aquella misma escopeta; tal y como estaba colocado, a George le dio la impresión de que estaba de rodillas.

—Yo no toqué a tu mujer —gruñó la criatura.

—Me importa una mierda —George agarró la escopeta por el cañón, dándole igual que estuviera caliente. Movió la culata del arma levemente como si en realidad tuviera entre manos un bate de béisbol.

—Hijo de puta, ¡voy a comerme tu…!

George golpeó la cabeza del zombi con todas sus fuerzas. Se despegó del cuerpo con un sonido similar al de la cinta adhesiva al arrancarse de unos labios. La cabeza voló por el aire, rebotó en un árbol cercano y reventó como un melón podrido al estrellarse contra el suelo. Entre los restos se movieron gusanos, cucarachas y escarabajos, todos cubiertos por el líquido

negro.

El escritor accedió al cuarto de baño. Limpió la herida, la vendó y se lavó la cara, cubierta con trozos de carne muerta y desagradable sangre negra. Ni se molestó en quitarse la camisa, repleta de manchas oscuras, al igual que los pantalones. Se aseguró de que la escopeta estaba cargada, bajó al salón, guardó en el bolsillo de su camisa varios cartuchos y se dirigió a la puerta principal.

—¡Van dos! —gritó.

Los muertos vivientes atacaron.

VENGANZA

1

Parte de una de las ventanas del salón saltó en pedazos. Los tablones volaron hasta caer la mayoría encima del sofá. Un par de brazos apareció en el hueco dejado. George movió velozmente sus piernas para evitar que el zombi entrase. En la segunda planta oyó que alguien accedía a la casa, seguramente por la apertura fabricada por Fred Doe antes de convertir su cabeza en un nuevo tipo de pelota.

El escritor levantó la escopeta y disparó varias veces hacia la ventana, terminando de destrozar las tablas que la cubrían. Cuando el humo se disipó, no encontró a ningún muerto, pero sí un hueco perfecto para que cualquiera entrase por él. Fred Doe surgió de la oscuridad y se lanzó a por Campbell, quien volvió a apretar el gatillo del arma, sólo para comprobar que acababa de quedarse sin balas.

El monstruo lo aplastó contra una de las paredes. George soltó la escopeta, sorprendido por la fuerza de la criatura, al mismo tiempo que le sujetaba la cabeza, intentando que sus mandíbulas no le alcanzasen. Goterones de saliva le salpicaron la cara.

Los ojos de George se movieron frenéticos en sus cuencas. Empezaba a encontrarse mal, le dolían diversas partes del cuerpo y aquel ser iba a devorarle si no hacía algo de inmediato. Alrededor de la cabeza que empujaba halló cinta aislante, que sujetaba parte del cráneo del muerto. Recordó que era Fred Doe, el tipo al que arrojó al vacío antes de acabar con Jack Hollister.

De ahí el enorme agujero en la parte trasera de la cabeza.

Los dedos del escritor tantearon la cinta aislante. En cuanto encontraron una porción despegada, tiraron de ella hasta arrancarla, tratando al mismo tiempo de que los mortales dientes del engendro no lograsen su objetivo. Una vez apartada la cinta aislante, George buscó la parte suelta del cráneo, que terminó de separar. Sin demora, introdujo los dedos dentro de la cabeza abierta del zombi y empezó a hurgar, moviendo el cerebro que había dentro.

El estómago le dio su enésimo vuelco de la noche.

El criminal se detuvo durante unos breves instantes, el tiempo que le hizo falta a George para darle la vuelta y lanzarlo contra la pared. Antes de volver a atacar, Fred le empujó, haciendo que se golpease contra la mesa del salón en un costado; después, cayó junto a la chimenea, mientras un dolor lacerante le castigaba el cuerpo.

Cansado, ahogándose en agonía física y con la adrenalina dando sus últimos coletazos, George observó que el monstruo se dirigía hacia él. Rápidamente, el escritor se giró hacia los atizadores cercanos a la chimenea, tomó uno de ellos y embistió al ser.

Atravesó el estómago del zombi, pero Campbell no se detuvo, sino que prosiguió su avance hasta que ensartó al muerto en la pared. Se separó, para comprobar el resultado de su furia,

pero Fred ya agarraba el atizador para liberarse.

No iba a dejar que lo hiciera.

Corrió hacia el resto de atizadores y cogió otro. Clavó una de las manos del delincuente muerto en la pared. Repitió la operación con la segunda mano. A pesar de la macabra crucifixión, el zombi seguía moviéndose, con el único objetivo de devorar las entrañas del escritor. Éste tomó el último atizador y lo hincó en su cabeza, pero la criatura continuó su violento bamboleo.

George escuchó pasos por encima de su cabeza, en la Zona G. Los monstruos estaban dentro; no podía perder más tiempo, así que recuperó la escopeta del suelo, la cargó con la poca munición que le quedaba y metió el cañón en la boca de Fred Doe.

Apretó el gatillo.

Una lluvia de porquería negra, trozos de cráneo, dientes astillados y órganos podridos se esparció por el salón. George cerró los ojos un segundo antes de verse bañado por aquella marea de horror y repugnancia que le cubrió como si fuese una máscara horrenda. Mientras se quitaba de la cara los restos más grandes del zombi, se olvidó por un instante de que el peligro no había pasado.

Desde la Zona G le cayó encima Henry Lee Clemens. Los chillidos demenciales del engendro provocaron que George tuviera más ganas de matarlo que al resto. Las pocas fuerzas que le quedaban aumentaron cuando su instinto de supervivencia apareció de nuevo como un fénix renacido de sus cenizas.

El golpe fue tremendo, pero no lo suficientemente fuerte como para que el escritor quedase inconsciente. Disparó la escopeta, errando dos veces. No tuvo una tercera oportunidad, ya que el zombi le quitó el arma, la arrojó al suelo y se abalanzó sobre él. George fue más rápido, le agarró del cuello y lo empujó hacia la chimenea, contra la que chocó con fuerza; el ser no dio muestras de haberlo notado.

Henry volvió a reír. Su único ojo sano escrutó a su presa, a la vez que se movía muy despacio, preparándose para saltar en el momento oportuno. George clavó su mirada en la escopeta, luego en el muerto viviente, y después otra vez en la escopeta. Corrió hacia ella, pero el asesino fue más veloz, sacudiéndole un fuerte puñetazo en la cara. Un segundo le hizo crujir la nariz. El escritor se agachó ante un tercer ataque, sólo para recibirlo en un hombro, por el que empezó a sangrar.

La criatura se lamió las garras manchadas con parte del escritor. Una asquerosa sonrisa cruzó su cadavérico rostro. El alegre gesto desapareció al comprobar que, aunque herido, Campbell había logrado alcanzar la escopeta, con la que le apuntaba.

Se movió más lento de lo que hubiera deseado. George disparó y la mano con la que aquella cosa le acababa de herir, se volatilizó como si nunca hubiera existido. Para su disfrute, Henry Lee Clemens empezó a chillar de dolor; después, le miró con rabia y salió corriendo, huyendo para preservar su patética vida.

George fue a por él. Apretó el gatillo de la escopeta un par de veces más, pero las falló; el muerto era más rápido de lo que pensaba. No se dio por vencido, disparó una vez más y, esta vez, sí le alcanzó. El impacto sacudió la espalda del zombi, que cayó por la puerta abierta del sótano. Rodó por las escaleras hasta llegar al final; durante el proceso, uno de los brazos se le salió del sitio, colocándose en un ángulo extraño y extremadamente doloroso para cualquier persona normal y corriente.

Henry se levantó. Las tinieblas le rodeaban, pero no le importó, pues se sentía cómodo en ellas, especialmente después de su muerte. Sin embargo, al no conocer aquel sitio, no sabía por dónde tenía que salir, y además estaba herido.

Tenía que regresar con Travis.

Lanzó un gruñido de sorpresa cuando la bombilla del sótano se encendió. Pudo contemplar el lugar a su antojo. Pronto descubrió que no por demasiado tiempo, pues la luz comenzó a parpadear.

Luz.

Oscuridad.

Luz.

Oscuridad.

Oyó a alguien bajando las escaleras. Sin haber pronunciado una palabra, ya sabía de quién se trataba.

—¿Estás ahí abajo, Henry? —preguntó George.

—Estoy esperándote —rió el zombi.

Un extraño sonido que el muerto no logró descifrar acompañaba las pisadas de su víctima, de la cual pudo contemplar sus zapatos sucios por los fluidos corporales de sus compañeros.

—No te voy a hacer esperar —afirmó Campbell.

El monstruo buscó un buen lugar desde el que saltar hacia el escritor en cuanto lo viese por completo, pero los continuos guiños de la bombilla se lo ponían muy difícil. Tendría que aprovechar en cuanto le tuviese a tiro, en uno de los instantes de luminosidad.

—¿No me tienes miedo, Campbell? —en cuanto su presa le respondiera sabría su situación exacta.

Luz.

Oscuridad.

Luz.

Oscuridad

—Eres un cadáver, ¿por qué habría que tenértelo?

Henry Lee Clemens divisó las piernas del escritor en las escaleras. Ya estaba localizado. Sonrió tan ampliamente que sus mejillas crujieron.

Y, entonces, escuchó la motosierra.

El humo del ruidoso motor del aparato acompañó a las sombras que iban y venían. George Campbell mostró todos los dientes de su boca; la luz le confirió un aspecto siniestro a su cara satisfecha y cubierta de sangre negra y trozos de los demás zombis.

—¿Y tú, Henry? —el escritor se aproximó al muerto viviente—. ¿Me tienes miedo?

Las piernas del criminal asesinado se movieron. Su boca se abrió, rugiendo por la carne de Campbell. La única mano que le quedaba se estiró para atravesar el estómago del hombre; ansiaba notar sus órganos internos en su piel grisácea y repleta de heridas.

Oscuridad.

La criatura notó que algo atravesaba su pecho.

Luz.

Observó que era la espada de la motosierra, cuya cadena ya esparcía partes de su cuerpo por todo el sótano.

George retiró su arma del cuerpo del zombi. Éste cayó al suelo, observando las tripas e intestinos, que salieron de su cuerpo como una manada de serpientes intentando escapar de su encierro. La sangre negra comenzó a formar un charco bajo él, poseedor de un sobrenatural brillo que le proporcionaba la incompetente bombilla.

—Siempre me pareciste el más inútil de todos —escupió George—. Tu hermano no tardará en volver a acompañarte.

Henry Lee Clemens le insultó a gritos, pero el estruendo de la motosierra los acalló. El escritor situó la espada del aparato a escasos centímetros de la entrepierna del monstruo, y empezó a avanzar muy poco a poco. La potencia de la motosierra hizo el resto; los pedazos del asesino volaron por el sótano como si fueran lanzados por una oleada de explosiones. Más sangre oscura manchó a George como un aspersor.

Aulló, acompañando al zombi.

Aulló, empujado por la cólera.

Aulló, porque le encantaba.

2

George abrió la puerta de la casa después de desbloquearla. Le encantó percibir el agradable calor de las hogueras. Le volvió a situar en la realidad, de la que nunca hubiese querido salir. Dentro de la cabaña estaba el infierno, pero allí fuera, podía percibir que la vida normal transcurría libremente.

No iba a durar mucho.

—¡Travis Clemens! —chilló—. ¡Travis Clemens!

El muerto viviente tardó en aparecer más de lo que había creído. Con las piras tras él, el escritor pudo contemplar lo poco de humano que quedaba en aquella cosa que había salido de las entrañas de la oscuridad del bosque para llevárselo con él.

—Sabes que todo esto no habría pasado si tu querida esposa no hubiera huido de nosotros, ¿verdad? —afirmó el ser—. Y después no lo hizo mejor. Tendría que haberse quedado quietecita.

—Tendría que haberse dejado violar —replicó George.

—Al menos estaría viva.

La luna, en lo alto del cielo, les observó. Se mantuvo en silencio como hicieron ambos durante unos minutos, midiendo el odio que el uno sentía por el otro solamente con sus leves gestos corporales.

—Aquí tienes a tu hermano.

George le arrojó un brazo, el trozo más grande que había quedado de Henry. Travis observó la extremidad y luego clavó su mirada en Campbell, quien vio, con total seguridad, un ligero temblor en sus ojos. El miedo en los ojos de la muerte.

—No eras el único que podía vengarse —gruñó Travis.

—Vosotros no os merecéis una venganza.

El zombi gritó a la vez que corría hacia George. Éste sacó la pistola, apuntó y disparó hasta agotar el cargador. Le arrancó fragmentos de carne, pero no le detuvo; sólo le detendría una completa y total destrucción de su ser.

George creyó que explotaba cuando Travis chocó contra él, estrellándole contra la escalera. El escritor gimió al notar los escalones contra su espalda; se había roto algo, pero en ese momento no podía asegurar qué. Esperaba poder seguir luchando por su vida, pero el monstruo no le iba a dejar comprobarlo.

Travis se agachó, agarró una de las manos de Campbell y la mordió. La sangre se le escurrió entre los labios cuando tiró hacia atrás, arrancándole un par de dedos. George, confundido y agonizando, observó los muñones recién creados.

—¡Veamos ahora cómo escribes, Georgie!

Una patada en la cara calló al zombi durante unos instantes. Los suficientes para George, que sacó un cuchillo que llevaba escondido y se lo clavó en el cuello. Travis se limitó a observar el arma, a quitársela como si no pasara nada y a acariciar su garganta. Contempló sus dedos manchados con el líquido negro.

—Así me gusta, Georgie. Quiero que luches —afirmó. Agarró al escritor en volandas y lo aplastó contra una pared cercana—. No sabes cuánto estoy disfrutando con esto. ¿Y tú?

George no contestó. Los mareos eran cada vez más fuertes. Su mente sólo era recorrida por la sangre, la muerte y la violencia. Ni siquiera pensaba ya en sobrevivir, sino en no dejar que aquel ser terminase la noche en pie. Si tenía que caer con él, lo haría con mucho gusto.

—Claro que estás disfrutando —asintió Travis—. Esto te encanta. ¡Disfrutaste matándonos! Seguro que tenías un tornillo suelto; lo único que te hizo falta para terminar de perder la cabeza fue lo de tu mujer. A lo mejor, aunque hubiera seguido viva, habrías terminado asesinando a alguien. Y ahora, ¡oh, te lo estás pasando bomba! Admítelo. Admite que has gozado troceando a mis compañeros. ¡Admite que masacrar a mi hermano te la ha puesto dura!

El zombi observó que una de las manos de Campbell se alargó hacia el hacha clavada en la pared. Apretó más el cuerpo de su enemigo, crujiendo algunos de sus huesos, y quitándole las ganas de conseguir el arma.

—No tienes ni idea de lo que me habría encantado que te hubieras suicidado —prosiguió el muerto viviente—. Nada me habría hecho más feliz que contemplar la reacción de tu pueblo ante tu suicidio. Un asesino que se quita la vida tras sus crímenes. Luego, habríamos llegado nosotros y Shelter Mountain hubiese terminado siendo historia. Ni siquiera eso nos pudiste dar.

Travis Clemens metió sus manos frías dentro de la boca de George y empezó a tirar de sus mandíbulas para abrirlas más de lo que se podían permitir.

—Te voy a enseñar la gran sonrisa que me habrías dado —rió la criatura.

De repente, Jonesy saltó de entre las sombras, todo uñas y dientes. Se arrojó contra el rostro del engendro, arañándolo con todas sus fuerzas. Travis tuvo que dejar en paz a Campbell para lanzar al gato por los aires. Cuando se giró hacia el escritor, éste ya tenía el

hacha entre sus manos; no esperó un segundo más para clavársela en el pecho.

George apretó sus dedos alrededor del mango. El zombi alargó sus brazos hacia él, intentando cogerle. Ambos realizaron un macabro baile en el que ninguno llevaba las de ganar, al menos, hasta que el hacha no se separase del pecho del criminal. El escritor puso fin a la danza, girando un par de veces para coger inercia y lanzando al monstruo por la puerta de la entrada, hacia el porche.

Travis rebotó en los escalones. En cuanto se levantó, Campbell le embistió, arrojándolo contra una de las hogueras. Sin embargo, la criatura salió pronto de las llamas, sin apenas daños en su ya castigado cuerpo. Se giró para buscar al escritor, pero no lo encontró a primera vista; lo creyó oculto entre las piras.

—¡Da la cara, Georgie! —aulló Clemens—. Será un placer arrancártela.

Oyó algo rugiendo entre los fuegos. El resucitado Travis Clemens sintió el auténtico miedo en la poca carne que sostenían sus huesos cuando el coche de George Campbell, conducido por éste, se lanzó contra él.

El morro del vehículo golpeó al zombi, enganchándolo. El recorrido no fue muy largo, porque tres metros después lo machacó contra un árbol. La parte delantera del automóvil se plegó como un acordeón, al mismo tiempo que trituraba toda la parte inferior del cuerpo del muerto viviente, que vomitó un borbotón obsceno de sustancia oscura, pintada de verde por algunas partes.

El crepitar de las llamas fue todo lo que se escuchó durante unos largos minutos. Travis reaccionó justo cuando George salía, claramente mareado, del coche. La criatura trató de moverse, pero era imposible y, de haber podido, habría descubierto que ya no tenía piernas con las que caminar.

El escritor se aproximó al destrozado criminal con el hacha entre sus manos. Pareció recuperarse del ataque suicida en cuanto vio que Travis Clemens no podía dar más de sí.

—Mírate —dijo el zombi. Más de su sangre pastosa se le escurrió entre los labios—. Fíjate en lo que te has convertido. Eres igual que nosotros.

George Campbell, con la furia recorriendo sus ojos, herido, cubierto tanto por su propia sangre como por la de las criaturas que habían intentado matarle, estuvo de acuerdo. Al menos, una gran parte de él lo estuvo.

—No supliqué la primera vez, y no lo haré ahora —Travis escupió un diente. El escritor no respondió—. Pero soy un buen tipo. Te he dejado un regalo; pronto sabrás lo que es.

El espectro rió. Siguió sin contestación por parte de Campbell, lo que le enfadó aún más que el hecho de que hubiera logrado derrotarle de nuevo.

—Vas a tener que seguir con vida sabiendo que tus seres queridos, al menos los pocos que te quedaban, han muerto por tu culpa, Georgie —Travis sonrió, deformando sus ya de por sí horribles facciones—. ¿Qué me dices a eso?

George asintió. Algo siniestro apareció en su mirada.

Algo que aterrorizó al zombi.

—Cuando maté a tu hermano por primera vez, a golpes, me suplicó como una niñita. Igual que le suplicaba a vuestro padre para que no os pegase, cuando erais niños, después de que asesinara a mami.

Travis gruñó, moviendo su boca como si pudiera devorarlo a distancia.

—Cuando os cacé, os investigué antes —prosiguió el escritor—. Vete al Infierno sabiendo que tu hermano suplicó como una niñita asustada.

—Me he equivocado, no eres como nosotros, Georgie.

George alzó el hacha.

—Eres aún peor.

La descargó contra la cabeza de Travis Clemens, partiéndola por la mitad. Siguió golpeando los restos hasta convertirlos en una pulpa que estaba a kilómetros de distancia de parecerse a algo remotamente humano.

En cuanto acabó, soltó el hacha y se quedó contemplando la cabaña, su hogar, el hogar de Christine. Convertido en un infierno. Un océano de muerte, sangre y violencia del que había logrado salir vivo.

Giró la cabeza y miró al bosque. Su oscuridad se retiró.

Al menos, de momento.

Porque a veces, si mirabas al abismo, éste apartaba la mirada.

3

Quemó los cadáveres o, al menos, lo que quedaba de ellos, en una de las piras. Eran la prueba fehaciente de su inocencia, pero nadie hubiese creído su demencial historia, aunque fuera uno de los vecinos de Shelter Mountain. Ya se las arreglaría, probablemente con mucha ayuda de Ralph, para demostrar que él no había tenido nada que ver con los asesinatos.

Cuando los primeros rayos del sol acariciaron la cabaña, ya había apagado los fuegos y limpiado el interior de la vivienda de las más que evidentes muestras de que una batalla había tenido lugar durante la noche. La casa tendría que sufrir duras reformas, pero las llevaría a cabo con agrado.

Después de todo era su hogar.

Guardó Ouija negra debajo de la cama. No sabía si era su mejor novela o no, pero estaba seguro de que era la mejor forma de regresar. Al cerrar la habitación, Jonesy, salido siempre de la nada, se colocó delante de la puerta; un silencioso guardián.

Mientras se tomaba analgésicos para el dolor y vendaba sus heridas lo mejor que pudo, no dejaba de darle vueltas a algunas de las últimas palabras de Travis:

«Te he dejado un regalo; pronto sabrás lo que es».

Supuso que fue por el cansancio y el dolor, pero tardó demasiado en darse cuenta de a qué se refería exactamente.

Cuando acudió al cementerio del pueblo, muchos de sus vecinos ya se arremolinaban alrededor de la comisaría y la iglesia, al tiempo que unos pocos comentaban lo que quedaba de la Caja de Raimi. George pudo llegar al camposanto sin toparse con nadie que le interrumpiera; un pequeño golpe de suerte en aquella pesadilla.

Observó con atención la lápida que rezaba «Christine Simmons».

Su tumba estaba abierta y, su ataúd, al descubierto.

Se hallaba vacío.

George Campbell alzó los ojos hacia el cielo. Le pareció más despejado que nunca, pero estaba seguro de que pronto, muy pronto, volvería a oscurecerse.

Podía irse del pueblo de una vez por todas y no regresar. Podía buscar a Christine. O podía esperarla.

Al fin y al cabo, en Shelter Mountain, todo volvía.

Table of Contents